



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Deleuze, mi genealogía

Una aproximación a *Diferencia y repetición*

Pau Sitjà Serriña



Aquesta tesi doctoral està subjecta a la llicència **Reconeixement- NoComercial – SenseObraDerivada 4.0. Espanya de Creative Commons.**

Esta tesis doctoral está sujeta a la licencia **Reconocimiento - NoComercial – SinObraDerivada 4.0. España de Creative Commons.**

This doctoral thesis is licensed under the **Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 4.0. Spain License.**



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Facultat de Filosofia

Filosofia Contemporània i
Estudis Clàssics

Deleuze, mi genealogía.

Una aproximación a
Diferencia y repetición.

Tesis Doctoral
Pau Sitjà i Serinyà

Facultad de Filosofía
Programa de doctorado: Filosofía Contemporània i
Estudis Clàssics

Dirigida y tutorizada por:
Josep Maria Esquirol i Calaf

2021

Deleuze, mi genealogía.

Una aproximación a
Diferencia y repetición.

Pau Sitjà i Serinyà

Resumen

A lo largo de esta tesis, fundamentalmente se pretende abordar la génesis de la sensibilidad desde una óptica deleuziana, en un intento por esclarecer cómo ella favorece la ulterior consecución del pensamiento según la teoría del acuerdo discordante de las facultades, presentada en el tercer capítulo de *Diferencia y repetición*. Con tal propósito, parto de la proposición tautológica «yo soy yo» en aras de alcanzar, a través de una reconstrucción genealógica de mí mismo, la reflexividad o el sentir sintiéndose que cualquier sensación parece requerir para su aprehensión.

[Abstract

Throughout this thesis, basically it is intended to investigate the origin of sensibility according to Deleuze's vision, in an attempt to clear out how it allows the accomplishment of thought according to his theory of faculty discordance, which appears in the third chapter of *Difference and repetition*. Keeping that purpose, I begin with the tautological proposition «I am me» to achieve, through a genealogical reconstruction of myself, the reflexivity or capability to feel my own feelings that any sensation seems to require for its apprehension.]

Índice

Introducción	p.1
I) Cuerpo y número	
1. Nuestro método	p.3
2. Uno y muchos	p.5
3. Síntesis y análisis	p.8
4. La indiferencia del número	p.11
5. El espacio: homogeneidad y simultaneidad	p.13
6. La realidad del punto y el espacio ideal	p.17
7. Esencia numérica y preexistencia espacial: la existencia corporal	p.20
II) Alma y letra	
A. La simbiosis orgánica	p.23
B. La letra como elemento	p.26
C. El caso de la palabra	p.29
D. Conservación y transformación: la asimilación	p.32
E. El problema del punto: la diferencia o heterogeneidad	p.38
F. El problema del número: la repetición o sucesión	p.43
G. El tiempo desnaturalizado	p.54
H. Entre dos: duplicación o desdoblamiento	p.56
I. Del uno al tres o del pasado al futuro	p.64
J. Padre e hijo	p.70
K. Acerca del niño, primera aproximación: la disparidad	p.77
L. Acerca del niño, segunda aproximación: la insistencia	p.79
M. Acerca del niño, tercera aproximación: la inmanencia	p.83
N. El hijo, de vuelta: copo y luz	p.87
O. La ausencia de presente o la pérdida objetiva	p.92
P. El presente ausente o el objeto perdido	p.94

Q. Lugar sin ocupante: la luz apagada	p.103
R. Ocupante sin lugar: la luz encendida	p.107
S. Entredós: interioridad y exterioridad	p.111
Conclusión	p.140
Bibliografía	p.143

[Introducción]

«Yo soy yo» no se trata de una simple afirmación. La certeza acerca de mí resume, o eso presumo, la historia entera de nuestro pensamiento, girando el decurso – circular sospecho – de la filosofía occidental alrededor de este único centro. Contra una tal aseveración, quizás un tanto ingenua por mi parte, la gran mayoría considerará que no sé yo lo que me estoy diciendo, y desde luego no les falta razón, aunque no seguramente por lo que se imaginan: creo entender por qué el problema de la propia individualidad encarna aquella dificultad nuclear con la que aún hoy pretendemos, yo incluido, lidiar. Sin embargo, al momento me pierdo cuando intento reflexionar sobre la manera en que uno como yo deviene él mismo, lo cual resultará el firme (y a su turno fiable) propósito de esta tentativa de genealogía, en la medida que ambiciono desentrañar de dónde provienen mis dos acepciones fundamentales.

En efecto, no sé de lo que hablo cuando digo que «yo soy yo», pero sí sé por qué hablo de una tal incompreensión, justamente porque el lenguaje ha ejercido durante nuestra inveterada tradición de nexo conductor entre la esencia y presencia de cualquier cosa presente, entre su forma de ser y aquella materia por la cual existe – Aristóteles, a mi parecer, lo ejemplifica a la perfección. Sin ánimo de caricaturizar su doctrina, se podría imaginar a todo un clásico jugando al “¿Quién es quién?»: ¿vivo o muerto? Vivo. ¿Animal o planta? Animal. ¿Bípedo o cuadrúpedo? Bípedo. ¿Hombre o avestruz?, en aras de satisfacer la condición de implume que Platón, en última instancia, agregó a la definición de humano. Bromas aparte, aristotélicamente se asume que la pareja de contrarios constituye el potencial que algo alberga de verse en un acto consumado, aún sumido en la inexistencia merced al principio de no-contradicción, según el cual una substancia no puede cobijar, si aspira a hacerse realidad, al mismo tiempo términos opuestos.¹ La actualización, por ende, pasa por introducir silogísticamente la disyunción (o), planteando la contrariedad a modo de un enunciado lingüístico para así encarar su resolución, si bien es cierto que, con una metodología semejante, la cebra se convertiría en una bestia de fantasía ante su posesión simultánea de blanco y negro, como también resulta cuestionable que tan sólo especificando un género teórico éste consiguiera cruzar al mundo fáctico, trasladarse del derecho al hecho sin ni siquiera inmutarse.

Aunque con un menor grado de sofisticación, ésta resulta básicamente la objeción que Deleuze le plantea a Aristóteles al inicio de *Diferencia y repetición*,² insinuando veladamente que hay otra manera de interpretar la función disyuntiva del lenguaje: en lugar de fijar la identidad (o no-contradicción) como criterio ideal, deleuzianamente se

¹ Aristóteles, *Metafísica*. Gredos, Madrid (2011), p.316 [1051a, 5-8 y 10-12]: «En el caso de las cosas que se dicen según la potencia, cada una, ella misma, es capaz de los contrarios, por ejemplo, lo que se dice que es capaz de estar sano es, ello mismo, también y al mismo tiempo, capaz de estar enfermo. [...] La capacidad para los contrarios se da a la vez, si bien es imposible que los contrarios se den a la vez, es decir, que se den a la vez los actos correspondientes (por ejemplo, estar sano y estar enfermo)...»

² Cf. Gilles Deleuze, *Diferencia y repetición*. Amorrortu, Buenos Aires (2012), pp.64-71 y, a modo de escolio, p.75: «Es inevitable desde ese momento que la analogía tropiece con una dificultad sin salida: al mismo tiempo, debe esencialmente relacionar el ser con los existentes particulares, pero no puede decir lo que constituye sus individualidades. Pues como no retiene en lo particular más que lo que está conforme a lo general (forma y materia), busca el principio de individuación en tal o cual elemento de los individuos ya constituidos.»

aboga por la diferencia, no por el defecto de especificidad que sufre lo potencial sino por un exceso de realidad que lo vuelve indetectable a la vista, blanca o invisible la luz ante la coexistencia contemporánea del espectro cromático al completo, no materialidad bruta sino un conjunto puro de formas. Así pues, si la potencia cambia, lo actual se transformará correlativamente, abandonando aquel procedimiento basado en una selección por exclusión para devenir una ramificación en la que cualquier tipo de color se halla incluido, diferenciándose entonces o repitiéndose la propia diferencia. El lenguaje, en tal sentido, pasa a ser – hablando figurativamente, para irnos familiarizando con mi estilo personal – una suerte de cristalización de aquella gota de agua, nieve licuada que interponiéndose en la trayectoria del haz resplandeciente alumbraba, cual prisma translúcido, una cascada irisada de tonalidades varias, o mejor variadas.

¿Por qué digo, empero, saber esto? Pretendo enseñar, llegando así acaso a aprender algo, que el orden estructural de *Diferencia y repetición* sigue un proceso (de)semejante: en los dos primeros capítulos, se muestra la divergencia entre la diferencia y su repetición; en los dos enésimos, ora las implicaciones formales que una tal concepción de lo diferente acarrearán, ora cómo ellas se replican o explican en el ámbito de la materia. Entre ambos flancos, encontramos entonces un apartado supernumerario que poco o nada pinta, que rompe con aquella presunta concordancia de la cual gozaría, en su ausencia, el resto del libro en cuanto doble pareja. ¿Qué motivo habría, pues, para recurrir a un tercero en discordia que siembra la disparidad entre un tal par de pares? Su intención (al tiempo que intensión) no puede resultar otra que habilitar el enlace entre ambas mitades, trayendo consigo un anillo de bodas que en vez de redondo describiera una tortuosa espiral con la que incluir el progreso en su proceso, ya no procedimiento, la propia diferenciación – me permito repetirlo – de lo diferente a medida que se avanza. ¿Y no se ocupaba de eso, al menos según Deleuze, precisamente el lenguaje, de desplegar en lo posterior la policromía que anteriormente se hallaba envuelta en su resplandor, oculta la paleta en el seno lumínico?

Para poder, empero, hablar de ello, requiero de una boca parlante, de un ojo mediante el cual mirar el albor de la luz en color radiante, o si se prefiere la versión deleuziana: el pensamiento como campo virtual de todas las eventualidades por haber, nada blanca colmada sin embargo de un cúmulo de alternativas distintas, sólo se actualiza a través de la sensibilidad, quién ejercería de chispa activadora que propaga su pasión desde aquello sentido primariamente hasta el estallido de su sentido último, pensante, pasando entretanto por unas facultades intermedias que ejercerían de mecha.³ Y aunque todavía no sepa yo lo que me digo, me arriesgaré a afirmar que para llegar a sentir uno debe sentirse sintiendo, advertir una reflexividad que me ponga a mí en contacto conmigo mismo, un rodeo que me retrotraiga, de nuevo, a mi afirmación original.

³ *Ibíd.*, pp.224-225: «[...] Por ello el acuerdo de las facultades no puede producirse sino como un *acuerdo discordante*, ya que cada una comunica a la otra tan sólo la violencia que la pone en presencia de su diferencia o de su divergencia con todas.»

[I] Cuerpo y número]

(1. Nuestro método) Como decía, ni tan siquiera sé de lo que hablo cuando asumo, con rotundidad además, que «yo soy yo». No escapará a nadie, sabiéndolo pues todo el mundo – a excepción quizás de mí –, que de una constatación similar se juzgó conveniente, según nuestra inveterada tradición, inferir la identidad de uno consigo mismo, para caracterizar de la forma más general posible aquello que me concierne a mí en particular, que «yo soy yo». En esta coyuntura, a mi entender un tanto confusa por más clara que estime ser, me siento acaso como un traductor que, al encontrarse con una frase ininteligible en su lengua materna, la intenta aun así comprender vertiéndola, palabra tras palabra, en el idioma extranjero que ha pasado largos años estudiando, invirtiendo con ello el proceso habitual de aprendizaje. Me refiero, o eso quería, a que elevando a un registro impersonal lo que parece ser la evidencia de mi persona, donde yo no salgo más que indirectamente representado por uno mismo, no se contribuye en absoluto a esclarecer la naturaleza de mi condición. Al revés: todo se complica en mayor medida. ¿Por qué emplear un plural mayestático, universal en definitiva, que bien podría aludir a cualquiera y sin embargo no se decanta por nadie en concreto – tampoco hacia mí, que digo en singular que «yo soy yo» –, para que mis palabras cobren sentido? ¿Por qué nos hacemos las cosas tan difíciles, en especial al hablar filosóficamente?

Todo pasa, no obstante, por una razón, o así lo juzgaba al menos la tradición, aunque sospecho que la siguiente poco se adecuará a los gustos dogmáticos antaño imperantes, sabiéndoles amarga cualquier alusión a la sensibilidad sin sazónarla intelectivamente. No veo empero alternativa, o no al menos por el momento, y de alguna forma hay que comenzar. Imagínese, puestos a teorizar, que procedo yo según la prerrogativa clásica, coligiendo lógicamente conclusiones a partir de premisas infalibles por hipótesis. ¿Cómo iba, sin embargo, a demostrar la identidad de algo sin presuponer la de su antecedente, también algo idéntico? ¿Cómo iba, asimismo, a inferir alguien algo sin tener que de renunciar de inmediato a uno mismo para no incurrir, al igual que antes, en una petición de principio? El propio funcionamiento de la lógica requiere desde el principio de *algo firme* y de *alguien fiable* para resultar plausible, ambos al parecer emparentados con la identidad que se desprende al hablar yo de mí. La identidad, desde la perspectiva del arte silogístico, debe considerarse por ende principio, *principio de identidad*, puesto que ninguna carrera, por ambiciosa que fuera, alcanzaría jamás su término, la ansiada meta, sin estipularla previamente como objetivo, tampoco en ausencia de un corredor deseoso de emplearse a fondo, subjetivo.

La historia de la filosofía, predominantemente la occidental, ha querido que este principio establecido en la identidad pasara a la posteridad con el común sobrenombre de *principio de no-contradicción*. Lejos de ver en ello una trivialidad, observo más bien en semejante repercusión mediática, mediada por lo opuesto, un síntoma inequívoco de nuestra conducta vital, por llamarla de algún modo. Pido que se contemple sin prejuicios el planeta en el cual habitamos: el espectáculo que nos ofrece gira en torno a la rica variedad de seres animados que lo pueblan junto a nosotros, cuya movilidad

inherente los hace más propensos a la clase de entretenimiento que buscamos. Cualquiera de estos organismos se vale de sus propios mecanismos evolutivos para sobrevivir en un mundo que se les presenta hostil, atestado de dificultades que no cesan de contrariarlos, las cuales sortean interpretando el papel que se les ha asignado dentro de una especie en concreto. Las estrategias biológicas para abordar los problemas con los que todo el mundo se topa habitualmente divergen pues entre sí, y aun así todos sin excepción pretenden actuar en esta palestra terrenal hasta la extenuación. Existen, en definitiva, múltiples formas de vida, que confluyen no obstante en un único precepto básico: no morir durante su puesta en escena. Precisamente por eso, negarse a su total aniquilación parece corresponderse con la táctica unánime que logra aunar nuestras respectivas afirmaciones, universalizando de alguna manera aquello que cada cual proclama en singular, es decir, que «yo soy yo».

No en balde vemos que las sociedades más unidas, también las humanas, suelen coincidir con aquellas que se centran en derrocar a un enemigo de dominio público, al contrincante que nos contraría por hacer justo lo contrario a lo acordado implícita o explícitamente, incentivando algo así como un instinto connatural de manada mediante el cual se agruparía la población ante la adversidad que supone el adversario. En la toma de decisiones individuales despunta, asimismo, un mecanismo similar, en tanto que cualquiera consigue decantarse con mayor celeridad por una resolución cuando descarta entre un sesgo restringido de candidatos que al cerciorarse sobre la viabilidad de una sola de las opciones, eligiendo perentoriamente aquella que queda en pie tras reducir las demás al absurdo. En este sentido, más biológico que lógico, la contradicción quizás nos ayude a divisar qué significa la identidad, pese a considerarse tradicionalmente su opuesto directo. Cuando intente, pues, lidiar con la identidad del yo, acaso deba persuadirme de la imposibilidad de lo contrario, de que yo no sea yo, de que uno resulte diferente a sí mismo.

Evidentemente, desde el momento en que me sirvo de la diferencia para indagar acerca de mi supuesta identidad, me duplico yo al instante: la propia noción de diferencia exige, por lo menos, una relación mínima de pareja, de dos que difieran entre sí pese a tratarse de uno mismo. Aun a estas alturas, un abordaje tal no parece del todo absurdo, ya que al hablar de mí me manifestaba «yo» en la oración por partida doble, antes y después del «soy», además de bifurcarse el concepto de identidad en *uno* y lo *mismo*. Sigo pues adelante, lo cual quiere decir que procuraré no morir en el intento o, mejor, que me esforzaré a renegar de esta negativa vital – no terminar muerto – para alcanzar mi auténtica afirmación, la codiciada supervivencia. No obstante, nada más empezar, me siento ya incapaz de continuar. Desconozco, lo admito abiertamente, cuál es mi legítimo contrario, si «tú» o «él» o «nosotros» o «vosotros» o «ellos». «Yo» no me opongo a nadie en particular, aunque en términos generales uno y mismo se acaben quizás enfrentando cuando se conciben por separado, al escindirme yo por la mitad. Se anunciaría así, en modo alguno, el talento secreto de la filosofía tradicional: de todas las diferencias plausibles, identifica las extremas, aquellas antónimas por antonomasia como lo blanco respecto a lo negro, relegando a grados intermedios el resto de

tonalidades. De la línea cromática destaca el primer y el último punto, estableciendo entre ellos una relación de contrariedad que culmina con el repudio mutuo de la pareja en cuestión. Se podría entonces constatar, todavía en general, que el conjunto de colores visibles proviene, en verdad, de la confrontación entre lo claro y lo oscuro.⁴ Generalizando se resalta, por consiguiente, la contradicción latente en un mundo lleno de colorido, y dado que yo me proponía hablar de mí apelando, de forma auxiliar, a mi más acérrimo antagonista, negarme a explotar el prolífico recurso del que me provee la tradición carecería incluso de sentido, introduciendo dicha contradicción también entre uno como yo y yo mismo.

(2. Uno y muchos) Dividamos pues nuestra tarea en dos, tal y como le reclama la diferencia a la identidad que pretende abordar, escindiéndola lo mínimo. Por un lado, yo soy *uno*, oponiéndome así a la *pluralidad*. Ya aquí, se nos presenta empero un nuevo inconveniente, aunque nadie dijo que a lo largo del camino o, si se prefiere, durante nuestra carrera de fondo no íbamos a toparnos con numerosos obstáculos. Nuestro obstáculo actual concierne, justamente, al *número*, mediante el cual parece diluirse la oposición que confiábamos encontrar en cada uno de nosotros, afines también a la multiplicidad en cuanto numerados. El número atestigua que la pluralidad no constituye lo contrario de uno, puesto que normalmente se lo caracteriza por combinar ambas instancias sin implicar ello una contradicción que lo incapacitaría al acto. Por decirlo burdamente, sería de esperar que lo blanco blanqueara, fenómeno imposible de cumplir al mezclarse con el negro. Igualmente, cabría suponer que uno no fueran muchos, una pluralidad, y sin embargo «[s]e define generalmente el número como una colección de unidades o, para hablar con más precisión, como la síntesis de lo uno y lo múltiple. Todo número es uno [...]; pero esta unidad es la de una suma; abarca una multiplicidad de partes que cabe considerar aisladamente.»⁵ Los contrarios, como bien señala Aristóteles,⁶ no pueden coexistir al mismo tiempo en un mismo lugar, no habiendo propiamente en el gris ni blanco ni negro, sino su híbrido bastardo. En el número, en cambio, uno y muchos no se confunden en un tono intermedio; al contrario que los contrarios, se entrelazan sin desacreditarse entre sí, no implicando su asociación la anulación recíproca de los asociados.

Lo veremos al precisar la estrecha vinculación, cercana a la equivalencia, entre el *número* y la *cantidad*. Recurriendo por el momento tan sólo a nuestra experiencia cotidiana, se aceptará sin reservas que la cantidad consta de un grupo restringido de elementos, acaso como los corderos que de ordinario integran un rebaño para emplear el ejemplo bergsoniano. A *muchos* les bastaría con eso para satisfacer sus expectativas cuantitativas, al haber asumido ya una pluralidad de elementos. Aun así, la mecánica de

⁴ Aristóteles, *Metafísica*, p.328 [1053b, 28-34]: «[...] en los colores lo uno es un color, por ejemplo, lo blanco, y los demás parecen generarse sucesivamente a partir de él y del negro, y el negro es privación del blanco, como lo es también de la luz la oscuridad (ésta es, en efecto, privación de luz), de modo que si las cosas que son fueran colores, las cosas que son constituirían un cierto número, pero ¿de qué?: evidentemente, de colores y «lo uno» sería *algo que es uno*, por ejemplo, lo blanco.»

⁵ Henri Bergson, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Sígueme, Salamanca (1999), p.61.

⁶ Aristóteles, *Metafísica*, p.153 [1005b, 26-27]: «[...] no es posible que los contrarios se den a la vez en lo mismo...»; y reitera en p.302 [1046b, 16-17]: «[...] los contrarios no se dan juntos en la misma cosa...».

grupo resulta un tanto más compleja para *uno*. Éste busca, además, la unidad del colectivo, no tolerando bajo ninguna circunstancia la discriminación dentro el núcleo grupal. La biología nos enseña, a este respecto, que la mejor estratagema que los seres vivos han hallado, después de su infatigable adaptación a las hostilidades del entorno, para combatir esta suerte de desavenencias radica en su prevención. Por ello pretenden que los componentes del conjunto sean lo más semejantes posibles hasta alcanzar un régimen ideal de igualdad que evite la excepción como fuente de discordia. Incluso hablando moralmente, se aparta a la oveja negra del rebaño con tal de que las blancas no descarríen, vetando de entrada la amalgama de color o, mejor, la intromisión del mal en la gente de bien. Uno no incluye pues a muchos sin someterlos antes a una selección excluyente, más o menos rígida según se trate de la cantidad o del número. La cantidad suele contentarse con que los elementos agrupados compartan un mínimo parecido, mientras que el número, debido seguramente a su índole teórica, demanda a las partes integrantes una exactitud máxima. Lo sugeríamos previamente: para que todas las reses constituyan un todo unitario, o se asemejen en algún aspecto o bien resultan completamente iguales.

Desde semejante punto de vista, el número parece corresponderse con una cantidad en abstracto, casi como un artículo indefinido que se erige en pronombre tras prescindir del sustantivo al cual acompañaba. El número es uno sin especificar, pura cantidad exenta de calificativos, ni lanudo ni balante y aun así congregando en rebaño al conjunto peludo de ovejas que berrean. En este sentido, se podría quizás decir que el número conforma la esencia de uno, el derecho a ser contado, mientras que la cantidad compete a su existencia, al contar con una pluralidad de hechos. El número resulta, a pesar de todo, un caso excepcional, por mucho que se empeñe en rechazar la excepción: precisa, al mismo tiempo, tanto de alguien que cuente como de algo que contar, sincronizándose derecho y hecho o, por apelar a Aristóteles, hilvanándose forma y materia en el compuesto mixto de ambas. El número, en suma, combina rasgos esenciales a la par que existenciales, la cual cosa justificaría que uno y muchos se avengan, inmersos en su seno aritmético, entre sí.

Tradicionalmente, lo sabe todo el mundo, se tendió a concebir que la esencia precedía a la existencia, considerándola anterior en el tiempo. Empecemos, en consecuencia, por lo que en principio iba primero: la forma esencial de uno, para resumirlo. Si volviéramos sobre nuestros pasos, remontándonos unas pocas líneas atrás, nos percataríamos de que a uno le obsesionaba mantener al colectivo unido, confiriéndole a la pluralidad una unidad de la cual no goza espontáneamente. La esencia de uno, su principal afán y por eso su principio rector, se centra en atribuirle a muchos una forma única, uniforme pues, que los englobe conjuntamente o, hablando a través de metáforas, en componer un ejército de simples soldados rasos, todos ellos igualmente uniformados, para aplacar la diversidad de atavíos que el pueblo llano reclutado vestía de entrada. Se les exige desde entonces, a los incipientes combatientes, llevar la indumentaria reglamentaria; acatar sin objeciones los imperativos de comportamiento, inquebrantables en cada caso concreto y por ello iguales para todos; demarcar con nitidez al aliado que amparar del enemigo al

cual abatir. ¿No se vería, de tal manera, el soldado reducido a su número de placa? El número, análogamente, se compromete con una ley matemática incuestionable, cuya violación lo induce al error y lo aleja del sendero correcto, convirtiéndolo acaso en el desertor que equivocadamente se decanta por la facción rival. Esto suscita una interesante cuestión: ¿quién se halla más apegado a uno: aquél que sigue los dictámenes grupales – el mandato de la manada o incluso de su especie –, o aquel miembro que con independencia de sus congéneres toma sus propias decisiones, a menudo distintas de las resoluciones de la mayoría? Ambos se aferran empeñadamente a uno, cumpliendo los dos el requerimiento esencial de unidad, ya sea colectiva o individualmente, puesto que *un* grupo y *un* miembro colaboran igualmente con uno, y aun así no parecen lo mismo.

Ahora bien, tanto si uno se preocupa por todos como si solamente se ocupa de sí, parecería ciertamente incongruente que la unidad de uno fuera doble, en singular y en plural. Cualquiera de nosotros, por consiguiente, está obligado a elegir, conllevando esto la renuncia a una de las dos opciones, pues el caminante meramente puede transitar, a la vez, por uno de los ramales de la bifurcación, al resultarle imposible – por derecho – el hecho de encontrarse en dos lugares al mismo tiempo. No hay término medio entre el héroe y el traidor, tesitura que nos sitúa ante la siguiente dicotomía: ¿quién tiene la razón, quién de los dos participa en mayor medida de la esencia de uno, el complejo militar o un simple miliciano, un número como el 3 o la triple secuencia de 1(s), todos en conjunto o o cada uno de los miembros en solitario? Puestos a escoger, uno – acaso cualquiera de nosotros – aspira a todo; ambiciona hacerse con el mundo entero, no dejando ningún enigma sin resolver, ninguna senda sin recorrer. Desearlo todo, empero, no implica conseguirlo o, peor todavía, implica no conseguirlo, al oponerse la universalidad pretendida a la excepcionalidad de lo singular. Involuntariamente, queriéndolo todo sin excepciones, no integramos a la excepción en esta totalidad que ingenuamente formulamos, privándonos así de la consecución plena de nuestro colosal anhelo.

En cualquier caso, para volver a las andadas, notamos que el propio acto de elegir nos arrastra paradójicamente, sin quererlo nosotros, hasta la anterior disyuntiva entre contrarios, hacia un cruce de caminos mutuamente excluyentes, en blanco y negro. Desde luego, si el número se sustraía ya entonces del conflicto de color, de decidir si según su constitución le favorecía más la ropa clara u oscura, tampoco aquí se lo impelerá a afrontar el dilema vigente, por mucho que uno insista. Aunque se coloque a uno de los números en frente de una doble vía, éste se dividirá sin más en dos mitades iguales con tal de abarcar a ambas eventualidades. Desde el principio, incluso por principio, asumíamos tácitamente que la unidad de uno residía en su *indivisibilidad*, en la consistencia o solidez del cuerpo militar o del cuerpo orgánico del miliciano, soportando su firme compleción las inclemencias bélicas. No obstante, uno se da cuenta cuando cuenta con el número de que esta inquebrantabilidad no logrará subsistir de forma permanente, sino tan sólo *provisionalmente*:⁷ el ejército cae en ocasiones

⁷ H. Bergson, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, p.65: «Bastará para convencerse de ello observar que las unidades con las que la aritmética forma números son unidades provisionales, susceptibles de fraccionarse indefinidamente, y que cada una de ellas constituye una suma de cantidades fraccionarias tan pequeñas y tan

derrotado, los soldados terminarán al final muriendo, sea o no en combate. Los cuerpos u objetos corrientes, todo lo que en realidad es algo, se fracciona al igual que el número, pues el ejército se divide en regimientos, los regimientos en soldados; cada uno de los soldados en órganos, tales órganos en células, formando por ello el soldado raso también un pelotón de ataque; incluso las células se dividen en instancias inferiores hasta alcanzar el nivel atómico, y así indefinidamente según la opinión mayoritaria de clásicos y aun modernos.

(3. Síntesis y análisis) Los siglos, sin embargo, no han transcurrido en balde, mellando el tiempo una fractura entre la concepción antigua y aquella contemporánea, cuya disconformidad me propongo brevemente remarcar. En pocas palabras, de Aristóteles a Bergson se ve modificada la naturaleza de esta *infinita divisibilidad*, mental o material, potencial (virtual) o actual según se mire. Justamente, Aristóteles juzga que si observamos la realidad se aprehenderán en ella casos o acaso cosas finitas, lo cual descarta que la infinitud pertenezca al mundo fáctico, relegándola pues al registro intelectual⁸ tras admitir, por (pre)supuesto, la dualidad platónica entre apariencias e ideas. Se extiende entonces este carácter racional del infinito a la división que lo acompaña, interpretándola a modo de análisis, es decir, como una especificación de los componentes que componen el compuesto, de los elementos que forman el particular caso del soldado, la cual respeta además su aparente consistencia al diseccionarlo sólo idealmente. Se adhiere por lo tanto la infinita divisibilidad a la capacidad de discernir del intelecto, la facultad expresamente humana de conocer según nuestra inveterada tradición, rebosante de potencial al considerarse aristotélicamente una potencia o facultad.

Bergson, en cambio, profundizando en materia de percepción, estima empírico (y no racional) el infinito, real (y no ideal) la división que opera la inteligencia, justo al revés que Aristóteles. Los parámetros se invierten: no preexiste un objeto del cual se desvelan subjetivamente los constituyentes primarios, sino que el sujeto interviene decisivamente en la formación del objeto. Percibiendo se actúa sobre la realidad: de ahí que se trate de un acto. La figura del soldado, por así decir, emerge a la superficie al recortar la mirada sus contornos encima de un fondo casi indiferenciado, quizás un caldo de cultivo primigenio en ininterrumpida expansión o puede que el líquido amniótico alojado en el vientre materno, donde todavía carece el nonato de atributos definidos, pendiente la materia expectante de cobrar forma. Seguramente, para verlo mejor, Bergson, en consonancia con las investigaciones físicas de la época, toma como ejemplo recurrente

numerosas como se quiera imaginar. [...] Sin duda, cuando igualáis el número 3 a la suma de $1+1+1$, nada os impide tener como indivisibles las unidades que lo componen: pero es que no utilizáis en absoluto la multiplicidad de la que está preñada cada una de estas unidades.»

⁸ Aristóteles, *Metafísica*, p.372 [1066b, 23-25]: «[...] que el infinito no exista en las cosas sensibles, es obvio por lo siguiente. Pues si la definición de cuerpo es «lo limitado por superficies», no podrá haber cuerpo infinito alguno, ni sensible ni inteligible...» No en vano hemos tratado, en nuestra somera descripción, de evitar el término «inteligible», reservado aristotélicamente para los objetos de pensamiento, como lo serían los polígonos geométricos a los cuales parece hacer aquí alusión. En su lugar, hemos empleado «intelectivo», queriéndonos referir con ello a la aptitud cognoscitiva de un sujeto, mediante la cual comprende justamente lo «inteligible». Por otro lado, debemos conformarnos de momento con una deducción negativa de la infinitud que le corresponde al entendimiento, implicando su desarrollo positivo un mayor ahondamiento en el binomio potencia/acto, ligado al tiempo y al movimiento además de la magnitud que en este punto se aborda.

el haz de luz, fuente de color. Una vez descubierta la naturaleza ondulatoria del rayo lumínico, se fijó que uno de los factores que contribuían a determinar su tonalidad inherente radicaba en la longitud de onda, midiendo ésta la distancia que separa dos modulaciones contiguas de las incontables que integra el haz. Huelga decir que hablo de «incontables» no en el sentido de que no resulta medible, sino en tanto que el proceso de medición se prorrogaría sin fin al difundirse la luz indefinidamente, diluyéndose en la misma medida el color que entraña a lo largo de toda su extensión. Cuanto más se aproxima, pues, a esta tentativa de cubrir un espacio infinito, tanto más palidece la luz, al esparcirse su limitado poder de pigmentación. Ninguna mancha de pintura conseguiría abarcar la superficie entera de una tela enorme sin descolorirse, ganando extensión en detrimento de intensidad cromática. La luz conlleva por ende la dispersión del color y, análogamente, la materia el desdibujarse de la forma, su descomposición o análisis natural, puesto que incumbe a la naturaleza del rayo. La materia tiende por ello a la transparencia, dejándose ver en cada ocasión menos colorida, más deformada si nos sustraemos de la metáfora lumínica.

¿Cómo se percibiría entonces la forma, visible solamente al encarnarse en un cuerpo compuesto, al gestarse la figura del soldado en la argamasa del vientre materno, donde el incipiente miliciano aún se halla desfigurado? Si las cosas, empero, irradian para mí luz en forma de color; si nací combativo, formándome al final individualmente, uno debe figurarse que existe un movimiento contrario al de la dilatación material: una contracción psíquica, y no física, que abrevie en un único instante de tiempo el espacio recorrido por el haz, aplastando de algún modo la línea ondulante que éste describe en un punto concreto; que sintetice (y no analice) la extensión con la voluntad de recobrar la intensidad perdida, la vivacidad de color difuminada en luz mortecina. «Percibir consiste pues, en suma, en condensar períodos enormes de una existencia infinitamente diluida en algunos momentos más diferenciados de una vida más intensa, y en resumir así una muy larga historia.»⁹

Aunque aproximativo, y por ello un tanto impreciso, se vislumbra ya en este tanteo circunstancial, pese a la disparidad de visiones, un reducto inexpugnable que ha resistido el desgaste que acarrea el transcurso de los años, una convicción básica que no ha languidecido ante el uso reiterado. Cuando cualquiera repite una palabra varias veces, le acaba sonando extraña por muy habituado que esté a ella. La verdad, sin embargo, a nadie – quizás añadiría sensato – puede resultarle ajena, soportando

⁹ Henri Bergson, *Materia y memoria*. Cactus, Buenos Aires (2006), p. 230. Poco antes, lo ejemplifica el autor mediante el espectro rojo de la luz, p.228: «En el espacio de un segundo, la luz roja – la cual posee la mayor longitud de onda y cuyas vibraciones son en consecuencia la menos frecuentes – produce 400 trillones de vibraciones sucesivas. ¿Queremos hacernos una idea de ese número? Se deberán apartar las vibraciones unas de otras lo suficiente para que nuestra conciencia pueda contarlas o al menos registrar explícitamente su sucesión, y se investigará cuánto ocuparía esta sucesión en días, meses, o años. Ahora bien, el más pequeño intervalo de tiempo vacío del que tenemos conciencia es igual, según Exner, a 2 milésimas de segundo; aún es dudoso que podamos percibir varios intervalos seguidos tan cortos. Admitamos sin embargo que somos capaces de ello indefinidamente. Imaginemos, en una palabra, una conciencia que asistiera al desfile de 400 trillones de vibraciones, todas instantáneas, y solamente separadas unas de otras por las 2 milésimas de segundo necesarias para distinguirlas. Un cálculo muy simple muestra que harán falta más de 25.000 años para acabar la operación. Así esta sensación de luz roja experimentada por nosotros durante un segundo corresponde, en sí misma, a una sucesión de fenómenos que desplegados en nuestra duración con la mayor economía de tiempo posible ocuparían más de 250 siglos de nuestra historia.»

invariable su continuada reproducción. Pretendo decir, en fin, que tanto si se analiza a uno racionalmente como si se lo sintetiza empíricamente, éste no deja de ser, porque esto es lo que en verdad es, *una totalidad que equivale a la suma de las partes*. No hay diferencia entre referirse a un ejército o a muchos soldados, a uno de los soldados o a muchas células, a un color en concreto a una multitud de ondas lumínicas. La unidad de uno a nivel superior *cuenta igual* que la unión de muchos a nivel inferior, dando cuenta ambas lecturas de un único fenómeno, replegado sintética o desplegado analíticamente. De ahí que se considere el número como el ejemplo paradigmático de uno, por asimilarse el tres a una triple secuencia de 1(s). Así pues, ningún número necesita escoger entre singular o plural, ya que cada uno es un colectivo de individuos coleccionados, un todo relativamente indivisible que no obstante podría dividirse en partes.

Fijémonos, con todo, a simple modo de observación parcial, que el hecho de adquirir un cuerpo consistente mediante la adición sucesiva de corpúsculos, de unificar a muchos como si fueran uno de solo, no parece una tarea sencilla de sobrellevar. Toda la complicación estriba en que ni uno ni muchos, si se los tomara por un momento en serio, en sentido absoluto quiero decir, resultarían capaces de instaurar el estrecho vínculo que los une como la totalidad a la partes. Si uno fuera realmente uno y no más que uno, quizás el último eslabón de la cadena infinita y por eso su constituyente primario, carecería de partes, volviéndose así no relativa, sino absolutamente indivisible; no un conjunto divisible en elementos, como los soldados respecto al regimiento, sino un único elemento aislado, en deserción, cuya división supondría su aniquilación, desapareciendo entonces sin más, incapaz de fraccionarse en instancias inferiores. E incluso presumiendo que esta enésima unidad no se hallara sola, que hubieran más prófugos junto a ella, ¿cómo iba a disponer, estando acostumbrada a la soledad, de los medios necesarios para relacionarse con los demás? Cabría además la posibilidad de que muchos fueran efectivamente muchos, una pluralidad que por inercia propendiera a pluralizarse, diversificándose esta diversidad ya diversificada por doquier, sin orden ni consenso. Lejos entonces de estrechar los lazos, de totalizar la multiplicidad de partes, se partiría aún en partes menores; en lugar de congregarse cromáticamente a las manchas de pigmento, se las difumina todavía en mayor medida. En sentido absoluto, por lo tanto, o el todo está desprovisto de partes, o a las partes les manca el todo, cosa que polariza la existencia del compuesto en una *forma sin materia*, pura, y en una *materia sin forma*, bruta.

No resulta entonces casual que todo el trabajo posterior, tanto aristotélico como bergsonianos, se esfuerce en hacer transitable el umbral que separa la sutileza ideal de la rudeza material, franquear la brecha que típicamente se ha establecido entre lo mental y lo material. Ya en nuestro tanteo aproximativo, en el cual caracterizábamos las cosas que vemos o, al revés, la visión de las cosas, Aristóteles y Bergson recurrían al trabajo mixto de psíquico y físico, de intención y extensión, cuando tradicionalmente se tendió a disociar la visión (subjetiva) del objeto de visionado (objetivo). Su tarea, equiparable en el fondo a la mía, busca apaciguar la crispación entre dos linajes históricamente

antagónicos al reunirlos bajo un descendiente cruzado, el hijo pródigo de la filosofía, es decir yo. Pretenden recorrer la negación, la cual ven como una contradicción entre contrarios, para resolver afirmativamente el conflicto que yo disputo conmigo, reconciliando – por qué no decirlo – el cuerpo de *uno* con el alma *misma*.

(4. La indiferencia del número) Aprovechando que vuelvo a hablar de mí, acaso resulte una ocasión propicia para recapitular. Antes afirmaba que «yo soy yo», y aun así no sabía lo que decía. Acudí, no me quedaba otra, al conocimiento general, a aquello que todo el mundo sabe, y con su ayuda traduje mi propia aseveración por la identidad de uno mismo. Mis progresos no fueron tampoco alentadores en este nuevo registro, y por ello me decidí a negar lo que se afirmaba de mí con tal de elucidar qué quería decir yo desde el principio, o incluso por principio. Analicé, según hemos visto, la identidad descomponiéndola en uno y mismo; tratando con uno, y reservando para luego lo mismo, lo hallé vinculado al número y a muchos junto con él.

Siendo uno lo contrario de muchos, su estricta negación, probablemente se nos reproche que el número desacredita nuestro método de indagación, basado en la contradicción entre términos opuestos, la cual queda anulada en el seno numérico. El número, empero, no inhabilita, sino que culmina este atávico procedimiento, popularizado filosóficamente sobre todo por Hegel, como síntesis de tesis y antítesis, en este caso la unión de unidad y pluralidad. No hay que olvidar que «yo soy yo» empieza y acaba conmigo; que al comienzo y al final mi identidad – si en verdad es eso lo que yo soy – debe prevalecer. La diferencia constituye pues sólo un medio transitorio para recorrer el intervalo inscrito entre la salida y la llegada. Si vamos entonces por el buen camino – si es que hay verdaderamente uno de bueno, el bien que la tradición no dudó en postular –, la identidad ha de acabar con la diferencia, la diferencia finalmente se identificará. La batalla, al menos esta batalla entre uno y muchos, necesaria pero no suficiente para conquistar la victoria de mi particular guerra, concluye entonces con la rendición y la consecuente sumisión del contendiente menos avezado en el arte del combate. Primitivamente, solía vencer aquél que empleaba una mayor cantidad de fuerza bruta, y por ello tenían muchos una ventaja natural, dada su proximidad con la materia en estado bruto, emparentados en términos de diversidad. No obstante, visto el resultado, a saber numérico, muchos no pudieron competir con uno, quizás debido a su alta sofisticación armamentística o a la sutileza de sus estratagemas bélicas.

Esto se ve especialmente *bien* en los elementos que subsume el número como caso: si se tomara de nuevo a la pluralidad en serio, en sentido absoluto quiero decir, no bastaría considerarla solamente como una *multiplicidad* de partes en constante partición, sino que también devendría *múltiple*. Hay, en efecto, muchos fragmentos, aunque ninguno de ellos igual, ni tan siquiera semejante a ningún otro. Tanto la semejanza como la igualdad constituían, cada una por su lado (real o ideal), uno de los factores decisivos para fundar una unidad estable, para englobar a muchos en un todo conjunto. La pluralidad, sin embargo, marcha en la dirección opuesta, discurriendo caóticamente, sin orden ni consenso. No aspira a establecer una comunidad homogénea, cohesionada al extremo, sin desavenencias internas; no pretende unir, sino dividir, e infinitamente

además. Precisamente por eso, con tal de que todas las partes integrantes se desintegren, no deben compartir ningún rasgo en común; se acompaña la profusión cuantitativa de la más severa diferencia cualitativa, repudiándose cada miembro desmembrado por su desemejanza real o su desigualdad ideal. En sentido absoluto, por lo tanto, la pluralidad se presenta indesligable de la heterogeneidad, no habiendo muchos sin que éstos resulten enteramente incompatibles entre sí. La multitud que colma al número parece, con todo, domeñada, contrarrestada su espontánea rebeldía, al descomponerse en submúltiplos ya no semejantes, sino exactamente iguales. El 3 equivale a la suma de tres 1(s) indistintos, los cuales no se distinguen en nada. Así culmina el número una de las dos sendas por las que transita la identidad; acaba *bien*, en opinión de la tradición, porque vuelve indiferente a la diferencia, resolviendo la contradicción entre contrarios. De su menos(-)precio recíproco, concluye un valor positivo, de más calibre, neutralizándose matemáticamente los dos signos de negación.

El número representa, en definitiva, el régimen dictatorial que uno manda acatar a muchos después de su derrota; el orden impuesto a un caos desnaturalizado, que deviene por contra obediente al comportarse comedidamente, en función de una unidad de medida que reprime y canaliza su anárquica desmesura hacia una única orientación, uniforme. Uno transige con la multiplicidad, a cambio no obstante de que renuncie a lo múltiple. Tolera que haya varios, aunque no variedad. La pluralidad de elementos que subsume al número dependerá por ello de que se distingan cuantitativamente, puesto que cualitativamente deberán permanecer invariables. No se percibe, como decía, diferencia alguna entre los tres 1(s) que el 3 agrupa, lo cual se corresponde más o menos con la primera lección que aprende el ignorante en álgebra: no se pueden mezclar, numéricamente hablando, peras con manzanas; tipologías divergentes no resultan computables conjuntamente, no sin converger implícitamente en el género frutal. No existe, en fin, unión en ausencia de un acuerdo de mínimos, cuyo correlato ideal lo maximiza a equivalencia perfecta, elevándolo al registro numérico, quizás el monumento honorífico para con el triunfador de la batalla.

Esta indiferencia cualitativa, por llamarla de algún modo, no parece con todo un requisito arbitrario. En sentido estricto, la unidad gozaba de una absoluta indivisibilidad: ¿cómo dividiríamos en partes a aquello que esencialmente carece de ellas? Por el contrario, muchos rezumaban divisibilidad. La única forma, por lo tanto, de que lo divisible resulte en cierta medida indivisible consiste en mantenerse igual a pesar de las modificaciones que lo afectan, como si nada le pasara. En caso, empero, de no poder cumplir – como en realidad ocurre – este requisito, demasiado exigente, muchos harían todo lo posible para respetar el dictamen de uno, dividiéndose entonces en partes iguales. Por ineptitud, relativizan la orden de quedarse quietos, sin inmutarse, estableciendo en compensación un orden fundamentado en la proporcionalidad. Se favorece así, para entenderlo *bien*, una relación igualitaria entre iguales, como en el caso de la secuencia de números naturales, donde inalteradamente se añade 1 al anterior, exacto al posterior. Aquí nos tropezamos, sin embargo, con una nueva dificultad: ¿si todo es tan igual, en qué se diferencian las partes? Si uno sucede a otro uno, cada uno de

los cuales se divide en muchos otros, en algo habrán que distinguirse. Previamente aludíamos a la cantidad, pero ¿cómo se discierne cuantitativamente, o para emplear el ejemplo bergsoniano, qué distancia a los corderos de un rebaño? «Diremos, pues, que la idea de número implica la intuición simple de una multiplicidad de partes o unidades, absolutamente semejantes las unas a las otras. [...] Y, sin embargo, se tiene que distinguir en algún aspecto, puesto que no se confunden en una de sola. Supongamos a todos los corderos de un rebaño idénticos entre sí; difieren al menos por el lugar que ocupan en el espacio; si no, no formarían un rebaño.»¹⁰

(5. El espacio: homogeneidad y simultaneidad) Imagínese por un momento que, después de tanto hablar en abstracto, de repente me entra hambre, como si el esfuerzo mental, incorporal en opinión de la tradición, tuviera algo que ver con mi propio cuerpo. Me dirijo por ello a la despensa, encontrándome allí con una cesta de fruta repleta de manzanas. Cuento tres, e inevitablemente mi pensamiento se remonta hacia lo que previamente asumía: el 3 equivale a una triple secuencia de 1(s). Sin embargo, aunque entienda que las manzanas juntas sumarían 3, sigo percibiendo una manzana junto a otra, la cual todavía está junto a una tercera. En realidad, o en la realidad para resultar precisos, la equivalencia previamente aludida se rompe, puesto que a pesar de decir «tres» a viva voz, la primera manzana no se funde con la tercera, como tampoco arrastra a la segunda consigo mediante una tal operación, aun coincidiendo genéricamente. No veo una manzana el triple de grande por haberse, de algún modo, comido al resto, sino tres frutas semejantes, casi iguales, que no obstante percibo distintas. Por este motivo, aquello que en teoría me parecía posible juntar, asimilándolo a un conjunto numérico cardinal, a la práctica se me aparece disjunto, desgranado en una secuencia ordinal de elementos indigerible para mi intelecto. A ello se suma, además, que ni siquiera el ignorante en álgebra desconoce que, para convertirse en un buen matemático, deberá empezar, como todo el mundo sabe, por enumerar manzanas, contando realidades con tal de formarse una idea aproximada, preliminar, del número. ¿Cómo iba, empero, a forjar semejante noción, a disponer el incipiente aprendiz de una visión de conjunto, si sensiblemente todo se le presenta disjunto, separado en una miríada de partes incongruentes, en apariencia no totalizables?

Afortunadamente, las tres manzanas se hallan juntas en la cesta, agrupadas por un espacio compartido que las engloba. Intuimos, por ende, la esencia del número, aquel derecho a contar con una unidad colectiva, cuando uno se da cuenta de que las cosas, de hecho, existen en algún lugar. La situación de los objetos nos ofrece, de alguna manera, una síntesis preparatoria respecto a aquella que los números cumplirán más severamente, como bien vio Kant en su *Crítica de la razón pura*.¹¹ Ahora bien, ¿no

¹⁰ H. Bergson, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, p.62.

¹¹ Así introduce Kant el proyecto de su estética trascendental: «[...] *aislaremos* primeramente la sensibilidad, separando todo lo que en ella piensa el entendimiento mediante sus conceptos, a fin de que no queda más que la intuición empírica. En segundo lugar, apartaremos todavía de esta última todo lo perteneciente a la sensación, a fin de quedarnos sólo con la intuición pura y con la mera forma de los fenómenos, únicos elementos que puede suministrar la sensibilidad *a priori*. [...] veremos que hay dos formas puras de la intuición sensible como principios del conocimiento *a priori*, es decir, el espacio y el tiempo.» Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura*. Tauros, Madrid (2012), p.67 [A22].

vemos justamente diferentes objetos por ocupar éstos distintas posiciones? Por mucho que el objeto de visionado se posicione, ¿no nos encontramos, igualmente, ante un idéntico problema, a saber, la imposibilidad de concebir la identidad de uno a partir de una pluralidad de diferencias que rehúsan identificarse? ¿Quién lideraría, entonces, este quimérico ejército de desertores? Por absurdo que parezca a primera vista, para alcanzar este objetivo, para lograr conjuntar lo disjunto, se requeriría de una instancia la cual, más que invisible, careciera de posición, intangible incluso. Si no la distinguiera a simple vista – pues sólo veo, o eso creo, lo que también puedo tocar –, tampoco resultaría distinta, al contrario: ya no resaltaría las diferencias, sino que se focalizaría en las similitudes. En este sentido, la tradición no ha propuesto en balde a la *forma* como principal candidata, al reunir ella prototípicamente ambas condiciones, me refiero a la *incorporalidad* y a la *ubicuidad*, puesto que quien se halla en más de un emplazamiento a la vez no está estrictamente en ninguno de ellos, teniendo solamente lugar aquella cosa cuya presencia fáctica se restringe a un único sitio. El líder de esta heteróclita manada deberá por lo tanto encontrarse en todas partes insensiblemente, lo cual conllevará en cierto modo su inexistencia, quiero decir, que no se confunda con un existente ordinario.

Ciertamente, la forma no existe, sino que es: es esencia, no presencia. Aun así, de esta forma, junto con ella, no se resuelve el problema antes planteado. Precisamente, todo el problema estriba en saltar de la realidad a la idea, de la enumeración local hasta el surgimiento del número en general. Necesitamos aún un intermediario que satisfaga los dos requisitos, que ejerza de pasarela entre el existente y el ser, al parecer el objeto y el sujeto implicados simultáneamente en el recuento. Todo el mundo sabe ya la respuesta a este enigma: de hecho, ¿quién si no el espacio se halla en todas partes? *Bien* mirado, si uno razonara con los ojos cerrados, contemplaría especulativamente que el espacio no posee lugar, aunque lo conceda. El espacio no se posiciona, no concierne a ninguna demarcación en concreto, sino que se instala en el intervalo que separa tales posicionamientos. El espacio es, en verdad, la distancia inexistente entre dos existentes, el hilo invisible que conecta la salida con la llegada. El espacio supone aquello donde algo se puede poner, pero en el cual no hay originariamente nada puesto, y por ende tampoco nada que ver. El espacio constituye por ello un *medio vacío*: medio porque está en medio de principio y fin; vacío porque en él nadie percibe nada, por lo menos de entrada.

Con todo, corremos en esta carrera el peligro de reducir esta vacuidad a la nulidad, incluso de equiparla a la imagen de la cesta sin fruta. Respecto a lo segundo, se hace patente que la cesta se encuentra, aunque desprovista de manzanas, llena de aire.¹² Respecto a lo primero, cabría definir la inexistencia con la cual el espacio se halla comprometida, pues tampoco era el ser nada existente según la opinión clásica y aun así

¹² Aristóteles, *Física*. Gredos, Madrid (2011), p.570 [208b, 1-8]: «[...] que el lugar existe parece claro por la sustitución de un cuerpo por otro, pues allí donde ahora hay agua luego habrá aire cuando el agua haya salido del recipiente, y más adelante algún otro cuerpo ocupará el mismo lugar. Este lugar, entonces, parece distinto de todos los cuerpos que llegan a estar en él y se reemplazan, pues allí donde ahora hay aire había agua. De ahí que pueda parecer claro que el lugar o el espacio hacia el cual o desde el cual los cuerpos han cambiado es distinto de ellos.»

se lo juzgó radicalmente opuesto al no-ser, a la nada más absoluta. El espacio, en efecto, no existe, pero subsiste entre existentes, por la cual cosa tampoco podríamos atribuirle, rigurosamente, ser alguno, ya que todo ser – que no esté vivo – permanece aparte de las cosas reales, presumiblemente en el dominio ideal. Si el espacio no existe ni es como tal, diremos al menos que literalmente *preexiste*, precediendo al existente posicionado. El espacio constituye, entonces, el marco previo en el cual se yuxtaponen distintos posicionamientos, paragonado por los modernos con el eje de coordenadas cartesiano, donde cada punto se coordina, como coordenada, sin problema con los demás.

Con ello, sin embargo, tampoco se explica de qué modo lograríamos acceder mediante esta geometría de puntos al orden algebraico; cómo nos conduciría la intuición espacial hacia la comprensión formal de las cosas, aproximando realidad e idea, numerado y número, miembro y colectivo, o desertor y ejército si se prefiere. Desde luego, cuando uno ya no puede buscar diferencias, justamente porque, llegados a este punto, eso es todo lo que quiere evitar, normalmente virará en la dirección contraria, corroborando las semejanzas. Se parece, más o menos, a la construcción de un rompecabezas: después de abastecerse de varios fragmentos, se continúa con la investigación de su encaje. Para encontrar, no obstante, dichas similitudes, uno ha de fijarse bien en la imagen despedazada que cada pieza lleva impresa, comparándola con la representación completa de la carátula; averiguar en qué parte del todo se sitúa el recorte, identificar qué le pertenece del todo a cada parte. Debemos preguntarnos, en fin, qué le confiere el plano espacial a un punto cualquiera, lo cual quizás nos acabe revelando algo del puzle una vez terminado, ensamblados sus componentes.

El espacio introduce un punto en su sistema al proveerlo de una coordenada. Ya sugeríamos que la coordenada, como su propio nombre indica, coordina. Ahora bien, ¿de qué modo? Baste decir lo que todo el mundo sabe: la posición de un punto depende de la situación relativa con respecto al resto. En el desierto de la deserción, uno se halla enteramente desorientado. Necesita puntos de referencia para guiarse; recurre a la situación de otros para reconocer la suya propia. El espacio, por ende, nos pide encarecidamente que no vivamos en soledad, que coexistamos con más existentes, pues él meramente comparece, ya que de hecho no aparece, al interceder entre tú y yo con el precoz esbozo de un nosotros. El espacio configura una red de posiciones cruzadas que se determinan recíprocamente, donde yo estoy por ti y tú por mí. He aquí la primera característica que el espacio concede a cada uno de los puntos: me brinda la oportunidad de encontrarme yo contigo y tú conmigo al mismo tiempo, *simultáneamente*, con independencia de nuestras distintas edades. No le importa, por así decir, quién vaya ganando, la diferencia de marcas entre el primero y el último corredor. Ambos participamos en la carrera, y por ello ocupamos una localización concreta del recorrido total. El espacio nos reúne pese a la distancia, insertando en el desfase temporal entre vencedor y perdedor una longitud que nos concierne por igual a los dos, pues mida quién mida la separación, ya sea el primero o el enésimo, obtendrán un exacto resultado.

En este punto, por lo tanto, el tiempo parece considerarse lo contrario al espacio, lo cual me legitima en cierto grado, según nuestro método de indagación, a hablar de él. El

espacio, en efecto, suprime al tiempo, su más acérrimo antagonista. No debe engañarnos la expresión «al mismo tiempo»: suponer que una variable matemática no varía a lo largo de toda la trayectoria que comprende el cálculo, longitudinal en este caso, implica admitir que no cabe tenerla en cuenta durante el transcurso de la medición, atribuyéndole por consiguiente un valor nulo, como si nada pasara, ni siquiera el tiempo, en semejante intervalo.¹³ La simultaneidad, en fin, pertenece en exclusiva al espacio, precisamente porque conlleva la anulación de la duración, al depender la hora que marca el reloj, estrictamente, de la posición sincrónica de las brocas, lo cual relega su diacronía a un segundo término.

Nos quedaríamos, empero, cortos al presentar el espacio sólo como el garante de la simultaneidad de los puntos, de tú y de mí a la vez. Él consigue, además, equipararnos. No lejos de aquí, por el simple hecho de aparecer en un sitio distinto al tuyo, no me confundía yo ni mucho menos contigo, como tampoco las manzanas de la cesta: éramos dos, y no uno con el doble del tamaño habitual. En realidad, seguimos siendo dos, un par de partes que ahora, o más bien aquí, comparten una recta cuya totalidad rematamos como extremos reconciliados. Meramente hacía falta – al corresponderse el espacio con aquel hecho que echamos en falta –, desteñir la línea cromática o, hablando filosóficamente, recurrir a la plena descalificación de las calidades. Por así decir, lo que yo veía blanco tú lo veías negro debido a la disparidad de nuestros respectivos puntos de vista. No podía, como bien sabes, observar lo mismo que tú, porque ambas situaciones resultaban incomparables en cuanto tales. ¿Cómo habría logrado ponerme en tu lugar sin que ello supusiera la desaparición de alguno de los dos, al no existir cosa que se dé en más de un lugar a la vez, incluso al mismo tiempo?

Quítese, no obstante, la vista al punto de vista y obtendremos dos puntos que, pese a no identificarse del todo, valen ahora, o mejor aquí, exactamente igual. Ambos valorarán que la distancia que los separa coincide, comprendiendo con ello que en el fondo no son tan diferentes como presuponían, pues han llegado, cada uno por su lado, a una idéntica conclusión. Piénsese, por ejemplo, en el haz de luz, cuya longitud de onda permanecía invariable entre modulaciones. Fíjese, a su turno, en la instintiva repulsión a la excepción en el seno de la manada, para asegurar la unidad del colectivo, la unión de distintos miembros. Sólo habrían, en consecuencia, varias ondas de luz, o acaso varios seres vivos bien avenidos, al prescindir física o biológicamente de la variedad, si la multiplicidad de color se inhibiera reduciéndola a un registro monocromático, un gris neutro del cual se saca tanto el blanco como el negro al bajarle o subirle el tono. De una pluralidad de puntos de vista se toma una vista unánime, *homogénea*, que compete al conjunto de puntos; una calidad uniforme que se extiende cuantitativamente por todo el dominio, de lo claro a lo oscuro. ¿Y no se ocupa justamente de esta labor, el espacio? No le interesa la ocupación de las cosas, a qué dedican su tiempo, sino el lugar que

¹³ Henri Bergson, *La evolución creadora*. Cactus, Buenos Aires (2007), p.30: «Y de hecho, los sistemas sobre los que opera la ciencia están en un presente instantáneo que se renueva sin cesar, jamás en la duración real, concreta, donde el pasado forma cuerpo con el presente. Cuando el matemático calcula el estado futuro de un sistema al cabo del tiempo t , nada le impide suponer que, de aquí a allá, el universo material se desvanece para reaparecer de golpe. Es el instante t' el único que cuenta, algo que será un puro instantáneo. Lo que transcurrirá en el intervalo, es decir el tiempo real, no cuenta y no puede entrar en el cálculo.»

ocupan: todo se limita a corroborar la posición de un punto, sin preocuparse por nada más.

El espacio garantiza, en definitiva, la *simultaneidad* y la *homogeneidad* de los puntos, situándolos a todos en un mismo tiempo y rango (o calidad), desprendiéndose así de ambas casuísticas. El espacio, al parecer, pone todas las partes juntas y hace de ellas un conjunto uniforme; colecciona las piezas y confecciona un encaje a medida, tendiendo un puente en el precipicio bicolor que se abismaba entre tú y yo. Bergson lo resume a la perfección: «[...] no hay apenas otra definición posible del espacio: es el que no permite distinguir entre sí a varias sensaciones idénticas y simultáneas; es, pues, un principio de diferenciación distinto del de la diferenciación cualitativa y, consiguientemente, una realidad sin cualidad.»¹⁴

(6. La realidad del punto y el espacio ideal) No creo, empero, que nadie note a primera vista que la calidad descalificada se corresponde exactamente con una cantidad, como de pasada sugeríamos. Bergson, aquí, ni lo menciona. ¿No discutíamos sobre posiciones, acerca del espacio, de sus similitudes con el número? *Bien* mirado, el número conlleva la multiplicación de uno que, sin apenas variar, se repite varias veces; la reproducción de una única unidad que redundante en una suma unitaria, producto el 3 de una triple secuencia de 1(s). No hace falta decir mucho más: ¿no son los tres 1(s) iguales, indistintos afirmábamos; no se encuentran ellos simultáneamente en el 3? Ahora bien, demostrar que el espacio y el número comparten características no bastará, seguramente, para esclarecer su compleja imbricación. Me permito, para justificarlo, una apreciación lingüística: aunque de usual se los emplee sinonímicamente, «igual» e «indistinto» difieren ligeramente en su carga semántica. Esta divergencia se constata ya en la ecuación que conecta el 3 con los tres 1(s) [$3=1+1+1$]. Si se aislara a un solo 1 de la fórmula, reconoceríamos de inmediato que éste carece de posición, puesto que una cifra así podría encarnar, dirigiendo de nuevo la mirada hacia la cesta de fruta, a cualquiera de las tres manzanas, al ser todas ellas meramente *una*. Un número como el 1 carece de ubicación, en tanto que eventualmente implica a más de un existente, cosa que le impediría cosificarse. Si se tomara ahora, o mejor aquí, juntos a los tres 1(s), los cuales se hallan por separado en una situación análoga, es decir, en ningún lugar, vanamente intentaríamos discernirlos, permaneciendo ellos *indistinguibles* para nosotros, dado que la única diferencia entre *iguales*, lo hemos argumentado, reside en su demarcación espacial, inexistente en 1. Por consiguiente, si se supone al 3 capaz de descomponerse en tres 1(s), deberemos forzosamente admitir que el número se sirve en cierta medida del espacio, lo cual explicaría la coincidencia de condiciones – me refiero a la simultaneidad y a la homogeneidad – que ambos parecen compartir. La relación igualitaria que mantienen tres 1(s) iguales emula, en este sentido, el enlace espacial, entendido como una yuxtaposición de distintas posiciones indiscernibles numéricamente. El análisis matemático, en suma, puntualiza; convierte a los sumantes en puntos, geometrizando de algún modo el álgebra.¹⁵ De ahí que la esencia de uno, la

¹⁴ H. Bergson, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, p.73.

¹⁵ *Ibidem*, p.65-66: «[...] cada una de las unidades con las que forma el número tres parece constituir un indivisible mientras opero con ella, y paso sin transición de la que precede a la que la sigue. [...] La indivisibilidad del acto por

unidad sintética de un número como el 3, también exista, desde el momento que se lo considera (analíticamente) el producto de una adición, la unión de muchos 1(s), resultando el tres a su turno multitud según declara el refrán popular.

Un número aislado, resumiéndolo, se presenta en realidad como un punto en el espacio, simbolizando éste paradigmáticamente la demarcación que ocupa la manzana. Ahora bien, ¿acaso se reduce *una* manzana, posicionada, a esta situación puntual? ¿Agota el punto su significado, la representa fidedignamente? En tal caso, si la manzana computara en verdad como un punto, no conseguiría yo entender, por mucho que pensase acerca de ello, por qué cuento tres manzanas y no cuatro elementos, al agregarle una cesta que, de hecho, ocupa igualmente un lugar que bien podría añadirse a los precedentes. ¿Qué razón habría para que la cesta no entrara en el recuento, a pesar de cumplir los requisitos de simultaneidad y homogeneidad?, pues existe y coexiste también aquí, en un emplazamiento concreto y al mismo tiempo que lo demás. En igualdad de condiciones, tanto temporales como cualitativas; en términos de localización por consiguiente, no habría diferencia alguna entre una cesta de fruta y cada uno de los frutos o, por lo menos, la cesta no se distinguiría más de una manzana que cualquier otra manzana, cosa difícilmente asumible.

Teniendo en cuenta esta duda razonable, ¿no nos estará pasando por alto, en este punto, algo sumamente relevante? Por más que tenga las tres manzanas a mi disposición, dispuestas a lo largo y ancho del espacio de puntos, ¿qué me impelería a concebirlas juntas, en conjunto, si aún permanecen disjuntas, esta vez en distintas posiciones? Pese a encontrarse de lado, no se suman. El espacio dispone de la materia necesaria para elaborar la adición, aunque no le dé forma; reúne los elementos y, aun así, no los une o funde en un único caso. Se encuentran en efecto juntos, pero no revueltos, precisamente porque, de tal modo, se volverían plenamente indiferentes, incluso respecto a su situación espacial. La suma no se identifica con una yuxtaposición de distintas posiciones, sino con la superposición de éstas en una sola. Numéricamente hablando, no me hallarían ante varios puntos pequeños, en todo caso me encontraría frente a uno de grande que los acogería unitariamente. El espacio de puntos, por lo tanto, hace comprensible el análisis, no sin embargo la síntesis numérica; descifra de manera sesgada el mundo cifrado de las cifras, incluso la realidad aparente, al no discernir del todo bien, adecuadamente, la divergencia manifiesta entre la cesta y las manzanas.

Y todavía diría más: los puntos en el espacio ni siquiera tienen lugar, como inopinadamente veníamos asumiendo. No pretendo sugerir que el espacio no los disponga, sino que los puntos dispuestos, posicionados, no pueden resultar demasiado pequeños si realmente aspiran a algún sitio. Bastará con un examen superficial de la física de estos últimos tiempos para cerciorarnos de ello, donde el punto, la más diminuta facción, o fracción, de la faz geométrica, se equipararía probablemente a alguna partícula subatómica. Si nos centráramos en el análisis, lo cual en teoría se le daba bien al punto, procederíamos a analizar los supuestos componentes últimos y por

el que se concibe una cualquiera de ellas se traduce entonces en la forma de un punto matemático, al que un intervalo vacío separa del punto siguiente.»

eso primarios del ámbito físico. Perseguiríamos, mediante sofisticados métodos, la pista que nos conduciría hacia nuestro microscópico hallazgo, el corpúsculo básico, y aun así, en la recta final, cuando vislumbramos ya la consecución de nuestro objetivo, la meta que anhelábamos se desvanece delante de nosotros. Repito el proceso, pero el desenlace continúa siendo el mismo: aparentemente nada. Llegaríamos entonces, de algún modo, a la conclusión no de que un punto físico no se halla nunca allí donde esperamos encontrarlo, deduciendo en consecuencia que nuestra investigación afecta a su situación, desplazando la partícula en el momento justo que incidimos analíticamente sobre ella. La posición, en tales circunstancias, se halla abocada a la incertidumbre: de ahí el principio que pone nombre a este fenómeno de ausentismo.

Cabe aprender, no obstante, de nuestros fracasos, coligiendo de nuestro vano esfuerzo algunos indicios acerca del lugar idílico que empeñadamente buscábamos, aquellas propiedades que idealmente debería satisfacer un sitio cualquiera: primero, una ubicación no tendría tiempo para moverse, ocupándose el espacio que ocupa de sustraérselo. De ello se desprende su fijeza, el estatismo del punto posicionado. En segundo lugar, se sobreentiende que sólo podremos localizarlo si lo atrapamos in fraganti, con las manos en la masa, antes de que huya de estudio por decirlo coloquialmente. Le atribuiremos pues, al punto me refiero, una carga adicional que restrinja su escurridiza volatilidad, ralentizando aquel dinamismo desenfrenado que lo hacía propenso al escapismo. Se trata entonces de añadirle masa, y a través de eso peso bajo el influjo de un campo gravitacional, para evitar que se evada, deteniéndolo finalmente. En definitiva, un punto con posición ha de estar compuesto, acarrear una *cantidad* ingente de puntos, sumarse las pequeñeces en un todo mayor, de gran tamaño, que las vuelva, revolviéndolas, más torpes, con tal de entorpecer su rápida reacción.

Tardo entonces de reflejos, conseguiremos capturar sin dificultad al punto para después enviarlo a juicio. Enunciemos, por ende, nuestro veredicto: meramente tendrá lugar, existiendo en algún sitio, un cuerpo inmovilizado o, mejor, lo suficientemente pesado como para que pese a fijarnos en él se quede fijo donde está, aunque algunos arguyan, lo hemos *visto*, que es al fijar nuestra atención en algo que ese algo deviene un objeto. No nos encontramos, empero, todavía en condiciones de calificar a esta clase de subjetividad, centrándonos aquí en desentrañar justo lo contrario, una descalificación que presumíamos cuantitativa. Desde luego, si el espacio no se preocupa más que por la posición ocupada por una coordenada, prescindiendo de calidad y tiempo; si el espacio, decía, preexiste fundamentalmente para los puntos, y además la existencia de los puntos depende de un agrandamiento al parecer ligado a la cantidad, obtendremos por transitividad el razonable enlace entre la descalificación espacial y la cuantificación. Simplificándolo, no habría disposición alguna, aun y su predisposición innata, sin la presencia previa de posiciones con las que contar, a pesar de estar éstas al comienzo indispuetas, mancadas aisladamente de un emplazamiento concreto. Aún más sencillo: ninguna tropa llegaría nunca a formarse en ausencia de aldeanos a los cuales reclutar como soldados.

Con suficientes reclutas, en fin, uno cualquiera podría llegar a formar un cuerpo militar que ejerciera de ejército. ¿Significa esto, empero, que un soldado raso no resulta lo bastante corpulento, al igual que acaecía con la partícula subatómica? Realmente, creo yo que es al revés: el ejército toma al cuerpo de pseudónimo en honor precisamente al soldado, fascinado por la total entrega de las partes integrantes en provecho del conjunto orgánico. En el ideal militar subyace el palpitante convencimiento de que la mano no se insubordinará ante el brazo, de que el brazo seguirá la pauta marcada por el torso, guiando a su turno el resto de miembros en función de las órdenes dictadas por la cabeza, que actuaría de cabecilla. Cuanto más se descende, sin embargo, en la escala anatómica, ahondando en ella mediante el análisis contemplativo, tanto más se evidencia que las diferencias patentes entre la mano y el brazo tienden a diluirse, dividiéndose en células que cada vez se parecen en mayor medida, indiscernibles incluso a nivel genético. En el cuerpo habitan, por consiguiente, una multitud de puntos celulares que se distribuyen a lo largo, ancho y profundo del espacio corporal, manteniendo con todo una unidad de la cual no gozan las tres manzanas, a menos que se encuentren *dentro* de la cesta. Concluiremos de ello que el espacio, preexistente, solamente se manifiesta existencialmente, teniendo *lugar*, en el interior de algo como un cuerpo y, en caso de extender esta lógica, los cuerpos en algo como un mundo, los mundos por su parte en algo como un universo.¹⁶

(7. Esencia numérica y preexistencia espacial: la existencia corporal) ¿Puede que, hasta aquí, no se haya comprendido del todo la enseñanza que, ya desde buen comienzo, nos proporcionaba el número, lo que esencialmente nos quería decir? Nos alarmaba que ni siquiera una manzana fuera capaz de conjuntarse con el resto, permaneciendo como máximo a una distancia prudencial de las demás, tal vez para no incomodarlas. Por supuesta amabilidad, el espacio consigue inmiscuirse subrepticamente entre las manzanas, desde cuya perspectiva las frutas, deferentes, difieren tan sólo respecto a su posición, lo cual las hace exactamente iguales que la cesta, también posicionada. Dicho esto, ¿no nos estaría sugiriendo el número que nos equivocamos al adoptar este punto de vista, al tomar la vista del punto? ¿Acaso prueba de mostrarnos que una manzana es algo más que un punto? ¿Cómo se encontraría, si no, en algún sitio? Del número aprendemos que un punto en el espacio se corresponde, en realidad, con una cantidad, no tanto un grupo de elementos como una multitud de elementos agrupados, invirtiendo de algún modo nuestra primera aproximación, aún demasiado ingenua. Ciertamente, el espacio bien podría entenderse como un colectivo de miembros puntualmente registrados, no más en fin que una colección de puntos rodeados por el vacío. Si así aconteciera, empero, los integrantes que integra no se hallarían ni mucho menos integrados; en caso que los miembros de mi cuerpo estuvieran meramente el uno junto al otro, pero no juntos o en conjunto, nada garantizaría que la mano acompañara al

¹⁶ Ciertamente, esta progresión podría postergarse indefinidamente, asumiendo quizás un multiverso que subsumiera al propio universo, y así sucesivamente. Para interrumpirla, pues, se deberá estipular un límite intraspasable, más allá del cual no haya ya nada, acaso como el concepto de cielo aristotélico. Bergson, en su brillante tesis latina sobre *El concepto de lugar en Aristóteles* (Encuentro, Madrid (2013)), lo resume así: «[...] todo está ubicado en el cielo, pero [que] el cielo no ocupa lugar alguno.» (ibíd., p.81) Bastaría entonces, por decirlo brevemente, con no encerrar el espacio en ningún lugar, con no conferirle existencia alguna para garantizar su preexistencia, estipulando pues un medio vacío que sitúe a los puntos pese a encontrarse propiamente desubicado, como se indicó previamente.

brazo, que el brazo la balanceara para equilibrar el movimiento de una pierna incapaz de andar al dejar atrás un pie que, rezagado, pasa de todo, negligente el cuerpo. Las trayectorias que describen los puntos en el espacio no tienen por qué converger en una dirección unánime: cada cual, por hablar coloquialmente, va a lo suyo, carecen de un sentimiento global de pertenencia. El grupo espacial, en el fondo una horda de muchos puntos, no saben marchar en definitiva como uno de solo, desfilar sincronizadamente.

La existencia, pues, se presenta como un fenómeno tremendamente complejo: por un lado, interior, se halla infinitamente dividida en partes; por el otro, exterior, aparece tan unida que nos parece únicamente una, un todo impartible. Esta es, en esencia, la verdad que entraña la ecuación: había tantos emplazamientos que un número cualquiera podía ocupar que, al no decantarse por ninguno en concreto, decide poner un poco de sí en cada una de ellas, repartiéndose por descomposición a lo largo y ancho de toda la extensión que idealmente cabía cubrir. El número deviene punto, el dominio algebraico un espacio geométrico; el 3, un cúmulo de 1(s), cada 1 un montón de minúsculos decimales. Dicha fragmentación, no obstante, en consonancia con el potencial numérico, siempre presto a enumerar, se prorrogaba y propagaba hasta recónditas regiones, en un sinfín de nuevos puntos surgidos de la enésima partición de los anteriores. La posición de un punto se encontraba así al final, en un final que jamás llegaría, tan compartimentada que acabó, sin terminar nunca, perdiendo su lugar en el mundo, casi confundido con la extinción, con la nulidad del 0, dilapidada cualquier posibilidad de volver atrás. Si algo nos dice empero la fórmula matemática, es que este camino, aparentemente abocado a la perdición, describe con la ida a la vez su vuelta, el indulto que compensa la cadena perpetua, redención señalizada algebraicamente por el signo de igual. En verdad, da igual que dirección tomemos, porque se sintetiza de igual modo que se analiza. Me refiero a que un número, por ejemplo el 1, tanto se puede entender como un compuesto de decimales (0,1 por diez veces) o bien como el componente fragmentario de un 3 descompuesto. La manzana, si se prefiere un caso real, o alberga moléculas de agua, sales minerales y vitaminas, o constituye uno de los elementos parciales alojados en la cesta. Todo cuerpo cumple esta doble faceta, situándose en algún lugar en cuanto cantidad y en un espacio que, a su turno, lo acoge en tanto que punto. Dependiendo de qué mitad de la ecuación nos llame más la atención, o contemplaremos a un contenedor formal por fuera, o a un contenido material por dentro, el 3 en toda su plenitud o disgregado en 1(s), repartido en partes.

Con una mano, por lo tanto, dibujamos de un solo trazo una línea continua, el contorno de la figura; con la otra, punteamos el deslizarse del lápiz por encima del papel, convencidos de que no puede haber línea que no se inscriba entre dos instancias mínimamente separadas, discontinuas, carrera a falta de un punto de salida y un punto de llegada. A pesar, no obstante, de la disparidad de sus respectivas manufacturas, ambas manos responden, en perfecta sincronía, ante un único cuerpo. Quiero decir, a propuesta expresa de la ecuación, que no existiría número sin un recuento puntual previo, ni tampoco espacio sin puntos que no estuvieran ya en cierta medida enumerados, en algún lugar. Los dos, el 3 y los 1(s), la línea y los puntos, se necesitan

mutuamente, proporcionando el primero la capacidad de aumentar, los segundos la sustancia susceptible de aumento, pues sólo así se puede alcanzar la suficiente presencia como para presentarse en el mundo, bajo la apariencia de un punto grande, un cuerpo que combine la determinación de la forma y la densidad de la materia, la síntesis numérica y el análisis espacial.

Yo soy, en consecuencia, tremendamente complejo por un lado, por el lado de *uno*. Yo soy, en efecto, el producto mixto de la esencia unitaria de la preexistencia multitudinaria, la resolución patente de la contradicción entre uno y muchos. Yo soy, en realidad, un cuerpo hecho de cuerpos, la suma orgánica de órganos, un objeto que no hace más que *sujetar* objetos de menor calibre. Previamente, hablábamos sin saber – reincidiendo por ende – de un sujeto contable, de alguien que con sumo derecho computaba algo como un hecho. A mi favor, argüiré que no pretendía mentir, sino que por aquel entonces desconocía la verdad, si es que estoy aquí en lo cierto, si es que esto me exime de la culpa. Yo no soy nadie aún, pero tampoco nada. El individuo que soy carece todavía de personalidad o, en otras palabras, ni siquiera a un desalmado como yo en estos momentos se le negará el cuerpo. Involuntariamente, pecando quizás de principiante, presumía bajo el apelativo de «alguien» y «algo» a un emisor y a un receptor de formas, a un sujeto eminente y a un objeto deficiente, sujetado subjetivamente. Me imaginaba, por qué no decirlo; se abalanzaba sobre mí la imagen de un artesano que, empleando el barro de materia, moldeaba una incipiente efigie de fango, la cual empezaba a despuntar como jarrón. El trabajo de torneador, manual, requiere sin embargo de ambas manos. Ahora bien, ¿quién las torneó a ellas? ¿Acaso alguien delinea, similarmente al popular pasatiempo infantil, su perfil al colmar con segmentos el vacío entre puntos? ¿No parece más sencillo asumir la complejidad del punto, su capacidad para ensancharse cuantitativamente y así abarcar, después de varias adiciones, hasta la punta de los dedos? Puede que no haga falta, en fin, ser sujeto para llegar a sujetar, sino que el propio objeto tendería, de alguna manera, a formarse por sí solo sin la ayuda de nadie, sin recurrir a atribución formal alguna, o no al menos a aquella que tradicionalmente estamos acostumbrados, la modélica, donde se asume un modelo a partir del cual el modelador modela las copias.

Para llegar allí, o mejor allá, a esta *otra* manera de interpretar la forma, y a la materia junto a ella, queda todavía un largo camino por franquear, superando innumerables obstáculos. Aquí, si algo nos importa, es empero cómo consigue el punto agrandarse, convertirse en un cuerpo voluminoso, repleto de corpúsculos pequeños. Todo el mundo, desde luego, lo sabe: resulta de mal gusto hablar con la boca llena. Y yo, que no he abandonado mi perorata desde que me encuentro en la despensa, transido de hambre, aún no he comido nada. Procedo en consecuencia, después de esta dilatada espera, a clavar mi primer bocado en la manzana, cuando de repente entreveo, antes del anhelado mordisco, una solución plausible: ¿no devoraría 1 al resto para volverse, una vez revueltos dentro de su estómago, 3, en una suerte de acto caníbal? Sumando, ¿no se nutre un punto de puntos? Parece como si, prescindiendo de la distancia que los separaba, cruzando con avidez el espacio vacío, el punto envolviera a sus congéneres

en una proximidad cercana a la voracidad del famélico, redondeándose. El punto, quizás emulando la fagocitosis celular, contactaría por contacto con sus iguales y los absorbería, transfigurándose así en esfera al ensancharse internamente, ocupando de tal modo un lugar en el mundo exterior. En este sentido, la posición maduraría, se elevaría a posesión, pasando aquellas deglutidas a formar parte integrante (e integrada) de ella como el todo que las contiene en conjunto, con lo cual ejercería el comensal de contenedor y lo comido de contenido, de tope y de relleno respectivamente. De esta forma rudimentaria, quizás, se lograría sintetizar, transferir el afán numérico de abreviarlo todo al espacio de puntos, o más bien a los puntos en el espacio, para así crear un lugar, un hogar de acogida para los desamparados, desorientados o aun desubicados en medio de la nada.

[II] Alma y letra]

(A. La simbiosis orgánica) Cabe decir, no hay según creo otra forma, que no en vano he empleado el condicional en la mayoría de los verbos conjugables – acaso con ganas de jugar, como yo de comer – del párrafo precedente. No estoy seguro, en él, de mis afirmaciones, pues aún no sé del cierto acerca de lo que hablo. Todo se limita, en realidad, a una corazonada, pero de alguna manera había que comenzar. Hablando, por cierto, de lo que no sé, nos habíamos quedado, en nuestra anterior recapitulación, con el número encaramado en la cúspide de *uno*, enunciando salvíficamente la desarticulación de la contradicción que lo enfrentaba a *muchos*, para así revelarse en su máximo apogeo, donde ya nada lo contrariaba. Ahora bien, para alcanzar este final apoteósico, un(o) número cualquiera debía ser y existir, devenir ambivalentemente esencia y presencia, en tanto que ningún número en abstracto llegaba ni llegará nunca a formarse sin un recuento real, bien lo sabe nuestro ignorante en algebra, aunque tampoco bastaba contar con entidades palpables para que éstas fueran computables, bien lo vimos mediante la cesta de fruta. Esencia y presencia, en fin, acuden cada una al auxilio de la otra: el espacio le proporciona presencia a la esencia, un medio vacío donde poder poner en situación a los constituyentes que la configuran, materializados en puntos simultáneos y homogéneos, iguales respecto al tiempo y a la calidad. La esencia, por su lado, contribuye a engrandecer, enaltecéndola, a la presencia, cuya existencia resultó ser tan efímera que casi no contaba como tal, no teniendo apenas lugar en el mundo. Del punto y de su apuntalamiento obteníamos un cuerpo como el mío, pues me pertenece a mí; un organismo capaz de respetar la apariencia pública de unidad pese a alojar una multitud creciente, sospechaba por ingestión, en el dominio privado. Así soy yo en cuanto *uno*: un colectivo de miembros anatómicos, un ejército fisiológico si se prefiere.

Todo funcionaría a la perfección, en efecto, si el cuerpo militar estuviera sólo compuesto de soldados rasos, de células genéticamente iguales que, en pelotón, se apelonaran a la vez, incluso al mismo tiempo, sin mayor pretensión que rellenar el vacío exterior desde dentro. En caso de elevar, empero, un poco la mirada, colocándonos ahora a la altura de los órganos en virtud de los cuales se me suele llamar

organismo, observamos que todo funciona precisamente porque cada órgano, también constituido por células, cumple con su cometido, al cual se adaptan morfológicamente. El corazón que late, no obstante, bien poco se asemeja – y aún menos resulta equiparable – a los pulmones que inspiran y expiran, a pesar de ser ambos vitales para mí, bombeando y oxigenando la sangre que me inunda, vigorizándolo, el cuerpo entero. Cuanto más asciendo por mi anatomía, tanto más varían en función y forma los miembros medios, a medio camino entre la pequeñez celular y la grandeza corporal. Acercándome pues a la unidad de uno; aun y rozar la identidad parcial que, asumíamos, debía acarrear mi propia complejidad, me alejo incomprensiblemente de mi objetivo como objeto, al surgir de la nada diferencias, tanto coronarias como pulmonares, que no soy yo capaz de asimilar.

Si algo no entiendo o, mejor, permitiéndome reformular esta frase inacabada, ese *algo* con el que me he venido identificando yo hasta aquí, mi cuerpo orgánico como todo el mundo sabe, logra justificar la existencia de un ejército de soldados uniformados, pero de ninguna manera llega a hacerse a la idea de por qué razón hay tantos tipos de tropas, cada cual especializada en una labor específica. No entiendo, no al menos en términos fisiológicos, que las partes disjuntas de un principio de conjunto, todavía no juntas sino la una junto a la otra, se relacionen desigualmente, conociendo yo meramente un enlace, el espacial, que predicaba justo lo contrario: la equivalencia total respecto a tiempo y calidad, donde cualquier ocupación se restringía a la localización ocupada.

En esta situación de desconcierto, me imagino yo a una célula que se escinde en dos fracciones iguales por mitosis, como pretendiendo, a falta de un espejo, crear su vivo reflejo en frente de sí. Si algo hace, empero, es ponerse de inmediato a disposición del espacio, dado que tan sólo se distinguirá de su gemela por la ubicación divergente que las concierne por separado. Considerando por otro lado que esta célula primigenia ha llevado a cabo, y con éxito además, su propia reproducción, forzosamente admitiremos que el medio vacío que la incumbe, o incubaba, se encontraba ya inicialmente repleto de recursos básicos con los cuales coexistía, cuya deglución continuada acaso le produzco el embarazo. No pudiendo yo pensar por el momento sino en comida, veo factible que nuestro primer comensal, harto de tanto comer, con la barriga hinchada, regurgitase lo comido, de algún modo transformado en un segundo comensal también hambriento, retumbando ahora ambos estómagos a hueco. En tales circunstancias, alguien creería seguramente que el vínculo filial entre hermanos resultara suficiente como para establecer una asociación armoniosa de caza, de mutua colaboración en la consecución de alimentos. Así sucedería, en efecto, si su semejanza extrema no se lo impidiera. Indiscernibles metabólicamente, las dos células, que supondré respiratorias para facilitar las cosas, no cooperarían, sino que competirían por el aire que indistintamente necesitan para no ahogarse, consumiéndolo el doble de rápido. La falta creciente de oxígeno, cada vez más acuciante, las abocaría entonces a un enfrentamiento frontal que, presumo, culminaría con la muerte de una de las dos partes, devorada incestuosamente por su congénere con el propósito quizás de absorber su último aliento. Esta hipotética relación de igual a igual acabaría desembocando, por lo tanto, en un ente particularmente

extraño, uno por fuera y uno por dentro, inexistente pues, al no acoger una multitud en su interior ni, por consiguiente, formar una unidad exterior por manca de integrantes. No existe, por decirlo burdamente, ningún ejército compuesto por un único soldado, como tampoco seguiría con vida, feneciendo desangrado, ningún aldeano completamente desmembrado, una vez amputados el conjunto de sus miembros. Desde luego, sabemos cómo tres sobrevivirían: nutriéndose uno de los demás. Todavía desconocemos, sin embargo, cómo dos, previo paso al tres, convivirían al mismo tiempo en un mismo lugar, en un espacio numerado, meramente cuantitativo.

Teniendo, lo hemos constatado, la mitosis celular los días contados, los vivientes se encaminaron, con tal de aplazar el plazo de la plaza que antaño les fue otorgada, hacia lo que biológicamente se denominó simbiosis. En pocas palabras, la división corporal se acompañó de una división correlativa del trabajo, ocupándose cada ocupante de labores dispares y aun así complementarias. A menudo, se recurre para caracterizarlo al ejemplo escolar de la flor y la abeja: la flor, mancada de movilidad para esparcir su linaje, y la abeja, en busca de un sustento alimenticio, se apoyan entre sí, como compañeras ahora de viaje, para su mutuo beneficio, proporcionándole una néctar y la otra un medio de transporte viable al polen. Y, en cierta manera, ya en la célula primigenia hallábamos esta suerte de compañerismo, de acompañamiento, aunque todavía preñado de ingratitud, lucrándose ésta unilateralmente del aire. Podríamos, en este sentido, quizás llamar altruista al comportamiento del oxígeno que, aun a costa de su combustión, se dejaba oxidar por el pionero de nuestros ancestros, para acabar degenerando en dióxido de carbono. No obstante, probablemente echemos en falta, en esta receta primigenia, otro ingrediente, muy distinto a un punto posicionado en el espacio, a aquella manzana que, justo después de entrar en la despensa, distinguíamos localmente. Un futuro a largo plazo resultaría inconcebible, o más bien impracticable; el primer fruto de la vida terminaría, en efecto, pudriéndose precozmente a menos que un tercer elemento interviniera en el proceso respiratorio, recuperando el aliento exhalado la inspiración dilapidada, resarciendo el dióxido de carbono en oxígeno inhalable, casualmente el segundo elemento indispensable para cerrar el ciclo aeróbico.

Si no queremos, en definitiva, morir antes o después por inanición, o incluso fructificar, uno ha de cultivar la relación con lo ajeno, me refiero a aquello que bien poco se asemeja a mí, cuidarme yo de regar la planta que, según interpretan mis pulmones, purifica el ambiente. No existen tres, una cantidad como tal, sin que los puntos enumerados diverjan en sus hábitos alimenticios, si acaso se nutre el vegetal de dióxido de carbono y el animal de oxígeno. En la trabazón superficial entre iguales subyace una diferencia profunda que la habilita, de mínimo dos que pese a discrepar en gustos congenian, acaso como el macho y la hembra. No resulta casual, por consiguiente, que todo el mundo se divida filosóficamente en forma y materia, ejerciendo éstas respectivamente de padre y madre para cualquier existente, también para mí, compuesto a su turno de ambas.

¿Y qué buen hijo, me pregunto, no se dedicaría, con total abnegación, a contentar sus progenitores? Me parece, no obstante, que hemos sido tremendamente injustos con

nuestra herencia, desatendiendo a uno – hasta este punto se lo ha menospreciado – de los integrantes del núcleo familiar. Por así decir, nos hemos atiborrado de néctar sin llevar aún el polen en compensación, como agradecimiento por el jugoso banquete. Hemos despreciado, hasta aquí, la reciprocidad que acarrea cualquier enlace simbiótico. Focalizándonos en cómo la materia cuantificaba la forma, hemos negligido la calificación de la materia por parte – hasta este punto la infravaloramos – de la forma. El espacio, cabe asumirlo, es el causante de semejante despropósito, con el beneplácito tácito del número. El espacio, lo recuerdo todavía vivamente, sustraía a los puntos el tiempo y la calidad, exigiéndolos una simultaneidad y homogeneidad que los sumía, sin sumarlos, en una codependencia orquestada desde la distancia. Ahora bien, esta presunta deficiencia resultaba meramente un farol, la apuesta vacua de un espacio que, a pesar de su mal juego, pretendía apuntarse algunos puntos. Les hizo creer, a los puntos me refiero, que tener una «misma» mano no servía para nada, no contaba en absoluto, porque ninguno conseguiría vencer. No se arriesgaban, en consecuencia, al considerar asegurado el empate, donde no había ni vencedores ni perdedores, una igualdad máxima entre los competidores, suspendidos por ello en la inacción.

Poseer una misma mano, sin embargo, no equivale a estar manco, mancado de ella. Aunque no exista forma de ganar para una materia hecha de puntos, ello no significa que carezcan por completo de forma, como tampoco de tiempo y calidad. Estrictamente hablando, la simultaneidad no prescinde de la duración, sino que la reduce a un exacto instante, puntual, igual para todos. ¿Cómo, si no, ubicaríamos algo «al mismo tiempo»? A su vez, la homogeneidad no conlleva la erradicación completa de la calidad, sino su uniformización, el ensombrecimiento de la variedad de tonalidades en las que podría expresarse. ¿Acaso no se calificaba a la ingente cantidad de ovejas que integraban el rebaño de lanudas y balantes? Cabría incluso afirmar que un punto material, provisto de una posición, también se encuentra en algún lugar, hallándose por consiguiente enumerado formalmente; ya comporta cierta cantidad, puesto que por más pequeña que se suponga a una partícula subatómica cualquiera, aún resultará ésta divisible, e infinitamente además, en un sinfín de subpartículas menores incluidas dentro de ella, cosa que la convierte en un cuerpo, ilocalizable desde luego para nuestros obtusos sentidos, acostumbrados de ordinario a un mayor tamaño, pero no sin emplazamiento. Una forma como la cuantitativa, por lo tanto, emparentada con el número, no se opondrá en verdad a la calidad; tampoco al tiempo, pese a requerir del espacio para garantizar la coexistencia corpuscular en el interior de un existente corpóreo. La cantidad no es lo contrario de la calidad, ni el tiempo lo contrario del espacio: de ahí que apenas hayamos podido hablar de ellos.

(B. La letra como elemento) Después de poner las cosas en su sitio, disponiéndolas espacialmente, y de haberlas cuantificado en base al modelo numérico, me propongo ahora – ¿ya no me encuentro meramente aquí? – decir algo más acerca de mi otro yo, aquél posterior al «soy» de nuestra proposición fundacional, que acaso sea alguien de fiar, lo suficientemente fiable como para acompañarme a mí en posición de firmes, cumpliendo con ello las dos demandas del principio de identidad (algo firme y alguien

fiable). Desde luego, no me olvidado de su célebre apodo, y por eso rebusco en los recodos del camino recorrido una contradicción que me impulse a seguir adelante. Como mucho, hallo la supuesta confrontación entre el espacio y el tiempo en términos de simultaneidad, la cual acabo de desmentir. La cantidad y la calidad no resultan tampoco ya una opción. Me queda, pues, el número. ¿Quién se opone a él? Todo el mundo, asumo, lo sabe: por descontado, la *letra*, tan recurrente en este trabajo y, aun así, tan desconocida para mí. Aunque no haya parado, durante el transcurso de mi tentativa genealógica, de escribir una letra tras otra, no le he concedido, muy a mi pesar, ni siquiera un momento, a ella que tanto le debo, madre del proyecto. ¿Cómo hubiera llegado yo hasta aquí sin su colaboración? ¿No es gracias a tales vocablos que yo escribo sobre el papel aquello que pretendo decir, a pesar de tratarse de la naturaleza del número, al parecer su más acérrimo antagonista? Inevitablemente, no sabré de lo que hablo hasta que no hable de la letra, polinizando como grata abeja obrera, henchida de néctar, esta blanca hoja.

Consciente – ¿lo soy ya? – de que casi no sé nada de mí; yo, que ignoro el resto de mi yo, no tengo, o eso creo, más alternativa: negaré aquello que afirmé del número con el propósito de despejar la incógnita letra. Se me podría acaso reprochar que sí sé algo de mi otra faceta, a saber, que soy yo *mismo*. En el caso contrario, nos pareció evidente que *uno* iba inextricablemente ligado al número como primera cifra natural. Lo *mismo*, sin embargo, no resulta tan fácilmente asimilable a la letra. ¿No cabría decir lo mismo de cualquier número, que es él *mismo* y no *otro*? La alteridad, en efecto, se opone a la mismidad, pero ello no nos aporta indicio concluyente alguno para discriminar a la letra del número, no por lo menos de entrada. El número, bien lo recuerdo aún, sin saber muy bien por qué; el número, decía mientras escribo, se identificaba con *uno* que albergaba, al mismo tiempo, a *muchos* en su propio seno, erigiéndose como la unidad de lo plural, como un colectivo de miembros bien avenidos, un ejército de soldados rasos o, si se prefiere el ejemplo bergsonian, un rebaño de ovejas lanudas que balan al unísono. ¿Se adecúa la letra a estos parámetros?

Tómese una letra cualquiera del alfabeto, por ejemplo la «l» de la palabra «letra», para evitar que se me acuse de proceder arbitrariamente. Desde luego, me encuentro ahora – más que aquí – en frente de una letra, justamente porque he aislado, desconozco si con acierto o no, a *una* de las *muchas* que alberga nuestro prolijo abecedario. En este sentido, parecería como si el trato individualizado con un único miembro del colectivo exigiese apartarlo del núcleo grupal, lo cual implicaría acabar, y de una sola vez además, tanto con la multiplicidad de partes que acarrea como con la unidad de todas ellas en un todo conjunto, al incentivar por así decir la desertión. No obstante, incluso el soldado renegado constituía propiamente un ejército, formado por órganos que se dividían en células aún divisibles. La mecánica de grupo, o la lógica del número si se prefiere, se propagaría entonces indefinidamente del mayor al menor eslabón, aunque se rompiera la cadena de mando. Pese a disminuir de escala, llevando un grado por debajo la síntesis y su consiguiente análisis, el cuerpo del militar se comporta exactamente igual que el cuerpo militar aun después de abandonarlo, tal y como 1 lo haría en caso de

desvincularse de aquel 3 que lo contenía por triplicado. En consecuencia, cualquier posición – ya sea 1, un soldado o hasta la «l» – llegaría a tener lugar, existiendo como tal, si se fragmentara ulteriormente en puntos repartidos por el espacio, al henchirse de pequeñeces a través de las cuales, por contraste, se resaltaría su relativa grandeza.

¿Y acaso no deviene, me refiero a la letra «l», existente en el momento mismo que la escribo? Si me encuentro ahora – más que aquí – en frente suyo, evidentemente se halla en algún sitio, resultando en consecuencia una como ella divisible en muchos aun y nuestras reticencias iniciales. ¿No se descompone la línea perfilada que la traza en puntos? Así cabría suscribirlo, pero diré contrariamente que no porque quiero seguir haciendo uso de las palabras. Suponer a la «l» analizable, y por lo tanto ligada a *algo* como una síntesis, significaría equipararla rigurosamente al signo que la representa o, todavía mejor en estas circunstancias, que la presenta en cuanto presencia, prescindiendo del sonido que veladamente emito al anotar la grafía. Tal vez no pruebe nada, por incumbirme meramente a mí; no sé si todo el mundo nota, yo lo hago, que mientras uno está en proceso de redactar una letra los músculos de la lengua, junto a los de la mano, se tensan, como si el habla pretendiese secundar a una escritura con la que nada tiene que ver, pues la oigo, cuya exteriorización reprimiría a costa de mantener la boca cerrada, sin dejar que el movimiento continuado que requiere la oralidad se prolongue, quedándose de tal manera en un vano esfuerzo, quizás esta voz interior que oigo deletrear a medida que enturbio la lividez de esta hoja con una sarta de símbolos oscuros. En todo caso, me toca justificar, limitándome al tacto, qué motivo me impediría emplear las palabras si la letra no fuera más que un signo ortográfico. Tómese, para evitar que se me acuse de proceder arbitrariamente, la palabra «palabra», donde a una única «a» se le asignarían tres lugares al mismo tiempo, lo cual nos pareció ya con dos imposible. El espacio garantizaba, en efecto, la simultaneidad de posiciones casi iguales excepto por su distinta demarcación, de pequeños contenidos aunque no de grandes contenedores: habilitaba la yuxtaposición de una multiplicidad por analizar, de ningún modo la coexistencia de múltiples síntesis. Si redujéramos, por lo tanto, la letra a su señalética, la palabra «palabra» devendría una contradicción insalvable, incapaz de transitar, ni siquiera al final, por el recto sendero de la identidad, desechando todo lo que hasta el momento hemos venido afirmando a través de ellas, confinándolas de ahora en adelante a la negatividad.

A este respecto, el sonido que acompaña de ordinario a la grafía, la pronunciación explícita de la letra en cuestión, nos permitiría manejar – lo digo a simple modo de observación, o más bien de audición – semejante clase de repetición, o de multiplicación existencial, restringida a un solo ocupante por lugar. Cuando profiero la palabra «palabra», articulo vocalmente la «a» tras haberse volatilizado la primera en el aire, impidiendo eso que ambas se den simultáneamente al no quedar constancia escrita, una marca permanente de su paso por el mundo en un soporte típicamente de papel. Yo no podría obtener un duplicado sin antes deshacerme de la copia impresa que la precede, a menos que el acto caligráfico resultase presa de la instantaneidad, comportando su uso reiterado el desvanecimiento repentino de lo repetido, enmudecido

poco después. No conseguiré hablar dos veces consecutivas de la «a» sin callarme de por medio, borrando con este interludio de silencio todo aquello que no acontece justo ahora. La iteración invariable de una única presencia la condena a la inmediatez presente o, en otras palabras, le exige desprenderse por completo de su pasado, ya sea próximo o lejano, como si a lo largo de un paseo por la orilla del mar tan sólo se conservara indeleble en la arena aquella huella que, circunstancialmente, le está imprimiendo mi pesado cuerpo, desdibujadas el resto debido a la infatigables labor de las olas que bañan mis pies itinerantes.

Ahora bien, por mala que resulte en la actualidad mi propia capacidad de observación, aún inmadura, veo incluso así que la palabra «palabra» reclama la copresencia de las tres vocales, además de las consonantes, para alcanzar su plena formulación, la cual cosa parecería inviable si una «a» no compareciera hasta no haberse abolido todo rastro aparente de la otra. En este sentido, la aparición y desaparición auditiva de la letra no nos produciría de ninguna manera la sensación de una repetición, la acumulación sucesiva de una ocasión anterior a la posterior, sino que como mucho percibiría un hecho intermitente y no una secuencia de ellos. El tañido de un campanario, para aportar un ejemplo sonoro,¹⁷ marcaría siempre la una si mi oído no retuviera de algún modo la reverberación de la campanada ya extinta que retumbó en primer lugar o, en términos temporales, si el presente no prolongase el pasado pese a perecer la presencia en que se presenta. Una escucha vivaz se acordaría de los muertos o, hablando facultativamente, la audición de una palabra entera, letra tras letra, requeriría de la inestimable colaboración de la memoria para conservar en forma de recuerdo la serie de notas efímeras que, reunidas, configurarían su melodía, la cual interpretaría como el vocalista del grupo. Ciertamente, si pudiese recurrir a facultades todavía incipientes en mí, también la grafía resolvería su aporía correspondiente, apelando por su lado a un intelecto contemplativo, a una visión – sagaz en esta ocasión – donde las distintas «a(s)» no serían sino la reproducción particular de una idea general con la cual se identificarían desde el principio, más que al final.

(C. El caso de la palabra) Casi era de esperar: después de tanto divagar, deambulando, acerca de cuestiones cuya dimensión aún me supera, me he mordido involuntariamente la lengua, indicándome acaso mi cuerpo que debo atenerme de nuevo al tamaño que estoy habituado, desprendiéndome de recuerdos e ideas que alejan mi cabeza del mundo tangible por el cual andaba. Pretendía comprobar, antes de que mi organismo, es decir yo en cuanto *uno*, me parase los pies, si la letra se comportaba realmente como un número. Yo, que sin entenderme a mí *mismo* soy tremendamente olvidadizo e ignaro, no acabo de dilucidar cómo una letra albergaría una multitud en su interior. Puede, no obstante, que me haya equivocado de enfoque: tampoco distingo una célula a simple vista y no por ello la considero menos un submúltiplo del número. Al tratar en todo momento con cifras naturales (1,2,3,...), me parece lícito dirigir la mirada hacia aquellas cosas de las que me doy cuenta espontáneamente. ¿Qué hormiga contaría átomos en vez de los granos de trigo que le sirven de sustento, como a mí las manzanas

¹⁷ Cf. H. Bergson, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, p.93.

de alimento? Por así decir, me pongo al nivel de la realidad que me rodea, donde yo no percibo miembros disgregados sino cuerpos, palabras y no letras sueltas. En caso, por ende, de justificar que la palabra tiene lugar al igual que cada letra una posición en ésta, conseguiríamos demostrar, en virtud de la reversibilidad matemática entre síntesis y análisis, que una sola letra esconde también a muchos otros, en tanto que siempre resulta posible llevar, e infinitamente además, la división un eslabón por debajo, convirtiéndose el punto hasta entonces más pequeño en relativamente grande.

En resumidas cuentas, ahora – más que aquí – me pregunto si una palabra, y no una letra, forma propiamente un compuesto numérico, similar a un cuerpo como el mío. Para ello, cabría corroborar que sus componentes, me refiero desde luego a las letras que cualquier palabra integra, se sitúan en un espacio cuya materia consiste en puntos predispuestos a juntarse, aunque todavía sin sumarse al estar meramente el uno junto al otro. No se me ocurre mejor forma de patentizarlo que exigiéndoles cumplir a cada letra aquellas dos condiciones que caracterizaban a un punto posicionado espacialmente: la homogeneidad y la simultaneidad. Respecto a la primera vemos, e incluso oímos, que tanto tomando la palabra «palabra» como la palabra «letra», o no todas las letras son iguales, o bien difieren todas ellas entre sí, distando por consiguiente en algo más que su mera localización. Y aun así, de alguna manera que ignoro tal vez por haberla olvidado o jamás recordado, el colectivo permanece insólitamente unido pese a no avenirse del todo bien, o hasta mal, no pareciendo pues que al conjunto de los miembros les afecte la descalificación operada cuantitativamente, el postulado algebraico de no mezclar peras con manzanas. Debido, quizás, a la falta de atención de nuestro pésimo aprendiz de matemático, el perro pastor y el lobo predador conviven contra pronóstico en rebaño junto a las ovejas, ya sean blancas o negras. Su heterogeneidad manifiesta no les impide erigirse en unidad, aunque la multiplicidad que acarrear resulta también múltiple, uno de muchos no sólo varios, sino además variados, no asimilables a nivel cualitativo.

La palabra, en definitiva, nos muestra, haciéndose a su turno oír, que existe al menos una forma alternativa de cohesionar a un grupo, de incluir sin excluir a ninguna de las letras del abecedario, ya que en caso contrario, aceptando pues el modelo marcado por el número, la extensión del diccionario acabaría drásticamente reducida al no haber en él consonante ni tampoco vocal que no se relacione con aquellas diferentes a ella, tanto gráfica como fonéticamente, para convertirse en vocablo. Si la letra «a», la primera con la que me encuentro en orden alfabético, procurase fundar unilateralmente una palabra a partir de su única enumeración, obtendría algo como «aaa», un término compuesto por la yuxtaposición de tres «a(s)» tan sólo distintas respecto a su demarcación espacial, combinación con la que probablemente no voy a toparme por más que enriquezca mi vocabulario. Numéricamente, la selección del parámetro inicial determina la elección de los demás, cualitativamente iguales o homogéneos, mientras que en el registro escrito, como oral, cada nueva ocasión me brinda la oportunidad de recurrir, esta vez y el resto, a las veintisiete letras que componen nuestro prolijo abecedario. Después de la «a», hay la posibilidad de poner, sin duda, otra «a», pero también una «b», una «c», y así hasta la

«z», lo cual supondría un notable incremento de mi margen de maniobra, en caso de que redactara estas palabras a mano.

Adviértase que en ningún momento he hablado yo, ni nadie aparte de mí, de la significación que eventualmente entrañarían semejantes términos, me refiero por descontando a la definición que de ordinario los acompaña en el diccionario. Esto me obligaría a decir alguna que otra cosa acerca de un lenguaje sobre el cual no tengo aún la menor idea. Sin embargo, resultaría un tanto hipócrita por mi parte no confesar el empleo ilegítimo de recursos que desvelaremos a medida que avancemos en nuestra tentativa genealógica. ¿Acaso no he utilizado desde el comienzo palabras cargadas semánticamente, además de oraciones ensambladas sintácticamente? Lo admito precisamente ahora porque de algún modo me siento acorralado, casi como el niño que llora desconsolado por no poder desmentir una travesura ante indicios evidentes de su culpabilidad, pretendiendo, astuto, ablandar la severidad del castigo mediante el llanto. Para ganarme yo también, ya adulto, el indulto que quizás no merezco; para convencer a todo el mundo de mi exoneración, daré prueba de mi más sincero arrepentimiento ofreciendo una compensación en contraprestación, restringiendo la concatenación antes aludida de letras a aquellas palabras que posean significado, aunque a mí sólo me interese su significante. ¿Qué mejor manera habría de asumir un error que sometiéndome voluntariamente a contradicción, que renunciar a mis propios principios para recibir el perdón? Por encomiables que sean mis intenciones, nada modificará la primera letra del alfabeto, indiscutiblemente la «a». Le añado, a continuación, una «s», al parecerme la única opción viable de dos letras que se adecúa al género de limitación que entre todos nos hemos impuesto como penitencia. Recorro nuevamente, por falta de alternativas, a otra «a», y aun para garantizar mi absolución pido rematar la palabra con una «r». En total obtengo «asar», a pesar de que su sola definición no agote, ni mucho menos, el significado de todo lo que he llegado a decir. Por el camino he formulado también «as» y «asa», dando a entender mi destreza («as») en el manejo de utensilios («asa») culinarios («asar»), señalando entonces en conjunto que con tal de labrarme el favor del tribunal voy a invitarlos a comer, lo único que yo, en efecto, sé hacer.

Creo haber cumplido con mi palabra, aunque para realizar dicha promesa haya recurrido a una mentida desde luego piadosa. En verdad, el campo semántico de las palabras que denotan un concepto no aumenta al agregarle letras, como hemos venido asumiendo. Bastará con agregar una «c» al comienzo de «asar» para averiguar que los significados implicados ya no casan, a menos que le pida matrimonio a uno de los miembros del jurado popular. Admito que a imitación del niño que fingía un pesar desproporcionado para así escapar impune, yo he elaborado similarmente un artificio que me permitiese salirme con la mía sin perjuicio alguno. Mi propósito no era otro que simular una adición que no pasara por la homogeneización de los términos conjuntados. Dejando por ahora, lo juro solemnemente, los subterfugios de lado, me encomiendo entretanto a Bergson, cuya naturalidad a la hora de exponer incluso los asuntos de mayor complejidad espero que me avale en adelante. Según él, la «a» «[...] hace, por así

decirlo, la bola de nieve consigo mism[a]». ¹⁸ La «a», amoldándose a su metáfora, se correspondería en lo alto de una pendiente a un pequeño copo de nieve, el cual se ensancharía progresivamente a medida que arrastrara consigo las letras recaudadas a lo largo del descenso, convirtiéndose así, por acumulación, en un bola con el tamaño necesario como para servirle de cabeza a un muñeco parlante, o por lo menos capaz de articular palabras. La imagen bergsoniana posee, ciertamente, la desventaja de diluir el componente diferencial de los elementos implicados, pues los copos de nieve, si no iguales, resultarían sin mayores precisiones extremadamente semejantes entre sí, interpretación que he probado, por anticipado, de impugnar al conservar las letras en su nivea analogía, en caso de que alguien confíe todavía en la palabra de un mentiroso confeso. No obstante, su destacable pertinencia reside en la singular consistencia de la nieve, a medio camino entre el sólido y el líquido.

(D. Conservación y transformación: la asimilación) Duro como una piedra: así se concibe el cuerpo numéricamente. Ni gana ni pierde peso, sino que permanece siempre igual, ni más ni menos que con la suma total de las partes, por muy divididas que estén. La substancia, para emplear la terminología filosófica, subsiste entonces como un hecho inalterado, sin afectarle los cambios que suceden en sus inmediaciones. No es entonces de extrañar que un objeto caracterizado de tal modo se quede igualmente quieto, ocupando en estático un lugar, ya que incluso del más leve movimiento se desprende un mínimo consumo energético, el cual reduciría, aunque nimiamente, su masa corporal, invariable por hipótesis. En balde aduciríamos al dinamismo de aquellas partículas de ínfimo grosor para refutar la inmovilidad del compuesto que las subsume, me refiero a esa minúscula fracción geométrica cuya exigua presencia descartaba encontrarla, de forma fija, en algún sitio. ¿Cómo iba, empero, a repercutir algo de tan poca magnitud sobre un volumen enormemente mayor? ¿Acaso influye el endeble impacto de una gota de agua a la montaña? No se trata, sin embargo, ni de una, ni de dos, ni siquiera de tres gotas, sino de infinitas. ¿Se mantendrá aún impassible el monte rocoso ante semejante diluvio, conteniendo la erosión? La bucólica panorámica que nos sugiere esta alegoría alberga, también ella, el inconveniente de hacernos creer que la montaña, como acontece en la naturaleza, para el persistente precipitarse de la lluvia; aplaca, con firmeza, el movimiento vertical de la caída aun a costa de su propio deterioro.

Ahora bien, si pretendemos esbozar fidedignamente la concepción tradicional de la substancia subsistente, cabrá admitir que las gotas se detienen entre ellas antes de colisionar contra el macizo. Para entenderlo mejor, propongamos a las gotas un pasatiempo que se ajuste a su pequeña complejión, infantil por lo tanto. La reparto en dos equipos, dándoles a cada cual un extremo de la cuerda que deberán estirar. Empieza el juego y, después de un forcejo inicial, las fuerzas se equiparan. Normalmente pierden aquellos contendientes que flaquean en primera instancia, pero al haber una cantidad infinita de ellos, pues el infinito no deja de serlo aunque se parta por la mitad, su resistencia jamás se agotará, perpetuando así el empate. En este sentido, la substancia se hallaría en un punto – grande, por supuesto – de equilibrio estático entre dinámicas que

¹⁸ H. Bergson, *La evolución creadora*, p.14.

se anularían recíprocamente; se estaría quieta porque el propio movimiento lo empuja en direcciones opuestas que se contrarrestan.

Me doy cuenta ahora, a tiempo aún, de que *uno* más desea participar. Distribuyo por ello, de nuevo, a los competidores en tres facciones, 1 por bando, colocando a aquél que añadido en el centro de la cuerda. De este modo, el 3 tendría lugar mediante la triangulación de las tres posiciones o, si se prefiere, al emplazar espacialmente las manzanas en una cesta de fruta. Quizás fuera un ardid de mi fatigado cerebro para aplacar el hambre que lo hostigaba, acaso como la sed provoca el espejismo de un oasis fantasmagórico en medio de un paraje desértico, pero cuando me figuré entrar en la despensa, instantáneamente consideré a las manzanas depositarias de la calma más absoluta, apaciguando esto mi inquietud fisiológica. Las ubiqué en una situación idílica de reposo, sin reparar en la tensión que se palpaba entre ellas, similar quizás a un silencio incómodo en una conversación, donde el vacío llena incomprensiblemente el ambiente. Las tres aguantaban sujeta, para mi sorpresa, una cuerda invisible que les garantizaba su estabilidad y, ahora que lo digo, recuerdo haber hablado de que la localización de una coordenada ya demandaba coordinarla con el resto: su propio nombre lo indicaba. ¿A dónde quiero ir a parar? No nos detuvimos a pensar que la mera (pre)presencia en el espacio exigía el esfuerzo continuado de las partes concomitantes con tal de no desequilibrarse, la realización de un movimiento que, si bien no mueve porque se neutraliza, conlleva asimismo un derroche de energía. Sosténgase sencillamente en alto un pedazo de monte: notaremos como la musculatura de todo el brazo trabaja para mantener la piedra quieta sobre la palma de la mano, compensando su gravedad, es decir, la gravedad que la impulsa hacia abajo mientras nosotros la levantamos arriba en igual medida. Permanecer inmóvil, en definitiva, resulta también agotador, me consume. De no ocurrir así, ¿cómo justificaría que la manzana se pudriera, incluso que yo envejeciera?

Me temo lo peor: pronostiqué precipitadamente un empate aunque, en realidad, parezca tratarse de una derrota generalizada. Más que la imposibilidad de alzarse con la victoria, de erigirse uno de los 1(s) como el único vencedor, me hallo frente a tres perdedores que se debilitan irónicamente a la par, sin superar nunca la fuerza decreciente de sus adversarios, menguante en cualquiera de ellos. La cuerda se destensa en el centro al igual que en ambos extremos, arrugándole esto la fisonomía. Hacerse viejo, empero, no es lo peor: no existe peor suerte que la muerte, ni tampoco peor desventura que la mía al considerar forzosamente mortal a algo que no perece. ¿Cómo acabaría yo con el infinito, si éste no termina jamás? ¿No se debe precisamente a su intervención que incluso una pequeña parte goza de un poder inagotable, dividiéndola en un sinnúmero de instancias menores cuyo valor, por efímero que resulte, se multiplica exponencialmente, convirtiendo de algún modo el ladrillo en un bastión inexpugnable, cual monte rocoso? No hay nada peor, en fin, que ahogarse en la contradicción de la cual bebía, que fallecer teóricamente con el enésimo obstáculo, una piedra en esta ocasión, que se pone, oponiéndose, en mi camino, encauzado ahora hacia yo *mismo*.

De momento, no obstante, cabe plantearse por qué *uno* como yo no es inmortal, a pesar de apuntar todos los indicios en la dirección contraria. Baste indicar que hemos modernizado la noción clásica de substancia, ya no una roca tosca sino un sistema estable de fuerzas contrabalanceadas, sin actualizar entretanto el antiguo principio de conservación, anacronismo del cual se deriva mi absurda caída o, mejor, que caiga yo en el absurdo. Así pues, cuando alcance a levantarme, deberé reconocer inversamente a un coetáneo mío, que acaso se dirija a mí con estas palabras: la energía ni se crea ni se destruye... aquí se interrumpe. En esta versión moderna de la subsistencia clásica, se asume que no hay ganancia ni pérdida, sino estrictamente un empate. Ciñéndome a ella, la durabilidad de la substancia dependería ni más ni menos que de su dureza, como garante última del anhelado reposo. Hemos patentado, empero, que la aparente calma de la manzana a nivel superficial esconde, en el fondo, una suerte de vibración debida a la tensión que mantienen las moléculas de agua, junto a las vitaminas y a las sales minerales, para quedarse inmóviles aun y propender al movimiento, casi como si la materia gaseosa pretendiera contagiarse, sin cambiar de estado, de su forma sólida. Del fracaso de esta tentativa se desprende el menoscabo que paulatinamente consumía a la manzana, arrugándosele a ella también la piel. La única manera, por lo tanto, de conjurar una merma al parecer inevitable pasará por una solidificación masiva, cristalizándose químicamente el vapor en hielo compacto, al petrificar por dentro lo que ya por fuera se estimó duro como una piedra. Por así decir, la tortuga se fundiría con el caparazón, congelando de por vida, permanentemente, incluso sus pausados ademanes. En este sentido, si yo accediera a criogenizar mi cuerpo, me volvería mediante ello propiamente inmortal, pues todo el mundo sabe que el frío alisa las facciones del rostro, estirándolo.

Quizás alguien piense, no sin razón, que de tanto andar a tientas me he debido desorientar, dado que en lugar de acabar con la inmortalidad he terminado contrariamente por justificarla. Voy a seguir hablando para remediarlo, ofreciéndome como candidato en un prueba piloto de criogenización. Esperaba, a medida que los miembros se me entumecieran a causa de la drástica bajada de temperatura, notar me cada vez más enérgico, rebosante de energía al sustituir gradualmente el trémulo movimiento que no mueve por la inmovilidad absoluta, cuando en realidad me siento desfallecer, agotado y no fortalecido. Experimento ahora como la inmortalidad que codiciaba, por temer desesperadamente a la muerte, me está matando, cubriendo los huesos de escarcha, helándome literalmente la sangre, ralentizando en definitiva toda el vigor de mi organismo, que no promuevo al parar. Clásicamente se aspiraba a la pétreo longevidad de un objeto inerte, el cual no padece, es cierto, mella alguna, pero tampoco actúa, dejándolo asimismo sin fuerzas. Ni siquiera hubiera resultado necesario someterme a semejante experimento en caso de habernos percatado con anterioridad de que el concepto mismo de energía descarta la existencia de una entidad imperturbable e inamovible. La energía – me lo ha susurrado nuestro aprendiz de matemático, a quién también le interesa la física – mide la intensidad de un acto extenso o, como yo lo comprendo, el trabajo que me cuesta hacer algo, y desde luego nada haría si no me moviera, y en caso de hacer cualquier cosa por fuerza repercutiría en mí,

perturbándome, la reacción que, según me comenta nuestro aprendiz, comporta toda acción según la tercera ley newtoniana. De ahí que el antiguo principio de conservación, aunque actualizado, precise de un complemento adicional para modernizarse plenamente: la energía ni se crea ni se destruye, *se transforma*.

Con este matiz, sustancial diría, el ideal de una sustancia subsistente, de una manzana inmaculadamente roja, de perfil cromático uniforme, llega incluso a palidecer cuando se formula la siguiente pregunta: ¿por qué enrojeces? Careciendo el fruto de boca para contestar, responderé yo en su lugar. Cualquiera que posea unos ojos similares a los nuestros, sensibles pues al color, habrá corroborado con asiduidad que la rojez se adhiere a la manzana, adaptándose a su morfología, en virtud de la asistencia diurna del sol, cuyo resplandor parece exorcizar la indistinción en que se sume durante la noche. Las negras tinieblas se combaten, lógicamente, mediante luz blanca, su estricto opuesto. Interpóngase ahora, empíricamente, un prisma translúcido en la trayectoria de uno solo de estos rayos solares, para así observar cómo se disocia el haz en la gama irisada que de ordinario captan nuestros órganos visuales. De entre los siete tonos principales del espectro cromático, ¿qué motivaría, insisto, que la manzana se decantara por el rojo, enrojeciendo? Hoy en día se nos reprocharía que la propia pregunta, incluso una vez ampliada, está mal planteada, dado que el rojo es precisamente el único color que la manzana no escoge o, evitando atribuirle una facultad desiderativa, que no acoge en cuanto tal. Su superficie absorbe tanto el naranja como el amarillo, al igual que el verde, el azul, el añil y el violeta, reflejando en exclusiva el rojo que nosotros advertimos en ella. Le devuelve al mundo, calculándolo de manera grosera, una séptima parte de la luz que recibe, la cual transformamos perceptivamente, si creemos a Bergson, en aquella tonalidad que la manzana ostenta por repudiar su contorno una determinada longitud de onda. En este sentido, puramente visual, la luz no ganaría nada al alumbrar el color, en todo caso sufriría una pérdida equivalente a la división de seis entre siete.

La derrota parecería entonces, de nuevo, asegurada a menos que la contemporaneidad me volviera a corregir. El sol, se me recriminaría acaso a nuestro favor, no emite estrictamente luz, sino radiación. Nos habíamos limitado a observar cómo los rayos solares impactaban sobre la silueta de los objetos así iluminados, no viendo empero, porque para ello hacía falta además tocarlos, que su periferia también se calentaba. La energía procedente del astro rey ni se crea ni se destruye, no aumenta ni tampoco disminuye: se transforma, desdoblándose, en color exterior y calor interior, aprovechando por lo tanto al máximo el espectro luminoso, más bien radiante. De ahí cabría concluir la liquidación de aquella concepción fría de la sustancia, de una manzana helada, invariablemente roja, cuya propia pigmentación terminaría por derretirla, aguando su solidez. En una palabra, sucinta: mi sustento vital, aquella fuente de energía de la cual extraigo yo las fuerzas, como la manzana respecto al sol, lentamente me mata; el oxígeno que inspira la célula respiratoria provoca asimismo su oxidación progresiva, expirando pues en ambas acepciones del término. Estoy destinado, en fin, a perder mi cuerpo, a ausentarme del lugar que ocupo en el mundo, a hablar sólo utópicamente de la inmortalidad, aunque quizás nos alivie saber que la

putrefacción del fruto, incluso mi degeneración, servirá provechosamente de fertilizante para las futuras generaciones, transfiriéndoles por irrigación una energía que, lo repito, ni se crea ni se destruye, se transforma.

No es mi caso, he de decirlo. No encuentro, lo admito, ningún consuelo en el hecho de hallarme, deshecho, por debajo y no por encima del suelo, abatido y no encaramado sobre mis dos piernas, la izquierda firme y la derecha fiable según la opinión mayoritaria de la tradición, que ha tendido a considerarme diestro pese a no haber tenido todavía la oportunidad de demostrar mi presunta destreza, me refiero a yo *mismo*. Ahora, no obstante, me parece que debo dedicar todos mis esfuerzos a no morir en el intento, a lidiar con el desaliento que vivir supone, este cansancio que constantemente me acomete mientras voy escribiendo. Yo, *uno* de momento, dispongo tan sólo de un único método para reponerme de una fatiga mortal al final, arrellanándome con ello en el sitio que presido o, si se prefiere, afianzando transitoriamente mi propia existencia. Me reestablezco, lo anunciaré sin más preámbulos, comiendo hasta sentirme lleno, grande otra vez. ¿Y acaso no se tragaba, también, la bola de nieve cualquier cosa que se cruzara en su camino? Hay, empero, una divergencia, sustancial diría, entre el bloque níveo y yo: él, a diferencia de mí, crece sin parar, se acrecienta a cada paso que da, avanzando insaciablemente, jamás ahíto o siempre hambriento. Para adaptarlo, por lo tanto, a mi estado actual, deberé alterar de forma artificial el clima hibernal que, involuntariamente presumimos, contextualiza la metáfora. Incluso en altas latitudes, la nieve se derrite ante la temprana llegada de la primavera, compensando el incremento que acarrea el descenso ininterrumpido de la bola con una disminución correlativa, causada por la incipiente calidez del ambiente. Ingiriendo recobramos ambos, tanto el bloque níveo como yo, el equilibrio dilapidado; contrarrestamos la pérdida cuantitativa con una ganancia equitativa, manteniéndonos así en nuestro peso ideal al conservar un tamaño estable, sin subidas ni bajadas drásticas aun y precipitarnos por la pendiente. En este particular sentido, híbrido de la visión y el tacto, me encuentro yo entre el sólido y el líquido.

Hablando de comida, en caso de que *uno* como yo pudiera, pese a sus nefastas condiciones, todavía precoces, remontar esta cuesta inclinada hacia el declive, recordaría que la nutrición se introdujo previamente a propósito del número. A decir verdad, si omitirla no implica mentir, yo no llegué a afirmar que el número fuese, en realidad, apto para desempeñar tal suerte de actividad, aunque tampoco lo negué. Allí, antiguamente aquí, me cubrí recurriendo al condicional las espaldas – ahora pues detrás de mí – porque albergaba tanto pruebas a favor como en contra de la capacidad alimenticia del número. Por un lado, era más que evidente que el 3 asimilaba los tres 1(s) al sumarlos, pero por otro lado el correlato espacial de cualquiera de estas cifras, póngase una manzana, no triplicaba su volumen ni siquiera al situarla dentro de una cesta de fruta. Por un lado, comiendo se funda una unidad mayor a partir de la subsunción de una multiplicidad menor, lo cual parece corresponderse perfectamente con la labor de la que el número se ocupa, pero por otro lado yo no me alimento de coeficientes matemáticos, sino de fruta.

Resultaría, quizás, un tanto pueril escapar de esta encrucijada esgrimiendo que el número carece de boca para comer, como tampoco la manzana por tratarse de mi comida y no de un comensal. Propongamos, entonces, algo auténticamente serio, abordando en sentido estricto la nutrición. De ordinario, nos remitimos a ella apelando a la *asimilación* de los alimentos, cuyo verbo hemos empleado unas pocas líneas atrás para caracterizar la adición numérica, con justeza creo. Asimilar significa, casi diría etimológicamente, articular una relación basándonos en las similitudes, descartando pues cualquier diferencia por mínima que ésta sea. El número, cumpliendo esta función con escrupuloso esmero, desestima incluso aquella nimia distinción que atañe a tres 1(s) iguales excepto por su demarcación, asignándoles un único lugar en cuanto 3. Por consiguiente, si comer consistiera en semejante asimilación, el número saldría indudablemente favorecido. Con todo, no deberíamos dejarnos engañar por el significado de las palabras, al importarnos meramente su significante o, mejor dicho, la manera como las letras, aunque heterogéneas, se vinculan entre sí, cuya misteriosa trabazón me urge particularmente desentrañar para poder explicar la coexistencia simbiótica de células coronarias y respiratorias, habitantes ambas de mi cuerpo aun sin ser homogéneas. Quedémonos de momento, para facilitar las cosas, sólo con una de estas células respiratorias, la cual se alimenta, lo sabe todo el mundo, exclusivamente de oxígeno. Ateniéndonos al modelo numérico, esta minúscula parte de mí se equipararía a un conglomerado uniforme de moléculas indistintas, un colectivo que meramente toleraría la adhesión de otros miembros en caso de parecerse ellos a los que con anterioridad integraba. No obstante, ni la célula respiratoria está propiamente compuesta de oxígeno adicionado, ni su unión, aquí una suma, se basa en la similitud. Todo lo contrario: un nutriente parece más bien – ¿o mal? – coincidir con aquel elemento vital que mi cuerpo no cobija; supone la diferencia que me manca y no lo que yo ya poseo como igual. ¿No inhalan mis pulmones el aire de fuera cuando les falta el aliento, cuando dentro de ellos no hay nada que se asemeje remotamente al oxígeno?

Imagínese acaso un vaso repleto hasta el borde de agua en un ambiente, conjeturemos, especialmente seco. El líquido se evaporaría humedeciendo el contexto que lo envuelve, disminuyendo pues el nivel de fluido que alberga el recipiente. El número, en estas circunstancias, se apresuraría a rellenar el vaso ante esta mínima pérdida, para así mantener estable el volumen de agua. Si 1 de 3 cae, se afana en añadirle 1 de igual con tal de que el 3 no descienda al 2. Yo, en cambio, acuciándome la sed, me bebería toda el agua de un trago, vaciando por completo el vaso, cosa de la que el número resulta, diría, incapaz. ¿Por qué, numéricamente, el contenedor debe permanecer siempre lleno (a reventar)? Justo porque de la reducción del contenido que éste acoge se desprende, consecuentemente, su propio acortamiento. La estatura del vaso, de algún modo, se encoge a medida que el agua se volatiliza, incrementando a su vez la primera en caso de aumentar la segunda. Ello se colige necesariamente de que en el ámbito numérico el todo equivale a la suma de las partes: a menor cantidad de éstas, tanto más se empequeñece el tamaño de aquél, agrandándose al revés cuanto mayor sea su número. En este sentido, el vaso, corrientemente de vidrio, se contraería y dilataría adecuándose a la proporción de agua que aloja.

Me resulta, sin embargo, extremadamente difícil de imaginar que un vaso goce de tal elasticidad, dado que yo jamás en mi vida he visto nada semejante, ni creo siquiera que lo haga ateniéndome a los requisitos que toda enumeración exige. Metafóricamente hablando, la genealogía de un vaso de agua empezaría por la erradicación de la distancia que separa a un par de gotas cualquiera, destituyendo la única diferencia, a saber espacial, que entorpece su mezcla en una masa acuosa uniforme, cuya amalgama terminaría coagulándose por fuera aun y mantenerse líquida por dentro. Ahora bien – ¿o mal? –, un vaso de agua así caracterizado calificaría desigualmente a la materia de la cual está compuesta, atribuyéndole incluso en el mejor de los casos dos estados físicos distintos, sólido y líquido, helada o derretida el agua según forme parte integrante de la corteza exterior o esté recluida en el tierno interior. El conjunto de moléculas, en definitiva, que agrupa un vaso congelado de agua fluida no pueden considerarse cualitativamente iguales, habida cuenta además de que el agua se halla compuesta por átomos disímiles de hidrógeno y oxígeno. La homogeneidad que el número reclama idealmente le impide verterse en una sustancia real, quedando su sumatorio en papel mojado, tal vez por la humedad creciente del ambiente. Al tratarse empero de una adición, habría que añadir asimismo que esta intransigencia para con la diferencia no le permite tampoco concebir aquel vacío que yo me tomaba, de un trago, tan a la ligera, imposible de asimilar para el número. La vaporización del agua suponía análogamente la del vaso o, volviendo a la respiración, si a un pulmón de naturaleza aérea se le agotara el aire, quedándose sin gota de oxígeno, él también se esfumaría. Siendo el todo igual a las partes, siendo todas las partes iguales entre sí, la desaparición de aquella única forma de ser existente, uniformemente acuosa o aérea según qué ejemplo consideremos, implicaría su total aniquilación, su disolución plena en la nada más absoluta, una vacuidad exenta de limitaciones, oscura acaso como la noche, no demarcada por el fino grosor del vidrio.

(E. El problema del punto: la diferencia o heterogeneidad) En una palabra, sucinta: el todo contenedor no se encontraría, al parecer, ni lleno ni vacío sin diferir expresamente de las partes contenidas; un vaso, por sólido que se lo estimara, no tendría propiamente lugar ni estando repleto hasta el borde de agua líquida ni careciendo por completo de ella, no al menos si el cristal compartiera sus cualidades con las del fluido que hospeda o, traduciéndolo en términos nutricionales, mi estómago debe divergir de los alimentos que ingiere, asimilarlos pese a no asemejarse a ellos, porque de lo contrario se acabaría digiriendo a sí *mismo*, constituyendo esto el final de *uno* como yo. Yo no soy, en conclusión, una cesta de fruta, el colectivo de manzanas que me como, la suma de puntos cuantificados que algebraicamente subsumo; la nutrición no es cosa de números, lo cual me conduce otra vez, irónicamente igual, a desechar de nuevo la primera condición espacial, me refiero a la homogeneidad.

Siguiendo este otro derrotero, la heterogeneidad parecería implantar el germen de mi voracidad; la unidad manaría, en el fondo, de la disparidad. ¿De qué manera, no obstante, se instauraría un colectivo de miembros que no se avienen (bien) a la unión, huyendo la presa del depredador, la comida del comensal al despeñarse la manzana por

la pendiente con el propósito quizás de dejarme atrás, fuera del alcance de mi mano? De buenas a primeras, tradicionalmente entonces, acaso se sugiriese que la repulsión tácita a esta suerte de enlaces radica en su establecimiento sin previo acuerdo. No nos molestaba, empero, que el número despojara a la manzana de la rojez visual, del tacto liso que nos ofrece al tocarla, del sabor ligeramente ácido aunque dulce con que nos deleita al morderla, conservando de ella tan sólo su demarcación espacial, una de *muchas* a la que ni siquiera habríamos llamado manzana, sino 1, después de sustraerle, también autoritariamente, cualquiera de sus múltiples propiedades. En verdad, nos incomoda que un trozo de manzana se transforme en un pedazo de mí, que la auténtica razón de mi subsistencia se fundamente en algo tan inconsistente como el cambio de fruto a cuerpo. Nos desagrada, en fin, por no ajustarse a los gustos dogmáticos de antaño, que la permanencia penda de una transición a la que estrictamente se opone, incurriendo de tal modo en contradicción. Nos resulta tremendamente absurdo que la rojez vivaz de la manzana tenga alguna cosa que ver con la tonalidad mixta de marrón y violeta que tinta al fruto en vías de descomposición; tan poca es la semejanza que encontramos entre la salud y la enfermedad, entre la calidez de color y una pigmentación apocada ante su muerte inminente. Nos parece tanta la diferencia entre el vivo y el muerto, el sano y el enfermo, incluso entre el rojo y aquel marrón con visos violáceos, que no juzgamos posible que estos rasgos, contrarios, califiquen de forma unánime, uniformemente, a una sola manzana. Ahora bien – ¿o mal? –, si la vida no persistiera de alguna manera en el moribundo, ni mucho menos se estaría muriendo; si la salud no acompañara a la enfermedad, el convaleciente ya habría fallecido; si no fuera rojo el color que se degrada, no obtendría la manzana aquel tono mortecino en concreto. Asumimos pues, hablando en términos pictóricos, que el amarillo y el magenta se desvanecen al mezclarlos para formar combinadamente el rojo, cuando en realidad los pigmentos primarios subsisten en el secundario, compenetrándose ambos en todo momento con tal de evitar que la tez sonrojada de la manzana se quede amarillenta o morada, síntomas respectivamente de una insuficiencia hepática o respiratoria.

La diferencia, en consecuencia, no se anula, se acumula; el cambio, a saber la diferencia entre el estado vigente y el precedente, no se pierde al pasar, sino que perdura en lo que cambia, superponiéndose lo nuevo a lo viejo aunque dicha novedad consista en envejecer, en hacerse mayor cual bola de nieve. La propia naturaleza de la diferencia así lo exige: una diferencia diferente difiere o, ampliándolo, cualquier diferencia necesita relacionarse diferencialmente con otras diferencias para ser diferente. Ello explicaría, en caso de ocurrir realmente como lo digo, por qué me siento atraído – manifestándose este deseo a través de mis ganas de comer – por una manzana con la que yo no comparto ningún rasgo en común, pues no se asemeja para nada a mí, un hombre hecho (aún no derecho) de carne y sangre, a los cuales tan sólo en sentido figurado se nos atribuye semejantemente un corazón. Además, si la manzana variara conmigo y yo con ella, aflorando nuestra propensión recíproca a cambiar, comprenderíamos como la manzana se convierte en un nutriente que yo no detentaba y que en ella carecía de valor alimenticio alguno, ni igual a mí ni parecido al fruto sino el efecto diferenciado de causas imbricadas diferencialmente, del mismo modo que el rojo, pese a no guardar

similitud con el amarillo y el magenta cuya unión lo engendra, se debe ambivalentemente al cruce de sus dos progenitores. Nos enriquecemos, la manzana y yo, mutuamente, tal y como el cuadro finalizado a la tela y el pintor, para terminar de hablar en términos pictóricos.

Incluso podríamos ir más lejos: esta concatenación asentada en lo heterogéneo no sólo habilita, despejando el terreno de obstáculos, mi afán entusiasta por la comida, sino que también permite, insospechadamente, que las homogeneidades se sumen. A este respecto nos topábamos, por un lado – interior – con el problema del punto. Sabemos ya que una posición no se halla estrictamente en ningún lugar, que cualquier localización depende de su situación relativa conforme al resto. ¿Cómo imbuir, no obstante, de semejante solidaridad a los puntos aun teniendo en cuenta la distancia que los separa? Acaso el azar quiso que, unas cuantas líneas por detrás, a mi espalda, asistiéramos al parto de la similitud, me refiero desde luego al advenimiento de la semejanza compartida por las tres manzanas, emplazadas igualmente dentro de la cesta de fruta. Difícilmente – lo digo ahora porque allí no me acordé u olvidé – concordarán tales frutos en la tonalidad que irradian de vuelta al mundo, ostentando matices de rojo susceptiblemente diferentes; tampoco coincidirán, en sentido rígido, en el sabor que nos dejarán al paladar después de probarlas, con una proporción variable de acidez y dulzor; ni siquiera nos provocarán una sensación táctil equiparable cuando definitivamente las sostengamos sobre la mano, ansiando clavarles un bocado en vez de seguir especulando sobre su idiosincrasia. Cuando me enfrento, entonces, a una cosa en particular, mancado aún de ideas que autoricen un abordaje genérico o, en detrimento, de palabras legítimamente significativas, me encuentro yo ante un cúmulo de vicisitudes que me resultan imposibles de asimilar, entreverándose en cualquiera de las manzanas un color, un sabor y una textura irreductibles tanto como incomparables entre sí.

Afortunadamente, hoy sea quizás mi día de suerte, cada uno de los sentidos que confluyen en un cuerpo viviente como el mío poseen la capacidad de ejercitarse autónomamente: no me hace falta, en pocas palabras, ver y degustar la manzana para llegar también a palparla. Si cierro, pues, con fuerza los ojos y la boca, aprehenderé sensiblemente un rudimento de abstracción, fijándome en uno solo de los aspectos que el fruto exhibe. Me concentro en un único criterio, táctil en esta ocasión, para canalizar las patentes desavenencias entre objetos, recortando las diferencias encima de un fondo regular, o más bien regulado. La semejanza nace, por lo tanto, al prescindir selectivamente de los rasgos distintivos que caracterizan a algo en concreto, deviniendo así comparable aquella primera manzana con esta segunda, que he cogido a tientas de la cesta de fruta con la mano que todavía me quedaba libre. La semejanza se identifica, en tal sentido (el tacto), con una tasa restringida de disconformidad, acaso parecida a la porción fragmentaria de manzana que me cabe de forma parcial en la boca, el grado sesgado de disimilitud que alcanzo a retener entre mis dedos. Como el licor de alto porcentaje alcohólico que rebajamos echándole unas gotas de agua, la semejanza se correspondería con una diferencia atenuada, empobrecida en la medida que se coarta la

relación diferencial que la hace propiamente diferente, aislando la textura de cualquier color o sabor a manzana.

De ahí que solamos pensar, aunque resulte irónico que un ignorante como yo lo diga, en la posibilidad de disociar las propiedades que habitualmente percibimos en torno al fruto, juzgando aquella textura con total independencia de las demás cualidades, descolorida y desabrida por ende. En realidad, empero, se debe a la labor coordinada de los tres caracteres que yo presto toda mi atención a la manzana: el tono llamativo con que resplandece me seduce desde la lejanía, suscitando mi aproximación; el peligro que naturalmente advierto en el rojo se disipa frente a su agradable tacto, el cual me invita asimismo a llevármela a la boca; el delicioso sabor que se desata ante mi tímido mordisco, a modo de cata, me impele a devorarla casi entera, dejando de ella meramente el corazón, demasiado duro para mi gusto. Yo, realmente, me atengo a la sensación global que me produce la manzana: no me quedo permanentemente estancado en la impresión visual, sino que ella me conduce hacia la gustativa, pasando entretanto por la táctil. Siento en mí una suerte de afinidad entre los diferentes sentidos que el conocimiento de las semejanzas troncaría, limitando de algún modo mi tendencia espontánea a curiosear, a interesarme por la variedad de registros a través de lo que algo en concreto se manifiesta. Constriñéndome pues la similitud a una única variable, táctil en esta ocasión a fuerza de cerrar los ojos y la boca, mis aún intactas ganas de indagar se focalizan en una sola de las facetas que competen igualmente a varios objetos, en vez de divagar acerca de las múltiples que uno en particular alberga, cubriendo un exacto rango de acción extensiva o intensivamente, de alcance o penetración en proporción inversa. Todo ocurre como si la semejanza derramara sobre la superficie el profundo calado de la diferencia, como si dispusiera en horizontal un impulso con singular predilección por la verticalidad, desnaturalizándolo. La semejanza destaca, en definitiva, ante la degradación de la diferencia o, mejor – ¿o acaso peor? –, la semejanza es justamente la diferencia degradada, licor rebajado, situándose la igualdad aún un eslabón por debajo al extenderse infinitamente en el espacio, de intensidad nula, agua entonces más que alcohol.

Con todo, tampoco parecería inverosímil que verdaderamente fuera al revés, que la diferencia depusiera a la semejanza, aguándola. Para ello, cabría demostrar que la diferencia resulta incapaz en cuanto tal de realizar el salto, de articular la ligazón entre objetos a cierta distancia. Con el tiempo, sin embargo, dudo seriamente que la diferencia encontrara impedimento alguno en relacionar diferencialmente los diferentes colores, sabores y texturas de las tres manzanas alojadas en la cesta de fruta. La semejanza, en cambio, carece propiamente de las aptitudes para justificar esa mínima distinción que incluso incumbe a aquellos elementos con un mayor parecido, gemelos. La similitud extrema desembocaría en una indistinción que la acabaría aboliendo a ella también, requiriendo su empelo de por lo menos dos que se cotejen recíprocamente, o aun de un par de posiciones que se determinen en cruz si tratásemos con la igualdad, de(-)grado todavía inferior.

La manzana – no lo he olvidado, quizás por no haberla soltado – era el asunto que hace poco teníamos entre manos, miembros ambas de un cuerpo como el mío, presumo, que bien – ¿o mal? – me atrevería yo a considerar mellizas. Sirviéndose también de ellas, Kant desvela una eventualidad que allí, antiguamente aquí, acaso hubiésemos juzgado trivial, a pesar de volverse ahora crucial, indispensable aunque se reseñe a través de una circunstancia accidental. ¿Por qué, lo anunciaré sin más preámbulos, la mano derecha no se ajusta al talle del guante izquierdo, aun y el harto parecido entre la diestra y la zurda? Kantianamente, se enfrenta la mano en cuestión contra su reflejo en el espejo,¹⁹ tal vez para enfatizar que nos encontramos ante dos fenómenos inversos en términos de simetría, o tal vez para sugerir de manera subrepticia la representatividad de semejante extremidad frente a su imagen especular. Yo, en cualquier caso, cuento con la presencia de las dos, lo cual facilita enormemente su confrontación. Así pues, la similitud extrema de semejantes extremidades se daría efectivamente si no se desprendiera diferencia alguna al poner una mano en lugar de la otra, si su respectiva sustitución no conllevara ninguna variación relevante. Un esbozo tangible de esta tentativa consistiría en la superposición de ambas manos, colocando por ejemplo la palma de la derecha encima del dorso de la izquierda. Baste indicar, para corroborar el fracaso de mi humilde ensayo, que los pulgares apuntan en direcciones radicalmente opuestas, que relevando la diestra por la zurda, o al revés, asigno a los meñiques una función prensil cuya complejidad les impide desempeñar. Incluso ante tal despropósito, creyendo aún en la similitud como razón suficiente de la unión, entrelazo las manos en semejante posición, una encima de la otra, causándome ello un agudo dolor al clavarme las articulaciones superiores en las falanges inferiores.

Finalmente, desisto ante la plausible asociación mental entre sufrimiento y enfermedad, de la enfermedad con aquella muerte que yo quería sortear, aunque resulte irónico que un desalmado como yo ose hablar de ideas hermanas, no desde luego gemelas. Falto entonces de fe en la semejanza, no me queda sino rezar. Junto con esta pretensión las palmas, entrecruzando asimismo los dedos, sin padecer sorprendentemente el menor daño. Por afortunada casualidad, me he topado con la respuesta a mi balbuciente oración: las manos se funden en un abrazo fraterno cuando se estiman en toda su diferencia, cuando la lámina especular que las escinde, me refiero a la incongruencia derivada de su simetría respectiva, palpable al enguantarlas, deviene la simiente disonante de su plena armonización durante la plegaria. La diferencia, interna dice Kant, entre objetos parejos desde un punto de vista externo garantiza, por absurdo que parezca, su similitud respectiva o, de *igual* modo, la distancia que separa a las coordenadas constituye el auténtico motivo de la solidaridad que se profesan, coordinándose. Si una posición no se distinguiera mínimamente de cualquier otra, en

¹⁹ Immanuel Kant, *Prolegómenos a toda metafísica futura*. Gredos, Madrid (2010), p. 652: «¿Qué puede ser más semejante a mi mano o a mi oreja y más igual en todas sus partes que su imagen en el espejo? Y, sin embargo, yo no puedo colocar la mano que se ve en el espejo en el lugar del original; pues si ésta es una mano derecha, aquélla es, en el espejo, una izquierda [...] no existe diferencia interna alguna concebible por cualquier entendimiento, y, sin embargo, la diferencias son internas, como enseñan los sentidos, pues la mano izquierda, prescindiendo de toda igualdad y semejanza por ambas partes, no puede ser encerrada dentro de los mismos límites que la derecha (no pueden ser congruentes); el guante de una mano no puede ser usado en la otra.»

realidad no resultaría localizable: su indiscernibilidad exigiría la supresión de una de las dos, puesto que no hay cosa que se encuentre simultáneamente en más de una ubicación, atávico conflicto que seguramente acabaría como en innumerables relatos literarios, donde el advenimiento del doble vaticina el perentorio fenecimiento del protagonista, devorado acaso incestuosamente por su propio congénere.

(F. El problema del número: la repetición o sucesión) Aun y haber solventado el primer punto, me refiero a la recién desvelada necesidad de diferenciar para fomentar la coordinación, parece innegable que cualquier posición geométrica, en compañía o incluso aislada, no muestra ninguna predisposición a la depredación: asignar una coordenada no basta, resultando pues insuficiente, para condicionar la voracidad celular. De ahí que, por el otro lado, esté el problema del número, según suponíamos, un punto grande, la suma unitaria de una multiplicidad ingente de decimales, operada presuntamente mediante la ingesta. No hace demasiado, no sé por qué lo recuerdo, apuntábamos que la nutrición no era cosa de números o, en otras palabras, que un conjunto algebraico no podía transformar un elemento inocuo en un alimento reconstituyente, un trozo de manzana en un nutriente beneficioso para mi cuerpo, puesto que las partes componentes que esta cifra entera totalizaba permanecían igual bien estuvieran dentro o fuera; nada en ellas cambiaba al pasar del mundo exterior al interior de mi estómago, como si el aire no se prestara a la respiración, resistiéndose el oxígeno a devenir dióxido de carbono. El número, en fin, no altera la naturaleza de las manzanas que computa, y por ello no llega a digerirlas, lo cual implica en el fondo que el todo jamás se compondrá a partir de una simple recolección de partes homologables, no sin introducir alguna variación entre ellas para habilitar su inclusión, virando en tal sentido hacia la heterogeneidad. Antes hablábamos, dicho brevemente, del procesamiento de la comida, en ningún momento empero del comensal; debatíamos acerca de la inserción de lo pequeño en lo grande, no de cómo lo pequeño se agranda, quizás más fidedigno a la metáfora del copo vuelto bola de nieve. De alguna forma, todavía ignota, el punto tendría realmente ganas de comer pese a no presentar al inicio de este párrafo síntoma alguno de una tal tendencia a redondearse numéricamente.

En términos de geometría aplicada, es decir físicos, el punto no albergaría el impulso de cazar, no sentiría ninguna inclinación hacia la presa que, presumo, desea devorar sin deslizarse por la pendiente. La divergencia fundamental entre el copo y el punto radica en que este último reside en el plano espacial, exento por consiguiente del desnivel que lo incitaría a depredar. El medio en el que reposa el punto le impide moverse, salir a la zaga del resto para integrarlos en su propio seno. El punto no se agranda, la posición donde se instala no llega a ningún lugar, porque el espacio guarda, entre cualquiera de ellos y los demás, una distancia prudencial en virtud de la cual preexiste, interceptando toda tentativa de aproximación al anularla por igualación, en presencia de dos puntos equidistantes cuyo desplazamiento recíproco se estima en un sistema compartido de coordenadas de valor matemático opuesto, positivo y negativo respectivamente, razón por la cual se contrarrestan. Al plano le falta pendiente, el espacio carece – ¿lo digo? –

del tiempo necesario para juntar aquellos que tan sólo se hallan el uno junto al otro (uno).

La dificultad, realmente, estriba en que uno y otro (uno), yo y la manzana acaso, que sumáramos juntos 2, se nos juzga indistintamente predispuestos a comer, esgrimiéndose en términos matemáticos que el orden de los factores en absoluto altera el producto. Daría igual que la manzana me devorase a mí o yo a ella, cuál de ambos se hiciera con un lugar en el mundo, puesto que entre los dos obtendríamos, de un modo u otro, una solución calcada, 2, importándole poco al número la presencia o ausencia efectiva de fauces. Desde luego, tampoco la bola poseía entonces boca y nada le impidió tragar sin parar. La diferencia, empero, o lo que hace realmente diferente al bloque de nieve – empiezo a acordarme de por qué recuerdo – radica en que la pendiente sobre la cual se desliza lo fuerza a interaccionar con aquellos copos que se cruza de bajada, incorporándolos a su paso. A riesgo de parecer un burdo juego de palabras, cabría aducir que un paso tal no pasaría a menos que con él se instaurara el pasado *mismo*.²⁰ Un paso se corresponde, quizás hablando demasiado, con el avance de mi pie de atrás hacia delante, arrastrando con este movimiento la gravilla del sendero por el cual transito. Se debe a que una pisada queda rezagada que la siguiente consigue relevarla, fomentando el propio retroceso mi progresión, apoyándome yo en lo anterior para así llegar, balanceándome, hasta lo posterior. El paso no se identifica con una huella, la señal actual en la arena costera, sino que se define por el tránsito entre la postrera, pasada, y su sucesora, futura, o si se quiere, con el umbral en suspensión de mi pierna levantada entre lo pretérito y lo venidero, volando por encima del suelo en un medio, ahora, aéreo, ya no como tampoco todavía terreno. El paso pasa una vez pasado o, si se prefiere, a causa del reflujo marítimo, la orilla se convierte en el espacio vacío donde al cabo de un instante, fugaz, no queda huella alguna de mi marcha, paso a paso, por la realidad, anegando la tierra firme con la volatilidad de aquellos vocablos prorrumpidos al aire. El oleaje impide el cruento conflicto entre signos gemelos, escritos con letras de sangre coagulada, o acaso congelada, en esta playa dudosamente paradisíaca. Mi presencia, para presentarse sin contradicción, requiere que se la borre del mapa o, mejor, que se suprima el símbolo al que empecinadamente la estaba reduciendo. Yo, ni soy un punto, ni mi pie una simple pisada, ni siquiera incluso la yuxtaposición de ellas en el marco preexistente que, asumíamos, nos sostenía, en ningún caso una miríada de posiciones equiparables que pugnaban por un único lugar al infundirles, acaso ilegítimamente, un ápice de vida, celular.

Vemos, entonces, hablando por descontado en sentido figurado, que el rastro discontinuo que voy dejando a mis espaldas se funde hundiéndose, uniéndose cuando la profundidad del océano engulle las marcas superficiales secadas al sol, aglutinadas en una masa amorfa a medio camino entre el sólido y el líquido, arena húmeda. Desde esta

²⁰ G. Deleuze, *Diferencia y repetición*, p.135: «No podemos creer en efecto que el pasado se constituye después de haber sido presente, ni porque aparece un nuevo presente. Si el pasado esperase un nuevo presente para constituirse como pasado, el antiguo presente no podría pasar nunca ni el nuevo llegar. Un presente nunca pasaría si no fuera pasado «al mismo tiempo» que presente; [...] Nos da la razón [el pasado] del presente que pasa. Si todo presente pasa, y pasa en provecho de un nuevo presente, ello se debe a que el pasado es contemporáneo de sí como presente.» En el mismo sentido, cf. G. Deleuze, *El bergsonismo*, p.59.

perspectiva, alegórica, yo no sería más que una especie de muñeco de barro, el híbrido cruzado de la alianza entre la tierra y el mar, el hijo de las olas. ¿No pertenecen, sin embargo, las olas al mar; no decanto ahora la balanza en favor de aquel progenitor hasta aquí menospreciado, discriminándolo en positivo? Ni mucho menos: el oleaje resulta el nexa patente entre dos realidades al parecer contrarias, extremadamente desemejantes, como la tierra extensa y la mar de fondo, intensa, el cuerpo y el alma en terminología filosófica. En la curvatura que describe el agua se manifiesta el auténtico motivo de su imbricación, la voluntad que la empuja a mezclarse con la arena, humedeciéndola. El mar se abalanza, ondulante, sobre la tierra porque el viento, en altas latitudes una diferencia de presión atmosférica, lo conmina a hacerlo; el piélago calmo se encrespa, arqueándose inquieto en dirección a la costa, cuando la brisa alienta su movimiento. Las olas constituyen, por así decir, la expresión acuosa de un impulso aéreo, dirigido hacia tierra firme, del mismo modo acaso que el descenso níveo encarna la fuerza intangible de la gravedad, cuya meta emplazamos en la base llana de la montaña, a altura y profundidad cero.

De este encuentro metafórico se desprende la necesidad imperiosa de recurrir a un tercero, discordante, para articular la ligazón entre dos de diferentes, desemejantes al extremo, intercalándose el viento entre la tierra y el mar, la gravedad entre la base y la cumbre. El aire, no obstante, ingrátido como la propia gravedad, que exenta de peso lo confiere; el aire, en cuanto diferencia que diferencia, tercia entre la arena y el agua diferenciándose de ambas, sin parecerse a ninguno de los elementos implicados, terrenal o marino respectivamente, y pese a ello insiste en mantener, según se intuye a raíz de nuestro ejemplo, un vínculo especial, incluso diría singular, con la mar, embravecida en virtud de su influjo, combándose a merced del levante – en occidente el viento que tradicionalmente nos ha guiado hasta la anhelada costa del saber. La brisa pasa por las olas del mar para atracar a tierra, se relaciona disimétricamente con uno de los dos para alcanzar el otro, como si las ganas de comer, de atracarme yo de comida, se generaran tan sólo en mí, inclinándome así a recoger la manzana del suelo cual succulento alimento. Mal que me pese, también podría darse la situación inversa, donde la manzana se nutriría, con la colaboración imprescindible del árbol, del humus de mi cuerpo descompuesto, evidenciando esto que nadie que aprecie mínimamente su vida afirmará en serio que el orden de los factores no altera al final, en concreto el mío, su producto.

Rumbo entonces al este; salpicándome la mar salada a la cara desde la orilla de la playa, corroboramos que el aire, de alguna manera, prefiere revolver antes el agua para lanzarla después hacia la arena, que la gota tiende al grano aun resultando la distancia que los separa igual para ambos o, en otras palabras incluso, el comensal se siente atraído por la comida, cual abeja a la flor, porque en sí *mismo* anida, de forma unilateral, el apetito, la intención de ganar extensión, el instinto de sobrevivir con tal de no acabar muerto. Toda inclinación – con independencia de cómo interpretemos dicho término, física o psicológicamente, versiones que a propósito he entrecruzado –, exige una diferencia de nivel, que uno de los dos esté por encima del otro, superioridad que un cuerpo en el plano espacial solamente obtendría, me arriesgaré a decirlo, adquiriendo

alma, los modernos la denominaban *conciencia*. El alma, remontándonos casi a su etimología, se caracterizaba clásicamente por *animar* a la corporeidad, infundiéndole movilidad; avivaba, le confería vida a un objeto inerte, más muerto que vivo desde luego, pero para nada mortal. El alma, en la antigüedad, representaba aquello que nos incitaba a actuar, el principio indiscutible a partir del cual nos dirigíamos, andando, hacia la meta, quizás incluso el motor fundamental de esta tentativa genealógica, escrita paso a paso. Prendado el cuerpo de ella, me refiero al alma, cada uno de los vértices que, tras juntarse, formarían un compuesto triangular se decidirían coralmente a trazar la línea que los acabará por unirlos en lugar de permanecer los tres separados, indistintamente el uno junto al otro (uno), fijos en su demarcación, titubeando aún el 1 acerca de cuál debería encarnar. *Uno* se quedaría quieto, en posición de firmes, si no padeciera antes cierta inquietud, un afán que lo impeliera a buscar la plenitud, la redondez que obtendría el punto poco después de saciar el hambre que lo carcome pese a no morder. Un vértice devendría, en este sentido, salida y a su turno llegada al pasar por los otros dos puntos, análogamente a como la mano se aleja de mí para coger la manzana y acercármela de regreso a la boca, a como el copo de nieve rota sobre su propio eje con tal de ensancharse. La dinámica que anímicamente se engendraría en un cuerpo como el mío describiría, por ende, un *retorno efímero*, todavía no eterno; una suerte de voltereta en el aire que, comenzando por mí y acabando conmigo, me haría dar una vuelta circular alrededor del mundo circundante, tomar un pequeño rodeo por fuera para que yo pudiera engrandecerme por dentro, cerrando este circuito donde se circula en círculo al volcarse la cresta de la ola sobre su núcleo ahora al descubierto.

Tangencialmente, hemos esbozado el proceso a partir del cual un punto exánime devendría una esfera llena de vida; una minúscula parte, rotando, un conjunto mecido por una brisa de procedencia aún desconocida. Ahora, con todo, solamente me importa desvelar quién – y no por qué – soy yo, oleaje y no aire. No busco, de momento, el motivo que me motiva a actuar; quiero comprenderme, entender la razón por la cual mi cuerpo había permanecido hasta aquí parado, sin mover un solo dedo hacia la manzana que en repetidas ocasiones he intentado frustadamente devorar. Hasta aquí, presumía ser, en esencia, un compuesto numérico, la cantidad ingente de componentes que yo asimilaba, sumados en mí en cuanto *uno*. Si así fuera – prescindiendo circunstancialmente de mis anteriores problemas de indigestión, derivados de la manca de heterogeneidad de los puntos que agrupo –, forzosamente habré yo ido y venido un sinnúmero de veces para acumular la infinidad de elementos que subsumo como caso, y a pesar de ello no me acuerdo de haberlo hecho jamás, aunque por derecho lo presuponga. La justificación de este talante mío, olvidadizo, atañe en verdad al espacio coadyuvante, cuyo soporte suplementario me permitía tratar con muchos siendo esencialmente uno. Desde su punto de vista, espacial, la ida no difiere de la vuelta; antes de irme resultaba exactamente igual que después de volver, puesto que en su vasto territorio desértico, poblado de granos de arena deshidratados, el pasado (antes) no se distingue en absoluto del futuro (después), sucediendo en base a eso todo «al mismo tiempo»: se va y viene simultáneamente, neutralizándose el desplazamiento positivo con una negatividad equivalente, como si el esfuerzo de retornar a la salida me dejara con aquella energía

que ya poseía en el punto de partida, cosa que convierte en absurda cualquier tentativa de movimiento. Más nos conviene, en fin, quedarnos quietos si igualmente no llegaremos a ningún lugar, no al menos contando tantos pasos de ida como de vuelta, los cuales se suprimen entre sí en cuanto homólogos algebraicos de signo contrario.

Aquí, empero, no se tiene en cuenta lo siguiente, por prescindir de lo anterior: a medida que desciende, la bola de nieve, de tamaño creciente, aumenta también su superficie de contacto, haciendo esto que reúna con mayor celeridad a los copos dispuestos a lo largo de la pendiente. Cuando yo me como, yendo, la manzana, el cuerpo responde a los nutrientes que recibe extendiéndose proporcionadamente; mi torso no se ensancha, al hinchármese la barriga, sin comportar este incremento una prolongación correlativa, aunque ínfima, de mis piernas, cosa que me permitiría alcanzar, ya volviendo, la meta de la cual previamente partí con una menor cuantía de pasos. Realmente, yo no tardaré lo «mismo» en ir y venir, el pasado no se reproducirá de forma exacta en el futuro: de ocurrir así, nada sucedería, el antes se volvería indiscernible del después, ambos acabarían reducidos a un presente perpetuo, repetido invariablemente una cantidad indefinida de veces. De algún modo, la película de mi vida consistiría en una secuencia de fotogramas indistinguibles que suscitaría en nosotros la imagen permanente de un instante congelado, aquella pétreo longevidad criogénica desposeída de cualquier inclinación hacia la comida, un número en definitiva de magnitud fija, que no consumiría ningún alimento porque tampoco se consume. En este sentido, el viraje circular que, se dijo, *uno* daba sobre sí *mismo*, se mantendría inalteradamente en el «mismo» punto, rebajando el cambio cualitativo que acontecía de manera unilateral en mí, la transición incipiente de cuerpo a alma, a una mera adición cuantitativa ni tan siquiera factible, imposible de realizar en estos términos. Desde luego, si no se me animara a pasar, ¿cómo iba yo a incorporar, a mi paso, la multiplicidad de componentes que hipotéticamente me componen? ¿Qué ola se curva por sí sola, sin colaborar en ello el viento?

A falta de esta corriente revitalizante de aire, en un clima que presuponemos benigno con nosotros; desde la arena seca de la orilla donde no sopla ni brizna de brisa, la única oportunidad que albergaría un compuesto semejante de formar un colectivo de miembros cuantificados se sustentaría en que cualquier acto que haya tenido yo que realizar para llegar hasta aquí ya se hubiera cumplido con antelación, además de hallarse, en su globalidad, a nuestra entera disposición. Se requeriría que todo paso hubiese pasado tanto como que el pasado no pasara o, en otras palabras, que lo acaecido estuviera dado de antemano y que con el tiempo no me lo quitaran. Le pediríamos al mundo que nos mostrara de golpe la totalidad de cosas que aparecieron y aparecerán en él sin que éstas terminen desapareciendo; le rogaríamos al espacio que emplazara el universo extenso al completo en un «mismo» plano temporal, desplegando eternamente lo anterior y lo posterior en un presente perpetuo. Recurriríamos, en conclusión, a la simultaneidad espacial, a saber la yuxtaposición actual de cualquiera de las posiciones pretéritas y venideras para garantizar el antiguo principio de conservación, en virtud del cual nada se crea ni se destruye, donde el huevo del famoso dilema sería ingendrado y la

gallina que lo acompaña incorruptible, disyuntiva que de algún modo se solventaría al convertirla en implantable, puesto que desde este punto de vista no habría estrictamente uno antes y otro después, confundidos el pasado y el futuro en la vigencia del ahora.

Bastaría, no obstante, con una percepción franca de nuestra experiencia habitual para corroborar que la gallina sale, efectivamente, del huevo incubado como un polluelo precoz. Así, contemplando exentos de prejuicios la realidad fáctica, se descartaría no solamente que la gallina no siempre fue el ave que ahora es, poniendo ello en entredicho su supuesta incorruptibilidad, sino además que el huevo, para eclosionar, precisa de la calidez que la gallina todavía nonata le proporcionaría, lo cual impide que su germen ingendrado – generador pero no generado – engendre nada, ni siquiera aquel polluelo desvalido, permaneciendo pues estéril. Aun incluso, para volver de nuevo a las andadas, nos resultaría hartamente difícil decirle al mundo, mirándolo directo a la cara sin desviar pusilánimamente la vista, que la arena costera reside allí, en la playa, desde los primeros albores de nuestro planeta, cuando en realidad parece más factible, o si se prefiere acorde con los hechos consumados que de ordinario observamos, su sedimentación paulatina, derivada de la erosión continuada de la tierra que el mar bordea. Desde esta perspectiva, genealógica, las gotas impulsadas por las ráfagas eólicas antecederían a los granos dispuestos igualmente por el litoral, situados – ¿lo digo? – sólo al cabo de algún tiempo, simultáneamente, en el espacio costero.

Al principio de todo, por lo tanto, no podía darse lo que ahora me encuentro aquí: una yuxtaposición sincrónica de puntos homogéneos, una orilla en definitiva desértica, sin un alma a quien acudir. El espacio, imponiéndonos sus condiciones, nos para una suerte de trampa que desemboca en el inmovilismo; erige alrededor de la playa un dique de contención para aplacar la fuerza imparable del oleaje, coligiendo de esta calma construida artificialmente la inexistencia del vaivén marítimo. Incluso me equipararía, a mí en concreto, con el animal que después de aumentar lo suficiente su masa corporal durante el período estival se sume, hibernando, en un monótono y dilatado letargo, teorizando en este episodio de duermevela que su vida se ciñe a los muros de la cueva en la cual reposa, a la quietud imperturbable de la madriguera, donde se respira un aire enrarecido debido a la estanqueidad del ambiente. Espacialmente, confiábamos en que nada pasaba y, sin embargo, algo tiene que haber pasado para llegar hasta semejante impasse de presente, un futuro muerto, incapaz de seguir adelante por desestimar aquello que lo precede por detrás o, si se prefiere, en términos corrientes, una gallina que realmente no se encontraría aquí porque su antecesora, la cual probablemente surgió de las mutaciones genéticas de una raza diferente, jamás puso el primer huevo. Espacialmente se erradica, en consecuencia, la única alternativa que aún albergábamos de resolver el antiguo dilema, apelando a una gallina primigenia que no se gestó dentro de un huevo. Se mina, en definitiva, el proceso evolutivo; se reduce la acumulación y postergación de los cambios biológicos pretéritos a las generaciones venideras – para definir toscamente la evolución – a un estado amputado cuya actualidad carece de recorrido, a un instante recortado del curso ininterrumpido de una especie, encarnado

progresivamente por sus sucesivos especímenes. Todo se limitaría a una gota que, emancipándose del mar cuyo flujo la hidrataba, se vuelve, ella «misma», un mero grano de sal seca en el desierto de la deserción, puesto por imposición en igualdad de condiciones (cualitativas y temporales) que el resto, no apto para alcanzar su sumatorio, vinculado presumo a la ingesta de alimentos.

Si me tomara, en este sentido, mis palabras al pie de la letra – no me he olvidado de ellas –, creería estar diciendo que yo evoluciono comiendo, lo cual resulte quizás de mal gusto para una mentalidad, esta vez, contemporánea. Hoy en día, solemos hablar de la evolución en los términos aportados por Darwin, concibiéndola como el progreso de un colectivo por vía hereditaria, ligada por ende a la reproducción y no a la nutrición, dos funciones vitales a nuestro entender incongruentes. Tanto difieren entre sí que incluso se enfrentan a la muerte, enemiga común de la vida que ambas ostentan, desde abordajes radicalmente dispares, conjurando por un lado, nutritivo, la pérdida de extensión, en este caso mi finitud, mientras que por el otro, reproductivo, se combate la fatalidad de no durar para siempre, mi mortalidad lo llamaría. El proceso evolutivo atañería, por consiguiente, exclusivamente al grupo en general, y a pesar de ello se implementa en cada uno de los individuos en particular, encarnándose la especie los especímenes de su género. ¿Qué tendría, no obstante, esta circunstancia de memorable? Si la reproducción, sexual se entiende, fuera la única encargada de perpetuar mi estirpe, y aun de guiar mis inclinaciones según ciertos autores, en su mayoría psicoanalistas, ¿por qué nazco niño? Si en función de mi biología meramente me preocupara vivir lo suficiente como para llegar a procrear, ¿por qué los organismos no vienen al mundo ya adultos o, por lo menos, preparados para multiplicarse de inmediato, sin tardanza? No se me ocurre otra explicación plausible: medrar debe contribuir de algún modo a la evolución, crecer a medida que como influiría en el propio desarrollo genésico. Recurriendo a la hipótesis darwiniana, la supervivencia de las criaturas usuales depende de la adaptación de su naturaleza espontánea al medio ambiente que los rodea. La ventaja branquial, por elegir un ejemplo escolar, se torna completamente inútil fuera del agua. Así, que un organismo consiga desenvolverse en determinadas condiciones corrobora, precisamente, la eficacia de sus aptitudes innatas, superando con éxito el período de prueba al que quizás someteríamos a nuestro aprendiz para comprobar su valía en un terreno específico. El copo, por ende, demostraría su idoneidad en el contexto de una montaña nevada aumentando de tamaño; la mar, su viabilidad para engendrar, curvándose, la orilla costeano la tierra que erosiona. Incluso yo acabaría rebasando mis expectativas al llenarme el estómago de alimentos o, en otras palabras, cuando le aporto a mi cuerpo los nutrientes que le permiten pasar de la infancia a la madurez. Comiendo, en definitiva, se reproducen también, aunque asexualmente, el conjunto de células que yo integro en cuanto *uno*, deviniendo con ello, en cierta manera, partícipe de una evolución que, repitiéndome existencialmente, termina introduciendo una notable variación entre el niño que antes fui y el adulto en que después me convertiré, entre la aridez del monte rocoso y la playa remojada por el oleaje, en el copo vuelto finalmente bola de nieve.

Para facilitar las cosas ante el serio contratiempo que, presiento, se avecina, voy a quedarme tan sólo conmigo; me limitaré a hablar, por el momento, de aquel cuerpo que ocupa a mi primer «yo», justamente para no complicar en mayor medida lo que ya de por sí resulta harto complejo. Yo, dije, tomándome mis palabras al pie de la letra, crezco comiendo, me reproduzco asexualmente medrando, evoluciono en definitiva multiplicándome por mitosis, dividiéndose pues una única célula en dos de exactamente iguales, indiferentes desde el punto de vista genético pese a ocupar distintas posiciones. En ese caso, y aun dejando mis anteriores problemas de indigestión de lado, me refiero a la incapacidad de llegar yo a la suma a partir de coeficientes homogéneos, de asimilar en última instancia la manzana; incluso en ese caso, mi propio desarrollo se constreñiría a un mero aumento cuantitativo, sufriendo solamente un incremento drástico de magnitud que haría de mí un niño enorme, no sin embargo un adulto. La gravedad de la voz, el fortalecimiento del tono muscular en los hombres; el florecimiento de los senos, el ensanchamiento de las caderas en las mujeres; el surgimiento del vello corporal, la maduración de los órganos sexuales en ambos, se identifican todos ellos con cambios que padecemos durante la pubertad, a saber, el periodo de transición entre la infancia y la edad adulta. En la adolescencia, por ende, se origina una diferenciación de los caracteres anatómicos que, bien – ¿o mal? – mirado, no parece adecuarse al producto de una simple adición entre factores equivalentes. En semejante caso, mi voz aumentaría de volumen sin bajar empero su cadencia de escala; el peso que yo iría adquiriendo a lo largo de los años no provocaría en mí clase alguna de modificación morfológica, al contrario, respetaría las proporciones de mi yo temprano, anterior, en sus posteriores etapas: me agrandaría, por así decir, de igual manera que una bola de nieve, rellenándose cualquiera de sus caras en la «misma» medida que las restantes, sin acumularse la masa desigualmente en partes específicas de mi cuerpo en expansión. Al niño no le saldría barba, a la niña no le vendría la menstruación, precisamente porque la evolución asexual no introduce ninguna alteración cualitativa entre el antes y el después, no me abastece de nuevos atributos al quedarse estancada en los antiguos, imberbe y virgen.

Reproduciéndose entonces por duplicación, creando un calco viviente de sí, ni el niño ni la niña devendrían nunca adultos, aunque tampoco criaturas gigantes. En realidad, ni siquiera el copo conseguiría, de semejante forma, cobrar el tamaño suficiente como para tornarse bola o, equivalentemente, formar la multiplicidad de células respiratorias un pulmón unitario. Si el pasado, ateniéndonos rigurosamente al modelo numérico, coincide con el futuro, la cantidad – al igual que la calidad – no va a variar, jamás revirtiéndose mi pequeñez ante la inviabilidad de hacerme mayor. Fijémonos, si no, en el comportamiento de los organismos unicelulares que se multiplican por mitosis: éstos, en efecto, crecerían por fuera en caso de retener, dentro de sí, lo que hubieran absorbido por contacto de su entorno inmediato. En lugar, empero, de labrarse un sitio en el mundo, de henchirse de posiciones distintas a la suya propia, de algún modo regurgitan lo comido tras hincharse demasiado con tal de permanecer, en ayuno, ancorados a su estatura preliminar, naciendo de sus deshechos otro comensal sin apenas ganas de comer. El espacio provee, ciertamente, a estos seres abocados a la subdivisión de un

medio donde hallarse simultáneamente, el uno junto al otro (uno) pese a no juntarlos. Espacialmente, se explicaría por consiguiente que tales copos, casi indistintos, estuvieran dispuestos equidistantemente en la cumbre nevada de la montaña, no la actitud descarada del copo que aspira a bola, el cual debería partirse por la mitad nada más alcanzar el doble de su tamaño habitual, cosa que no pasa.

¿Cómo justificar, en consecuencia, la revolución operada evolutivamente, las vueltas que da sobre sí el copo para volverse bola? Tal vez cabría remontarse, aprendiendo por fin a caer de pie tras nuestros numerosos tropiezos, al enlace diferencial que lo heterogéneo previamente suscitaba, en pocas palabras, la necesidad que una diferencia tiene de diferir respecto a otra para resultar propiamente diferente. Ello, en efecto, corroboraba la coordinación velada que los copos, cual coordenadas, se profesan desde la distancia, no empero su aproximación. La mínima distinción que persiste entre aquellos de similitud extrema logra que *muchos* se avengan a la unión, aunque no los funda en *uno* de solo. A la heterogeneidad le viene grande la conjunción, de manera análoga a como la homogeneidad se quedaba corta sin la asistencia auxiliar de la simultaneidad para garantizar que el pasado no pasase, que de ahora en adelante no ocurriera nada diferente, resultando en conjunto todo igual. El espacio, creo recordar, instauraba estas dos condiciones yuxtaponiendo los puntos sin ponerse él en medio, los ubicaba careciendo en sí de localización. Así pues, que el copo devenga bola, pasando de lo pequeño a lo grande, como yo de la niñez a la madurez, ¿no podría también depender, tanto su discurrir evolutivo como el mío, de la inestimable colaboración de un medio alternativo que, pese a no pasar, promoviera asimismo el paso, del recio vendaval que se insinúa levemente en el encrespamiento de la mar, de un agente incorpóreo que en último término animase la materia de mi cuerpo?

¿No estaré hablando, por fin, del tiempo? ¿Acaso empiezo a levantar cabeza, a erguirme sobre mis dos piernas, una firme y la otra fiable? Aunque así fuera, me pregunto cómo habré llegado tan lejos aun yendo a pata coja. En otras palabras: si el tiempo fuera tan vital para mí, si solamente merced a su influjo pudiera yo, según intuyo, dar un paso hacia delante, cubriéndome el postrero la retaguardia por detrás, ¿cómo habría *uno* sobrevivido hasta ahora, sin referirse a él *mismo* explícitamente, o no más que de pasada? Diría, a modo de excusa, que me ha faltado justamente tiempo para presentar a la propia duración en público o, peor todavía, que no existe forma de presenciar aquello que nunca se hallará presente, privado en definitiva de actualidad al no resultar uno como yo, impotente, capaz de verter el viento en un acto consumado, con principio y desenlace. Imagínese por un momento que intento semejante despropósito, conferir a la brisa marina un punto de salida y otro de llegada, los cuales junto al sinfín de posiciones intermedias en las que se subdividiría el recorrido esbozado por ambos harían que ésta tuviera lugar en el mundo, una realidad corpórea en caso de juntarse. Al alcance de mi mano, no dispongo de mayores recursos que una manzana mordida y un vaso vacío de agua, descartando de antemano la primera dada mi pretensión actual. Interpondré, entonces, el recipiente en la trayectoria del viento y lo cubriré diligentemente con los dedos para así atrapar al levante in fraganti, con las manos, de lleno, en la masa. El culo

del vaso y la palma de mi mano, que actuaría de cabecilla, asignarían pues un comienzo y un final a las partículas eólicas, provistas ahora de un sitio al encontrarse con semejante maniobra encerradas dentro de un contenedor.

¿Habré conseguido mi objetivo, he logrado realizar lo impracticable? Bastará con señalar que yo me planteé, inicialmente, dotar de presencia a la corriente de aire, y aun así no he hecho sino detener su flujo; procuré plasmar el paso en presente y al final me he acabado quedando con su mera huella. Capturando el viento al vuelo le corta uno las alas, se inmoviliza el dinamismo que lo caracteriza, desnaturalizándolo. En el interior del recipiente reside una materia densa, estancada, incluso pesada en caso de sumar el ínfimo grosor de sus infinitas partes, cosa que, realmente, nada tiene que ver con la levedad de la brisa, ligera como una pluma, siempre en tránsito, pues jamás la mar cesa de remojar la costa bajo su influjo. El viento no para quieto, por eso no consigo fijarlo a un cuerpo compuesto cuyos componentes, homogéneos, se sitúan simultáneamente en un espacio delimitado, actual, con principio y desenlace. El viento, en definitiva, no parece algo que se dé «al mismo tiempo», inclinándome inversamente a pensar que la brisa marina simboliza, en sentido figurado, *al tiempo mismo*: una causa motriz inapreciable que se manifiesta a través del ascenso previo y el posterior descenso de la ola; un efecto a caballo entre el antes y el después, que cabalaga del pasado al futuro sin nunca reposar, en ningún momento presente. «Nada *es* menos – arguye Bergson – que el momento presente si por ello entienden – se refiere a nosotros de usted – ese límite indivisible que separa al pasado del porvenir. Cuando pensamos este presente como debiendo ser, todavía no es; y cuando lo pensamos como existiendo, ya ha pasado, [...] siendo el presente puro el imperceptible progreso del pasado carcomiendo el porvenir.»²¹ El presente, en rigor, no pasa: si pasara ya no sería propiamente presente, sino pasado, y si aún no hubiera pasado resultaría todavía un futurible que aguarda comparecer. El tiempo, cual viento, concerniría en consecuencia a esta ausencia de presencia, quizás comparable al punto de inflexión que se esboza fugazmente en la cresta de la ola, cuya ipseidad, ni subiendo ni bajando, oscila entre la remontada trasera y el precipitarse hacia delante de la mar encrespada.

El tiempo, por fin lo voy a decir, conforma la diferencia entre pasado y futuro al fracturar el presente, mellando una brecha en aquella actualidad donde nada pasaba y todo ya había pasado; una suerte de no-lugar que, desacreditando la coexistencia simultánea en el espacio, pues nadie está presente en él, introduce una divergencia entre lo anterior y lo posterior, entre los dos flancos que su propia inexistencia, «insistencia» lo llamará Deleuze,²² coordina por disyunción, un lapso comunicante cercano (y lejano) acaso al interludio de silencio que separa y a la vez enlaza la palabra precedente con la siguiente. El tiempo, por fin lo voy a decir, señala la complementariedad mutua de

²¹ H. Bergson, *Materia y memoria*, p.172.

²² Dicho término, aunque acuñado en la *Lógica del sentido* deleuziana, encuentra un abordaje más intuitivo en otra obra, impensablemente literaria: «Existir, ¿qué quiere decir esto? Eso quiere decir *estar fuera, sistere ex*. [...] Lo que lo complica todo es que lo que no existe se empeña en hacer creer lo contrario. Hay una gran y común aspiración de lo inexistente hacia la existencia. Es como una fuerza centrífuga que impulsaría hacia el exterior todo lo que agita dentro de mí: imágenes, ensoñaciones, proyectos, fantasmas, deseos, obsesiones. Lo que no *existe, in-siste*. Insiste para existir.» Michel Tournier, *Viernes o los limbos del Pacífico*. Alfaguara, Madrid (2004), p.138.

antecesor y sucesor, de padres e hijos, incluso del niño y el adulto; la necesidad común de imbricarse pasado y futuro para cobrar ambos sentido, porque nadie hablaría del porvenir sin predecirlo *antes* de que acontezca, como tampoco de la preteriedad sin rememorarla *después* de que acaezca. No hay un pasó que no se alterne con un pasará, un paso cuya movilidad intrínseca no rehúse permanecer igual antes que después, ahora indefinidamente. El tiempo es, en definitiva, la forma de diferir que compete a aquella materia disímil, heterogénea, la cual cambia a medida que pasa.

¿Cómo iba, empero, a pasar algo? ¿No resulta todo un tremendo sinsentido? Digo que yo evoluciono con el tiempo, creciendo y decreciendo o subiendo y bajando cual ola del mar, y aun así, ahora que la tengo delante y justo detrás de mí, la temporalidad, a ella me refería, ha despedazado mi comida y roto el recipiente que solía utilizar para beber; se ha tragado de un bocado la manzana mordida y se ha tomado de un trago el vaso vacío, sumiéndolos aparentemente en la inexistencia. Incluso yo me he quedado sin mí, en cuerpo ausente, abatido en una especie de limbo donde no me encontraría ni vivo ni muerto, ni blando ni duro. Todo lo que soy ahora, a saber una presencia de muchos aquí presentes, se desmoronaría temporalmente, en ausencia de la actualidad vigente. Me pregunto, entonces, por qué sigo todavía en pie, avanzando aún en mi tentativa genealógica a fuerza de escribir palabra tras palabra – no las he olvidado. Yo, evolucionando, no puedo parecerme a una yuxtaposición de presencias homogéneas en un marco espacial, a un cuerpo a secas o, si se prefiere, a un mero grano de arena deshidratado, ya que en semejante situación mi existencia recaería en un presente que la duración terminaría por abolir. Yo no soy, en definitiva, un número, sino que era y seré... ¿una letra quizás?

¿Acaso cabría desvincular, para cobrar yo sentido, a la presencia del presente, escindir la vigencia del ahora, también aquí, en una faceta pasada y otra futura que evitase pasar por aquella actualidad, impenetrable, donde nada pasa? En acto, aquí y ahora, yo no soy sino el producto de una suma de factores fraccionables, un lugar aislado del mundo, en confinamiento, relleno de puntos exactamente iguales. Previamente, no obstante, casi diría en el pasado, se corroboró que una tal igualdad acababa por volverse plenamente indistinta a menos que todos y cada uno de estos muchos componentes que me componen se distinguieran mínimamente entre sí, aunque sólo fuera por su localización actual en el espacio. La puntualidad que hace al punto dependería, por consiguiente, de aquella ínfima diferencia que lo mantiene alejado del resto, implicando esto que la aparente igualdad de un punto cualquiera, en el fondo, se debe a que ya *antes* se lo contraponía a otro (uno). El elemento más minúsculo – recordando de pasada el itinerario que nos habíamos propuesto, de lo pequeño a lo grande para así abordar la auténtica génesis del comensal –, alberga un pasado asociado con anterioridad a la heterogeneidad, a una materia diferenciada que difiere diferencialmente, consistiendo entonces la preteriedad en esta forma que tienen mis semejantes, como yo, de relacionarse aun a distancia. El punto de partida, en conclusión, no se correspondería con un punto aparte, en deserción, ni siquiera con la separación que espacialmente se interpone entre varios de ellos, en pelotón, sino que todo comenzó originariamente al

comprometerme yo con lo ajeno, contigo tal vez, al estar tú por mí y yo por ti, determinándonos pues recíprocamente en tanto que diferentes.

Hasta aquí, no creo haber introducido ninguna novedad; me he limitado a reformular, en una suerte de breve recapitulación, lo que previamente se constató, aunque ahora, a diferencia de antes, sepamos que el presente no existe o, en otras palabras, que el pasado remoto precisa de la aproximación del futuro, que con el tiempo no hay una condición lejana, me refiero a la *heterogeneidad*, sin otra de cercana, me remito – lo he venido diciendo – a la *sucesión*. Dicho de otro modo: para alcanzar su máximo potencial, con tal de expresarse en mayúsculas y no sólo como una miríada de minúsculas partes, a lo diferente no le bastará con diferir, con sostener meramente las antiguas diferencias, sino que además tenderá a crear de nuevas, diferenciándose. La preteriedad se volca, o incluso inclina, hacia el porvenir para llevar la *diferencia de lo diferente* que ella implementa hasta su *repetición*, hasta la auténtica culminación de lo heterogéneo, donde todo termina empezando renovadamente en un ininterrumpido punto y seguido, jamás aparte.

De alguna manera, se plasmó tal inminencia del futuro cuando discutimos acerca de los nutrientes que cualquier cuerpo necesita para crecer. Éstos, abreviándolo, surgían a raíz de la mezcla heteróclita que formaba el jugo gástrico de mi estómago junto con un trozo irregular de alimento, precisamente aquél que le mancaba a la manzana, sustraído en mi opinión a mordiscos. De desemejante desprendimiento frutal se desprendió, además, que la comida procesada ni se parecía a mí ni tampoco al fruto, no se asimilaba a ninguno de los dos factores que diferíamos entre sí, guardando respectivamente las distancias para no confundirme yo con la manzana ni ella conmigo. El nutriente, en cambio, coincidía con el producto de la diferenciación de ambas diferencias, las cuales, estrechando por fuerza sus lazos dentro de mi barriga, interaccionaban para generar una tercera – diferencia se sobreentiende – radicalmente diferente a las precedentes, posterior por consiguiente.

(G. El tiempo desnaturalizado) Ahora bien, o más bien mal, que yo llegue a digerir un pedazo de manzana no garantiza que mi cuerpo lo absorba, que yo devenga mayor aun dándole un enorme bocado al fruto, convertido de este modo, presuntamente, en una parte constitutiva de mí. ¿Por qué, me pregunto, no acabo por desecharlo o, recurriendo a la escatología, por qué no expelo la comida inmediatamente después de ingerirla? Así ocurriría, efectivamente, en caso que el futuro no conservara nada de su condición pretérita, si el nutriente no retuviera nada de mí ni tampoco de la manzana o, en términos pictóricos, asumiendo que el rojo no acaudalase el amarillo y el magenta cuya amalgama cromática lo engendra. Un residuo se identifica con algo que ha perdido el atractivo, aquello con lo que alguien cualquiera, sintiendo repudio, rechaza relacionarse, una diferencia en fin que ha agotado su capacidad de diferir: un presente estéril, deshecho, en el cual no pasa nada en absoluto, donde el pasado no se prolonga hacia el futuro ni el futuro arrastra consigo el pasado. La enésima de las diferencias, surgida de la diferenciación, no resultaría, en consecuencia, propiamente diferente a menos que difiriera de las otras dos que la anteceden, sin que la reproducción de la diferencia

acarrear paralelamente su acumulación o, por hablar metafóricamente, si el descenso de la ola no postergara su previo ascenso. El pasado va hacia el futuro para renovarse, y el futuro vuelve de nuevo al pasado para asentar su progreso, recomenzando el ciclo, el auge y declive de la mar, cada vez un paso por delante pero siempre desde atrás, realizando una suerte de movimiento helicoidal comparable a aquél que ejecuta el copo de nieve, que avanza al tiempo que gira sobre sí, que recorre la pendiente mientras se ensancha. La preteriedad, propendiendo hacia el porvenir, se hincha; las diferencias, diferenciándose, difieren en mayor medida, aumentan de tamaño cuando incorporan sucesivamente, uno detrás de otro – en frente por ende este último del primero –, los nuevos cambios a los antiguos.

Acaso provoque cierto asombro, me remito a los aquí presentes, el hecho de no haberme referido a este último otro como a otro (uno) más, que no considere ahora igual al antiguo antecesor que al novedoso sucesor, pues los copos, por mencionar nuestro ejemplo paradigmático, se asemejaban tanto que tan sólo distaban respecto a la posición donde se los ubicaba. Su única diferencia competía a la distancia que existía, o mejor preexistía entre ellos, al espacio cuya intromisión mantenía alejados a los puntos, ya se les llame copos, células respiratorias o aun granos de arena salobres, yuxtapuestos simultáneamente a lo largo de la playa, a lo ancho del pulmón o aun en lo profundo de la bola de nieve como representante ejemplar de la esfera geométrica. Ante tales circunstancias, carecería de sentido hablar de un primero y un último, de uno anterior y otro posterior, puesto que cualquiera de ellos, ni antecediendo ni sucediendo a ninguno de los demás, coexisten como coetáneos de una época común, «al mismo tiempo», y por lo tanto ajenos al transcurso temporal. En base a esto, la mayoría colegiría que la diferencia, en vez de colaborar con la temporalidad, lo cual si mal no recuerdo hemos venido asumiendo, cooperaría al contrario con su supuesto adversario, el espacio, distinguiendo a lo lejos aquellos que casi parecen indistintos excepto por su localización. En rigor, no cabría sino definir el espacio como la diferencia externa entre mínimo dos que internamente comparten rasgos esenciales, similares por consiguiente.

Ahora bien, o más bien mal, aunque la diferencia ceda a las exigencias espaciales, homologando indirectamente la homogeneización cualitativa y la sincronización temporal, no pretende traicionar ni al pasado ni al futuro entre los cuales antes, como también después, se inmiscuye. Justamente, la diferencia se queda encallada al principio de todo, en la preteriedad, al jugarle el espacio una mala pasada, cuando se tropieza con la nefasta interpretación que éste nos aporta acerca de lo que habitualmente pasa, nada en absoluto desde su obcecado punto de vista, cosa que le impide proyectarse, a la diferencia me refiero, hasta el porvenir. Espacialmente, se parte de una diferencia que, pese a diferir de inicio posicionalmente, no consigue sin embargo, a falta de tiempo, ahondar en su propia naturaleza, terminar diferenciándose. La diferencia inscrita en el espacio no resulta en cierto modo consciente de lo diferente que podría llegar a devenir, supeditándose a merced de esta ignorancia a la semejanza. Una diferencia que meramente se diferenciara una vez, al igual que una célula la cual se reprodujera, repitiéndose, por primera y última ocasión, vería drásticamente disminuida, apenas

volviéndola plausible, la probabilidad filial de mutar, guardando así la progeñe un parecido extremo conforme a sus progenitores. Una diferencia que no continuara diferenciándose engendraría, inevitablemente, aquella similitud sobre la cual tiene un impacto mínimo, limitándose a proporcionar espacio, a mantener las distancias entre homólogos al borde de la indistinción. Lo diferente, cuando no se repite; el pasado, cuando no se dirige paso a paso hacia el futuro, se torna en definitiva preexistente, concediendo un emplazamiento donde existir sin poseerlo actualmente. El espacio se reduce, por consiguiente, a una especie de aborto temporal, algo semejante a un empaste que rellena la fractura infligida antes – como también después – a la actualidad, coartando esto el cruce entre lo pretérito y lo venidero al no haber ya, ahora indefinidamente, un umbral que traspasar, transición real de lo anterior a lo posterior, indiscernibles en su estado vigente. El espacio convierte el momento inaugural del tiempo en el enésimo; taponar, recurriendo a una pluralidad de puntos exactamente iguales, llamémosles copos, células respiratorias o aun granos de arena salobres, diferencias en suma que apenas difieren, la brecha constitutiva de la temporalidad, situación comparable quizás a la de un organismo que en balde ansía completar el déficit cromosómico derivado de la meiosis recurriendo a la mitosis.

Todo ocurre como si el espacio, presintiendo no sé bien cómo su afinidad con el número, intentara, vanamente, facilitarle las cosas cuando depone a una diferencia que, con innegable acierto, juzga el principal impedimento para alcanzar la unidad de uno al radicar en ella el distanciamiento efectivo entre dos cualquiera. Ingenuamente, cree que no existe mejor manera de fomentar la aproximación que minimizar la separación, que sustraerle el tiempo a la diferencia con tal de que no consiga diferenciarse, evitando así agravar aún más el problema. De este modo, se multiplicarían los puntos ya presentes, ni pasados ni futuros, o más bien – ante la escasa viabilidad de esta opción, la cual requeriría de la anterior nutrición y de la posterior reproducción de una presencia limitada aquí a la actualidad – los dividiría a ellos, a los puntos me refiero, en una infinidad de partículas cuyo fraccionamiento las iría acercando al atestar el espacio vacío de pequeños submúltiplos. Por más, empero, que se acorten las distancias mediante semejante proceso, nunca se suprimirán enteramente; aunque ínfimamente, los puntos seguirán permaneciendo un tanto alejados, puesto que dos de ellos – lo sabe todo el mundo – no confluyen a la vez en una zona común sin incurrir en contradicción, sin eliminar una célula a su hermana gemela, sin atentar el protagonista de la novela contra su doble, sin que una de las piezas sobre el tablero, ubicada en su casilla, sea asesinada por su competidora en caso de ocupar ésta una idéntica parcela a la suya.

(H. Entre dos: duplicación o desdoblamiento) He aquí, justo me doy cuenta ahora, el origen de todos mis contratiempos: de yo no percibo más que uno, y aun así hablaba de dos cuando justo al principio de esta tentativa me identificaba, incipientemente, a mí mismo. Yo soy entonces, en rigor, uno de dos, o incluso dos en uno, una suerte de ganga metafísica en la que adquiriendo una unidad me la llevo por duplicado; una oferta que, entendí, meramente me podía ofrecer el número, pues 2 no resulta sino el producto derivado de la suma de dos factores, igual que yo diría. Y lo continuaría diciendo si no

fuera porque una cosa no se halla nunca en dos sitios al mismo tiempo, lo cual involuntariamente presumo al reducirme a una cifra matemática. ¿Cómo iba yo, sólo uno, a tener lugar en dos ocasiones; cómo a un existente le correspondería más de una existencia, una doble vida a un mero viviente? Existe una cláusula tácita en el ámbito existencial que exige restringir a un único ocupante cada una de sus plazas, a una presencia por presente o, si se prefiere, a un solo comensal por cubierto. Al otro (uno), contando todavía con dos, se lo relega por consiguiente a comida, distinción que algebraicamente se introduce recurriendo a la geometría, dividiendo el número en puntos distribuidos por el espacio, al fraccionar el lugar que de hecho ostento en varias posiciones. Se atenúa, por ende, teóricamente la propia noción de sitio para flexibilizar la permisividad de aquella disposición práctica que la realidad reclama; se diversifica la presencia preservando inalterado el presente, cosa además lógica en caso de pretender defender la yuxtaposición espacial de elementos escindidos, mínimo, por la mitad en un tiempo coincidente. Con semejante resolución, empero, el conflicto está servido: bajo el supuesto de que debemos tratar con instancias iguales, o nos encontramos ante dos comensales que combaten hasta la muerte, sin prestarse ninguno de los dos – uno y uno – a la deglución, o frente a dos comestibles a los que difícilmente atribuiríamos clase alguna de vida, aguardando ambos indiferentemente sin que el otro (uno) llegue jamás a hincarle el diente. Con semejante resolución, no se niega que una cosa no se halle nunca en dos sitios al mismo tiempo, afirmamos que dos cosas, ya no esféricas sino puntuales, ya no grandes sino pequeñas, ya no una cifra entera sino fracciones de decimal, se hallan siempre en un mismo lugar al mismo tiempo; fórmulas que, aunque parecidas, no cabría ni mucho menos considerar equivalentes, en el sentido que discurren acerca de tipos distintos de existentes, los primeros organismos vivos y los segundos objetos inertes, compuestos por una pluralidad de ínfimos componentes que ni siquiera lograríamos recomponer tras despedazar, devolver en definitiva la numeralidad perdida a una cantidad así subdividida, contar hasta 2 tras partirlo por el medio, partiendo de dos 1(s) incapaces de sumarse en un medio como el espacial, homogéneo y simultáneo.

La inminencia de este origen prematuramente abocado a su final me induce, viendo mi tentativa reducida al absurdo, a replantearme las cosas, a abordarlas desde otra perspectiva, alternativa, a dar un paso hacia atrás para lograr avanzar realmente hacia delante, reconduciendo por un nuevo sendero mi antiguo itinerario, acaso como aquellos afortunados que, tras sortear una muerte de la que no creían posible escapar, notan inflamarse, flamante, la vida que todavía corre por sus venas, resplandeciendo ella con un brillo hasta ahora inaudito. Devienen supervivientes, ya no simples vivientes obsesionados con no perecer: alaban la mortalidad en vez de temer a la muerte. El convaleciente, después de resarcirse de su larga enfermedad, la cual lo llevo al borde del abismo, caída de la que ya nadie se levanta, termina por reconciliarse con su frágil salud, por reafirmarse en su condición, sacando algo positivo de una cláusula que, en negativo, lo ata al mundo fáctico. Efectivamente, que algo no se halle en dos sitios al mismo tiempo no excluye, o aun quizás lo implique, que yo sí pueda encontrarme en un sitio concreto cuando transcurro entre dos tiempos, invirtiendo de algún modo mi disponibilidad práctica. Ahora, el presente se escinde en dos momentos diferenciados de

la duración, antes y después según se constató, manteniendo durante este lapso a la presencia unida para así desvincularla, alternativamente, de la actualidad. En verdad, nos precipitamos recurriendo anteriormente al espacio; impidiendo que el tiempo siguiera, posteriormente, su curso, casi me cuesta la vida, como el diabético cuya impaciencia a la hora de esperar que el azúcar se disuelva con el tiempo en el agua, para emplear la enésima metáfora bergsoniana, le acaba provocando un choque hipoglucémico. El dos, más que una duplicación corporal, remite a un desdoblamiento anímico, en ambos sentidos del término: la ida del pasado hacia el futuro para animar el movimiento y la vuelta del futuro al pasado para engendrar el alma, no sólo en mí, que presumiblemente albergo dicho potencial al estar dotado de piernas y cerebro, sino también de alguna manera en el tosco bloque de nieve.

Partiendo del copo, mera materia en bruto, me cuestionaba cómo éste cobraba la forma de una bola; qué lo impulsaba, salvando desde luego las distancias, a alimentarse de sus semejantes. Atribuiríamos, sin apelar a argumentaciones metafísicas de ningún tipo, su inclinación a ensancharse seguramente a la pendiente descendiente de la montaña, añadiéndole quizás a este hecho la gravedad que también lo afecta. Se diría, entonces, que el copo, mera materia en bruto, se forma a medida que se precipita cuesta abajo, arrastrando consigo el resto de coterráneos que se cruzan en su camino, declive que percibo, espontáneamente, no como una subdivisión analítica sino como una superposición sintética. Ahora bien, o más bien mal, ¿acaso basta la inclinación del monte, además quizás de la gravedad de la atmósfera terrestre, para justificar la plasticidad y desenvoltura, por así llamarlas, de las que el copo hace gala? Ambas circunstancias, me refiero a la pendiente y a la gravedad, permitirían desde luego que el copo descendiera, de igual modo ciertamente que una piedra cualquiera, no empero que incrementara de tamaño bajando. Las fuerzas físicas no explican el esfuerzo que el copo realiza para prolongarse del estado precedente al siguiente, para pasar a aquél aún posterior reteniendo el siguiente, ya anterior, junto al precedente, fundiendo a los tres en un pasado global que incesantemente se abalanza, hambriento, hacia el futuro que se extiende delante, siempre con todo desde atrás cual ola de mar.

Tampoco querría, no obstante, dar a entender que los factores ambientales no contribuyen en modo alguno a determinar mi margen de maniobra, puesto que en un campo gravitacional masivo los músculos de un cuerpo endeble como el mío jamás vencerían la ingente presión que se ejercería sobre ellos, sin poder escribir mis dedos ni tan siquiera una sola letra. Aun así, en una situación particularmente favorable para mí, yo no recorrería el mundo, benigno conmigo, que me rodea si no tuviera piernas o, exponiéndolo en términos genéricos, la movilidad de un móvil no depende meramente de factores exteriores, sino también de su constitución inherente, tanto como obedece el estatismo de la planta arraigada en el suelo a su naturaleza, cuya dinámica de crecimiento no le exige desplazarse de forma similar al animal, recorrer esta tentativa genealógica como yo lo hago, yendo paso a paso. La complexión esférica que progresivamente alcanza el copo, en definitiva, lo emplaza a seguir adelante, de la misma manera que su consistencia semilíquida incentiva desde atrás la acumulación

paulatina de un grosor en aumento; complexión y consistencia que ni mucho menos cabría achacar al desnivel montuoso o aun a la gravedad planetaria, en vistas de que para ambas instancias el copo de nieve no se distinguiría lo más mínimo del guijarro pétreo al influenciarlos por igual, indiferentemente, sin variar la pendiente de la montaña ni la aceleración de la gravedad según el caso, tomados en consecuencia como meros puntos homogéneos yuxtapuestos simultáneamente en el plano espacial. La bola, desde este punto de vista, no resultaría ni blanca ni mullida, tan dura y oscura como la roca, indiscernibles incluso el diamante y el carbón al componerse respectivamente de átomos exactos de carbono.

Diría, pues, ante tal confusión del diamante y el carbón, de la nieve y la roca, que las cualidades internas de la materia, manifiestas cuando ésta cobra forma, se disipan al punto que se las cuantifica. Se verá bien, o más bien mal porque nada vamos a percibir, semejante descalificación apelando al ya lejano haz de luz. Antes, yo captaba sensorialmente el color en el momento sintético que la luz oscilaba en base a una longitud de onda específica. Hasta aquí, empero, no hacía sino analizar su secuencia vibratoria; la descomponía en una infinidad de minúsculos corpúsculos que, perdiendo el carácter ondulatorio de la línea, provocaba la lividez de su tonalidad intrínseca, divisando entonces como mucho la transparencia del vacío, nada en rigor. Concluiríamos, por ende, que el color, desde luego una calidad propia de la luz, no se deriva de la existencia puntual de una miríada de partículas aisladas, dispuestas a cierta distancia en torno a un marco preexistente, sino de la curva que todas ellas describen al compenetrarse mutuamente, ávidas de contacto, aproximación al parecer impracticable en una situación de igualdad respectiva. A lo homogéneo, confiriéndole acaso ilegítimamente un atisbo de intencionalidad, no le interesaría acercarse a sus iguales, puesto que subsiste gracias a la separación que el espacio media en su dilatada extensión, beneficiándose de mantener esta mínima distinción, a saber posicional. A lo heterogéneo, en cambio, le conviene allegarse a sus desiguales, en el sentido que una diferencia, ya diferente, no puede sino aspirar a diferir aún en mayor medida, diferenciándose además, forjando a través de su interacción inmediata con las demás nuevas diferencias que se relacionarían diferencialmente con las antiguas, las cuales devendrían incluso más diferentes de lo que antes eran, tanto que la cantidad, después de pasar por este presunto futuro, redundaría en una calidad pasada.

Veámoslo, ahora sí, volviendo al haz lumínico: los corpúsculos, no satisfechos con la ubicación que espacialmente se les proporciona, con la repulsión que a ambos les suscita el otro a raíz de compartir proporciones, como imanes enfrentados por el lado en que las cargas coinciden, se atraerían cuando uno de los dos, rotando en semicírculo sobre sí, le ofreciera a su contrincante la cara de potencial electromagnético asimétrico en son de paz; cuando el copo de nieve, empezando precozmente a girar, cediese a incorporar el resto con el requisito indispensable de diferir radicalmente de ellos, aun y la extremada semejanza que, sabemos, los desune. ¿De qué manera, empero, lo igual devendría lo suficientemente diferente como para dar su consentimiento a la unión, a la imbricación de aquellas partículas en las cuales se esboza, prematura, una leve

ondulación, el tímido ascenso de un mar de gotas? La única oportunidad de que desemejante diferenciación sucediera involucra forzosamente al tiempo, merced al cual aquellos que, de inicio, se encuentran el uno junto al otro no se les permitiría, al final, permanecer en igualdad de condiciones, obligándolos de algún modo a juntarse. Tan sólo recurriendo al tiempo se revertiría la situación presupuesta por el espacio, se estimularía a los copos con tal de que se revolvieran en una bola, se contendría la propensión biológica de los organismos unicelulares a vomitar, trazando los puntos una línea tanto como los corpúsculos una onda de color. La temporalidad torna productiva, o mejor reproductiva, o incluso repetitiva, a una diferencia casi inocua en el ámbito espacial alentando la introducción de una variación entre el estado anterior y el posterior, una modificación de lo que va antes respecto a lo que viene después en detrimento de un presente, ausente, que articula pasado y futuro. Tan sólo de esta manera, la homogeneidad y simultaneidad materiales devendrían, transformándose, heterogénea y sucesiva respectivamente, factible que las cosas evolucionaran, que el minúsculo corpúsculo alcanzara un cuerpo mayúsculo, pues la materia jamás tendería a formar una forma – tradicionalmente su antagonista – sin que se la hiciera diferir de sí, además de diferenciarse para sí, a menos que se la exhortara a salir de su brutalidad espontánea, purificándola en grado alguno.

Cabría apuntar, desde luego, que un sentido – restringido – la materia ya difería en la medida – exigua – que competía a una pluralidad de componentes los cuales, incapaces de componerse unitariamente, se ubicaban de costado distinguiéndose por lo lejos que uno estaba del otro (uno). ¿Cómo llegué yo, no obstante, hasta este punto, aquí donde la materia implica tangencialmente a la heterogeneidad? Quizás se recuerde que aislábamos a una de las muchas posiciones dispuestas en el plano espacial, partiéndola a ella en particular en subpartículas de menor grosor para ratificar, en un caso concreto extrapolable al resto en virtud de su extremada similitud, que cualquier localización resultaba susceptible de convertirse en un sitio al albergar cada una de ellas, actualmente, una multiplicidad, de igual modo por consiguiente que el número, a saber uno de muchos. Allí, previamente aquí, nos remitíamos a esta circunstancia señalando la reversibilidad de síntesis y análisis en una ecuación estándar, prueba de la compatibilidad entre la unidad algebraica y la pluralidad geométrica. Asumíamos, en resumidas cuentas, que la equivalencia evidenciada por el signo de igual en la fórmula matemática bastaba para pasar, indistintamente, de lo grande a lo pequeño tanto como de lo pequeño a lo grande.

¿No parece, empero, semejante abordaje la mar de absurdo? Imagínese por un momento a un niño que, antes de tiempo, ansía hacerse mayor, deseo que en teoría le concedería el espacio al emplazar todas sus edades simultáneamente, sin necesidad de esperar que el azúcar se disolviera en el agua para mezclar al menos metáforas. Cumpliendo su anhelo de ir contra natura, el infante, poniendo su vida entera a disposición del álgebra y la geometría, de la matemática en definitiva, terminaría mínimo desmembrado por la mitad, emulando así aquel célebre truco, aquí fallido, de magia; fracaso que ambas disciplinas le intentarían vender, de oferta presumo, como una victoria, convenciendo a

la infausta criatura de su relativa grandeza en la medida que todavía cabría seccionarla en cuartos, tortura que indefinidamente prorrogarían en caso de osar el martirizado lamentarse aún sobre su pequeñez, cada vez más notoria. Para multiplicar a uno, he aquí la contradicción, se lo divide en muchos, se lo considera un producto fraccionable y no un factor con ansias de crecer, como acaso se insinuaba en la pueriles aspiraciones del niño. E incluso suponiendo la reversibilidad de este brutal revés, el renacimiento pagano de Dionisos descuartizado o la resurrección cristiana de Isaac ante el sacrificio de Abraham, el retorno en suma del hijo pródigo, del impúber en toda su entereza, sintética, por equivaler ésta al sinfín de partes en que analíticamente se lo trocea; incluso así, el infante no habría cambiado nada, resultaría ahora igual de imberbe y virgen que antes a falta de un después. Demostrar, entonces, que hay más en el punto de lo que a primera vista aparenta no lo hace mayor, sino menos pequeño en comparación; se pretende que una posición rasa suba de escalafón, que ascienda a lugar numerado no aumentando su rango sino al bajar el listón, alcanzando el niño solamente una falsa madurez en ausencia de adultos, similar quizás al tuerto que, según el proverbio popular, se promulga rey en el país de los ciegos. Se realza, en conclusión, la pequeñez frente a la imposibilidad numérica y espacial de agrandarla, de cruzar la frontera entre la materia contenida y la forma contenedora, pues si así de simple fuera bastaría con rellenar el pavo navideño para convertirlo en un comensal transido de apetito, aunque cada año en esta fecha señalada todo el mundo lo trate, independientemente de su tamaño, como un apetitoso comestible.

Fijémonos, empero, en la argumentación que emplea el espacio para maximizar esta mínima heterogeneidad, reputada como una mera conversión en términos cuantitativos del número, cuya unidad traduce equivalentemente en una pluralidad de submúltiplos. Persuade a la infeliz criatura de que ya *antes* resultaba en cierta medida mayor, pese a encontrarse actualmente escindida por el medio, mitades a las cuales todavía cabría otorgar un ápice de grandeza al poderse aún *después* dividir no en dos, sino en cuatro partes, a extremidad por cabeza. El propio razonamiento espacial recurre, por lo tanto, a una coyuntura pretérita que proyecta hacia el porvenir; se remonta al pasado inmediato para consolidarse en su estatuto de correlato numérico, de uno que con mucha probabilidad devendrá una pluralidad en un futuro inminente. Por inverosímil que parezca en esta situación, únicamente el tiempo permitiría que el espacio contara consigo, cobrando *uno* no la fragmentariedad del punto sino la entereza del número, de un compuesto sintético y no del indefinido descomponerse analítico donde nada tendría lugar al restringirse todo a una burda posición, sin plaza a falta de plazos. Encaramada entre el antes y el después, ahora sí, se saca el máximo potencial a una materia casi inexistente en la preexistencia espacial que la enmarca, a punto de desfallecer dada su infinita pequeñez, confiriéndoles temporalmente a estos resquicios geométricos la forma de un existente computable, con valor algebraico, poseedor éste de una existencia propia o de un sitio legítimo en el mundo, no obtenido a expensas de relativizar, artificiosamente, el hecho de ostentar un gran tamaño.

Hagamos, pues, que todos estos miembros desmenuzados en partes se levanten triunfalmente de la mesa de operaciones, que empiecen a andar por sí solos, insuflándole vida a un sustrato desde el comienzo tocado de muerte; tentativa la mía cuyo éxito, estimo, dependerá de incorporar la sucesión en la ecuación, de colocar a aquel 1 que se encontraba junto a los dos restantes, esta vez, el uno detrás del otro, yendo el último por delante del primero para sumar juntos 3. No estoy hablando sino de radicalizar el carácter heterogéneo que la homogeneidad acarrea implícitamente, de otorgarle a una materia ya disímil la forma que más se adecúa a su naturaleza espontánea, habida cuenta de que la diferencia tan sólo resultaba auténticamente diferente cuando el estado anterior difiere del posterior, cambiando con el tiempo y no permaneciendo igual en la inmovilidad espacial.

Engendremos, por consiguiente, procediendo genealógicamente, a nuestro engendro de la creación; recreemos, artificialmente, el presunto surgimiento de la vida. En cualquier receta, incluso la primigenia, habría que enunciar, antes de iniciarla, los ingredientes necesarios para llevarla a cabo, su materia prima, aquí, según el caso inorgánica u orgánica, un corpúsculo atómico o una célula mitocondrial o, por decirlo en general, un mero punto. Aunque incomparables respecto a su magnitud, en la medida que el más básico de los organismos unicelulares ya compete a una vasta pluralidad de elementos moleculares, poco importa qué materiales – inorgánicos u orgánicos – eligiéramos, al exigirnos ambas tipologías un primer paso calcado. Bastará con un conocimiento somero de química para constatar que los átomos con mayor concurrencia en nuestro planeta – predominantemente el hidrógeno, el nitrógeno y el oxígeno – suelen ir en pareja, como si ninguno tuviera el peso específico suficiente en ausencia de otro (uno) igual. ¿No nos evoca, semejante disposición, a aquella codependencia recíproca que los puntos se profesaban con tal de puntualizarse, donde cada uno triangulaba su demarcación en función de los dos restantes? La célula asexual, por su parte, comparte con el punto, ni más ni menos, que el hecho de multiplicarse recurriendo a la división, como si prefiriera a dos de pequeños antes que a uno el doble de grande. En verdad, tales circunstancias, inorgánicas u orgánicas, apuntan en una dirección pareja, a saber, su predisposición compartida a distribuirse por el espacio, su conformidad a eclipsar la diferencia que aguarda, latente, en su interior, regurgitándola hacia fuera para convertirla en una distancia externa, ajena a unos puntos indistintos excepto por su localización, relativa al plano en el cual se reparten.

La receta, desde luego, bien podría acabar aquí, ya que cualquier prescripción expuesta a continuación, posterior, la ofrecería yo en balde, porque en nada diferiría de lo anterior, igual esta primera que una segunda sin llegar nunca al momento en que empezaría a darle forma a mi quimérico experimento o, hablando de comida, a redondear la masa de la tarta por entretenerme sobremanera en trocear las manzanas que le sirven de base, cuyos pedazos encontraré siempre demasiado grandes ateniéndome al punto de vista espacial. En contra de mis pretensiones, voy de lo grande a lo pequeño y no de lo pequeño a lo grande, inversión que requiere de la intervención inmediata de la temporalidad, a falta de la cual me quedaría yo con un surtido de corpúsculos y no con

un cuerpo unitario, con una infinidad de posiciones y no con un lugar común. El tiempo, si mal no recuerdo, permite que aflore en el punto la diferencia que internamente acarrea, pareciéndose en este sentido a una semilla que en condiciones favorables germina brotando de dentro hacia fuera. La diferencia, estéril espacialmente, difiere con el tiempo; la incongruencia entre pasado y futuro alienta su propia diferenciación, suprimiendo aquella actualidad donde nada pasaba. Así pues, de dos de pequeños obtendré uno el doble de grande cuando desdoble, y no duplique, a la materia – inorgánica u orgánica – que empleo de sustrato para mi monstruosa obra, cuando la incisión que se inflige a la carne mortecina del cadáver paradójicamente lo suture, cuando me coma en definitiva a *uno* sin por eso *mismo* morderlo. Este corte que cose, empero, imposible de realizar aquí, se efectuará alternativamente más allá; no es físico, sino metafísico, *formándose y calificándose* los ingredientes de la receta primordial en dos tiempos, antes y después, en vez de cuantificarse «al mismo tiempo» mediante un acto mecánico de descalificación.

Consciente – ¿lo soy ya? – de la complejidad del problema, quizás se precise continuar adelante para disipar en la medida de lo posible nuestras dudas, volviendo de desemejante manera atrás, a las andadas. De pasada, hablé – acaso mencionándola a destiempo – de la sucesión, cuya dinámica consiste en discurrir de lo precedente hasta lo siguiente, anterior éste a aquél aún posterior: tales fueron mis palabras exactas. La sucesión constituye, por ende, el paso del pasado al futuro, pero también el paso de este futuro a pasado cuando un nuevo futuro, posterior, sustituye al que antiguamente seguía a lo precedente. La transición entre el antes y el después, en consecuencia, define una única vía de doble sentido, un ir y venir contemporáneo que denotaría el propio flujo temporal, el ascenso y descenso de la mar bajo la influencia levantina del viento.

No reparé entonces en ello, pero creo que, sin apenas querer, previamente advertí la sinuosa marcha de este desdoblarse, cómo yendo se formaba la onda y retornando se calificaba cromáticamente el haz lumínico. El efecto óptico de la rojez, para referirnos a nuestro color de cabecera, encierra propiamente una causación binaria: por un lado, una ida en la cual se extienden, zigzagueando, los corpúsculos con una determinada frecuencia vibratoria; una vuelta donde este desplegarse, ondulante, se repliega, intensificándose por el otro lado. Me encomendaría quizás a la actividad vigorizante del corazón, al dilatarse y contraerse de su latir para encontrar una metáfora atinada, salvo en un aspecto remarcable, de este movimiento cíclico incitado por el tiempo, cual brisa marina que agita el calmo océano. En el campo coronario, la dilatación y contracción sanguínea se producen en serie, a diferencia del extenderse e intensificarse de la luz roja que se ejecutan en paralelo o, mejor todavía, en una serie de paralelismos. Por así decir, el corazón se retrae antes y se expande después, mientras que la rojez se alinea extensiva y se colorea intensivamente a un tiempo, bifásico; avanza hacia el futuro y retrocede hasta el pasado en un único momento desdoblado, incumbiendo una sola de sus sucesivas etapas no a lo precedente o, en detrimento, a lo siguiente, sino a ambos a la vez para que realmente ocurra algo. Aquel presente que se ausentaba no iba o venía en exclusiva: oscilaba ambivalentemente en un vaivén liminar entre el ascenso y

descenso de la ola. La alegoría coronaria se adecuaría, por consiguiente, a la cromática en caso que un acontecimiento, por llamar de algún modo a lo que acontece o pasa, resultara coetáneamente predecesor y sucesor, precedido desde atrás por un ancestro anterior tanto como sucedido de frente por un descendiente posterior. Un instante cualquiera de tiempo, en definitiva, ya debería haber pasado y hallarse todavía por venir, sostenerse al andar con la pierna trasera y a su turno con la delantera, encaramado pues entre el antes y el después de la misma manera que la bola acumulaba los antiguos copos y los arrastraba hacia los nuevos a medida que descendía por la pendiente temporal.

(I. Del uno al tres o del pasado al futuro) Con el único propósito de no complicar, pues, aún en mayor medida las cosas, recurriré a lo que más a mano tengo para elaborar a mi singular monstruosidad, empleando la nieve, por ende, como materia prima. Todo ocurre según lo esperado: emulando yo a la ventisca, empujo el copo, puntual, para conferirle la redondez de una bola, formando de tal modo un cuerpo que no dudo en calificar de voluminoso. ¿No sugerimos, empero, ingenuamente quizás, que el propio acto de cuantificar desembocaba en una descalificación? ¿Cómo iba, en consecuencia, el tamaño que ostenta un cuerpo, cuantitativo, a albergar algo de cualitativo? Aunque hasta ahora no haya llegado a apreciarlo, la falta de pruebas jamás justificará su absoluta inexistencia, que no estuviera ya allí – previamente aquí – de alguna manera pese a pasar desapercibido. Fíjese, si no, en el método que de ordinario empleamos para monitorizar la actividad del corazón: nos tomamos rudimentariamente el pulso. Contamos una palpitación cuando el dilatarse coronario bombea la sangre por nuestras venas, desatendiendo aquella contracción, anterior, la cual hace posible que cualquier pulsación (se) suceda posteriormente. En caso que el flujo sanguíneo no colmara el corazón por retracción, la presión arterial menguaría paulatinamente, cosa que volvería el pulso a cada ocasión más débil, sin recibir la sangre el impacto pleno del trabajo orgánico, provocándonos eso la sensación, a saber táctil, de que el palpito como parámetro de medida se divide indefinidamente. Palpando, no vemos lo que realmente pasa, el sordo redoble del latido que una operación a corazón abierto sí evidenciaría, tiñendo la escena de rojo. Sólo pretendo hacer notar que la calidad, imperceptible ante la ruda aprehensión de un tacto que nos ciñe a la corporalidad, resulta decisiva, o incluso vital, para garantizar la compenetración cuantitativa, talmente como la rojez cuando ensarta la multiplicidad corpuscular en una onda longitudinal, otorgándole unidad a la unión.

¿Por qué se necesitaría, no obstante, unificar (unidad) para unir (unión), acumular para favorecer el arrastre, retener antes para después avanzar, calificar en definitiva para cuantificar? Porque no hay otra forma de hacer que realmente pase alguna cosa, de volver factible la sucesión temporal sin que degenera en una yuxtaposición espacial. Dos momentos sucesivos, lo vimos, tenían que diferir el uno respecto del otro, no asemejarse este otro con aquel uno para poder cumplir la condición que cualquier acontecimiento exige, su alteración entre el estado precedente y el siguiente. Uno, influido por el otro, debe cambiar para acontecer, variación que de manera un tanto

artificiosa aplicamos previamente al punto, invariable por hipótesis. Lo repetiré más o menos igual: un punto se posicionaba en virtud de la relación a distancia que mantenía con el resto, adquiriendo su ubicación, por esta razón, la magnitud suficiente como para devenir un lugar localizado, aun y resultar divisible – me estoy cansando de decirlo – en un sinfín de elementos menos gruesos. En un sentido, pues, el punto cambiaba rodeándose de sus semejantes, se cuantificaba, convirtiéndose de algún modo en una especie de sitio numerado. Ahora bien, o más bien mal, este recuento no parece sino aquella operación que la ecuación matemática nos planteaba nada más empezar, según la cual el producto total equivale a la suma de factores parciales. La transición de un punto a un número, por lo tanto, no introduce nada nuevo; reformula lo antiguo sin conllevar ello ninguna modificación notable, impidiendo así que algo similar acontezca en (la) realidad. La fórmula algebraica, en resumidas cuentas, anuncia el correlato entre síntesis y análisis pero no lo facilita al simplificarlo todo, en parte, demasiado; su pretensión a agrandar o inversamente a empequeñecer falsifica, desacredita el auténtico motivo de una tal transformación, espacializando el tiempo como lo llamaría Bergson.

Se corroboró este trágico desenlace en las pueriles aspiraciones de nuestra infausta criatura, cuya numeralidad se revelaba justo cuando la perdía, poco después de fragmentarse uno en muchos puntos. La consecución de su incontenible anhelo dependía de que él coexistiera simultáneamente a ambos lados de la ecuación, encarnando a la vez el número anterior y los puntos posteriores para lograr sentirse verdaderamente grande en comparación, verificación de inverosímil cumplimiento en caso de tratar al todo y a las partes conforme a modalidades espaciales. Si así aconteciera, se le exigiría al niño que se encontrara en dos lugares al mismo tiempo, tanto en un sitio numerado como en otro (uno) de puntual que, aun de menor rango, lo sumiría igualmente en aquella contradicción a la cual está sujeto cualquier cuerpo pese a su inmadurez. Yo, no obstante, cual manzana que madura a fuerza de magulladuras, aprendí la lección: si realmente no me puedo hallar en dos lugares al mismo tiempo, existiré en un lugar entre dos tiempos; si estoy hecho de una cantidad ingente de puntos, el número que equivale a la suma de semejantes corpúsculos, mi cuerpo en toda su entereza, deberá resultar en cuanto contenedor diferente del contenido. ¿Y qué diferiría más de la multiplicidad cuantitativa que una calidad unitaria?

¿No devendría, entonces, esta diferencia cualitativa – en caso de ocurrir todo de desemejante forma – el auténtico motor de la dinámica sucesiva? De nuevo, no repitiéndolo ahora igual que antes, recalcaría que la rojez desempeñaba la función de una suerte de límite ideal hacia el cual tienden, ondulándose, las partículas materiales de luz, matiz empero que apenas nos reportaría indicio alguno sobre cómo la nieve que todavía empujo aumenta de dimensión. Para averiguarlo, contaré hasta 3: uno, dos y tres. A alguien acaso le extrañe que no haya declarado simplemente que uno, uno y uno *son* tres, pues aún no he comentado nada acerca del «soy» que, por principio y al principio de esta tentativa, se inmiscuía entre ambos «yo(s)», motivo por el cual he restringido a lo largo de mi recorrido su empleo cuidadosamente, utilizándolo sólo cuando creía no albergar otra alternativa. La mera yuxtaposición de uno(s) me

compromete con un verbo sobre el que no tengo todavía la menor idea, por no haber tal vez hablado de él. En estos momentos, no puedo servirme del *ser* si me atengo estrictamente al método genealógico, en base al cual me valgo en exclusiva de aquellos recursos con los que me voy topando por el camino. Uno, dos y tres, en cambio, parecen concordar con la estructura que típicamente corresponde a la sucesión, yendo uno detrás del otro sin asemejarse este otro con aquel uno, difiriendo el dos de uno y diferenciándose (o repitiéndose) el dos en el tres sin ningún *ser* de por medio.

Vayamos, como no, paso a paso: ¿por qué el dos difiere de uno? Aunque desconozca su justificación, de niño me enseñaron que uno y uno son, sumados, dos. Por ello, entiendo que el dos se identifica con uno cualquiera de estos dos unos. Dicho esto, ¿no se percibe aún el problema, a pesar de haberlo visto ya antes encarnado en aquel par de células respiratorias? Si uno de los dos se convierte en el dos, necesariamente deberá abarcar a otro (uno) que, en rigor igual a él, detentará unas exactas pretensiones a subsumirlo. Pugnando las posiciones – cada una un sitio de rango menor – por ocupar un único lugar en el mundo; intentándose incluir mutuamente, terminarán de forma inevitable excluyéndose. Uno, indistintamente cual, resultará tanto inclusivo como incluido, además de remitir el dos, ambiguamente, al producto final y a la disposición inicial de los factores. En semejante situación, ninguno de los dos unos accedería jamás a componerse, a acabar contenido por el otro (uno), como tampoco descifraríamos nunca si el dos se refiere al compuesto de llegada o a los componentes de salida, a la unidad del contenedor o la pluralidad de contenidos, dado que uno, indiferentemente de cual se trate, estaría ambivalentemente incluyendo desde fuera e incluido desde dentro, en dos sitios – exterior e interior – al mismo tiempo, cosa imposible, todo el mundo lo sabe, para un cuerpo cualquiera. El problema, aun y haber sofisticado ahora mi refutación, no ha variado respecto allí, previamente aquí: el dos es esencialmente un número (uno), y yo, acaso el tercero en discordia, me hallo igualmente en frente de dos unos; circunstancias que, juntas, invalidan la distinción operada matemáticamente entre síntesis y análisis, a saber $2(1)=1+1(2)$, pues tanto compete uno a la redondez final y a los factores elementales como el dos a ambos puntos iniciales y a su producto conjunto, volviéndose así cada uno o los dos lados de la fórmula indiscernibles. Recurriendo, en suma, a la combinación de álgebra y geometría, lo grande no diferiría en absoluto de lo pequeño al serlo todo en parte, relativamente, en la medida que toda unidad se puede teóricamente dividir en una pluralidad de submúltiplos equivalente.

La redondez que atribuíamos al número, en consecuencia, no puede derivarse de agrandar el punto, ya que en ese caso resultaría, por lo dicho, inviable. Habida cuenta, en otras palabras, de la hipotética igualdad entre una pluralidad de minúsculos corpúsculos y la unidad de un cuerpo mayúsculo, su transición respectiva ni mucho menos (ni tampoco uno más) comportaría ninguna modificación relevante sin que en este lapso rellenado por el signo de igual se produjera un cambio de naturaleza, la transformación de la cantidad a calidad o, diciéndolo alternativamente, sin que el propio presente se ausentara, pasando a pasado en este primer momento de la fractura infligida temporalmente. Solamente de esta forma se comprendería que la elongación de la onda

suscitara la rojez, que dos unos no fueran lo «mismo» que un único dos a pesar de su rigurosa equivalencia en el terreno físico, aun y la paridad respecto a su peso de una manzana bien entera o troceada, medida a lo grande o en aquellos pequeños pedazos donde palidece su tonalidad escarlata. Comiendo, se trasciende la actualidad del masticar, se invierte la infinita divisibilidad de tal acto en un múltiplo finito, a la espera todavía de multiplicarse. El tamaño de una cosa coincidiría por ello, de alguna manera, con la visión moderna, con una perspectiva impresionista del mundo al ceñirse la silueta de un objeto a la película de color que lo envuelve, una suerte de efecto incorporal ocasionado por el ensamblaje de aquellas causas corporales que, demasiado pequeñas, no advierto yo sin realzar, viendo así en mayor medida lo que toco que tocando lo que veo, como si la pluralidad que palpo con la mano se unificara sólo en vistas a mis ojos, más sensibles respecto a lo inteligible.

Nos aguarda, ahora, la segunda etapa de esta disrupción temporal, la movilización del presente facturado hacia el futuro, que bien – ¿o mal? – podría encabezarse con la siguiente pregunta: ¿por qué el dos se diferencia (o repite) en el tres? ¿Acaso no querría la rojez ganar progresivamente vivacidad, tanto como el corpúsculo agrandarse al máximo para así adquirir un cuerpo lo suficientemente notable? Resulta, casi diría natural, que lo extenso tienda a extenderse en mayor medida, inclinándose a dar lo mejor posible de sí. ¿Acaso no incumbe tal propensión a uno de los principales motivos por los que aún sigo vivo, a mi terca obcecación por sobrevivir individualmente o a perpetuar en detrimento nuestra estirpe colectiva? A mí ni a nadie, en realidad, le basta con tener lugar, sino que también siento, instintivamente, que debo mantenerlo. Aquí, incidimos de nuevo en el antiguo tema de la conservación o la sustancialidad: si uno pretendiera quedarse invariablemente igual, su única alternativa consistiría en permanecer inmóvil justo donde está, intentando en vano minimizar un consumo energético que, indiferentemente, lo acabará consumiendo. No existe, al menos para un organismo como yo, ninguna manera de detenerse plenamente, pues mi única opción, a saber la criogenización, habría terminado matándome. Por eso mismo, no he parado de moverme, de avanzar diligentemente en mi tentativa genealógica, porque en caso de no haberme dirigido, aunque vacilando, hasta aquello que el porvenir me depara ni mucho menos continuaría con vida, sin transformarme con el paisaje cambiante que recorro paso a paso.

Cabría, por lo tanto, transmitir esta impetuosidad a mi engendro de la creación, demostrando quizás que la intensificación de su nivea extensión lo impele, arrastrado por su propia inercia, a extenderse ulteriormente. Aunque allí no nos percatásemos de lo que en realidad acontecía, se constató que el tamaño creciente de la bola de nieve aumentaba correlativamente su zona inmediata de contacto, acelerando ello la incorporación de los copos dispuestos a lo largo de la pendiente o, si se prefiere, acortando visiblemente el tiempo de incremento. A medida, empero, que la esfera nivea se volvía, ahora exponencialmente, más voluminosa, se precipitaba asimismo el avance que ésta, cediendo al peso de su masa en ascenso, delineaba cuando descendía por la cuesta. El ensanchamiento circular, en definitiva, acarrea el alargamiento de la línea

circulatoria o, en otras palabras, la subida promueve la bajada cual ola del mar; la rojez, aún precoz, provoca que el incipiente curvarse del haz se prolongue en todas direcciones, deviniendo en este sentido la calidad una suerte de centro incorpóreo desde el cual se difunde cuantitativamente la onda expansiva, de corazón cuyo contraerse esparce la mácula sanguínea por el cuerpo entero. El dos no constituiría entonces, según se colige de tratar con la fórmula matemática ($2=1+1$), un sumatorio estancado, parapetado en un lugar fijo, sino el paso previo, la carrerilla hacia atrás que, justo después, le permitiría ir a por otro uno situado delante suyo o, ejemplificándolo conmigo, el proceso de digestión a partir del cual renace, renovada, el hambre, incitándome ella a recoger la siguiente manzana, o incluso esas ganas que aún albergo de sobrevivir solo o incluso en grupo, cambiando yo con el entorno circundante. La calificación, en conclusión, no difiere de la cuantificación sin repetirse, sin llevar el presente que ya ha pasado, en un segundo momento, hacia el futuro, al soltar la circunferencia que trazan el arco doblegado y su cuerda tensa la flecha temporal, tiro que discurre siempre de atrás hacia delante.

Aunque nunca prometí que nuestra carrera de fondo iba a resultar fácil, jamás hubiese esperado encontrarme con tan enormes dificultades. En un primer momento, anterior a este segundo, posterior, busqué una manera alternativa de hacer que dos cantidades se unieran en una calidad doble, dado el fracaso reiterado derivado de intentar agrandar un punto geométrico mediante un procedimiento puramente algebraico. Así, descubrí que había una diferencia categórica entre el 2 y los dos 1(s) que la matemática juzga exactamente iguales, pues $2=1+1$, un cambio notable de un lado al otro de la ecuación o, incluso, una diferencia radical entre lo envuelto y su envoltorio, cuantitativo y cualitativo respectivamente. En tal caso, si sólo recurriendo a un recubrimiento incorporado se pudiera realmente delimitar un cuerpo, me hallaría yo de nuevo frente a otro serio problema: partiendo del proceso anteriormente descrito, primero en el tiempo, debería en esta ocasión gozar de una calidad triple y de un trio cuantitativo para continuar respetando ambos costados de la fórmula, reinterpretada sucesivamente en la medida que $3=2(=1+1)+1$. Sin embargo, en este momento, segundo en el tiempo, no dispongo sino de una calidad doble y de una cantidad adicional donde el tres no está por ningún lado. Lejos, entonces, de juntar las partes concomitantes en un todo conjunto como anteriormente acaeció, en lo posterior cabría redistribuir la totalidad para que conste de una facción – o fracción – más, recalificar la calidad para pasar del dos al tres con esta enésima cuantificación. ¿No bastaría empero, sencillamente, con corroborar que cualquier tentativa de aumentar la forma implica agregarle materia o, alternativamente, que el incremento del pasado pasa por hacer retroceder lo siguiente a anterior, reemplazándolo por un futurible aún posterior? Por extraño que parezca, no estoy sino dando otro paso de mi receta original o, por lo menos, el suplemento indispensable del requisito precedente: decía, justo antes, que el ensanchamiento circular acarrearba el alargamiento de la línea circulatoria, aunque esta prolongación lineal también fomenta, después, la ampliación ulterior del círculo. La rojez extiende la onda, tanto no obstante como la onda sube de tono al color, más intenso tras postergar la extensión curvilínea del haz, habida cuenta de que al prorrogar la ida se retrasa también

la vuelta, que cuanto más largo el descenso mayor resultará el tamaño acumulado por la bola, ensanchándose la esfera proporcionalmente a su diámetro. La calidad, en definitiva, relanza la cantidad en la misma medida que la cantidad, solidariamente, realza la calidad.

¿Increíble, verdad? Todo se tornará, sin embargo, tanto más creíble cuando se desbanque la visión clásica, preimpresionista o abstracta de la calidad, a causa de la que, presumo, los escépticos recelarán aún de mis palabras – lo sé porque yo francamente también dudo de mí. Tradicionalmente, la calidad se identificaba con un reducto general vinculado a la semejanza colectiva, talmente como la lana y el balar respecto al conjunto gregario de ovejas, parecido en virtud del cual resultaba legítimo hablar de un rebaño ovino. Ahora bien, o más bien mal, con independencia de haberse tragado o no la génesis sensorial que aporté de dicha similitud, o aun considerándola una diferencia empobrecida, cual licor aguado, se hace patente que un lobo lo suficientemente astuto, capaz de disfrazarse y de modular su aullido, adoptaría sin dificultad los caracteres con los que típicamente discernimos a un cordero estándar, refutando ello semejante concepción cualitativa, demasiado laxa a la hora de distinguir realidades compuestas. Para disminuir, por consiguiente, la probabilidad de perder – empatando – tantas cabezas de ganado, quizás nos salga a cuenta interpretar la calidad de otra manera, acaso más natural, como el rasgo diferencial de un individuo en particular. Lo corroboraría, en modo alguno, el pastor experimentado que reconoce la idiosincrática voz de cada una de las reses de la manada, además de las peculiaridades de su profuso pelaje. La semejanza se asimilaría, pues, a una diferencia mancada de concreción, a un ovejero novato cuya inexperiencia práctica le impide perfilar con detalle a los animales de los cuales se encarga, situación análoga quizás a la de un forastero occidental que, viajando por oriente, encuentra a cualquiera de los habitantes nativos harto iguales excepto por su localización, resaltando de éstos tan sólo el tono amarillento de piel y sus ojos rasgados.

Desde este punto de vista, extranjero, la calidad no diferenciaría, homogeniza; la cantidad, en consonancia con ella según dijimos, tampoco seguiría con otro diferente, sino que la repite reproduciendo, casi asexualmente, una pauta invariable, relegando aquella mínima diferencia entre la primera y una segunda ocasión a mera yuxtaposición, aquel intervalo entre el antes y el después a la distancia inscrita entre posiciones simultáneas, espacializando con ello el tiempo. En este sentido, sesgado desde una perspectiva nativa, la calidad se consagra a la labor de igualar, mientras que la cantidad se dedica por el contrario a implementar una diferencia rebajada, degradada a ubicación. De ahí que a la mayoría de nosotros, yo incluido, nos extrañe de entrada la presunta solidaridad entre calificar y cuantificar, porque tradicionalmente se los ha juzgado como procedimientos contrarios, llevados a cabo por frentes enfrentados, jamás aliados. Todo cambia, empero, con el tiempo, cuando se estima la calidad, diferencial, dotada de una inclinación espontánea a rodearse de una cantidad creciente de diferencias las cuales nunca cesan de repetirle que vuelva a diferir, que conminándola a diferenciarse consiguen acentuarla, realzando el tono de color antes obtenido o aun triplicando, después de doblarlo, el tamaño de la bola que todavía ahora sigo empujando a medida

que voy escribiendo. El pasado avanza materialmente hacia el futuro con el único propósito de acumular una mayor forma, de preterir el porvenir para así abastecerse de nuevas diferencias con las que renovar las antiguas. El tres sucede, pues, al dos a (re)petición de la heterogeneidad de uno, confiriéndole de alguna manera más cuerpo a su propia idea, ya no una generalidad abstracta sino un «universal concreto»²³ que detalla las particularidades de un individuo en particular, el enrojarse ascendente de la manzana que próximamente devoré o aun el grosor que ha ido adquiriendo mi quimérica obra tras tanto hablar, ahora un muñeco gigantesco de nieve.

(J. Padre e hijo) ¿Lo he conseguido? ¿Acaso empieza a brotar la vida en esta especie de hombre helado, criogenizado antes de nacer? Le busco el frío pulso y no siento más que un tremendo escalofrío; me acerco a su redondeada tez para comprobar si respira, pero no encuentro ninguna abertura que examinar, razón por la cual le encasto en la faz lo único que tengo a mano, concretamente, una manzana que, en vez de llevarme entera a la boca, utilizaré para emular la mía en este ambicioso proyecto. Quizás surtió efecto, aunque seguramente lo haya ahogado con tanta cantidad de comida. Sin embargo, gracias a este presunto asesinato que muy probablemente no he cometido, reparo en algo: a la forma le falta función, masticar a la fruta para que haga realmente de fauces. El corazón, más allá de su morfología, late, se contrae y también dilata, inspirando y expirando a su turno los pulmones. Antes no obstante que a esta disfuncionalidad, tal vez se achaque el fracaso de mi experimento a la imperfección del diseño níveo, inorgánico o exento de órganos, pese a que de poco o nada nos servirá recurrir a un individuo recién muerto a quién, por mucho que yo me esfuerce, tampoco lograré revivir aun estando provisto de un corazón y dos pulmones todavía en condiciones, los cuales muy probablemente no sumen juntos tres dada la patente morbidez del difunto.

El cadáver, en efecto, no respira, carece asimismo de pulso, aunque la autopsia revele una única causa de su muerte. Supongamos que padeció un ataque repentino al corazón, cuya detención impidió que la sangre, oxigenada por unos pulmones aún entonces en funcionamiento, se esparciera por el cuerpo entero. Sencillamente pretendo señalar que yo – como todo el mundo – falleceré cuando la complementariedad de mis funciones orgánicas se quiebre, cuando el corazón cese de latir al no recibir oxígeno ni los pulmones tampoco cumplan su cometido por manca de riego sanguíneo. El corazón, en consecuencia, se retrae y expande por y para los pulmones; los pulmones, a su turno, inhalan y exhalan por y para el corazón, bombeando u oxigenando uno el preciado fluido vital porque el otro lo incita y a su vez lo necesita. Sus funciones respectivas, en definitiva, surgen tras entrecruzarse las formas de cada órgano, cuando las calidades que se recalifican adhiriendo nuevas cantidades se combinan, aunándose el tamaño en aumento del insecto con la atrayente rojez de los pétalos, o aun la envergadura propia del muñeco de nieve con la tonalidad escarlata de aquella manzana que, juntas, suscitaron en mí una tal ocurrencia. Trasladándolo incluso al ámbito pictórico, una sola pincelada trae consigo el color y el volumen, tanto la pátina de pigmento que recorta el

²³ G. Deleuze, *Diferencia y repetición*, p.268: «La Idea es un universal concreto en el que la extensión y la comprensión son iguales, no sólo porque comprende en sí la variedad o la multiplicidad, sino porque comprende la singularidad en cada una de sus variedades. »

perfil como el esbozo de la silueta que refleja la luz, dibujando porque pinta y pintando en la medida que dibuja. Lo mismo, no obstante, podría también esgrimirse del color por sí solo, matizando con ello mi ingenua visión del impresionismo moderno: el halo tintado que envuelve a algo en concreto sobresale cuando desentona de su contexto inmediato, merced al contraste de su superficie teñida con el fondo que la rodea, de distinto tono. Desde luego, nadie advertiría el color que las cosas detentan en un mundo completamente monocromático, la rojez en una realidad que meramente devolviera el espectro rojo del haz o un trazo que resultara igual de blanco que la tela. Pese a que en algún momento deberé profundizar en desemejante eventualidad, me refiero a que el color parece perfilar el contorno alrededor de un entorno divergente, baste señalar por ahora que la calidad se forma a expensas de la *solidaridad* que la cantidad le profesa, y aun así continúa sin funcionar en ausencia de otra calidad *complementaria*,²⁴ radicalmente diferente a ella. Aunque el rayo se curve, yendo, mientras resigue una determinada longitud de onda, ello no bastará para que la línea zigzagueante dé, en redondo, la vuelta, para que la luz nos muestre, de forma parcial, su potencial inherente, titilando al rojo vivo.

Hablando de vivir, mi ineptitud creativa también se patentiza, alternativamente, en la alianza simbiótica entre la flor y la abeja: lo bueno del ejemplo radica en que la nutrición insectil fomenta la reproducción floral y viceversa; lo malo, no obstante, atañe al hecho de que cada uno de los organismos aludidos se nutren y reproducen de manera autónoma, sin necesidad de recurrir (uno) expresamente al otro para cumplir su cometido vital. Ahora bien, nosotros nos hallábamos, experimentalmente, ante protoexistentes que no podían evitar vomitar después de comer ni tampoco multiplicarse sino por medio de su subdivisión, a fin de respetar la homogeneidad y simultaneidad espaciales. Proliferaban, por ende, haciendo de la reproducción justo lo contrario a la nutrición, regurgitando lo deglutido. Con el tiempo, empero, aprendimos que alterando semejantes condiciones, espaciales se sobreentiende, que apelando tanto a la heterogeneidad como a la sucesividad temporales, a la propia diferenciación de las diferencias en definitiva, el acto de procrear, hasta aquí proclive a la externalización, tiende de algún modo a interiorizarse, deviniendo ahora la ingesta de alimentos un factor de crecimiento en vez de un recurso reiterativo para permanecer inalteradamente igual. Siguiendo pues este derrotero, la reproducción futura se supeditaría a una nutrición allegada al pasado, cuyas ansias de comer la impulsaría incesantemente hacia el comestible que tiene delante, siempre con todo desde atrás cual ola del mar. Con un tal proceso se justificaría, entonces, la ida de lo pretérito hacia el porvenir, no empero cómo lo posterior retoma, de vuelta, lo anterior. Nutriéndose, uno avanza – acumulando progresivamente un mayor tamaño – de la niñez a la edad adulta sin por ello regresar la abeja a su estado larvario ni tampoco revertirse la flor en semilla, lo cual supondría,

²⁴ H. Bergson, *La evolución creadora*, pp. 68 y 70: «Una cosa es un conjunto de cambios *solidarios*, otra un sistema de cambios *complementarios*, es decir coordinados entre sí de manera de mantener e incluso de perfeccionar el funcionamiento de un órgano en condiciones más complicadas [...] la *convergencia* de cambios simultáneos [complementariedad] como hace un momento para la *continuidad de dirección* de las sucesivas variaciones [solidaridad].»

inversamente, un retraso en aquel constante adelantarse, un retorno a la tierna infancia tan sólo atribuible, en términos biológicos, a la dinámica reproductiva.

En este sentido, remontándonos a lo que antes había o, mejor incluso, a aquello aún anterior al precedente, cabría todavía abordar la procreación previa a la ingesta, hablar de la génesis original del comensal, acerca de los presuntos progenitores que ahijaron a un glotón como yo. Para empezar, adaptemos la reproducción a su nuevo medio, temporal, así como hicimos con la nutrición, acondicionamiento que de algún modo ya pronostiqué cuando le infundí, verbalmente, dinamismo. Todo lo que se mueve, según se afirmó, (a)parece cambiar, pero ¿cómo varía el engendro o, lo que es lo mismo, cómo se engendra la variación? Sexualmente, todo el mundo lo sabe; mezclándose la información genética de la ascendencia para generar modificaciones en su descendencia, beneficiosas o perniciosas según el ambiente al cual tengan que adaptarse sin jamás ceder un empate, cosa que no acontece con la célula asexual, cuyos caracteres se transmitían invariablemente de padres a hijos, apostando de semejante forma por una especie de estatismo evolutivo. Además del padre, por ende, en esta nueva clase de reproducción que incentiva la variación se requiere de una madre, de dos individuos calificados distintamente respecto a su sexualidad, de un magenta masculino y de una fémina amarilla cuya imbricación dispar alumbre, al consumarse, la rojez, aún mortecina o precoz el hijo de ambas tonalidades.

Nunca prometí, en efecto, que nuestro recorrido iba a resultar fácil, pero tampoco ha sido tan difícil, En verdad, no sé por qué lo he dicho: aludo a la certeza y sin quererlo miento; me atengo a la simplicidad y al cabo de un momento las cosas se complican sobremanera. Nada parece más simple que hacer surgir el color de su mezclanza en la paleta, que afrontar el nacimiento de la criatura a partir de una relación funcional entre adultos de sexo opuesto o, simplificándolo, que aceptar sin reservas la asunción de que los vivos, bien se trate de colores u hombres, otorgan la vida al resto de cosas, como yo cuando cedía parte de mi vitalidad al muñeco de nieve, cambiante o moviente a fuerza de empujarlo. Ahora bien, o acaso mal, ¿no incurriría de este modo, justificando la vida a través de los vivos, en una petición de principio, en un problema semejante a aquél donde dudábamos acerca de la preeminencia del huevo o la gallina? La propia formulación de la objeción, empero, revela la manera de poder solventarla: si se comete una petición de principio, ¿por qué no pedir el principio discutido para remediarla, cuestionarse sobre la primerísima de las causas, la gallina ponedora o el huevo que eclosiona o, incluso, el ancestro común del que los demás descendientes proceden, me refiero al padre de aquel adulto que en su día fue, también, un niño prematuro? Tanto en el dilema precedente como en el actual, de ahí su coincidencia, iríamos remontando inevitablemente generación tras generación en busca del primogénito original sin nunca hallarlo, en la medida que la gallina sale del huevo y el huevo lo pone la gallina, que cualquier progenitor lo devino en cuanto progenie de sus antepasados, sumiéndonos ello en una regresión indefinida tan sólo detenida al presuponer un precursor prototípico, acaso el Dios cristiano que creó a Adán y Eva a su imagen y semejanza o, hablando filosóficamente, un motor inmóvil que puso en marcha, o mejor en funcionamiento, el

círculo vicioso con el cual lidian el huevo y la gallina, mis ancestros y yo como su último descendiente.

Tales resoluciones, ya clásicas, nos comprometen, por consiguiente, con un acto primario que trasciende nuestras capacidades e incluso posibilidades; una asexualidad divinizada cuyo empuje generó, de forma espontánea, los caracteres sexuados de aquellos vivientes que, reproduciéndose, varían. Desde luego, no me importaría admitir que una entidad andrógina, mancada en sí de atributos masculinos o femeninos, fundó unilateralmente la sexualidad, y menos asumiendo que desde el principio, e incluso por principio, se la juzga omnipotente. Y aunque en verdad así fuera, todavía no alcanzo a comprender por qué se me considera a mí, un integrante viril o femenino del género humano, su vivo representante. A diferencia de Dios todopoderoso, yo poseo genitales, un aparato reproductor presumiblemente semejante a aquél con el que se dotó también a los primeros padres de la humanidad, a saber Adán y Eva, pues no conozco modo más fiable de distinguir al hombre de la mujer que mediante sus órganos sexuales. Me debatiría, entonces, entre dos opciones: o descarto el parecido que me vincula a la divinidad, o modernizo su imagen, actualizando la concepción que tradicionalmente lo inmortaliza. Me decantaría, acaso por soberbia, o sencillamente para conservar intacta mi esperanza de no morir nunca, por el segundo derrotero, ya que yo, finito y mortal, me contradiría de inmediato – todo el mundo lo sabe – al intentar transitar a la vez por ambos ramales de la bifurcación, coyuntura que no debería constituir empero un obstáculo para Dios todopoderoso, quién carece de límites. No habría, en consecuencia, imposibilidad alguna en concebirlo a Él como un hombre y a su turno como una mujer, lo cual me haría a mí, con independencia del sexo que detente, partícipe en cierto grado de su Persona, parcialmente semejante a la divinidad. En este sentido, Dios no resultaría un *andrógino trascendente*, sino un *hermafrodita inmanente*, el Ser que alberga *virtualmente* los rasgos masculinos y femeninos que cualquier humano entraña sesgadamente en *acto*. Dios, de esta manera, no se identificaría propiamente con el creador, sino más bien – ¿o mal? – con el germen ingendrado de la creación o, en otras palabras, con las múltiples cualidades latentes, aún no latentes, que aguardan realizarse, su encarnación tras compaginarse ellas con la multiplicidad cuantitativa, calificando así a un engendro en virtud de la trabazón entre la pura formalidad divina y la materia en bruto.

Contémplese, para visibilizarlo, de nuevo el haz lumínico, acaso tan vivo en potencia como el óvulo o el espermatozoide: la reflexión prismática, antes mentada, de la luz blanca constataba que en su temprana transparencia, que en el propagarse incoloro de los rayos emitidos por el sol, moraba invisiblemente la gama cromática al completo del espectro visible. Nadie, pues, veía nada cuando había, no ninguno, sino demasiados colores implicados en el haz, cuando la estela imperceptible que delinea el rayo titubea entre las siete principales longitudes de onda, a favor de cuál inclinarse o, mejor, curvarse. La luz, de blanco, se halla pues en un momento decisivo, frente a la complicada tesitura de decidir qué tonalidad efectuar, lo cual conllevará renunciar al

acto a las demás, disipadas en calor para así llegar a mostrar un color en concreto, rojo manzanil espero.

No hace tanto, nos pareció de lo más sencillo mezclar el magenta y el amarillo en la paleta, aunque por lo dicho resulta igual de fácil confundir la óptica con la pintura o, en otras palabras, creer que la reproducción se acaba con la unión carnal entre el padre y la madre. Pictóricamente, el hijo representa su futuro inminente, la perpetuación a corto plazo de nuestra estirpe colectiva en una suerte de deglución ininterrumpida donde la progenie se alimenta de los despojos de sus progenitores, consumiendo la rojez el consumarse de magenta y amarillo con la única pretensión de seguir adelante. Así acontecería, en efecto, si el hijo combinara ecuánimemente los caracteres de ambos padres, una exacta proporción de magenta y amarillo, en caso que hubiera un solo resultado factible derivado del cruce cualitativo. Ahora bien, o más bien mal, también podría pasar que el legado de cada miembro parental se distribuyera de forma desigual en el cuerpo filial, preponderando pues en el producto los factores genéticos paternos o maternos, el magenta o acaso el amarillo en aquel rojo hipotético, anaranjado o rosado según su carga hereditaria. El porvenir pictórico oculta, por lo tanto, un pasado ocular previo; una variedad ilimitada de tonos que todavía no manchan, intermedios entre el rosa y el naranja, preceden inicialmente a la mácula de pigmento, compuesta al final por una multiplicidad de corpúsculos cuya frecuencia vibratoria se decanta, en exclusiva, por una tonalidad específica, prescindiendo del resto de alternativas para así adquirir una coloración vivaz.

Hablando de vivir, tal vez cabría comparar a esta divinidad moderna, cuyo resplandor de entrada nos ciega, con la pluripotencia embrionaria, anterior a la posterior diferenciación de las células en respiratorias o coronarias, naranjas o rosadas respectivamente según qué función desempeñen. Las solemos llamar, coloquialmente, células madre, aunque en sentido estricto competan de la misma manera al padre o, mejor, a Aquél que no se comporta ni paternal ni maternalmente porque ambas casuísticas confluyen en Él, hermafrodita.²⁵ A este respecto, la omnipotencia que tradicionalmente se le confirió, inmortalizándolo, a Dios todopoderoso se secularizaría en alguien mortal como yo apelando a desemejante naturaleza metamórfica, recurriendo a la capacidad celular de adoptar, al principio de todo o aun por principio, una compleja variedad de formas diferentes. Ahora bien, o acaso mal, por rico que fuera nuestro repertorio formal, dicha exuberancia no justificaría su puesta en marcha mutua, el funcionamiento simbiótico de un organismo operativo o, si se prefiere, la complementariedad vital entre corazón y pulmones, como tampoco el segundo de los atributos cabales que antiguamente se le otorgaron a la divinidad, me refiero a la omnipresencia. ¿Cómo estaría yo por todas partes si mi cuerpo ni siquiera permite que me encuentre en dos sitios al mismo tiempo, oxigenando por un lado y bombeando por el otro la sangre? ¿No sigue precisamente con vida aquél quién palpita y no por ello cesa de respirar, la criatura que se nutre yendo del pasado hacia el futuro y, contemporáneamente, se reproduce volviendo del futuro hasta el pasado? Mi vida, por

²⁵ Cf. Gilles Deleuze, *Proust y los signos*. Anagrama, Barcelona (1995), pp.94-95; tb., pp.141-145.

ende, se basa en una polivalencia que no alcanzo a comprender, quizás porque me aferro con excesiva firmeza a la corporalidad sin fiarme todavía de la espiritualidad. Sólo yo supongo, aún con un solo yo, un impedimento en estos momentos para mí mismo; me tropiezo conmigo al no creer posible que en uno habiten dos, que nadie se esconde en el cuerpo o, en otras palabras, que la incorporeidad de la forma en absoluto ejerce alguna influencia sobre la materia corpórea, exenta en consecuencia la obra pictórica de un autor ocular.

El miedo, no obstante, a quedarme impotente para siempre, o quizás la esperanza – todavía intacta – de no morir nunca, me han abierto por fin los ojos: mi cuerpo no funcionaría a pleno rendimiento a menos que se entreverara con el alma o, en terminología filosófica, el existente existe realmente en la tierra debido a la coexistencia celeste que insiste en él, ahora en minúscula. La reciprocidad de las funciones elementales se deriva del conjunto integral de formas incipientes; los órganos vitales, aunque divergentes, se complementan en un único organismo con motivo de su convergencia original a nivel germinal o, apelando a los dotes divinos, la omnipresencia constituye la expresión indirecta de la omnipotencia, pues sólo alguien que todo lo pudiera se hallaría en cualquier parte, en más de un sitio al mismo tiempo; sólo el hermafrodita oscilaría ambivalentemente entre el macho y la hembra sin ser ninguno de los dos y a su turno ambos, jamás empero uno de solo.

Mézclese, para destacarlo, de nuevo el magenta con el amarillo. Según qué proporción de cada uno de estos colores se emplee, se obtendrá o rojo o rosa o naranja para facilitar las cosas, realizándose no más que una de dichas tonalidades tras prescindir de las demás eventualidades, como si unos padres novicios tuvieran que escoger entre criar un hijo listo, fuerte o guapo, puesto que nadie cumple a la vez los tres requisitos. La pintura, en definitiva, nos enseña el modo de conseguir una pigmentación secundaria partiendo de la trinidad pictórica primaria, el magenta y el amarillo junto con el cian, aquel procedimiento que deberían seguir los progenitores para engendrar a su propia progenie, tabú hasta llegar uno a la madurez. La pintura nos habla, metafóricamente, acerca de cómo obtener descendencia, nos encamina hacia el futuro sin por ello preguntarse por el pasado, olvidándose de sus antepasados o presuponiendo, si se prefiere, que los tonos primitivos ya estaban dados de antemano. Convierte, por ende, el origen en un mero pretexto para empezar, evitando así cuestionarse de qué manera comenzó todo o cómo se originó el origen.

Por suerte o por desgracia, quién sabe, antes dimos con una posible respuesta: al principio, o aun por principio, la óptica antecedió a la pintura, surgiendo el rojo a través de la selección excluyente de uno de los siete tonos irisados incluidos insensiblemente dentro del espectro lumínico. Ahora bien, o acaso mal, si el magenta se manifestó con anterioridad prescindiendo del resto de colores, ¿no contravendría su propia naturaleza cuando se junta posteriormente con el amarillo para formar la rojez? De inicio, lo dejaba prácticamente todo atrás, mientras que al final se adelantaría con el único objetivo de plasmar a lo que previamente había renunciado. ¿Por qué, me pregunto, este cambio de (a)parecer, tal vuelco preferencial, priorizando ahora la generación de una unión

policromática en vez de sustentar su unidad tonal? Además, ¿de dónde sacarían el magenta y el amarillo una tonalidad, roja para facilitar las cosas, de la cual ambos se privaron a efectos de adquirir la suya? ¿Cabría, en definitiva, revertir la repulsión que cualquier mancha de pintura siente espontáneamente por la otra en atracción? Y aunque así aconteciera, ¿podría acaso extraerse de su amalgama aquello que ninguna de las dos posee actualmente, tornarse la estulticia, debilidad o fealdad de los progenitores, justo después, ingenio, fortaleza o belleza en su progeñe?

Cuán mayúscula resultará la sorpresa de los colores primarios, e incluso de una familia primeriza, al ver que conceden a su prole unos caracteres de los cuales nunca han gozado, y que aún menos recuerdan haber heredado en algún momento pretérito de sus vidas. Se suele decir que unos buenos padres lo harían y darían todo por sus hijos, pero desde luego no les entregarán aquello que no creen poder ofrecerles, y aun siendo así el amarillo y el magenta producen combinadamente la rojez, pese a no hallarse ella *presente* en ninguno de los dos. Descartado entonces el presente, la rojez en cuestión debería incumbir, de alguna manera, o al pasado o al futuro de ambas tonalidades primitivas bajo la obvia premisa de que uno solamente donará lo que ya traía consigo. Empezando por el final, o invirtiendo transitoriamente el flujo temporal, siempre del arco hacia la diana, la rojez venidera terminará consiguiendo – hablo en futuro porque todavía no ha pasado – la victoria a expensas de la pérdida ajena, tras causar su arrebolarse incipiente la decoloración de aquellas tonalidades que después de imbricarse entre sí acabarán alumbrándola. El amarillo y el magenta se desvanecerán ante la posterior presencia del rojo; el tono secundario se presentará justo cuando los primarios se ausenten, impidiendo ello que jamás habiten los tres, padres e hijo, conjuntamente.

Si el tercero aparece, por consiguiente, al desaparecer los dos primeros, difícilmente argüiríamos que el producto final tiene algo que ver con los factores iniciales que lo ocasionarán en adelante. Frente a la inviabilidad, por ende, de que el porvenir pictórico garantice la subsistencia del núcleo familiar, la convivencia en la paleta de rojo, amarillo y magenta, lo cual destinaría al niño, huérfano, a permanecer separado de los adultos que se sacrificarán para concebirlo; descartado, pues, el presente y ahora también el futuro, me comprometeré, por eliminación, de nuevo con el pasado ocular. Meramente decantándome por aquel rojo que todavía no ha enrojecido albergarían el magenta y el amarillo alguna posibilidad de confrontarse con su propio desteñirse y aun así conservar su tonalidad primitiva, de coexistir padres e hijo, los tres juntos, eludiendo el menoscabo paterno derivado del parto filial. Nada más empezar, una mezcla heteróclita como la pictórica requeriría de un color paradójicamente incoloro, pálido aún, el cual imbuyera a la ascendencia, con anterioridad, de aquellos rasgos que pese a no poseer en acto transmiten sin embargo a su descendencia posterior, recibiendo antes el amarillo y el magenta, de forma invisible, la rojez que después entregarán fraternalmente. De esta manera, salvaríamos el carácter inaudito de la mezcla resultante, pero no por ello justificaríamos su preparación previa, cómo un hombre y una mujer que previsiblemente lo devinieron al repudiarse entre sí, de la misma manera que un tono concreto surgía en detrimento de los seis restantes, se acaban deseando mutuamente.

¿Qué suscitaría, en definitiva, la presunta atracción entre amarillo y magenta? Desprovisto de alternativas, descartadas ya las demás opciones, insistiré en la respuesta: una rojez que todavía no hubiera enrojecido, pasada, aún por venir. Recordemos – de eso se trata en el fondo – que la especificidad de un color se manifestaba al aislarse del resto, disipados todos menos uno en calor. En la situación actual, empero, no nos hallamos frente a una, sino ante dos tonalidades, a saber amarillo y magenta, entre las cuales no existe ya relación alguna, ni siquiera de pareja, porque cada una por su lado respectivo prescindió de cualquier vinculación con otro tono que no fuera el suyo para cobrar, en sí, visibilidad. Desde el momento, no obstante, que ambas precisaron de una separación unilateral para poder exhibirse cromáticamente en la realidad actual, no cabría sino colegir que antaño, aunque lo hayan olvidado, estuvieron de alguna manera estrechamente unidas, porque de no ser así no habría hecho falta dissociarlas. Los colores, repitiéndolo, ya coexistían de forma virtual en el transparentarse, titubeante, de la luz blanca, sin existir ninguno cuando había demasiados conviviendo a la vez, pues sólo a uno de solo le corresponde obtener un sitio en el mundo, a ficha por casilla. La existencia exige, por lo tanto, soledad, la soltería o incluso el divorcio, dejar atrás los antiguos lazos para ir hacia delante, obviar al resto de tonalidades para optar, al menos, por un futuro monocromático.

En este sentido, la flamante génesis de un existente novedoso como el rojo lo conminaría a desertar, aunque para ello debería, nada más empezar, encontrarse en compañía de alguien, reunir antes a un ejército para llegar después a separarse efectivamente. El hijo se independizará de sus padres, quedándose solo o huérfano, sólo si previamente restaura el enlace quebrado entre ambos progenitores, quiénes le darán a luz cuando recuperen, en virtud y beneficio de su progenie, la luminosidad antaño perdida, disipada mayoritariamente en calor tras colorearse. No digo sino que el rojo que todavía no ha enrojecido deviene el magnetizador de la concomitancia entre amarillo y magenta, que el hijo nonato constituye el único motivo por el cual los padres reanudan el contacto al incentivar su atracción o deseo recíprocos. La rojez, aún lívida, y por ello preñada de la gama cromática al completo, también del amarillo y el magenta, a su turno incoloros; la rojez, exangüe todavía, se aprovecha del potencial conjuntivo velado ópticamente y lo exporta a los elementos disjuntos de la pintura, revelándoles su afinidad pasada, el amor que originariamente se profesaban el uno al otro o, por lo menos, evanesciendo el odio que hasta ahora los había mantenido alejados. El hijo inconsumado, el futurible que aguarda pacientemente en lo pretérito, se convierte de esta manera en el nexo virtual que fomenta la relación actual entre los padres, en el impulsor de un determinado porvenir – masculino o femenino en nuestro caso – con el retorno a la indeterminación del pasado – hermafrodita según la tesitura divina –, devolviendo pues a cualquiera, progenitor o color, de nuevo al principio para generar un final enteramente inesperado, rojo en vez de amarillo o morado, por no hablar del rosa o incluso del naranja para facilitar las cosas.

(K. Acerca del niño, primera aproximación: la disparidad) Llegados a estas alturas, en las que quizás debido al esfuerzo del ascenso me siento ligeramente mareado;

ensimismado en la cima, decía, me haría – por qué no admitirlo – un flaco favor a mí mismo si no diera muestras de creer en mis propias palabras. Coherentemente conmigo, voy a volver, insistiendo, sobre mis antiguos pasos para así continuar, al regresar yo, progresando en mi tentativa genealógica. Nos habíamos quedado, si mal no recuerdo, en un color que no pintaba nada, en el hijo que todavía esperaba nacer de la fusión carnal entre amarillo y magenta. Desemejante unificación, en la medida que compete a tonalidades harto diferentes, debía empero antecederla una unión previa, una alianza imperceptible que entrelazara al hombre y a la mujer, hasta entonces separados, como marido y esposa, en el complemento uno de la otra, aliento y pulso sinérgicos. ¿Quién se supone que es, no obstante, ese niño ingendrado que se encarga de traer los anillos de boda? No podemos, desde luego, tratarlo como uno más del montón, puesto que no existe todavía, carece en cuanto tal de un lugar en el mundo; no concuerda con ninguno de los dos progenitores o colores, sino más bien – ¿o mal? – con una suerte de entredós en ausencia del cual o, mejor dicho, sin cuya falta de presencia no habría tres, ni rojo, amarillo y magenta ni padres e hijo, un producto en definitiva derivado de factores. Una respuesta apresurada, anunciada desde la óptica cristiana, acaso lo identificaría con el Espíritu santo tras descartar las opciones del padre y el hijo (la madre ni entra en su ecuación trinitaria). Según quién lo oyera, pienso – no sé cómo – inevitablemente en Deleuze, al cual le debo, lo confieso, el mérito de haber avanzado yo tanto; Deleuze, decía, les contestaría tal vez que el error de su devota oración radica en la santidad que le atribuyen a Dios en su versión formal o espiritual, lo cual convierte su santiguarse en una auténtica tragedia, no desprovista con todo – tampoco sé por qué lo digo – de un atisbo de comicidad.

De vuelta a la cumbre, desconozco si llorando de alegría o de pena, nadie lo sabe; de vuelta a la cumbre, decía, se me ocurren, jamás lo habría adivinado, tres alternativas distintas de proseguir el complejo camino hacia uno mismo. En consonancia conmigo, me veo ahora – ni bien ni mal – impelido a relatar qué ocurriría en cada una de dichas eventualidades, cosa que patentiza el profundo cambio que uno como yo ha padecido para poder transgredir sus propias limitaciones corporales, transitar virtualmente, ya que ignoro cómo llevarlo en (la) realidad a cabo, por más de un único sendero al mismo tiempo. Aprovechando que hablaba de Dios, retomaré primero el hilo divino: no habíamos detenido, creo recordar, justo donde una divinidad hermafrodita moraba en el cielo y un magenta masculino se acababa de divorciar, en la tierra, de una fémina amarilla. Por suerte o por desgracia, quién sabe, no se halló otra forma de subsanar su decadente romance que reactivando el anhelo compartido de devenir ambos padres, una fuente primaria, aunque por segunda vez, de color. Baste indicar, a este respecto, que la pintura, a raíz de su pésima memoria, pronto olvidó que la luz había alumbrado, por primera vez, a las siete tonalidades principales del espectro visible, entre las cuales se encontraban ya los tres tonos básicos de la paleta: magenta, amarillo y cian. Ahora, dos de los septillizos intentan dar también a luz, encomendándose, lo vimos, a una progenie que, oscilando ambivalentemente entre el niño y la niña en la frenesí del baile cromosómico, diviniza en cierto grado a los progenitores por la parte, sexuada, que les toca. El acoplamiento entre macho y hembra, en otras palabras, pretende emular la

pluripotencia del hermafrodita, como si se trasladara a la relación de pareja, al vínculo amoroso entre Adán y Eva, la genitalidad plena que originariamente atañe a Dios todopoderoso. Así pues, el infante increado que trae consigo la alianza nupcial, que evoca la omnipotencia divina por no haberse afiliado aún a ningún género específico y que a pesar de ello interpela a ambos bandos, viril y asimismo femenil, se halla contemporáneamente en el magenta masculino y en la fémica amarilla, exento por eso mismo de tonalidad alguna no tanto por ser lumínico sino porque remite ubicuamente a dos tipologías pictóricas dispares, cuando sólo una de sola merece tener, efectivamente, color.

El hijo pródigo de la pintura, transido de luz, cual reflejo del fulgor solar en un mar embravecido, parece entonces ocuparse, sin ocupar empero un lugar en mundo, de recordar a cada una de las manchas de pigmento el derecho que todavía tienen, a pesar de coincidir ya con un hecho en concreto, a cambiar, a diferenciarse uno que hasta el momento había permanecido invariablemente igual, siempre uniforme, promoviendo en consecuencia la relación diferencial o, si se prefiere, el enlace matrimonial con aquellos que difieren radicalmente de mí como yo respecto a ellos, amarillo y magenta o macho y hembra. Ni aquí ni allí, la criatura omnipresente, por todas partes y asimismo en ninguna en particular, de cualquier tonalidad o sexo dada su precoz carencia, expresa en tierra de nadie el conjunto integral de calidades factibles, la pluriformidad u omnipotencia del padre celestial al conjugar, con anterioridad, los elementos derivados que ya están en (la) realidad presentes, exhortándolos así a incorporar posteriormente, en virtud de desemejante alianza o disyunción, otro de los múltiples aspectos alternativos que el espíritu – me abstendré de llamarlo santo – esconde. La rojez, atrayendo incoloramente a amarillo y magenta, a dos de los siete tonos primerizos, nos muestra a un tercer hermano aún desapercibido, a otra de las innumerables facetas que el haz ahíja espectralmente, roja en efecto como la sangre que corre por nuestras venas. Podría decirse, en definitiva, que la ubicuidad del hijo, omnipresente, ni aquí ni allí, constituye la manifestación terrenal del padre omnipotente, ni aquí ni allí sino más allá; reproduce, lo repetiré de nuevo, la blanca comunión de la luz estelar cuando articula las distintas tonalidades mundanales o, incluso, cuando vierte la unidad de lo diferenciable en la unión de la ya diferenciado, encarnando en este sentido el vínculo recíproco entre macho y hembra al hermafrodita.

(L. Acerca del niño, segunda aproximación: la insistencia) He hablado, me atengo a mis palabras, de un descendiente con ascendencia divina por el lado paterno; de un niño que, aún nonato, procede por consiguiente de una madre todavía virgen. No bastándome tales indicaciones, creo además haber empleado, ahora que recuerdo, el gerundio de «encarnar» en el párrafo precedente, y aunque nada tuviese que ver con la situación vigente, con dicho verbo me vuelve a la cabeza aquella segunda ocurrencia que también prometí relatar, la cual no sé cómo olvidé mientras iba escribiendo. Hablando de Dios y de su hijo, me acordé de Jesús, el profeta de la cristiandad. No rememoraré en extenso sus hazañas, y sin embargo mencionaré que tradicionalmente se le atribuyeron milagros como el de *dividir* las aguas o el de *multiplicar* los panes y los peces, infiriendo pues de

este asombroso repertorio que fue más un hombre de números que de letras. De eso se trata precisamente: si obró las proezas que la Biblia narra, me parece justo que se lo considere una persona hartamente extraordinaria, pero aun en ese caso continuaría siendo, para mí, o si se prefiere para uno como hasta ahora yo, un humano cualquiera, enfatizando de su humanidad más el número que su género, la cantidad y no la calidad que posee. El único prodigio ligado a lo numérico se reduce a hallarse en dos sitios al mismo tiempo, cosa que uno, se llame Jesús o simplemente «yo», nunca podrá hacer.

¿Qué estatuto ostenta, entonces, el hijo pródigo de la filosofía? Afirmando que está por todas partes y en ninguna particular, recusamos al acto su existencia fáctica, que coincida con uno de esos muchos existentes del montón. No era tampoco exactamente el Ser, en sí increado, de la creación, sino su expresión indirecta, cual estrella caída del cielo y por ello en algún sentido celeste y terrestre, dado que aun y conservar el carácter ingendrado del padre, el hijo carece de su potencial genésico; cataliza el enlace, incentiva la atracción o deseo mutuos del magenta y el amarillo o, correlativamente, del macho y la hembra, sin intervenir no obstante en su consumación cromática o carnal, llevada estrictamente a cabo por cada uno de los dos lados y no por ninguno de ambos: promueve pero no remueve la mezcla, pictórica o cromosómica según de qué metáfora nos sirvamos. Por lo tanto, si no existe ni tampoco es, acaso preexista, al igual que el espacio. Visto de lejos, el niño nonato quizás guarde algún parecido remoto con semejante medio, puesto que se ocupa, sin ocupar empero un lugar en el mundo, de coordinar presencias actualmente distantes. Ahora bien – ¿o mal? –, a partir de aquí, a medida que uno se va acercando para contemplarlos más de cerca, su desemejanza latente sale a la luz o, si se prefiere, salta a la vista a pesar de su invisibilidad intrínseca. Aunque tal vez coordine, el niño nonato no trata a los elementos coordinados como coordenadas: no se fija meramente en su estanca demarcación, ni siquiera procura mantenerlas al mismo tiempo alejadas; no busca la igualdad sino su diferencia, no pretende perpetuar la separación sino impulsar la unión. Se mire por donde se mire, y aun sin ver en absoluto, no me encuentro delante del garante de la inmovilidad, sino ante un promotor del cambio que, ni existiendo ni siendo ni preexistiendo en frente mío, quizás venga cogiendo carrerilla desde atrás. En la inexistencia del hijo se intuye, sin mayores rodeos, el paso huero del presente en que pasado y futuro se alternan, la temporalidad misma, lo cual descartaría que el espacio estuviera aquí – o, mejor dicho, ahora – presente, porque en su ausencia no hay vigencia ni en su presencia nada pretérito ni venidero.

Querría, pero no puedo ir más allá: me faltan las palabras, he agotado ya el inventario filológico del que la filosofía típicamente se sirve, y aun así, no he logrado desentrañar la misteriosa confluencia de aquella paternidad divinal con la susodicha maternidad virginal. En tales circunstancias, donde no parece haber ya nada de lo que hablar, quizás sólo resultaría recomendable el silencio, cosa tanto más sencilla de hacer, lo sabe todo el mundo, cuando uno tiene la boca llena. Que comiera y callara, eso me decían de niño: me estoy, lo noto, acercando. De camino al mutismo, no obstante, siento una irreprimible pulsión, por llamarla de algún modo, cuya virulencia me mueve a

preguntarme por qué dirijo mis pasos en este preciso sentido, tan intensa acaso – me refiero a la llamada frutal prorrumpida por la fruta llamada manzana – como el hambre que me carcome el estómago. Mi apetito, en efecto, me invita a callar o, si se prefiere, a morderme en última instancia la lengua, aunque en el transcurso de tan frecuentado itinerario también ponga, persistente, a mi cuerpo entero en funcionamiento: pone las piernas en marcha con tal de franquear el espacio vacío que me separa de la comida, acopla la extensibilidad del brazo y la capacidad prensil de la mano para llegar a coger el alimento codiciado, incluso articula la masticación mandibular en pos de la mordedura; interpreta, en definitiva, un complejo concierto fisiológico acompañado, de fondo, por los rítmicos latidos del corazón, que inunda de riego sanguíneo la musculatura de cada miembro orquestado, por la voz ahogada de los pulmones, que proveen a la maquinaria corpórea del carburante indispensable para henchirse de la energía producida por su combustión oxigenada. Todo el proceso está, en consecuencia, motivado por el hambre, pese a no encontrarse ella, de hecho, en ninguna de las partes implicadas; en silencio, me empuja hacia la ingesta, acaso con la sorda intención de acallarme y de esta manera, tal vez, oír lo inaudible, ver lo invisible o aun tocar lo impalpable.

El niño ingendrado, por ende, tan famélico como «yo», quién sabe si en la primera o en la segunda acepción de mi proposición fundamental; el niño nonato, decía, muerto él también de ganas cuando con anterioridad promovía, aun sin intervenir activamente, el acto reproductivo y ahora, presumo, el nutritivo, pues no sé de nadie más que carezca de un sitio concreto y aun así se halle en cualquier parte, justamente por no estar en ninguna y asimismo en todas; este no(n) niño, hambre y a su turno deseo, ni existente ni tampoco ser, y aún menos preexistencia, mora furtivamente en la porfiada obsesión que siento yo por la manzana almacenada en la despensa, en la pertinaz reciprocidad que atrae al magenta masculino y a la fémica amarilla, provocando así que me apetezca criar a uno como yo además de crear otro diferente a mí. El niño, en definitiva, ni cuerpo que *existe* ni espíritu que *es*, *insiste* fronterizamente entre el ser – numérico o lumínico – y la existencia – puntual o pictórica, según qué metáfora – en cuanto incorporeidad de lo corporal, acaso aquella alma motriz antes mentada o, si se prefiere, una suerte de conciencia concupiscible cuya reflexión irreflexiva anima, avivándola, la actividad corporal al ejercer de hilo conductor, de ligamen orgánico entre los miembros disgregados, otorgándole de algún modo al pueblo vario un propósito unitario, una intención indivisa a su extenderse pluripartidista, partido ininterrumpidamente en una pluralidad infinita. En la inexistencia del hijo se intuye, sin mayores rodeos para evitar mareos, la alianza simbiótica de diversas capacidades bajo la única batuta de una voluntad que, instintivamente, quiere ante todo – porque en parte no puede – sobrevivir, cosa que tan sólo ocurriría si el conglomerado de los órganos que me mantienen con vida jamás fallasen al resto, previniendo infatigablemente, para adaptarlo a nuestro ejemplo, los ataques cardiovasculares.

Impensablemente, yendo yo a ciegas en busca de comida, he llegado a descubrir, sin saber demasiado cómo, que el niño – transido de hambre y deseo, omnipresente e

incorpóreo – remite respectivamente a la temporalidad y a la voluntad. Si sé, empero, que no ha nacido todavía en la medida, intempestiva, que se trata de un nonato, la cual cosa lo descarta como criatura que con el tiempo adquirirá las propiedades características del adulto, ajena aún a la duración. Asimismo, carece de la determinación suficiente para poder querer, ya que el usufructuario de una voluntad en algún momento u otro deberá escoger, mientras que el infante en cuestión nunca elige nada o, si se prefiere, titubea siempre en torno a la gama completa de posibilidades sin decantarse realmente por ninguna en particular. ¿Quién, pues, duraría y a su vez querría ante la velada indecisión de lo ingendrado? ¿Acaso no se querían entre sí el amarillo y el magenta bajo el influjo incoloro del rojo; acaso su amor mutuo no les impelía a cambiar de tono, a pasar del estado actual, anterior cuando se interioriza, al posterior, que lo substituye ahora en el exterior? El cruce cualitativo favorecido por la insistencia del hijo les concede a los padres la voluntad de acercarse a pesar de sus diferencias manifiestas, y a su vez les brinda el tiempo indispensable para efectuar desemejante transición, llevando así a ambos progenitores más de allá de su mera existencia fáctica, limitada a la capacidad vigente de pigmentar y a la condición de hallarse, espacialmente, en un único lugar.

Vayamos, no obstante, hacia el auténtico foco de interés, minimizando entretanto el empleo abusivo de metáforas: disecciono el cadáver, extrayéndole corazón y pulmones para insertarlos, reparados, al muñeco de nieve con el único propósito de insuflarle vida. La complementariedad artificialmente imbuida entre órganos – restringiendo con mi hipótesis las funciones vitales a las de respiración y palpitación – dotaría a tal engendro tanto de aliento como de pulso, y aun en ese caso no me atrevería todavía a decir, comparándolo conmigo, que realmente está vivo, sino inmerso en una especie de limbo terrenal análogo al de un humano que, vegetativo, no reacciona a los estímulos, falto de ánimo a raíz de su nula movilidad. Frente a este enésimo fracaso, me decido, sin saber demasiado cómo, a evaluar la viabilidad de desemejante experimento. Me sorprende mi ingenuidad: intenté obrar, para alumbrar a esta quimera vital, de igual forma que Dios todopoderoso, aunque yo, finito y mortal, no lo pueda todo; dada mi incapacidad para simular la ubicuidad moderna del hijo, puesto que el propio hecho de poseer un cuerpo me impide ya encontrarme en dos sitios al mismo tiempo, plagué en detrimento la omnipotencia del padre a la antigua usanza, creando una criatura desde el comienzo desdichada al formarla en base a mí, a mi imagen y semejanza ante la imposibilidad de recurrir yo, sólo uno, a la diferenciación de por lo menos un par. Ciñéndome al modelo corporal que represento, induje la trabazón entre bombeo y oxigenación de un corazón y unos pulmones que, si bien funcionan, no cambian con todo de forma pese a forzar artificiosamente su imbricación; relacionando impositivamente a ambos, ninguno de los dos madura tras concertar su alianza, lo cual descarta que duren o, si se quiere, que varíen con el tiempo. Hablando de querer, tampoco parece lícito atribuir a dichos órganos, incluso tras presumir su asociación espontánea, clase alguna de volición. En sentido estricto, no eligen aliarse, se alían porque se necesitan entre sí para poder rendir orgánicamente. A diferencia del amarillo y el magenta, que aún albergan la posibilidad de mezclarse con el tercero de los colores primarios, me refiero al cian, el corazón no

puede prescindir del oxígeno que la respiración pulmonar le proporciona, tampoco los pulmones de la irrigación sanguínea aportada coronariamente: no tienen otra alternativa, y por ello no se enfrentan propiamente a una decisión. La voluntad requiere (in)cierta libertad de movimiento, una relativa autonomía para debatirse mínimo entre una disyuntiva, optando por el amarillo o por el cian en caso de tratar con el magenta. Aunque me duela reconocerlo – noto, no sé cómo, que me acerco –, yo por mí mismo no soy nadie para criar ni crear nada, como mucho un autor desprovisto de obra y por lo tanto mancado de autoría, fallido al igual que mi tentativa.

Así pues, con semejante aborto de experimento se corrobora, recurriendo a otro argumento o recorriendo otra senda, mi escaso parecido respecto a un Dios capaz de cualquier cosa, frustrando ello cualquier esperanza, todavía intacta, de pertenecer aun remotamente a una estirpe imperecedera. Recusada entonces de manera definitiva la paternidad divina, tocando por fin de pies al suelo, irreprimiblemente me pregunto por el motivo de mi éxito existencial, puesto que yo, al igual que el cadavérico muñeco de nieve, me encuentro similarmente dotado de un corazón y un par de pulmones cuya complementariedad, según dije, no me garantizaría empero vivir plenamente. ¿Qué me hace, por consiguiente, diferente, un ganador si tengo todas las de perder? A falta en mí de la figura clásica del padre, deposito ahora toda fe en el hijo moderno. Ya no basta con que esta infancia inmaculada, insistente, ensamble los distintos componentes elementales para forjar un compuesto en conjunto existente, un cuerpo provisto de órganos funcionales debido a su interacción recíproca. El niño de niñez ausente, quizás hablando demasiado, no sólo me tiene que *sujetar*, sino que también debería convertirme a mí, a la primera acepción del «yo», en un *sujeto*, en alguien de fiar además de algo firme, cobrando de esta doble forma – formación y formalidad – el individuo objetivo una personalidad subjetiva, el «yo» la segunda de sus acepciones, en tanto que una (o *uno*) no se da realmente sin la otra (o *mismo*).

(M. Acerca del niño, tercera aproximación: la inmanencia) Ni primera ni segunda resultaba, ahora que recuerdo, mi tercera ocurrencia: ni ficha ni casilla, no me queda sino apelar al jugador para caracterizarme a mí mismo. Ni ficha ni casilla, como decía, acaso me identifique yo con el propietario de la mano que, empujando, desplaza cualquiera de las piezas por encima del tablero. A simple vista, parecería de lo más sensato, ¿verdad?, considerar a la ficha un objeto inerte y al mismo tiempo situarla en una casilla fija del espacio plano. En semejantes circunstancias, ante la inmovilidad de lo inanimado y la inexistente capacidad movilizadora de una superficie mancada de inclinación, sería incluso lógico apelar a un sujeto trascendente que dinamizara la partida: hablo del sujeto porque jamás conseguiré trocar la posición de ninguna pieza sin sujetarla con los dedos; lo califico de trascendente porque la mano en cuestión, acaso la mía, no viene incluida con el juego, se corresponde estrictamente con una causa externa cuyos efectos, no obstante, se vierten dentro de la propia partida, lanzando desde arriba los dados para poder mover, abajo, cualquiera de las piezas por encima del tablero. Un sujeto así caracterizado, en definitiva, trasciende al objeto porque para llegar a jugar se precisa, en rigor, de un jugador ajeno al juego que le infunda jugabilidad, de

una mano que arrastrado la ficha de una casilla a otra (una) la empuje a formar parte esencial de un pasatiempo en el transcurso del cual, dicho sea de paso, tan sólo avanza respecto a su demarcación espacial. Ahora bien, o acaso mal, aunque esta imagen – simplificada – del jugador fuera veraz, ni mucho menos se demostraría que tal sujeción manual contribuye en modo alguno a la cohesión de la multiplicidad de partes que componen unitariamente a la figura, puesto que aun y soltarla yo, por tratarse presuntamente de mi mano, ella no termina, desasida, descomponiéndose en una infinidad de minúsculos pedazos; al contrario, permanece objetivamente igual tanto antes como después de cogerla, lo cual descartaría asimismo el surgimiento de su subjetivismo al contactar conmigo, que alguien así caracterizado influyera decisivamente en la irrupción efectiva ni de la primera (objetiva) ni de la segunda (subjetiva) acepción del «yo».

En cualquier caso, basándome yo en semejante modelo, el sujeto que presumo ser se identificaría con aquél cuya suficiencia lo llevaría a compartir, por transmisión, parte de su movilidad inherente con un objeto en sí estático: lo demuestra el hecho que la pieza sigue la dirección que trazo con el dedo. Ahora bien, o acaso mal, si la ficha se mueve gracias a mí, yo me movería del mismo modo por la actuación exterior de alguien aún superior, de un titiritero que, a mis ojos invisible, me manipulase de forma imperceptible los dedos para trasladar la pieza que yo, ilusa e ilusoriamente, creía conducir a voluntad. Aunque de mayor complejidad que la tosca figura tallada o el rudo tablero de madera, yo también resultaría un mero juguete inserto en un mundo que me serviría de escenario, un muñeco articulado de carne y sangre en medio de una realidad terrestre y acuosa. Semejante concepción del jugador, por lo tanto, precisaría en última instancia de la intervención continuada de una divinidad paternalista, la cual por bondad o quizás sólo por puro regocijo, animara constantemente mis actos mecánicos, involuntarios al hallarme yo en sus manos. Sin querer, pues, me he vuelto a perder recurriendo a la imagen ordinaria de mí mismo; otra vez, el fracaso me atenaza en este vano intento, el enésimo, de asemejarme yo al padre de los cielos.

Por eso me encomendé, ahora que recuerdo, al hijo y no al padre, a esa suerte de ángel caído cuya influencia, no importa si benéfica o maléfica, me permitió recobrar milagrosamente el sentido extraviado de la orientación. El hijo, a diferencia del padre, velando veladamente por el juego desde dentro, inmanente y no trascendente, no desplaza de manera extrínseca la ficha, hace que la ficha discurra por sí sola; no juega con ella, le confiere las ganas de jugar para así transfigurarla en un jugador apto, deseoso de ganar, hambriento de victorias. En vez de apelar a una instancia superior, le brinda a uno la ocasión propicia para llegar a superarse, para que la pieza pueda ahora empujarse a sí misma, posibilitando algo de ordinario tan habitual como que la cabeza moviente se mueva con el resto de miembros de mi cuerpo, que alguien como el cabecilla encabece, valeroso, a sus tropas hacia el frente de batalla en lugar de ordenar incólumemente su avance, o incluso retirada, desde la salva retaguardia. La mano, por lo tanto, no constituye un sujeto por el simple hecho de sujetar, tampoco la ficha un mero objeto al estar sujeta: resultaría demasiado fácil, excesivamente oportuno que una

contingencia lingüística nos aportara indicio alguno acerca de mi propia persona, yo mismo.

¿Qué nos dice, empero, nuestra desesperanza, el desmoronamiento de semejante convicción, frustrada? El declive del padre en el hijo descarnado, ubicuo e incorpóreo, nos incita a creer no que el jugador hace al juego, sino que jugando se configura al jugador, ese alguien que con el tiempo quiere ante todo proclamarse vencedor. La plausibilidad de desemejante planteamiento pasa, sin embargo, por la abolición de la oposición establecida entre la mano y la ficha, por refutar la inopinada certeza de que un objeto nunca llegará a sujetar nada, de que nadie caracterizado como un sujeto jamás resultará objetivable. Empezaré por el final, quizás termine antes: respecto a lo último, a la imposibilidad de descender un sujeto a objeto, solamente cabría analizar los cadavéricos dedos de un individuo recién muerto, incapaces ya de mover ninguna ficha a causa de su súbita inmovilización, debida acaso a un ataque repentino al corazón. Sin vida, la mano se asemejaría más a un objeto inerte que a un sujeto prensil, a una marioneta estropeada cuyos miembros entumecidos la volverían inservible para articular los dúctiles movimientos que el jugador, en el fondo un armazón de carne y sangre, ejecuta prontamente, desuso a raíz del cual acabará, tarde o temprano, disuelta en polvo estelar.

Si mal no recuerdo, ¿no decía algo similar la *Génesis* bíblica? «Recuerda que polvo eres y en polvo te convertirás», así reza el texto sagrado. El desenlace natural de cualquier cuerpo, su descomposición en una infinidad de minúsculas piezas insujetables, consume la segunda parte de la profecía evangélica, quedando en consecuencia pendiente la primera, en pocas palabras, cómo el objeto asciende a sujeto. Bastaría, según la tradición judeocristiana, con la intervención paternalista de un Dios todopoderoso para justificar un trance tal, lo cual inevitablemente me suena a trascendental. Re caeríamos, otra vez igual, al arbitraje extraordinario, fuera de lo habitual, de un titiritero superior quién, por bondad o quizás sólo por puro regocijo, guiara nuestros actos mecánicos, ordenándonos a cada momento el movimiento que debemos realizar, si avanzar o retirarnos del frente de batalla. La única forma de superar este paradigma, lo vaticiné, consistía en superarse uno a sí mismo, en depositar nuestra fe no en el padre omnipotente sino en el hijo omnipresente, razón por la cual me veo impelido a figurarme, ahora que lo digo, el presunto surgimiento de la vida en este plantea desde una perspectiva terrena, ya no celestial, sin aparentemente recurrir a ninguna clase de entidad trascendente. Sustitúyanse, en este sentido, las motas de polvo por partículas atómicas, el empuje divino por un campo gravitacional cuya aceleración centrípeta, cual vendaval cósmico, agolpe los mentados átomos en moléculas básicas, en corpúsculos inorgánicos que a fuerza de interactuar constituyen, probablemente por azar, un compuesto orgánico de mayor masa y, por consiguiente, con el peso específico suficiente para devenir un centro de gravedad que, atrayendo hacia sí cualquier elemento circundante, lo incorpore a su propia causa. Con este fenómeno astrológico, en definitiva, se asistiría al parto del presunto precursor de los organismos biológicos, de un cuerpo formado por varios miembros; una constelación de ínfimos puntos que, a

medida que se van alienando, trazan en conjunto el contorno anatómico de una mano, casi como en aquel popular pasatiempo infantil, arremolinándose progresivamente los pequeños objetos en un único y gran sujeto según esta especie de principio desglosado científicamente.

Un trance tal entre el objeto y el sujeto, lo corroboran el principio científico y el desenlace natural, no es trascendental. Por así decir, lejos de escurrírseme entre los dedos, se halla impensablemente al alcance de mi mano, más cerca de lo que jamás hubiese esperado de aquellas palabras – no las he olvidado – que con mayor o menor fortuna he ido escribiendo paso a paso, pues reparo en que ya antes traté, aunque hablando en sentido figurado, con ambas casuísticas, inicio astrológico y final biológico, dando en consecuencia iterativas – e itinerantes – vueltas en torno a lo mismo para terminar concienciando, o al menos eso pretendo, a uno como yo. «Hágase la luz», dictaminó antaño el padre celestial, mientras que su hijo nonato atestigua que el haz, de alguna forma, se deshace, desviviéndose si se quiere por su prole. La luz, lo repetiré, disipa casi al completo su potencial inherente para alumbrar al color en acto, degenerando el resto de tonalidades eventuales, seis de las siete posibles alternativas del espectro irisado, en calor. ¿No nos recuerda ello, remotamente, al sujeto vuelto objeto? La luz, el más veloz de los corpúsculos(/onda) que surca los cielos, cuyo movimiento ni el ojo puede seguir, se precipita en la superficie terrestre, tintándola a costa de su inmovilismo, al sedimentarse en la costra exterior de los objetos mundanales. Como el cadáver, se descompone sirviéndole a la tierra baldía de fertilizante; como una madre, sacrifica parcialmente su resplandeciente vida para transmitírsela al feto en gestación, aún sumido en la oscuridad del vientre. La luz, en definitiva, se reproduce coloreando la realidad, se propaga visiblemente por propia voluntad, renunciando a su policromía latente para encarnar, (s)electivamente, a un tono en concreto, rojo manzanil confío.

«Hágase el tiempo», prorrumpió tal vez en sueños, en algún momento del séptimo día, el padre de los cielos, milagro acaso omitido por las sacras escrituras con el ideal de honrar la festividad dominical. En esta tesitura, el mundo, aquél que durante los seis días anteriores Dios se dedicó a crear y decorar, llenando el espacio de cosas varias y variadas, se afanó quizás como tributo a su mecenas en cumplir el mandato divino aun transigiendo la ociosidad del domingo. La ambigüedad de la orden, empero, derivada de la equivocidad del término «tiempo», causó que la tierra, plana estimo de buen comienzo dada su espacialidad, se redondeara abruptamente, alterando así el ángulo de incidencia de los rayos solares y, consecuentemente, el clima entre las zonas polares y ecuatoriales, por poner aquellas dos vicisitudes meteorológicas extremas, como lo blanco respecto a lo negro, como la nívea frialdad que cubre un paraje hibernal y el calor asfixiante que abrasa al desierto polvoriento. Habiendo hablando ya en extenso del polvo, mero grano de arena seco, creo que ahora debería dirigirme, en compensación, de nuevo a la cumbre elevada de la montaña, allí donde el objeto se torna sujeto, el minúsculo copo que apaciblemente reposa en su seno escarpado una bola de nieve gigantesca. Llegados a este punto, ¿bastaría, me pregunto, con este temporal meteorológico para que desemejante acrecentarse ocurriera efectivamente? Lo dudo, en

ausencia del tiempo cronológico; me temo que no, sin la falta presente de presencia que el hijo inspira. Si el tiempo no pasara, ¿cómo habría un pasado distinto del futuro, un estado posterior que sucediera al anterior, una diferencia sustancial entre el antes y el después; un aumento o, en detrimento, una disminución cuantitativa del tamaño que cualquier cuerpo, compuesto, ostenta? Un elemento atemporal permanecería inalteradamente igual, el copo seguiría invariablemente solo en la medida que come y al punto vomita, desprendiéndose de semejante escisión, asexual, su incompetencia nutricional.

(N. El hijo, de vuelta: copo y luz) Por enésima vez, lo repetiré sucintamente: el copo se nutre con el tiempo y la luz se reproduce si así quiere, pero ni del uno ni de la otra diríamos que soportan la gravidez de la vida; ni la bola ni la mano se amoldan a aquel sujeto experimental que albergábamos la intención de crear al sujetar, respectivamente, los componentes que de forma paulatina ha ido asimilando la primera, una ficha cualquiera entre los dedos de la segunda. Se pensará, por consiguiente, que en balde hemos descrito este enorme rodeo, incentivado por mi tercera ocurrencia, para acabar en el mismo punto muerto, en uno que si bien – ¿o mal? – se mantiene firme, todavía no resulta alguien de fiar, cediendo pues a la náusea resultante de andar absurdamente en círculos, tan perdidos al final como justo al principio. Por ello, la cabeza, ebria de tantos tumbos, me da sin parar vueltas, serpenteando a lo largo de un camino que una mirada sobria, crédula en el padre celestial, vería indudablemente recta. El hijo nonato, en cambio, cual ángel caído a la tierra, me animaría acaso a pasar este etilismo especulativo como cualquier otro mortal, dejando que el metabolismo corporal se ocupe de erradicar mis excesos mientras duermo, recostándome en la cama con un pie aún en el suelo para suscitarle a mi abotargado cerebro una engañosa sensación de aplomo que favorezca su pronta somnolencia. Aunque el mareo lo ensombrezca, hablando sin rodeos, en todo momento ha habido un pivote en torno el cual no he cesado de girar, en mi caso, la vitalidad que corre por mis venas, el trabajo orgánico de corazón y pulmones – por no mencionar el resto de miembros implicados – que bombeando y oxigenando la sangre le infunden a mi mano el vigor necesario para escribir una palabra tras otra. Aun desconociendo el motivo, no puedo negar que estoy vivo, incluso que el conjunto de los vivientes, eso sí lo sabe el mundo entero, se define principalmente por nutrirse y reproducirse, y según lo expuesto, por trascurrir temporal y decidirse voluntariamente, aunándose por ende en último término la bola y el haz.

Increíblemente, merced a una afortunada carambola del azar, ¿no nos hemos reencontrado, ahora que recuerdo, con nuestro auténtico propósito: hallar a ese alguien que influenciado por el infante nonato dura y a su turno quiere? Por suerte o por desgracia, como voy yo a saberlo, nos hemos topado con el verdadero motivo de mi fracaso a nivel empírico: la bola, tan blanca como la nieve o la luz en su etapa germinal, ha adquirido con el tiempo un tamaño notable, pero aún le falta color, además del calor que lo despoje de su frialdad granítica, valores ambos derivados, lo corroboré, de la (s)elección lumínica. El copo vuelto bola incumple una de las dos condiciones para devenir, según lo expuesto, algo vivo, y aun con un tal trance – ya no un trance tal –

nada parecería garantizar que insuflándole vida a un objeto inerte éste se corresponde, realmente, con ese alguien subjetivo a quién andamos buscando de manera insistente. El haz, inversamente, sufre el contratiempo correlativo a la deficiencia nívea, aquél que le impediría pasar efectivamente a la acción, a la realidad tangible de un acto consumado. El haz, decidiéndose por una tonalidad específica del espectro irisado, reconoce de forma parcial su pasado, un resquicio fragmentario del potencial inherente que desde el principio cobijaba, aunque no por ello avance hacia el futuro, ya que en ausencia de una fuente constante de luz el tono elegido no duraría más que un mero instante, la intermitencia fugaz que desde una óptica puramente temporal coincide con el intervalo inexistente entre lo pretérito y el porvenir. De algún modo, incierto todavía, el haz no aprovecharía el calor en que se disipa para derretir el color que (s)electivamente prefiere, no manchándose pues las manos de sangre.

En pocas palabras – no las he olvidado, lo prometo: la bola no se decide y el haz apenas dura. En este sentido, precisaría yo de alguna instancia que combinara la cantidad de una y la calidad de la otra, el tamaño conclusivo de la bola y el color obtenido por el haz, la temporalidad ligada a la nutrición y la reproducción vinculada a la voluntad. Y aunque no sé por qué (lo digo), ahora me vuelve a apetecer una manzana, preferentemente carnosa y roja para colmar de una vez por todas la insaciable voracidad de mi apetito, teórica al parecer. La manzana, en efecto, satisface los dos requisitos, necesario uno y suficiente el otro, cuyo quebrantamiento respectivo por parte de la luz y el copo me impidieron antes hablar de la vida con conocimiento de causa, ostentando en esta ocasión el fruto un grosor considerable además de una tonalidad tanto más exuberante. La manzana, colgada del manzano, se alimenta de la sabia que su homólogo – lingüístico al menos – le proporciona, cobijando en el interior de su corazón frugal, o frutal, la preciada semilla en virtud de la cual proliferará. Llegará el momento, empero, en que la manzana, ya madura, se precipitará de la copa del árbol al suelo por su propio peso, volviendo a la tierra polvorienta que la hizo brotar e incluso elevarse hacia el cielo, sorteando inesperadamente la fuerza gravitacional. Caída, la manzana depositará la simiente de la vida para engendrar a más como ella, a costa no obstante de su degeneración. La manzana, de rojo refulgente, se encaminará hacia la procreación cuando la vivacidad de su tono decaiga, tiñéndose de visos violáceos que medicamente denotan el padecimiento de una enfermedad por desgracia mortal.

La manzana, en otras palabras – no me he olvidado, lo juro, de ellas –, sufre una pérdida de vigor en ausencia del sustento alimenticio que el manzano le procura; no come nada, y aun así sigue resultando fértil. De hecho, se tornará tanto más fructífera cuanto mayor sea el estado de descomposición en que el fruto se halle, sirviéndole su cadáver corrompido a las generaciones venideras de abono. Solamente pretendo señalar, dejándome de rodeos, que tan difícil me parece hablar de la vida en un contexto frutal como en otro de níveo o lumínico, porque la manzana, pese a cumplir hipotéticamente ambas condiciones vitales, no se nutre cuando se reproduce ni se reproduce cuando se nutre. Las dos funciones indispensables para decir de algo que está vivo se dan en ella por separado, sin sinergia. Se patentiza, a este respecto, que ni a la reproducción ni a la

nutrición les basta consigo para llevar a cabo su finalidad última: la reproducción aspira a aumentar el número de especímenes que pertenecen a un colectivo, y ¿cómo iba a hacerlo sin la colaboración de una cantidad que crece con el tiempo?; la nutrición ambiciosa sobreponerse a su entorno inmediato, agrandarse un individuo a expensas de los pequeños, y ¿cómo iba a conseguir este eventual predador incrementar su tamaño sin la irrupción auxiliar de la selección natural, de aquellas calidades biológicas ventajosas que le facilitan la captura, en ausencia de las cuales todo terminaría en un empate técnico, en un par de células respiratorias que caerían exhaustas al mismo tiempo debido a la igualdad estricta de sus fuerzas? Lo repetiré: la calidad relanza la cantidad y la cantidad, solidariamente, realza la calidad; el tiempo no tiene suficiente con transcurrir sino que también requiere de volición y la voluntad necesita asimismo durar; el color demanda tinteros y su tamaño calentarse para devenir propiamente alguien, a pesar de no saber si éste coincide realmente con aquél que andaba yo buscando de manera insistente.

Tras tanto divagar en torno a mí, creo que necesito tomarme un respiro, y más aún cuando me asfixia no haber averiguado todavía el auténtico motivo por el cual mis pulmones no cesan nunca de funcionar, su compenetración con el corazón que siento latir no sé ya si dentro de mí, en uno como yo. Tras tanto deambular en círculos, de un pasado que se abalanza famélico hacia el futuro y de un futuro que retorna henchido de deseos libidinales hacia el pasado, yendo a por comida y volviendo a por sexo, dicho groseramente, me urge detenerme de forma transitoria, para recobrar el aliento, justo en aquel impasse de mudo sosiego en el transcurso del cual no me es menester pasar, regresar o en detrimento avanzar, dejarse llevar por la corriente temporal en uno u otro sentido, hacia atrás por exceso o hacia delante por defecto. Inmerso en este doble devenir durante cuyo decurso lo pretérito se nutre de lo venidero y lo venidero reproduce lo pretérito, no hallo más que un fugaz momento de paz, aquel interludio vacío sin el cual, obsoleto o inactual, ambas facetas temporales (pasado y futuro) permanecerían indistinguibles. El presente ausente, así se lo llamó, compete a propósito de su propia carencia tanto a aquello que ya ha pasado como a lo que todavía está por venir; remite ambivalentemente a la anterioridad de lo pretérito y a la posterioridad del futuro, a algo sencillamente que ahora no se halla aquí, imposible de encontrar actualmente o tan perdido como yo en este mismo instante. Así, el presente ausente no implica la ausencia de presente – hasta tal extremo el orden de los factores altera el producto –, sino la falta patente de presencia; el presente ausente, estrictamente hablando, no constituye un no-lugar, sino un lugar que nadie en absoluto ocupa, inocuamente incluso, donde nada hay que yuxtaponer (ni tampoco homogeneizar) y, justo por eso, radicalmente diferente al espacio extenso y a la extensión espacial en cuanto (inco)nexo diferencial del tiempo, aquella irreductibilidad entre el antes y el después que bien – ¿o mal? – se refiere al copo y la bola o, alternativamente, a la luz y el color. Desprovisto de materia alguna, mancado de espacialidad, el presente ausente expresa incorpóreamente la forma pura de la temporalidad, su condición de posibilidad, la razón imposible, pues no pasa, en virtud de la cual cualquier elemento heterogéneo acontece realmente.

Ahora bien, o acaso mal, aunque este instante de silencio temporal, de hecho, no exista en cuerpo “presente”, encarnado bajo la presencia fáctica de una presencia emplazada, tengo no obstante el deber, o quizás el presente ausente el derecho, de concederle a él también el beneficio de la duda, de igual forma que se dispensó al espacio preexistente, no reduciendo por ende perentoriamente su inexistencia a la nulidad plena. Y, entre nosotros, espero francamente que así sea, que nadie no acabe en nada, porque llegados a estas alturas no se me ocurre otra manera de justificar cómo todo, yo incluido, funciona del modo que lo hace. Todo incluye, además de mí o mejor conmigo, a la bola y el haz. Ciñéndome entonces a mis palabras, para retomar de nuevo el hilo del discurso tras la pausa, si uno no se nutre a falta de voluntad ni el otro se reproduce sin tiempo, no antes entiendo de madurar, ni del copo cuando se ensancha cabría afirmar que dura ni del haz al colorearse que quiere, pues el primero no lo desea y el segundo no transcurre temporalmente, (car)comiendo el pasado al porvenir en términos bergsonianos.

Vayamos, como no, paso a paso, reexaminando la coyuntura corpuscular del copo para volver otra vez a empezar; de qué forma se convertiría éste, me refiero al copo de nieve, en una bola enorme: precipitándose, quién lo podría negar, cuesta abajo, franqueando la pendiente pronunciada de la montaña por medio de su acción rotatoria, movimiento (circular) a causa del cual aquel minúsculo punto devenía una gigantesca esfera nívea. De hecho, (a)parecería cierto que el copo se redondea rodando, a pesar de que dicha aseveración entrañe por derecho una gran falsedad, error que no todo el mundo ve de buenas a primeras. El copo, quién lo podría negar, pasa de una anterioridad puntual a una posterioridad esférica sobrellevando, al circular en círculos, el cambio manifiesto entre el antes y el después, relacionado repetidamente en mi tentativa genealógica con el devenir temporal. El copo, en efecto, transcurre con el tiempo, pero no por eso cabría sostener que en sí dura. El problema del copo radica en que durante cualquiera de sus etapas hasta alcanzar la forma definitiva de una bola (redonda) éste se halla invariablemente lleno, lo cual imposibilitaría que en algún momento le entrase hambre. La cantidad engullida de nieve que a cada instante forma el bloque creciente carece en sus intersticios de hueco alguno, erigiéndose pues como un conglomerado compacto de un pasado que se acumula y de un futuro que progresa aun en ausencia de presente (ausente), de ninguna brecha cronológica entre ambos flancos. El copo, entonces, jamás padece la necesidad de avanzar de atrás hacia delante, el homólogo a la resonancia gutural de nuestro estómago como señal fisiológica de que ha llegado, yendo, la hora de comer; no padece deficiencia corporal alguna que lo mueva a colmar su escasez repentina, inexistente ante la abundante cantidad de existentes que la taponan. Si el copo come, lo hace sin ganas, a la fuerza, en contra de sus pretensiones o incluso indiferentemente, exento tanto de motivo como de motivación, impidiendo esto que uno (a)parecido constituya la razón misma de su dinámica.

El tiempo, hay que decirlo, no es tanto la diferencia entre el antes y el después como la impetuosidad que incita desemejante tránsito, no el cambio actual sino la tendencia potencial a cambiar, no el bocado sino aquello que conmina a morder, más el ansia de nutrirse que la nutrición en cuanto tal. En cualquier caso, nadie come sin tener hambre

o, si se prefiere, nada dura rigurosamente a falta de la ausencia presente de presencia, repleto de nieve hasta la saciedad. El copo, en definitiva, no impulsa su paso a bola, sino que el tiempo lo empuja en esta dirección, cuesta abajo. El copo no se inclina a descender, el descenso lo fomenta antes bien – ¿o mal? – el plano inclinado que describe el desnivel montuoso; tampoco realiza ningún esfuerzo por crecer, en la medida que la fuerza gravitacional ejercida sobre su masa en aumento lo impele ya a ensancharse. Aunque el copo, por consiguiente, cumpla las condiciones idóneas para evolucionar, dada su complexión esférica y consistencia semilíquida, afines a la heterogeneidad y sucesividad requeridas temporalmente, no promueve su propio devenir, no resulta la fuente original del flujo temporal que lo inunda, pues no lo desea, al menos si se concibe el apetito como el correlato intestinal de una voluntad ancorada a las exigencias biológicas. El copo, en pocas palabras, pasa a la *acción*, a saber rotatoria, pese a no albergar de por sí la *intención* de efectuarla, asimilándose en este sentido a un cuerpo animado sin ánimo, movido pero no moviente.

Para volver a su vez renovadamente al final, abordemos ahora la dificultad derivada de conceder al haz, tanto en paralelo como en sentido inverso, una facultad desiderativa, volitiva al límite. Presumíamos, lo repetiré de nuevo, que el haz era el único responsable de la (s)elección relativa al color, casi como si la luz quisiera sumergir la manzana en aquella apetitosa tonalidad roja. Nada más lejos, empero, de la realidad: mis ojos captan, lo anticipé en algún momento, aquel tono concreto de la gama irisada que la superficie externa de los objetos repele, absorbiendo el resto en (trans)forma de calor. El color, entonces, que todo el mundo observa no lo decide el haz, en todo caso remite a la tonalidad que la piel del fruto descarta, puesto que al parecer no quiere verla ni en pintura, hablando coloquialmente. El color, por ende, que el haz adquiere lo consigue accidentalmente, de rebote incluso, según el índice de refracción que ostenta el compuesto iluminado tras reflejar su estructura molecular una determinada longitud de onda.

Desemejante (s)elección, sin embargo, no parece en sentido estricto suficiente para que un color obtenga su capacidad intrínseca de colorear. Simplemente colisionando con la película superficial de las cosas, la cantidad curvilínea no se vierte en una calidad cromática. Nos mancaría, todavía, alguna suerte de placa fotónica sobre la cual condensar, como intuía Bergson, la pigmentación repartida a lo largo del incontable recorrido que el haz describe. No basta, en definitiva, con sólo desdeñar para llegar a querer: se necesita – lo adivinaría aun a ciegas – tiempo para digerir el sustento que la luz solar nos aporta, metamorfoseado tras su síntesis en un nutriente ocular, tiempo para numerar lo incalculable merced a la contracción de muchos pequeños en uno solo de grande, (son)sacando así a relucir su *intensión* inherente, infinitamente diluida en cuanto *extensión*. ¿Y no consistía en eso, precisamente, comer, en hacerse mayor cual bola de nieve, en unificar la multiplicidad disgregada como un conjunto unitario, en darle tiempo a la materia para que se forme macroscópicamente, realzando con este proceso una forma imperceptible a nivel microscópico? El haz, en pocas palabras, se torna (s)electivo, factible la reproducción efectiva de un color, meramente cuando se

entrevera con la nutrición, inclinándose a pasar cronológicamente, pues de lo contrario, inserto en el simple espacio, no habría manera de establecer una diferencia real entre el antes y el después, entre la luz transparente y una de las siete tonalidades visibles que ella acoge en estado latente.

(O. La ausencia de presente o la pérdida objetiva) Brevemente, el haz se nutre para querer y el copo apela al deseo reproductivo para durar. Todo ocurre, casualmente, como si el déficit de color y la presencia excesiva de nieve colaborasen en pos de su mutuo beneficio, lo cual me evoca aquella complementariedad transida de sinergia entre el carácter seductor de la flor y la laboriosa obra de la abeja para con el enjambre, aquella camaradería entre la eteriedad de la respiración pulmonar y el espesor del bombeo coronario con la pretensión compartida de alumbrar la vida, entablando de algún modo una provechosa conversación en el transcurso de la cual ambas perspectivas saldrían favorecidas, cobrando el haz una amplitud de miras inaudita mientras el copo ensancha indeciblemente su margen de maniobra o, si se prefiere, abriéndoles la relación con otro – diferente – las mentes, demasiado ceñidas todavía al talle del cuerpo. Dejándome, por enésima vez, de rodeos para evitar marearme aún más, el compañerismo que se profesan, no por nada, el tiempo níveo y la voluntad lumínica les permite desvelar la auténtica naturaleza del presente ausente, reconocerse a sí *mismos*, respectivamente, en toda su grandeza y esplendor.

En tal sentido, con la voluntad de hablar acerca de la temporalidad, el déficit de color diluido extensivamente nos aportaría, acaso, un indicio mínimamente fiable respecto a aquel presente donde poco pasa, sobre la instantaneidad de un momento fugaz parangonable, quizás, a una suerte de destello pasajero cuyo abrupto fulgor nos cegaría justo cuando se manifiesta, como si realmente no ocurriera. Así, recurriendo a una argumentación un tanto infantil, según le corresponde a nuestra divinidad inmanente, nadie creería jamás en este exiguo resquicio de duración hasta no verlo con sus propios ojos; prueba de tan improbable comprobación, dada su naturaleza pasajera, que se lo acaba sentenciando cautelarmente a la inexistencia sin ni siquiera concederle el debido beneficio de la duda. Aun por si fuera poco, a esta muestra de incredulidad la secunda, y a su turno ratifica, nuestro juicio precipitado en torno a la presencia excesiva de nieve. Ya bola o pendiente todavía; enteramente pasado o fragmentariamente futuro, el copo, tras haberlo arrastrado todo o esperando avanzar parte a parte, no estuvo ni estará jamás presente, inmerso en aquel lapso durante el cual no es que pase poco sino nada, siempre en uno de los dos lados de la fórmula temporal pero nunca en el signo de desigual que conecta lo pretérito con lo venidero.

Creo – eso sí lo creo – recordar que previamente nos habíamos referido a este presente sin presencia, justo aquél, injustamente defenestrado, que el déficit cromático no puede probar, mientras que ahora, o mejor antes o después, nos hallamos en rigor ante una presencia sin presente, imposible estrictamente de concebir a menos que se interprete el pasado aludido conforme a la preexistencia espacial, el futuro en cuestión bajo la apariencia de un existente hecho supuestamente por medio de la yuxtaposición de homogeneidades, a menos que se considere cualquier cosa emplazada en un medio

semejante, en definitiva, surtida con la solidez prototípica de la roca, igual de fría que la nieve e incluso tan lúgubre como la noche. Con esta funesta helada en la más rigurosa intemperie pretendo remitir, metafóricamente, a la espacialización temporal, a la desnaturalización del presente por el lado lumínico, del pasado y el futuro por el costado níveo desde el instante que ambas instancias – me refiero al copo y el haz – presumen hablar de lo “mismo”, de un presente ausente que igualan a la ausencia de presente, de una temporalidad cuya negación confirma el espacio y su extensión correlativa, dura en vez de duradera. No ven, como tampoco alcanzan a com(-)prender, tocando, que los dos se refieren a aspectos diferentes del tiempo *mismo*, que uno constituye el contexto sonoro en el cual se enmarca el silencio aportado por el otro para así sentir su sorda cadencia. El presente ausente no (a)parece algo, pero tampoco se reduce a nada cuando se intercala entre pasado y futuro: es, si se quiere (y dura), no-nada, lo cual inevitablemente me suena a mónada, para dar una pista sibilina de por dónde voy a ir yo.

No hay forma fácil de decirlo, y por eso mismo el punto de vista espacial simplifica en demasía el entramado temporal, aunque no por manca de coherencia discursiva. Ateniéndome a mis palabras, figurándonos el presente ausente como un lugar sin ocupante, e incluso inocupable, resultaría aun legítimo desde la posición defendida por el espacio tacharlo de inexistente, pues no existe manera de que uno se presente en caso de no tener propiamente lugar, como ocupante de un emplazamiento concreto, a comensal por cubierto. De algún modo, el hogar hace al inquilino y el inquilino, recíprocamente, al hogar, habitable en tanto que habitado y habitante por residir en un hábitat. Todo cuerpo existente, en la medida que posee un determinado tamaño, necesita un sitio donde ponerse: así de simple le (a)parece al espacio, tanto que salva la contradicción derivada del desalojo domiciliar, el vacío desolador que deja tras sí una plaza vacante, derruyendo la casa deshabitada para reacondicionarla como calle, al reconvertir el cascarón hogareño, hueco por dentro, en una distancia externa, la unión de muchos en la separación indistinta de uno y otro (uno). Cubre, en definitiva, la manca existencial por medio de su régimen preexistente, situándose justo en medio cual medio donde ubicar cualquier coordenada.

Por suerte o por desgracia, quién sabe, ahora que le doy vueltas – iterativa e itinerantemente – a semejante circunstancia, me refiero a la aparente predisposición del espacio a coordinar lo coordinado, descubro a mi pesar, dolorosamente, que el supuesto conjunto inclusivo que se establece espacialmente se basa en sentido estricto en todo lo contrario, en una disyunción excluyente. Hablé, ingenuamente, del espacio extenso, cuando en realidad los dos términos de la fórmula precedente, espacialidad y extensión, resultan rigurosamente incongruentes. Traté, lo reconozco, a los cuerpos existentes talmente como formas contenedoras repletas de material contenido, ora el objeto inorgánico hecho de una miríada de partículas atómicas, ora el sujeto orgánico en tanto que reservorio celular. Si la extensión, por consiguiente, ejerce presuntamente de relleno, el espacio debería ponerle tope, delimitar hasta donde se extiende lo extenso, contorneando en cada caso su figura aun y desempeñar al mismo tiempo la función de

tablero. El problema, empero, reside en que el espacio solamente comparece cuando no hay extensión de por medio, al abrirse camino entre los átomos del objeto o las células del sujeto, tras urbanizar un único terreno en una multiplicidad infinitamente disgregada de parcelas. Empeñado en repartir allí donde es menester unir, disocia las partes componentes en lugar de agruparlas en un todo conjunto. El espacio, por ende, lejos de formar el interior de un hogar, la casa de ensueño en la cual vivir el resto de mis días, construye en medio una calle que lo reduce todo a mera exterioridad, a un sinfín de pedazos elementales todavía fraccionables que me condenarían a permanecer para siempre en la yerma intemperie, desapaciblemente dura, gélida y sombría. No existe forma, espacialmente, de meter nada dentro de algo, de que las cosas, objetivas o su(b)jetivas, tengan propiamente un sitio en el mundo al subdividirse por fuera en muchas posiciones, ilocalizables casi debido a su ínfimo grosor. De aquí, justamente, radica la disyuntiva espacial: a falta de un medio calificado para dar cabida a la inmediatez extensiva, nos hallamos irremisiblemente ante el dilema de optar entre un contenedor incapaz de contener o un contenido sin continente, entre la forma vacía del espacio o la materia desaforada, exenta de cualquier limitación, que la extensión supone. Decantarnos por el pasado preexistente significa renunciar al instante, en presencia del presente (ausente), a la protoexistencia – por así llamarla – que se compromete con el futuro, aquel caldo de cultivo primigenio de cuya materialidad emergerá el existente cuando alcance a formarse, compuesto pues combinadamente del antes y el después cuando se multiplique con el tiempo en vez de dividirse espacialmente.

(P. El presente ausente o el objeto perdido) No hay, lo repito, forma fácil de decirlo, y pese a carecer en estos momentos de las palabras adecuadas para culminar el inverosímil recorrido que debió llevarme hasta mí mismo, de la voluntad que el tiempo requiere para coronar nuestra delirante carrera de fondo, acaso haría falta que la contraposición se elevase a conjunción, que el pasado se prolongase hacia el futuro y que el futuro se encomendase al pasado, nutriéndose y reproduciéndose respectivamente. Echo en falta, lo repito, una instancia que, ni casa ni calle, ni extensión ni espacio, constituyera el umbral liminar entre ambos flancos sin pertenecer estrictamente a ninguno; una puerta que, permitiéndome tanto entrar dentro como salir fuera, interior por un lado y exterior por el otro, se erigiera en tierra de nadie, irreductible por consiguiente a nada que fuera preexistente o siquiera a algo harto indefinido en cuanto protoexistente; ni un hogar anterior ni sus posteriores inquilinos y, aun así, el paso indispensable para poblar la realidad con todo tipo de entidades, vivientes espero. La llave que abre el cerrojo mental del copo y el haz, a eso iba yo; la clave para desentrañar el misterio de la vida, la génesis de un cuerpo funcional en definitiva, confluyen en aquella forma, compleja, de hablar acerca de la temporalidad, diferencialmente. Renunciando pues, por la presente, a perder presencia; so pena de que las cosas no tengan ahora – jamás aquí – lugar, subsistiendo meramente un lugar sin ocupante, inocupable incluso, lo pretérito se diferenciaría de lo venidero justamente porque en desemejante fractura temporal ni pasa nada ni tampoco (se) sucede algo, ni se *relega* el presente a pasado ni tampoco se lo *releva* en un futuro. El presente, en tanto

que ausente, funda la diferencia entre el pasado y el futuro al diferir de las dos dimensiones que se abren a su paso exento de rastro, aunque por eso mismo congeniaría con una y otra: el presente, diferenciándose del futuro para diferenciarlo del pasado, se acercaría de alguna manera a lo pretérito; el presente, diferenciándose a su turno del pasado para diferenciarlo del futuro, se avendría inversamente con lo venidero.

Hasta ahora, jamás aquí añadí, no tanto porque el espacio no esté igualmente vacío sino debido a que su oquedad, forzando quizás de manera indebida el lenguaje, parece extrañamente de menor grosor, pues remite a una posición desubicada mientras que la vacuidad temporal implica, complicándolo todo, a un lugar desocupado, mancado no solamente de un componente elemental sino de un caso compuesto; hasta ahora, decía, hemos discutido iterativa, e itinerantemente, en torno a la actual hendidura temporal, y a pesar de ello mi trama argumental no ha sufrido, como yo esperaba, ningún giro decisivo (ni duradero). Ebrio todavía, la cabeza me da vueltas aun sin haberme movido de sitio, o de no-lugar, de este presente carente de presencia, ausente lo llame. Debo serenarme, pero ¿cómo? Cualquiera adivinará ya de qué forma resuelvo yo las cosas: cuando no sé cómo, como talmente como la bola de nieve, lo cual no me vendrá mal para rebajar el nivel en sangre de mi turbación. Nutrirse, por no hablar de reproducirse, consistía cronológicamente en ir del pasado hacia el futuro, en aprovechar la inercia derivada de acumular los copos precedentes para avanzar hasta los siguientes, sacándoles así provecho. Cabría, entonces, recurrir a la mentada fractura temporal con el único propósito de desdoblarse el existente en su subida de peso y la bajada por la montaña, invocar una actualidad extemporánea para discernir a lo que antes se dedicaba uno de aquello que después realizará, pero incluso en ese caso no me hallaría yo en condiciones de explicar cómo como, por qué lo pretérito se abalanza hambriento hasta lo venidero. El presente ausente, planteado en desemejantes términos, justifica el *lapsos* entre pasado y futuro, pero no su *tránsito* respectivo; discrimina la salida de la llegada, distinguiendo un punto del otro o enfatizando la alteración inherente al orden de los factores, la variación entre la primera y la segunda ocasión en que se hace algo – de lo contrario, el copo del principio se equipararía a la bola del final, como si nada hubiese aprendido, comiendo, por el camino.

Sospecho, empero, que tal proyecto de trayecto no nos va llevar a lugar (sin ocupante) alguno, pues no basta con segregar el inicio de la meta para incentivar nuestra delirante carrera. Aun y determinarse un objetivo concreto, no tengo yo ningunas ganas de emplearme subjetivamente a fondo o, en otras palabras, no quiero que el pasado pase ni que el futuro (se) suceda, dejar atrás la salida ni adelantar mi llegada. El presente ausente, en cuanto no-lugar que ni pasa ni (se) sucede, diferencia lo anterior de lo posterior en estático, esboza formalmente la senda temporal aunque sin materializar su marcha, dinámica, debido a que hasta este «mismo» instante el tiempo, en esencia, no ha logrado más, a mi pesar, que traicionar su *misma* naturaleza: renunciando por la presente al ahora, ha establecido una distancia insalvable entre el antes y el después, circunstancia que aprovechó el espacio para interponerse en su camino, frenando así en seco la acumulación trasera al igual que cualquier avance hacia delante, regurgitando

incluso todo tipo de alimento, subdividido en tan minúsculos pedazos que una mano de mi tamaño no puede volver ya a meter, inasibles, en la boca, transida de inanición como yo cuando no como, por no hablar de la copulación.

¿Cómo iba, empero, a duplicar mis ganancias sin arriesgarme a perderlo todo, en caso de no apostar lo único que en cierta medida tengo a mano, a uno entero, para obtener triunfalmente dos? Salvando las distancias, el tiempo corre la misma suerte que yo: invierte el presente a fondo perdido con tal de acceder al pasado y a su turno alcanzar el futuro, aunque no exactamente de la forma que veníamos asumiendo, demasiado simplista, aún no lo bastante compleja para desembarazarse de la reducción o desnaturalización espacial. No digo, pese a que afirmarlo no nos lleve a ningún lado – o sólo a aquel lugar sin ocupante, inocupable incluso –, que el tiempo no se identifique con la diferencia estática entre el antes y el después, a condición no obstante de matizar desemejantes palabras, propensas tradicionalmente a la tergiversación.

A falta de una mayor profundización, ni siquiera resultaría inverosímil imaginar que en dicha diferencia subyaciera un reducto, aunque mínimo, de equivalencia, en el sentido que el presente difiere indistintamente tanto del pasado que se atrasa como del futuro que se adelanta una vez ausente, desde el instante que ni pasa ni sucede, negando por partida doble las dos dinámicas que se abren a su paso, exento de rastro. De este modo, el tiempo acabaría concediendo torpemente la razón a su espacialización, donde todo (a) parece impensablemente igual de diferente, indiscernible cualquiera de las partes mediadas respecto a las demás por coincidir en la separación que tienen de por medio, lo cual convertiría al conjunto (disjunto) de coordenadas, indiferentemente, en punto de salida o punto de llegada, poco importa dado su pequeño tamaño, nunca lo bastante grande como para cobijar nada dentro y ni siquiera tampoco para encontrarse propiamente fuera, puesto que rayan la nulidad tras dividirse infinitamente, adecuándose lo mediado, vaciado, a la vacuidad del medio. La única forma a disposición del espacio para delimitar la extensión se reduce, de ahí su reduccionismo, a evitar que se extienda mediante su anulación, vaciando el relleno existencial para equipararlo con aquel vacío preexistente que nada llena. Desde semejante punto de vista, la diferencia entre al menos dos se vería degradada a una mera o(-)posición local, a un par de elementos contra(-)puestos espacialmente que quizás sólo una fe inquebrantable en algún orden matemático superior podría llegar a contrarrestar, accediendo por el contrario a su sumatorio.

El credo espacial se basa, simple y llanamente, en la convicción de que la igualdad suma y la diferencia resta si no se degrada, de que conjurando la diferencia que la igualdad implica en sí “misma”, puesto que dos tan sólo se equiparan entre sí al resultar en cierta medida distintos, se alcanza la equivalencia perfecta en una especie de plano superior, la identidad divina o el número Uno que (im)pone orden a la multiplicidad de posiciones situadas en un rango inferior, cuantificándolas o convirtiéndolas en virtud de su devoción a la emulación en un sujeto – que no subjetivo – contable, en algo con el tamaño suficiente para merecer ser tenido en cuenta. Aunque en verdad así fuera, nada parece justificar que haya una tal cantidad, indefinidamente extensa, de elementos al

borde de la indiscernibilidad; por qué razón el espacio divide sin descanso a la que juzga, en detrimento suyo, su extensión correlativa. Previamente, dimos con una posible respuesta: en aras de consagrarse a la paridad máxima, lo mediado se iguala al medio, vaciándose el primero para ceñirse a la vacuidad del segundo. Semejante argumento, empero, no se corresponde sino con la mentira que el espacio se cuenta – no desde luego contando – para creer que está en lo cierto. Realmente, la espacialidad parte de la partición porque no tiene otro remedio, porque en medio de un medio, aéreo presumo, donde todo permanece invariablemente igual, una célula respiratoria meramente puede acudir a otra (una) calcada a ella que, en lugar de alentarla, termina asfixiándola debido al gran parecido entre tan pequeñas naderías. Por medio de la equivalencia, en un medio exclusivamente espacial, los puntos dispuestos equidistantemente por el espacio tienden a negarse, a competir por sobrevivir cuanto más similares, empobreciendo la atmósfera de la cual se sirven por sobresaturación de dióxido de carbono, letal – todo el mundo lo sabe – para aquel par de células respiratorias. Lejos, pues, de favorecerse la conjunción, la unión de muchos minúsculos en una unidad mayúscula (Una), prima contrariamente la disgregación, la multiplicación de la multiplicidad mediante su subdivisión, saliendo entonces el espacio mal parado de su propia obsesión por aproximarse, alejándose, a una sacralidad ya desde el principio, también por principio, fuera del alcance de la mayoría, mayormente minúsculos. La infinita divisibilidad que presume operar el espacio no resulta entonces más, sino menos, que la abstracción derivada de sustraer la diferencia a la realidad fáctica, aquello que ocurriría si nada difiriera ni se diferenciara, que todo acabaría en nada.

El espacio, en pocas palabras, asume obstinadamente que la igualdad suma adeptos a su causa, cuando en realidad no hace sino restarle efectivos, encogiéndolos hasta el punto de verlos desaparecer casi del todo, quedando al final no más que un sinfín de partes despreciables, irrelevantes dado su ínfimo grosor. ¿Ocurrirá, empero, lo “mismo” con la diferencia, lo contrario a aquello que se espera de ella desde el punto de vista espacial, que sume en lugar de restar? De alguna manera, me siento como al inicio de mi tentativa genealógica, donde recurrí a la contradicción para comprender la identidad de mi propio «yo», plenamente rejuvenecido al sacar quizás el niño, inmanente, que llevo dentro. Acaso no haría falta repetir, y sin embargo no puedo evitarlo, que la respiración celular tarde o temprano terminará por colapsarse, muriendo ahogada en aquel aire enrarecido a menos que un proceso inverso purificase el ambiente, típicamente la etapa diurna de la fotosíntesis. Si dejásemos, otra vez igual, que el espacio aportase su punto de vista, aduciría seguramente que los fenómenos químicos mediante los cuales se suele discernir una célula animal de otra vegetal resultan de signo contrario u o(-)puesto, ya que el primero produce dióxido de carbono a expensas del oxígeno mientras el segundo realiza el procedimiento contra(-)puesto, juicio con el cual pecaría, otra vez igual, de simplista. Realmente, se trata de reacciones totalmente diferentes, incomparables a pesar de su antagonismo superficial, en un caso la combustión del carbono ($C + O_2 \rightarrow CO_2$) y en el otro la fotólisis del agua ($H_2O \rightarrow H_2 + \frac{1}{2}O_2$). Al detallarlas, resaltando su complejidad inherente, acaban por no parecerse en nada, y aun así consuman entre ambas el sistema aeróbico del mundo, de la *misma* forma que el corazón y los

pulmones, a grandes rasgos, generan combinadamente el ciclo orgánico de la vida cuando divergen. Aunque paradójico para la abundante mayoría, la única manera de alcanzar la suma unidad pasa, contra pronóstico, por una diferencia que, no siéndolo en sí sin diferir de las demás, se diferencia, por aquel pedazo de manzana que en contacto con el jugo gástrico de mi estómago consigue producir el nutriente indispensable para que un cuerpo como el mío pueda crecer, haciéndose mayor cual bola de nieve.

Las cosas, en suma, funcionan a pleno rendimiento en el ámbito existencial cuando se abordan desde una perspectiva diferencial, respirando, comiendo o incluso componiéndose uno corporalmente. Ahora bien – ¿o del todo mal? –, también un punto, llamémosle copo para introducirlo en el mundo, difería de otro (uno) cualquiera por lo menos respecto a su distinta ubicación, aunque semejante diferencia no bastara para que se volviera esférico, incipiente bola de nieve. Me creo entonces con el deber, o quizás goce la diferencia de tal derecho; debo, o eso creo, cuestionarme que la hace ser, a la diferencia me refiero, desemejante por completo, esencialmente diferente. ¿Cuál es la condición que la diferencia tiene que cumplir para poder diferir, para no supeditarse a la semejanza ni, en el peor de los casos, sucumbir ante la igualdad? Necesita cambiar, mudar del estado precedente al siguiente, transcurrir con el tiempo o aun deslizarse por la pendiente escarpada de la montaña tras abrir el presente ausente a su paso, exento de rastro, la brecha entre pasado y futuro. ¿O acaso no resulta hartamente evidente que diferir comporta la variación implícita de aquello que iba antes, modificado justo después? Así es, en esencia pues, y a pesar de ser tan obvio me parece, si no sospechoso, una extraña coincidencia que el tiempo, presente sin presencia formalmente, se divida «al mismo tiempo» por el medio, igual que aquella presencia sin presente dispuesta en el plano espacial. De ser realmente así, el fin justificaría los medios: poco o nada importaría el medio empleado, temporal o en detrimento espacial; la relación – heterogénea y sucesiva o homogénea y simultánea – que se estableciera entre los factores si, al fin y al cabo, obtendríamos un exacto producto dual, aquel dos que andaba yo buscando infructíferamente de manera insistente cuando, de un modo mucho más simple, ya lo hubiera adquirido recurriendo a un existente que, de ordinario, se parte físicamente por la mitad.

¿Por qué darle, empero, tantas vueltas, complicar las cosas sobremanera únicamente para poder valerme por mis propios medios, para ser yo mismo quién se juegue la vida en esta enésima tirada, ganadora espero? Porque de lo contrario estaría perdido, incluso porque hay una gran diferencia entre no hallarse algo en ningún lugar y no hallar algo por ningún lado, entre encontrarse infinitamente subdividido y por consiguiente abocado a la derrota o extraviado y aún con posibilidades reales de vencer. Circulo iterativa, e itinerantemente, en círculos porque presiento, casi literalmente, que de uno penden, contra pronóstico, dos formas distintas de interpretar el hecho de “estar perdido”, de llegar yo a la dualidad en cuestión según cómo se resuelva el equívoco aludido, apelando – ¿lo digo? – a una duplicación física o, alternativamente, a un desdoblamiento metafísico.

En un caso, repartido en varios elementos indistintos excepto por su localización, de un grosor irrisorio y por lo tanto en ningún lugar; semejante caso, reiterándolo, remite a uno que se partiría corporalmente por el medio, dejando en medio un vacío que, tras separar a dos de diferentes, debería discernir el precedente del siguiente, dado que en eso consistía esencialmente diferir. Desde el momento, empero, que ambos salen a la par de una “misma” escisión, carecería de sentido preguntarse cuál precede o sigue al otro, qué gemelo resulta en rigor mayor si un pronto obstetra sacara de una vez, ni antes ni después, a ambos hermanos del vientre materno por cesárea. La única diferencia que subsistiría entre similar parentela quedaría, en consecuencia, reducida a una mera contra(-)posición, a aquella pareja de mellizos cuyos respectivos puntos de vista se contrariarían, precisamente, por parecerse demasiado. Concordando, por lo común, en el género cromático, ¿cómo cabría respetar la disimilitud que la propia semejanza implica, rozando la aporía, sin acogerse a especies de color radicalmente o(-)puestas, viendo entonces el mundo uno de blanco impoluto, el otro (uno) de bruto negro?

Ya antes, no obstante, habíamos apelando a una rica variedad de tonalidades entre las cuales un punto cualquiera podía aparentemente optar, no limitándose a aquel precipicio bicolor que, páginas atrás, se abismaba entre tú y yo. Nuestro rojo predilecto devendría, entonces, una opción factible de no ser porque la elección depende aquí de un punto posicionado, en cierta medida cuantificado y, por ende, lego en el campo cualitativo. La ingente cantidad de submúltiplos que eventualmente cobija semejante punto provoca que, de igual (y homogénea) forma, se acoja a la descalificación operada espacialmente con el beneplácito tácito del número, juzgando las calidades de todo tipo en base al rasero cuantitativo, lo cual acortaría drásticamente su repertorio visual. Argüiríamos, acaso en su defensa, que una unidad de medida como la longitud de onda facilitaría ya la concepción de cada ligero matiz del espectro visible, pese a haber desde luego también una gran diferencia entre calcular analíticamente un coeficiente y percibir sintéticamente un tono en concreto. Si de ver se tratara, la vista de un punto se restringiría a aquellas tonalidades de algún modo cuantificables, aptas para adaptarse a la vacuidad espacial o, contrariamente, a la presencia puntual que de ordinario caracteriza a una posición cualquiera, dejándonos pues ora con ninguna, ora con parte de la gama cromática agolpada. Un punto posicionado, en definitiva, solamente captaría la realidad tangible en blanco y negro, la ausencia plena o la mezcla confusa de infinitos colores, de donde colegiríamos, con cierta verosimilitud, un universo que oscila ambivalentemente entre la luz y la oscuridad, poblado antagónicamente por el brillo estelar y la oscuridad de los agujeros gravitacionales, e incluso a medio camino entre esta reflexión y absorción extremas, en medio, por jirones deshilachados de estrella combusta esparcidos por doquier o, si se prefiere, por coordenadas de un tono gris ceniciento pulverizadas sin orden ni consenso en torno al espacio exterior.

En semejante situación, nos hallaríamos ante un mundo de lo más desolador, sumidos en el desánimo propio de la materia inerte, perenne al igual que abúlica, incapaz de cambiar durante el transcurso de pasado y futuro, quizás, por falta de interés. Mediante esta duplicación, la dualidad mínima que toda diferencia implica no difiere o, lo que es

lo “mismo”, discernir el precedente del siguiente en estático no hace que el tiempo corra, sino que se estanque o aun espacialice, aplacando o, mejor, aplanando todo conato de inclinación. Póngase por caso que me contento yo con contraponer a mis dos piernas, de ordinario separadas equidistantemente del torso en la medida que una tiende a la izquierda y la otra (una), «al mismo tiempo», se tuerce hacia la derecha. Aunque hartas parecidas, su semejanza compartida no bastaría para que el zapato de la diestra se ajustara a la opuesta lateralidad del pie zurdo, infiriendo de ahí que su hermana melliza, en teoría prácticamente igual a ella, como su calzado por analogía, se sustenta en un pésimo punto de apoyo que, de no resultar por su intervención compensatoria, acabaría acarreado el derrumbamiento del cuerpo entero. La izquierda no se fía de la derecha, tampoco la derecha de la izquierda por un razonamiento simétrico, no estando ninguna, en consecuencia, dispuesta a dar ese paso hacia adelante mientras la restante se queda atrás para ejercer de pivote, inestable suponen. Su desconfianza mutua, o tal vez su manca de sinergia, las conmina a permanecer quietas, en posición de firmes, manteniendo entre sí tan sólo aquella diferencia malograda espacialmente por no darse el tiempo suficiente para poder ir más allá. Al tiempo, justamente, le ocurre algo similar: si el predecesor no dejase huera la actualidad, ¿cómo iba el sucesor a relevarlo, ocupando su lugar en un futuro?; si el sucesor no colmara la vigencia de este instante, ¿cómo iba el predecesor a relegarlo al pasado? El porvenir, en pocas palabras, promueve el retroceso del predecesor de la *misma* manera que la preteriedad “premueve” el avance del sucesor.

Tras realizar tantos tumbos consecutivos, casi era de espera que, tarde o temprano, no viésemos envueltos en algún círculo vicioso del cual nunca resulta tarea fácil salir, y menos ahora, ya complicado de por sí. En el peor momento, cuando todo empezaba a ir viento en popa, rumbo al este, el turbador remolino de mis presuntos pensamientos me atrapa en su discurrir concéntrico, enredándome las piernas. Dejándome de rodeos o, por no hablar metafóricamente, ahora que estaba cerca de desentrañar la dinámica que encierra la génesis diferencial, estrechamente vinculada a la temporalidad, recaigo otra vez igual en el estatismo espacial, a la expectativa de un movimiento que, pese a aguardar yo su desdoblamiento, ni regresa ni progresa, ni pasa a pasado ni sucede en el futuro, ni se abalanza adelante hambriento ni vuelve atrás libidinalmente. Precursores el uno del otro, el predecesor nada precede si no lo sigue el siguiente, como tampoco el siguiente sigue a nadie si no lo precede el predecesor, de la *misma* manera que ningún ascendiente lo deviene careciendo de descendencia ni existe descendiente que no provenga de cierta ascendencia, subida sin una bajada correlativa o viceversa. Los dos, qué importa cuáles, precisan haber sido movidos para llegar a moverse entre sí, confesando pues indirectamente, de forma coincidente, la vacante original de un primer motor, o aun de un tercero en discordia que, ligado a ambos, les trasmite disimétricamente la intención de retroceder y la intención de avanzar, aquellas ganas irrefrenables de subir de peso mientras se precipitan cuesta abajo con afán entusiasta.

¿A quién le debo, no obstante, el placer, la inclinación a la diferenciación de una diferencia al azar, su gusto incluso por los altibajos? En este caso, una presencia que se

lanza a por todas en vez de fragmentarse en partes menguantes; en semejante caso, decía, el presente que ahora se presenta, acompañando a uno aquí “presente”, no remite a la pérdida objetiva, sino que incide inversamente sobre el objeto perdido. La ausencia de presente y el presente ausente, así los llame respectivamente, conflúan en el hecho de no ocupar en (la) realidad lugar, puesto que a su vacuidad inherente ninguna falta le hace un sitio donde ponerse, aunque por derecho sí haya una gran diferencia entre la presencia sin presente y el presente sin presencia, y no solamente en orden tergestivo de los factores: el primero – que terciaba hipotéticamente entre los dos, no importa cuáles – nos conmina permanecer inmóviles en un vacío eternamente preexistente, casi advirtiéndonos que de dar un paso en falso acabaremos escindidos, mínimo, por el medio, en un medio eminentemente espacial; el segundo – tercero si aviva la discordia – , en cambio, nos mueve al revés a buscar algo que insistentemente evade ser encontrado, no ya por falta de lugar, sino porque nunca está donde se pretende hallarlo, en cualquier sitio excepto el actual, jamás aquí y ahora; ya no vacua eternidad, sino un interrogante perpetuo que, en su persistente fuga, nos provee de un motivo suficiente para imaginar los posibles escenarios que emplearía de paradero, también de la motivación necesaria para proceder a su inspección sin dilación. El objeto extraviado, incitando a la búsqueda, funda en el buscador, acaso uno como yo, la imagen naciente de su inasible escondite, eventualmente en cualquier sitio, además de fomentar la acción incipiente con la que vanamente se intentará atraparlo, escurriéndose de entre los dedos siempre en el último momento, cual villano cuya interminable persecución siembra el héroe benefactor de proezas precisamente por ir detrás del rufián, probando de adelantarse a su próxima fechoría. En este sentido, el mal paradójicamente me haría bien: es el malvado, la malevolencia del ser, quién me permite sacar lo mejor de mí, de uno como yo, forzándome a esforzarme, a captar lo que pasó precedentemente y asimismo capturar el siguiente suceso, todo a un tiempo. El tiempo, justamente, presente ausente en términos formales, no pierde o se inmola en provecho de la distinción estática entre pasado y futuro, se pierde o extravía; no se anonada, no es nada sino nonada, algo que ni pasa ni sucede pero que tanto funda el paso del pasado como fomenta el advenimiento del porvenir, incluso a mí *mismo* o a mi mismidad si se retuerce debidamente el lenguaje.

Con tal propósito, el de recobrar por fin el ánimo perdido, quedémonos con tan sólo uno de los (dos) aquí “presentes”, una presencia como yo, decía, que por desgracia no come todavía, aparentemente en coma, ni viva ni tampoco muerta según corrobora el diagnóstico médico. Ante la incapacidad de la presencia para salir por su propio pie – qué importa si el izquierdo o el derecho – de la mesa de operaciones, recurro como buenamente puedo al presente, a través del cual se plantea una dicotomía casi clínica: escoger la conversación al vacío predisuelta por el espacio, para permanecer con los miembros intactos en caso de abrir, algún día, repentinamente los ojos tras la criogenización, o arriesgarme con aquella innovadora terapia que me provee el tiempo, corriendo el peligro de fracasar en este intento, ya el enésimo, de reanimar a un no-muerto, al hombre de las nieves con corazón y pulmones cadavéricos. Cruzo entonces, de nuevo, los dedos para llegar a mover con suerte ambas piernas, rogando al cielo – por

si sirve de algo – para que aún no esté todo perdido o, ampliándolo, para que el camino hasta ahora recorrido no haya resultado una lamentable pérdida de tiempo. Por alusiones, me inclinaría a pensar que mi intrascendente súplica se encomienda iterativa, e itinerantemente, al presente ausente en cuanto eslabón perdido del abolengo temporal, cuya noble casta suelen completar pasado y futuro. Aunque solamente conste de tres miembros, su genealogía familiar no parece, desde luego, fácil de desentrañar: hipotéticamente, el pasado precede al futuro y el futuro sigue al pasado, mientras que el presente, cual vástago desterrado, no aparece por ningún lado; en teoría, el pasado pasa a ser el mayor cuando el futuro, también conocido como porvenir, sobreviene deviniendo el menor, mientras que el presente, ni grande ni pequeño, carente de dimensión propia, absolutamente nadie lo tiene en cuenta al caer presa de la pugna entre hermanos, cuyo único propósito se restringe a monopolizar su fugaz favor. El pasado, en efecto, no pasaría a menos que relegase el presente a precedente, al igual que el futuro, también conocido como porvenir, no sobrevendría sin relevar este “mismo” presente por el siguiente. Yendo (y viniendo) entonces a su “bola”, ascendiendo o descendiendo por separado, preocupándose en exclusiva por generar la dinámica que eventualmente les atañe, atrasarse el pasado y adelantarse el futuro, el desdichado presente, el mediano y por lo tanto en medio de la riña doméstica, asiste en estático, no haciendo sino nada, al cruento conflicto entre consanguíneos para procurarse cierta ascendencia o, en detrimento, para asegurarse algún que otro (uno) descendiente, pese a no haber una subida sin una bajada correlativa ni viceversa.

Despiadadamente, pasado y futuro tratan al presente de modo similar a un peón que, a fuerza de estirar por cada lado en direcciones opuestas, se termina rompiendo por el medio, destruyendo el medio que la familia entera compartía o agotando, si se prefiere, el aire del cual indiferentemente se alimentaban aquel par de células respiratorias, reducidas ante la ausencia de presente al enclavamiento de su cadáver inerte. Yendo (y viniendo) por su cuenta, el pasado y el futuro salen (en ningún caso entran) irremediabilmente mal parados, convirtiéndose el primero en una preexistencia vacía, el segundo en un protoexistente vaciado, plagiando así dos de los hermanos la irreconciliable relación entre espacio y extensión. Considerando, en definitiva, el tiempo perdido como una lamentable pérdida de tiempo o, mejor, en ausencia del presente ausente, tanto el pasado como el futuro, de naturaleza temporal, sucumben indistintamente a su espacialización, postulando ora un medio anterior sin precedentes, ora una posterioridad mediada a la que nada sigue, vacío el principio y vaciada al final, dificultando ello que realmente existe algo de por medio que se crie y cree, nutriéndose y reproduciéndose a un tiempo – desdoblado, presumo, dado el fracaso reiterado de su duplicación.

Aunque de pasada, anteriormente ya hablé, conduciéndome de nuevo por alusiones, acerca de la transitoriedad que encierra el ascenso de todo lo anterior, que no surge sino cuando se precede al precedente, como un predecesor si se quiere elevado al cuadrado, de la *misma* manera que lo posterior desciende seguidamente del siguiente. Ahora bien – ¿o mal? –, en el párrafo precedente nos encontrábamos, justamente, con el siguiente

contratiempo, a saber, la imposibilidad de que el pasado lograra pasar, de que el porvenir consiguiera sobrevenir por sí solo en más de una ocasión recurriendo exclusivamente a su dinamismo característico, que al precedente lo precediera y al siguiente lo siguiera todavía otro, anterior o posterior respectivamente, antes o después de acabar con el presente que mediaba – por resultar el mediano – entre pasado y futuro; tentativa, refiriéndome indistintamente a la del hermano mayor y menor, tan absurda acaso como el hecho de pretender que la rueda arranque el motor, que el movimiento ponga en marcha aun cuando todavía permanece inmóvil, situación que en cierta medida me recuerda la complejidad de nuestro círculo vicioso. La dificultad, realmente, radica en que la diferencia inherente tanto a lo pretérito como a lo venidero, pues el estado precedente debía diferir expresamente del siguiente, no basta para alcanzar su plena repetición, la diferenciación de su propia diferencia, en virtud de la cual se iría un paso – atrás o hacia delante – más allá, sin tener que conformarse con un niño inalteradamente imberbe o la inmaculada virginidad de la niña, con alguna especie que apenas muta de una generación a la otra (una). Para llegar, entonces, de la infancia a la madurez comiendo, del padre a la crianza del hijo, haría falta una dinámica totalmente diferente, una primera vez que auténticamente habilitase el tránsito hasta la segunda, merced quizás a un tercero (discordante) en caso de continuar con semejante orden.

(Q. Lugar sin ocupante: luz apagada) ¿Acaso tengo, empero, elección? Si el pasado no le basta consigo para pasar y el porvenir necesita dar ese paso hacia adelante del cual resulta incapaz por su propio pie, sobreviniendo, deberé depositar toda esperanza en el único miembro restante de la estirpe temporal, ni más ni menos que el presente. Quizás parezca un tanto ingenuo por mi parte, lo admito sin reservas, pero tras haber constatado que el pasado se esfuerza idealmente en pasar y el porvenir se esfuerza de manera correlativa a advenir, ¿no cabría asimismo considerar que el presente, en consonancia con sus dos hermanos, intenta tal vez presentarse, verbalizando de algún modo el nombre que de ordinario se le atribuye? De ser así, aunque me duela reconocerlo, lo haría francamente mal, puesto que el presente no goza de una presencia que presentar, aquí “presente”, de una mano que estrechar ni de una boca con la cual pronunciar el sustantivo que usualmente lo designa, frustrando ello el placer derivado de conocerlo. El presente, para presentarse, precisa existir como el ocupante de un lugar, no bajo el apelativo alternativo de un lugar sin ocupante, ahora ausente. Y así sería, igual de inepto el presente que el resto de su familia, a saber pasado y futuro, si se redujera su ausentismo característico a la ausencia radical, la incorporealidad que se desprende de no poseer un cuerpo a la nulidad plena, situación a la que lamentablemente he contribuido cuando taché el mentado lugar sin ocupante de inocupable.

Ingenuamente, no tanto por comportarme como un ingenuo sino por no haber advertido hasta ahora mi ingenuidad – admitirlo constituya, quizás, el primer paso de la cura –, asumí, y con rotundidad además, que un lugar semejante, el cual no ocupa en sentido estricto lugar a falta de ocupante, no parece en efecto un sitio donde se pueda poner algo al hallarse, tal y como ya indica reveladoramente su nombre, desocupado, coligiendo de ahí su merecido, presumía entonces, epíteto de inocupable. Aunque me duela

reconocerlo, allí – antiguamente aquí – no me percaté de descuido lingüístico que estaba cometiendo, de la anquilosante concepción que subyacía en esta pésima elección terminológica. Dirigiéndome inopinadamente de lo «desocupado» a lo «inocupable», conjeturé sin querer que del hecho de no tener actualmente lugar se desprendía el derecho privativo de no ser jamás ocupado, formulando de forma casi arbitraria una regla general a partir de la descripción imprecisa de una eventualidad concreta, pese a disponer si uno lo pensara bien, si uno pensase, de razones no menores – tampoco mayores – que en cierta medida justificarían semejante error de principiante. En una suerte de compulsión por salvaguardar mi credibilidad, acaso como el penitente que involuntariamente tensa los músculos de su espalda para protegerse de las acometidas que se autoinflige con el látigo, argüiré en defensa propia que, bien pensado, no existe nada similar a una casilla vacía, sino que más bien preexiste un tablero vacío, eminentemente espacial, al cual no se asigna ningún lugar hasta colocarle una ficha encima. Un lugar, en verdad, lo deviene cuando un ocupante tiene lugar en algún punto, trayendo cada ficha, consigo, aquella casilla que ocupa, siempre por consiguiente llena a reventar. Así planteado, manifestándose el marco junto con la demarcación, no habría posibilidad de hallar ningún medio sin mediado que poner en medio, lugar a falta de un lugareño que ejerciera de ocupante. Las cosas, no obstante, se complican sobremanera – allá va mi réplica para conmigo – en caso de preguntarle al presunto ocupante sobre su ocupación: estar, asumo que respondería, simplemente aquí, dedicándome u ocupando mi tiempo en rellenar la vacuidad espacial para proporcionarle a esta matematización en estado preliminar algo que contar, uno con el cual medir la distancia respecto a otro (uno) igual que yo, homogéneo y simultáneo a mí.

Al parecer, entonces no alcanzaba a ver – no tanto por cegarme mi ingenuidad sino ingenuo más bien por proceder a ciegas – el problema fundamental que entrañaban el espacio y su extensión correlativa, a saber, que ambos se presuponen mutuamente, forjando la casilla afincada en cada ficha al tablero y actuando el tablero de soporte para cualquier ficha, como si de nada sirviera que la suela llevase integrada su propia solera ante la manca de un suelo que pisar, hundiéndose al tratar siquiera de dar un paso indefinidamente en falso; como si de nada sirviera un suelo que no fuera apisonado por el tránsito asiduo de pisadas, tan disoluto sin compactar que incluso pasaría por insustancial. De forma análoga, ¿no se encontraban el pasado y el futuro en una coyuntura similar, los dos hermanos del presente ausente, en su ausencia, abocados a la pérdida? Su problema fundamental, de modo parejo al corresponderse también con una pareja, radicaba en que el pasado pretendía causar aquel paso hacia atrás del cual resulta rigurosamente consecuencia, confundiendo pues el principio motor con movimiento final de la rueda, justo lo “mismo” que le ocurría al porvenir probando de fomentar su advenimiento, que incurría en aquel círculo vicioso ligado, ahora sí reparo en ello, a una petición de principio donde el desenlace presupone el comienzo, la suela al suelo que pisa y el suelo a la suela que lo apisona; trabalenguas del todo absurdo cuando uno se da cuenta, tras contemplarlo detenidamente y aun sin detenerse a contar, de que la pisada coincide con el producto combinado de suelo y suela, con el complejo derivado del

entrelazamiento entre macho y hembra, compuesto de materia y forma si se prefiere hablar filosóficamente.

Así visto, para persistir en esta objeción contra mí, lo cual cabe decirlo no he dejado de hacer a lo largo de mi tentativa genealógica, criticando vehementemente que nada más empezar ya no supiera acerca de lo que estaba hablando, ni de uno como yo ni tampoco siquiera de mí mismo, ignaro en cuerpo y alma; así visto, confiando ciegamente – por qué no admitirlo – en aquella metáfora de la pisada, me urge abastecerme de una suela que se ocupara de pisar y de un suelo, asimismo, que ocupar por apisonamiento, un lugar sin ocupante todavía que detentase la función y un ocupante sin lugar aún por formar. Ahora sí, comprendo el error de principiante que cometí: un lugar sin ocupante parece inocupable de no complementarse con un ocupante sin lugar, imposible andar a falta tanto de un par de pies como de una superficie sobre la cual sostenerse. Lo voy escribiendo e incluso a mí – sea quien sea yo – me suena extraño, aunque todo en conjunto parece cobrar sentido cuando se advierte, aun desconociendo el motivo que lo motiva, que el lugar sin ocupante y el ocupante sin lugar constituyen dos facetas diferenciadas de un idéntico objeto perdido.²⁶

Respecto a la primera, expusimos a su alrededor, girando en círculo, que el lugar sin ocupante remitía al hecho manifiesto de no estar en (la) realidad “presente”, al menos en términos espaciales, mientras que temporalmente se apelaba a un presente ausente a través del cual se obtenía, pecando quizás de simplista, el derecho formal de discernir al pasado del futuro, en estático creo recordar. De la “misma” manera, empero, que la separación entre ambas piernas nos suele bastar para distinguir la una de la otra (una), qué importa su lateralidad, un vacío situado justo en medio resultaría igualmente suficiente para escindir al tiempo por el medio, desprendiéndose lo pretérito y lo venidero de semejante división tajante. De ahí, ni más ni menos, que el presente ausente se confunda con la ausencia de presente, que el hermano del medio se quede en nada cuando se interpone entre los demás miembros de su núcleo familiar, a saber el mayor y el menor, los cuales no toleran sus diferencias respectivas al no ejercer el mediano, desterrado, de mediador, perdiendo el lapso que abre a su paso, exento de rastro, el potencial comunicativo o, si se quiere, el silencio su expresividad inherente. El presente se reduce, ni más ni menos, que una presencia nula, perdida en la medida que comporta su propia pérdida, en absoluto “presente”.

Por la presente, en pocas palabras – o ninguna más bien, porque todavía no he logrado cumplir mi promesa de hablar acerca de esta serie sucesiva de letras; por la presente, decía, nos encontraríamos francamente perdidos si no cupiera interpretar el polifacetismo del objeto perdido aún de una forma alternativa. En la actualidad presente, ahora exactamente, ni el lugar sin ocupante ni el ocupante sin lugar están aquí “presentes”, puesto que a cada uno le manca justo aquello de lo cual goza el otro para tener propiamente lugar, un habitante al primero y un habitáculo al segundo en pocas palabras, y aun siendo así, en absoluto existentes, ¿no se encontraría con todo el lugar

²⁶ Cf. Gilles Deleuze, *Lógica del sentido*. Paidós, Barcelona (2016), p.71.

sin ocupante, virtualmente, en el pasado que se extravió, asimismo como el ocupante sin lugar en el paradero eventual donde se espera localizarlo en un futuro? La grandeza del objeto perdido, que no pérdida, estriba en que la vacuidad arraigada a la vigencia de este instante carece plenamente de sentido en caso de no considerarse antes llena, asimismo como rellenable después. A la pérdida le bastaba con postular un medio permanentemente vacío para garantizar su estricto régimen, un espacio que desde el principio hasta el final se conformase con nada, anulando o reduciendo a un valor nulo a todo aquél que se pusiera en medio, dividiéndolo incansablemente en partes menguantes. Lo perdido, en cambio, no consiente que la pérdida sufrida actualmente se identifique con un estado perpetuo de las cosas, sino sólo con una etapa transitoria durante la cual se funden el recuerdo pasado de su extravío con la pretensión futura de desvelarlo, o incluso las posibilidades reales que albergan entre ambos de atribuirle un sitio en el mundo. No obstante, y aun queriendo que lo pretérito estuviese lleno y lo venidero resultara rellenable, ninguno de los dos se halla estrictamente en condiciones de devenir un ocupante lo bastante grande como para ocupar en (la) realidad un lugar, en la medida que un pasado que ya pasó y un futuro que está todavía por venir carecen, debido a su temprana desaparición o a su aparición tardía, de la ingente cantidad de puntos posicionados que, pese a su pequeñez, constituyen en conjunto una esfera cualquiera.

¿Cómo cabría interpretar, por ende, su presunto colmamiento, si el lugar sin ocupante y el ocupante sin lugar parecen igual de vacíos? Respecto a la primera faceta, retrocediendo pues unas líneas atrás con tal de coger nuevamente carrerilla, todo indicaría que su henchirse concierne, habiendo recusado ya la cantidad, de alguna manera a aquella calidad cuya sola referencia me evoca, rememorándolo, al color que en mi humilde tentativa le continúa sirviendo de paradigma metafórico. Yendo a ciegas, sin basarme en más que este camino recorrido a tientas, me atrevería a decir que el color se corresponde, una vez pasado, con una tonalidad apagada, cual resplandor moribundo de una estrella por desgracia extinta. Ahora bien – o más bien mal si incido sobre lo antes acaecido –, aunque la manca de coloración se suela atribuir a una pigmentación deficitaria, abriéndome paso por esta travesía plagada de innumerables obstáculos he llegado a descubrir, no sé del cierto cómo, que la mentada escasez cromática radica paradójicamente en su profusión. La lividez, típicamente un claro síntoma de mareo, no proviene del defecto sino de un exceso de color o, mejor, del exceso implicado en el propio defecto, me refiero a aquella amplia variedad de tonalidades entre las cuales nos da a elegir la luz blanca sin ponerse ella colorada o, si se prefiere, sin depositarse sobre la superficie aparente de una cosa, quedándose entonces casi tan blanca como yo tras comprobar que en el haz hay demasiado, y no nada, donde escoger, titubeo al que achaco este estremecimiento de desvanecimiento. El albor lumínico, en definitiva, está lleno de colorido, repleto de calidades que apenas resaltan porque coexisten contemporáneamente en el haz, copresencia que, a mi pesar, resulta tradición confundir con su absoluta inexistencia.

En un sentido similar, el lugar sin ocupante se suele concebir como una casilla vacía o, peor todavía, como el vacío de una casilla exenta de ficha, lo cual inopinadamente se juzga una grave falta – desde luego en ambas acepciones del término – aun cuando todo el mundo sabe de sobra que nadie debe haber en una casilla para que una ficha consiga ocuparla, habida cuenta de que dos en este caso concreto ya resultarían multitud. Un lugar desocupado, más que inocupable, parece entonces el único dado a su ocupación. La primera faceta del objeto perdido, lugar sin ocupante por no estar jamás allí donde se lo busca, puesto que de poco sirve el acto de buscar si lo buscado carece de actualidad, si la exploración no abarca aquel pasado remoto en el cual se halla extraviado; el lugar sin ocupante, decía, lejos de incapacitar mi marcha, me ilumina paradójicamente el camino o, mejor, el entresijo de múltiples itinerarios a los que una ficha opta antes de colocarse en cualquier casilla. Así pues, el lugar sin ocupante no comportaría el final de lo que tuvo un principio, el paso huero de una pieza por el tablero, sino un principio sin ningún final predeterminado, inactual no tanto por mancarle un comienzo como por la vasta gama de desenlaces que podrían llegar a desencadenarse. De la misma manera que la ausencia de color, remitente en el fondo de una policromía completamente incolora, la vacante actual concierne a un campo virtual repleto de la ilimitada variedad de vicisitudes en las que cabría encontrar a uno, encontrándose por eso mismo consigo aunque cueste de creer.

(R. Ocupante sin lugar: luz encendida) Buscándome la vida, o intentado todavía animar a nuestro muñeco de nieve inerte, no se me ocurre más alternativa que esperar el advenimiento repentino de un milagro insospechado para salirme por fin con la mía, cuya autenticidad, presumo, se patentaría tras superar la realidad a la ficción, rebasando la literalidad a la figuras retóricas o, adecuándome al párrafo precedente, cuando la metáfora del color ya no baste para caracterizar el lugar sin ocupante, acaso surtido también de un rico repertorio de texturas, sonidos, sabores y olores diferentes, de todo lo remotamente imaginable en forma de imágenes sensoriales. En verdad, empero, meramente podría decirse que todo son imaginaciones más en el sentido peyorativo de la palabra, una burda fantasía porque realmente no siento nada ni hay nada que sentir, ni siquiera afirmando que nadie forma esta pluriformidad cualitativa a la que incipientemente pertenecerían la rojez, el tacto sedoso y aquel sabor agrídulce de la manzana que, en vano, presumí probar a modo sólo de cata. Tal y como acaecía con el exceso de color, ciego el ojo ante su blancor, la abrumadora mezcolanza de gustos en mi boca no haría más que confundirlos entre sí, volviéndose insípidos al paladar insulso. Ni dulce ni amarga, la victoria no sabría entonces en absoluto, lo cual constate tal vez que aún estoy lejos de ganar, de positivizar la pérdida en cuanto perdido. El paladar no degusta nada ni el ojo ve por su propia cuenta, ni siquiera la mano palpa a falta de algo a lo que agarrarse o incluso sujetar: la facultad por sí sola no me faculta o, en términos modernos, el sentido no logra sensibilizarme. Cualquier competencia sensorial parece inclinarse, en consecuencia, hacia una vertiente intencional, me refiero a que no poseerían ningún objetivo concreto – degustar, ver o palpar – careciendo de un objeto hacia el cual dirigirse o incluso encauzar mi búsqueda, de la misma manera que lo perdido no estaría en rigor extraviado sin apelar a algún tipo de objetividad harto

singular. Por increíble que resulte, lo gustoso nos daría el gusto, lo visible su eventual visionado así como una textura al azar la capacidad efectiva de tocar, pero ¿cómo obtendría un caso concreto espesor y sabor, además de encenderse entretanto su color o, dicho alternativamente, de qué modo se rellenarán las cosas en un futuro?

A lo largo de mi recorrido y aun sin saberlo, ingenuo de mí, se han confrontado dos visiones alternativas a este respecto: por un lado, la científica, cuya hipótesis se basa en que el color se corresponde, a todas luces, con el efecto resultante de rebotar el haz sobre un objeto dado de antemano, antecedendo pues el tacto a la visión; por el otro lado, se hallaba la perspectiva impresionista del mundo, según la cual el color recorta inversamente el perfil de un objeto, adelantando en tal sentido la visión al tacto. A primera vista opuestas, ambas resoluciones concuerdan, no obstante, en la objeción que sus respectivas tesis plantean, en pocas palabras – ¿o ninguna? –, la asunción compartida de percibir una de las facetas sensibles para así desenmascarar la otra, completamente diferente a su antecesora. No digo que estas dos versiones de un idéntico fenómeno, a un tiempo visible y tangible, no se hallen ya de algún modo en el buen – ¿mal? – camino, al contrario, la verdad es que lo falso radica en creer que una de ellas erra si su adverso acierta. No se oponen por tener distintos finales, sino debido a que el principio no se toca, o acaso esclarece, en ninguna de las historias tras obviar coincidentemente su origen, el primer aspecto que el mundo ofrece al tacto o a la vista dependiendo del caso abordado o, mejor, de la manera en que se aborda el caso. Desde el principio, los relatos se confrontan entre sí porque no alcanzan a comprender que sus direcciones disconformes manan en el fondo de un único sendero primigenio que se bifurca, talmente como la luz cuando se actualiza en los siete derroteros primordiales del arcoíris que ella acoge potencialmente, banalizando su confusión el propio encaramiento de dos franjas cualquiera de color que, lo veremos, en realidad no hacen más que reforzarse mutuamente. Por el momento, en consecuencia, parece que solamente recurriendo a un inicio pluriforme, anterior éste en el tiempo, se aclararía el surgimiento posterior de una meta multifuncional, la complementariedad simbiótica entre corazón y pulmones a nivel orgánico pese a su divergencia manifiesta o, incluso, de la mano y el ojo en el campo sensorial, aunque previamente debería considerarse, creo haberlo prometido, cómo se enciende el haz con tal de alumbrar una tonalidad en particular sin emplear su textura de forma ilegítima, atribuyendo artificiosamente a la visión una palpación que en absoluto comprende o, si se prefiere, en vistas de que no dispongo todavía de nada lo bastante grande como para resultar propiamente tangible.

Descartada, entonces, la propuesta científico-técnica, habida cuenta del pequeño grosor de aquellos corpúsculos inasibles para una mano de mi tamaño, no me queda más alternativa que profundizar en la perspectiva impresionista que actúa de contrapunto, lo cual me impeliría a hablar, nuevamente, acerca de la virtualidad antes mentada o, si se prefiere, sobre la variedad de posibilidades entre las cuales titubeaba, titilando, el haz con el objetivo concreto de adquirir una tonalidad en particular. Las palabras, empero, nos juegan aquí una mala pasada, justamente por caracterizar de un modo tan sólo superficial el pasado en cuestión. Dicha perplejidad lingüística nace, en verdad, de la

carga asociada tradicionalmente a la noción de posible, en esencia una idea a la que cabría añadir simplemente presencia para incorporarla en el mundo fáctico. Lo virtual, se expuso, no va empero de poner, sino de quitar: alberga un exceso de realidad que lo vuelve paradójicamente irrealizable, incapaz de verse en un acto consumado como el de colorear a menos que se desprenda de su amplio espectro, exceptuando uno solo, el elegido para ocupar la única plaza todavía vacante. Si así fuera, la luz no tendría otro remedio que conducirse con comedimiento, que aplicar la renuncia de manera sistemática tras aceptar que meramente perdiendo podrá ganarse alguna cosa. ¿No resulta ésta, sin embargo, la mentalidad de un fracasado, la mía hasta ahora? ¿Acaso alguien que le bastara conformarse con las sobras iría a por todas, en busca del objeto perdido o detrás de las seis tonalidades básicas aún por desvelar? La objetividad que atañe al extravío, en tal sentido, se correspondería con una suerte de horizonte que los auténticos aventureros jamás desisten en alcanzar, siempre un límite que rebasar para superar cualquier expectativa preestablecida. No se trata, pues, de elegir por eliminación, de negarlo prácticamente todo para afirmar sólo una pequeña parte, sino de recurrir a una (s)elección positiva que no implique prescindir del remanente restante, del residuo derivado de operar con productos exactos.

A diferencia, por consiguiente, del lugar sin ocupante, más ubicuo que incorpóreo al podersele asignar cualquier sitio imaginable, ornamentado con cualquiera de las propiedades formales que detentan lo visible, tangible e incluso sabroso, sin erigirse por eso mismo como propietario de ninguna facultad sensorial específica, ni ojo que ve ni la mano que toca y ni siquiera tampoco la boca que degusta; a diferencia, decía, del lugar sin ocupante, la segunda vertiente del objeto perdido no se focaliza tanto en el hecho de hallarse extraviado como en su condición objetiva, concentrando en una sola localización, de por sí inabarcable, las distintas formaciones corporales que cabría tener en posesión para realmente sentir alguna cosa, ocupante sin lugar en cuanto miembro eventual de cada órgano constitutivo de un organismo, algo así como un ojo, una mano y una boca flotantes que aguardan, desencajados, su próximo ensamblaje. De nuevo, tampoco ahora parece nada sencillo averiguar en qué consiste la peculiar naturaleza de esta otra cara del objeto perdido, aunque presumo que dada su inverosimilitud, un elemento disociado, lo conveniente resultaría paragonarlo con un ejemplo también ficticio o aun novelesco. El ocupante sin lugar se identificaría, a este respecto, con el indecapitable gato de Cheshire, etéreo o incorpóreo por no existir cuerpo que carezca de cabeza, a falta de aquel tono carne que acaso una su testa con el resto de extremidades dispersas.

Dicho esto, habría que estar ciego para no aprovechar la ocasión que se me presenta delante, la de hablar acerca del correlato cromático que atañe al ocupante sin lugar tras sacarse a colación el prolijo tema del color, el cual debería erigirse a su turno en un miembro competente para así seguir con la analogía precedente. Preguntándome, pues, por los componentes objetivos de cualquier tonalidad en particular, una visión impregnada de cientifismo poco tardaría en apelar a aquellos corpúsculos propensos a describir una determinada curva, y aunque fuese verdad que a cada color le pertenece

una longitud de onda específica, tal coyuntura no bastaría para hacer que realmente reluciera. No se trata de examinar un color por separado, sino de revelar qué separa el color, desplegándose la luz blanca en arcoíris a través de la intervención experimental de un prisma traslúcido. En mi versión menos ingenua del impresionismo visual, ya se adivinó el auténtico carácter de desemejante cuerpo etéreo, catalizador del color a fuerza de incentivar el contraste, esa rara objetividad que aun sin saberlo andaba yo buscando desde que me encaminé hacia el futuro. Por increíble que parezca, únicamente la línea invisible que demarca el límite ideal entre el azul marino y el celeste, me refiero por descontando a la tenue divisoria que el horizonte esboza, delimita hasta donde se extiende tanto la mar en calma como el cielo despejado, dados a la confusión especialmente en materia de color. Por increíble que parezca, una entidad incorpórea mora en la frontera entre cuerpos perceptibles, un ocupante sin ningún lugar aparente por oscilar entre aquellas tonalidades que instiga a desentonar, cobrando cada una su forma visible cuando destaca sobre la otra, de fondo. Solamente de esta manera las cosas conseguirían aclararse, puesto que la película de color que típicamente contornea la silueta de un objeto en absoluto podría surgir de rebotar el haz sobre la superficie de un punto que, demasiado pequeño, rodeado en mayor medida por el vacío, muy probablemente no llegaría a impactar en un blanco de tan ínfimo grosor, pasando entonces el rayo de largo sin apenas colorearse.

La escisión reclamada por la virtualidad con el propósito de actualizarse o de hacerse realidad no consiste, pues, en un rebote excluyente, en sufrir una merma contable de hasta seis entre siete, sino que va – yendo hacia el futuro – o se vale de un pivote inclusivo cuya (s)elección no implica sección alguna, suprimir arbitrariamente el azul marino con tal de garantizar la plena hegemonía de aquél celeste. Lejos, entonces, de o(-)ponerse en una cruda lucha a muerte, ambos elementos, el cielo a la par que el mar, sobreviven el uno gracias al otro beneficiándose de su distinta naturaleza, cuando el agua condensa aquella agua dilapidada en gas para devolvérsela al oscuro océano, diluviando, cuando el estado líquido de la mar absorbe sinérgicamente aquel exceso de calor ambiental para estabilizar la temperatura de nuestra clara atmósfera. Si el horizonte, en consecuencia, no los delineara, acentuando lo que cada cual posee de excepcional, su heterogeneidad intrínseca, el mar se secaría y el cielo se quemaría; los dos terminarían en definitiva muriéndose, presumiblemente, por haberse fijado un objetivo exacto, el de abarcar homogéneamente toda el agua del mundo en una única forma de la materia, licuada o vaporizada, sin discernir las dos fases diferenciadas del ciclo relativo a ese fluido primordial para la vida, perdiendo por consiguiente en vez de perderse.

Lo difícil del caso, ahora un elemento disociado, radica empero en esclarecer si algo desemejante – me refiero a esa rara metáfora que surgió de conferir (in)cierta consistencia al contraste, quizás una nariz congestionada por resultar ésta, a un tiempo, tanto un miembro flotante de la cara como roja con motivo de su obstrucción mucosa; si algo desemejante, en cuanto representante alegórico del ocupante sin lugar, posee realmente algún sentido. ¿Cómo iba, sin embargo, a sentir ella nada estando resfriada, al

padecer una enfermedad que a pesar de su benignidad embota, anulándolo, el sentido olfativo? Peor todavía: ¿qué me legitima a mezclar con total impunidad al menos dos de las distintas acepciones que alberga la palabra «sentido»? Y aunque no pretenda justificarme, he de decir que, incluso no tratándose de mí, me resultaría penoso responsabilizar a alguien de tal manca de rigor terminológico aun cuando no alcanza más allá de sus propias narices, echarle en cara a una mirada estrábica el hecho de cometer un error de discernimiento que no puede evitar: ver lo *mismo* doble. Esta circunstancia atenuante, no obstante, no me exime de haber dejado abierta la posibilidad de interpretar el desdoblamiento aludido como una duplicación, cosa que ni tan siquiera yo me perdono. Al hablar de dos sentidos diferenciados de la palabra «sentido», no parecería inverosímil suponer que uno llegase a creer que el primer significado se halla totalmente desvinculado del segundo, pese a coincidir en su significante, que la conexión original entre los senderos obtenidos secundariamente se pierde tras bifurcarse o, si se prefiere, que una vez diferenciadas las diferencias no mantienen ya ninguna relación entre ambas, lo cual implicaría renunciar a su naturaleza espontánea, pues una diferencia no difiere sin diferir expresamente de aún otra.

De nuevo, tengo la sensación – no sé cómo – de estarle dando demasiadas vueltas, aunque en realidad sólo intente decir que el olfato del cual me hallo falto precisa de una nariz sana que se inspire en el aroma, que mi invidencia persistirá, andando yo a tientas, si no se conjuga de alguna manera la rueda de color donde confluía el espectro lumínico al completo con el ojo mutilado que, a todas luces, deberá contrastar las tonalidades entre sí, fomentando así su ulterior manifestación. No llegaré a ningún sitio, en definitiva, hasta no entrecruzar aquella esperanza, intacta todavía, de acceder yo en un futuro a la visión, depositadas eventualmente en torno al órgano sensorial, con el potencial aletargado que virtualmente cobijaba el haz desde un pasado. Para que un sentido tenga realmente sentido, habría entonces que reforzar el vínculo recíproco entre lo pretérito y lo venidero, acercar la nariz acatarrada al rico repertorio de fragancias con la idea – aún incipiente – de destaponarla, acoplando la fuente emisora con un receptor acorde o, incluso, lidiar *al mismo tiempo* con todas las propiedades pasadas y su futuro propietario.

(S. Entredós: interioridad y exterioridad) ¿Y quién, exceptuando el *tiempo mismo*, podría realizar desemejante hazaña? De momento, empero, la única prueba rastreable de esta dinámica temporal nos conducía a un presente ausente que en absoluto *presenta* su esencia primordial, fundar el tránsito respectivo entre pasado y futuro, quedándose en una mera huella de su paso por el mundo en cuanto lapso estático o, simplificándolo, en no más que el espacio vacío entre puntos posicionados. A estas alturas, dándome tiempo para reponerme de mi fatiga mortal, no estaría mal – tampoco del todo bien – replantearse cómo llegamos hasta aquí. Si se recuerda, no sin esfuerzo, la espacialidad precisaba encontrarse de alguna manera alentada argumentalmente por el tiempo en aras de discriminar la unidad anterior de su duplicación posterior, aquel único valor inicial de su producto final, a saber dual en la medida que dividíamos a uno entero por el medio. Aun teniendo, no obstante, en cuenta tal presupuesto temporal, todavía noto – no

sé cómo – que me falta algo, o más bien nada, o mejor nonada, pues por mucho que allí donde antes había uno ahora haya, de hecho, dos, justo después de abrir – olvidando cerrarla – a nuestra desdichada criatura en canal, sigo sin ver, ingenuo de mí, con qué derecho se iguala semejante división, tajante, a la suma algebraica de ambas mitades. Yo, como el que más, siento decirlo, pero el espacio y su fiel aliado, la matemática, jamás han hablado de lo «mismo»: su aparente compromiso nace, en verdad, de un triste malentendido. Incluso ante una de las fórmulas más básicas del sistema numérico, según la cual $1 = \frac{1}{2} + \frac{1}{2}$, se corrobora que la segregación local de un elemento cualquiera no basta para descifrar todo lo que se intenta afirmar aritméticamente, puesto que en términos espaciales no parece hacerse ninguna mención, ni implícita ni tampoco explícita, a la adición, a esa relación conjuntiva que también deberán mantener los componentes ulteriores en virtud de su igualdad aritmética con el compuesto unitario previo. Si nada ha cambiado entretanto, tras pasar de la unidad pretérita a la pluralidad venidera, el vínculo que en un futuro unirá no tanto a la multiplicidad como a lo múltiple tenía que hallarse ya desde un principio, o aun por principio, oculto en las recónditas profundidades del pasado, escondido en su interior. Matemáticamente, por ende, no se comprende la diferencia entre el antes y el después sin redoblarla con la dicotomía abierta (y a su turno cerrada) por una interioridad contenida y alguna suerte de exterioridad contenedora. Dividiendo las cosas conforme a la mecánica espacial acabamos por olvidar, o quizás nunca lo hayamos recordado, que la auténtica esencia matemática también pasa por sacar fuera aquello que uno llevaba dentro, enriqueciendo la partición estática con una dinámica de inclusión.

Para transitar, en definitiva, del pasado hasta el futuro y viceversa; para que el tiempo cobre, por fin, realmente sentido, me siento con el deber – o quizás goce la diferencia, inscrita ahora entre el antes y el después, de tal derecho – de llegar al fondo de la cuestión, es decir, de sacar en claro el oscuro secreto que aguarda agazapado desde el principio de esta tentativa, o incluso por principio, en su misteriosa penumbra, cual sombra que vela por todos y cada uno de los pasos que voy dando. Tratando, entonces, de esclarecer desemejante enigma, no veo por qué no iba yo, siguiendo de nuevo adelante, a recurrir otra vez – aunque en esta ocasión desigual – al haz de luz, que a pesar de estar a plena vista, al alcance del susodicho ojo flotante, continúa no obstante sin ser visto. Y aun arriesgándome a que pueda tacharse de un burdo juego de palabras, como cualquiera cosa presumo en esta vida, observo del algún modo ignoto todavía que el sentido visual, me refiero a la vista, se obtiene tras feminizar lo visto o, ampliándolo, que el punto de vista solamente accede a la visión cuando su morfema de género se flexiona, al transformarse en una punta sobresaliente bajo la cual sí quepa buscar aquello que hasta el momento nos ha pasado desapercibido, adentrándome en la hipotética redondez de su vientre para hallarlo preñado del niño nonato que siempre ha morado, insensiblemente, dentro suyo.

Al (des)igual, empero, que el «precursor sombrío»,²⁷ así llamará Deleuze al tercer elemento en discordia, un enésimo contratiempo también me acecha: bien – o mal –

²⁷ Cf. G. Deleuze, *Diferencia y repetición*, pp.162-163.

mirado, aquella luz de la que recurrentemente me estoy sirviendo como paradigma ejemplar carece en rigor de interioridad, de una oquedad hacia la cual encauzar mi propia búsqueda. ¿Cómo iba nadie, ocupante sin lugar, a ocultarse de mí a falta de escondite, lugar sin ocupante? El haz, lleno virtualmente de color, no alberga en sí ningún recoveco que el objeto perdido pueda emplear de guarida temporal, acaso esa brecha que el presente ausente abre a su paso exento de rastro. Hasta ahora, habíamos venido asumiendo que este impase de mudo sosiego distinguía el pasado del futuro sin apenas diferenciarlos, tras establecer una distancia insalvable durante la cual, no pasando sino nada, se discrimina la pierna trasera de aún otra, su homóloga, que se adelanta, alejadas en la «misma» medida del tronco superior. Inopinadamente, solíamos pensar – no sé del cierto cómo – que el espacio vacío entre un par semejante de extremidades bastaba para fomentar la secuencia de pasos que habitualmente se dan al andar, intercalando ora la diestra ora la zurda con el único propósito de seguir avanzando por mi tentativa genealógica, balanceándome yo grácilmente de un costado al otro de la fórmula temporal o de la luz, incluso, a cualquier tonalidad irisada.

Hermoso sueño, me duele reconocerlo, el de caminar como un bípedo hecho y derecho, aun cuando tal dinámica se parece más a la de un cangrejo que se desplaza de lado, en ningún caso de lado a lado, sustituyendo el vaivén de atrás hacia delante por un juego rígido de patas que, repartidas equitativamente entre ambos flancos, permanecen de forma fija en su mitad correspondiente, sin relevar el anterior al posterior ni relegar el posterior al anterior. Desde la óptica sesgada del crustáceo, en definitiva, no hay tanta diferencia entre el blanco de la izquierda y el rojo – por poner mi tono predilecto – de la derecha, en tanto que ambos son igualmente colores; generalización, no obstante, que tan sólo proferiría alguien que tuviera simultáneamente un pie a cada costado, cuya morfología ocular resultara análoga a la de su aparato motriz, que en vez de ostentar un campo visual global dispusiera, por el contrario, de dos puntos de vista escindidos debido a la separación excesiva – al menos desde mi perspectiva – entre sus ojos, percibiendo a raíz de esta espaciada complejidad la transición entre el principio y el final bajo la forma de un díptico carente, en medio, de pliegue alguno, como un duplicado en un par de partes y no como el desdoblamiento integral de una única obra pictórica, donde saldría (sin entrar) representado un cuerpo con la cabeza desencajada de las extremidades traseras, el esfuerzo rector disociado de la fuerza motora o, si se prefiere, la voluntad y la temporalidad descoordinadas entre sí al igual que yo cuando, tratando de circular en círculos desde lo que antes había a aquello que después habrá y viceversa, se me enredan torpemente las piernas.

Por suerte o por desgracia, quién sabe, mi fisonomía en absoluto se asemeja a la del cangrejo, básicamente porque percibo una diferencia radical entre la blancura a la zaga izquierda y la rojez circunscrita a la delantera derecha, un cambio hartamente notable entre un costado y el otro de aquella fractura infligida temporalmente, la cual no parece poder explicarse mediante una simple división, poniendo meramente de por medio un espacio vacío que en absoluto consigue impulsar el devenir, las incesantes idas y venidas descritas por un pasado que sí pasase y un futuro realmente adventicio, compaginando a

un tiempo ora la diestra ora la zurda. La esencia del tránsito, por ende, refiriéndome ambivalentemente al propio acto de andar tanto como a su trascurso temporal, para nada se da entre las dos, yuxtaponiendo una extremidad al lado de la otra (una), sino que la ausencia codiciada, cuyo encuentro evade siempre, atañe realmente a una suerte de *entredós*, algo – o mejor nonada – así como una inflexión que articula la naturaleza dual del díptico que mi cuerpo perfila, compuesto a un tiempo de forma y materia, cabeza (delantera) y trasero si se prefiere; una suerte de doblez, lo repetiré nuevamente, que al doblarse hacia dentro – curvando asimismo su dorso hacia fuera – para ejercer de gozne entre lo pretérito y lo venidero se desdobra, combinando la paternidad de un costado y la maternidad del otro no de la manera acostumbrada, asexualmente por división o sexualmente mediante la selección excluyente de un género específico, masculino o en detrimento femenino, sino cual hermafrodita que reúne ambas vertientes manteniendo entretanto su disimilitud respectiva, instigándola incluso aun a costa de redoblar el problema, en busca de la respuesta a mi pregunta original: ¿a quién le debo auténticamente el placer?

Yo, sin más (allá), diría sencillamente que al dolor, pero esto no va en realidad conmigo aunque verse sobre mí. En este sentido, quizás resultaría conveniente citar de nuevo a Bergson con la intención de desentrañar, por fin tengo la ocasión, ese as oculto bajo la manga deleuziana, colgado en el párrafo precedente por una sarta hartó desafortada de metáforas – se me ha ido, lo admito, de las manos: «[s]in dudas existe un presente ideal, puramente concebido, limite indivisible que separaría el pasado del porvenir. Pero el presente real, concreto, vivido, aquel del que hablo cuando aludo a mi percepción presente, ocupa necesariamente una duración. ¿Dónde está situada pues esta duración? ¿Está más acá o más allá del punto matemático que determino idealmente cuando pienso en el instante presente? Es bastante evidente que está más acá y más allá simultáneamente, y que lo que llamo «mi presente» invade a la vez mi pasado y mi porvenir. Ante todo mi pasado, pues «el momento en que hablo ya está lejos de mí»; luego mi porvenir, pues es sobre el porvenir que este momento está inclinado, es al porvenir que yo tiendo, y si pudiera fijar este indivisible presente, este elemento infinitesimal de la curva del tiempo, es la dirección del porvenir la que se dejaría ver. Es preciso pues que el estado psicológico que llamo «mi presente» sea simultáneamente una percepción del pasado inmediato y una determinación del porvenir inmediato»,²⁸ que yo llamé inminente para distinguir también, o acaso tan mal, el calificativo atribuido a cada dimensión temporal. Según la perspectiva bergsoniana, abreviándolo, el presente se presenta como la inmediatez pretérita y la inminencia venidera, desdoblamiento a un tiempo de todo lo pasado y de cada parte del porvenir en cuanto paso a la vez que advenimiento, ejerciendo en este sentido de punto de arranque para poner en marcha, o incluso en funcionamiento, sus dinámicas respectivas, regresiva o progresiva dependiendo de desde dónde se mire, volviéndose atrás o encarándose hacia delante.

²⁸ H. Bergson, *Materia y memoria*, p.160.

El presente es, en esencia pues, justo lo que acaba de pasar y aquello que empieza a sobrevenir, un principio de inicio al (des)igual que de final, pese a que con desemejante afirmación aún se compliquen en mayor medida las cosas. Ateniéndome, en efecto, al modelo lumínico, todo empieza con el haz y termina, presumí, con la (s)elección de un tono concreto del espectro, mientras que conforme el paradigma temporal en el pasado se sedimenta habitualmente el agotamiento y en el futuro la promesa de nacimiento, troncándose así salida y meta tras optar por el sentido figurado o inversamente literal del propio devenir. Ante tamaña incongruencia, me vería casi obligado a refutar aquella pródiga correlación entre luminosidad y temporalidad que tan lejos me ha llevado, a constatar que el haz no es anterior al color, posterior, aun cuando tal aseveración resulte de lo más absurda para mi gusto. Me sabría mal, en otras palabras, renunciar ahora al ya familiar maridaje entre lo ficticio y lo (meta)físico, que de mero recurso ornamental en la primera etapa de mi extenuante carrera de fondo se ha convertido, progresivamente, en el motor fundamental de esta tentativa genealógica, quitando de en medio aquel método basado en la contradicción que, de manera un tanto simplista, emplee yo de buen comienzo. Tengo el presentimiento, no sé cómo, de que renunciando a mi estilo personal acabaría conmigo, palpito que me hace aferrarme a la esperanza, intacta todavía, de que hay algo, o más bien nada, o mejor nonada, que me está pasando por alto. ¿Y quién, a excepción del tiempo *mismo*, dado al ausentismo, se me escapa sin cesar de entre los dedos, sorteando incansablemente su comprensión plena? Sabiendo por lo menos esto, que bien poco sé, solamente se me ocurre una explicación plausible ante tamaña incongruencia: que el presente (ausente) vuelva propiamente regresivo al pasado, que no le permita ir hacia delante sin coger antes carrerilla, viéndoselas primero el haz consigo para llegar a ese segundo momento en el cual rebosa color merced al tercero en discordia.

¿Cómo consumir, no obstante, desemejante hazaña? Vayamos, como no, paso a paso: de forma casi diría natural, el tiempo discurre siempre de atrás hacia delante, dirigiéndose del arco hacia la diana a través de la recta que su flecha delinea, comportándose a este respecto cual rayo que avanza desde una fuente de iluminación anterior hasta su estallido cromático posterior. Siguiendo este curso, mi mirada se posaría antes de nada, justo al empezar, sobre el emisor para después pasar, terminando ya, al receptor emplazado en el otro costado, dando así el acto de visionado por acabado cuando, tras salir de lo blanco, concluye su marcha en aquel tono rojo de mi (s)elección, indistinguible por ahora del negro en tanto que nadie lo ve, aún a oscuras en vistas de que, al parecer, no basta con sujetar un color ni resultar un objeto coloreado para devenir un sujeto de visión. ¿Quién osaría decir que la luz, por más que dé que ver, y que una tonalidad, aunque visible, están dotadas de clase alguna de facultad visual? Cualquier sentido, en definitiva, parece perder todo su sentido al describir una trayectoria lineal, al considerar que no hay que tensar en primera instancia – tercera si aviva la discordia – la cuerda, ni tampoco padecer el astro que refulge una suerte de combustión interna, para así llegar a iluminar el tortuoso sendero en dirección a la percepción.

Confiando, entonces, de momento ciegamente en mi estilo personal, confiriendo al giro literario la fuerza de un indicio, se patenta que el arco junto con su cuerda tensa dibujan entre ambos una circunferencia, que la marea solar no logrará jamás brillar sin producirse, dentro de ella, una implosión derivada de la fusión química del helio. Todo apunta, pues, a un círculo interior que no se sabe bien – ni mal – de dónde sale ni cómo se vuelve entrada, a un rodeo íntimo como paso previo al tiro, parangonable quizás al arqueo hacia dentro de cualquier ola, causado típicamente por la acción imperceptible del viento. Incluso a mí, el mayor detractor contra yo mismo, este bucólico recuerdo – por tratarse de una imagen alegórica previa – de la mar encrespada me ha llegado a convencer de que no me ando con tonterías, del remanente inspirador que, de modo impensable, entrañan las figuras retóricas para responder a cuestiones harto complejas. Por eso, si se me preguntara ahora, de nuevo, cómo ahuecar el haz sin recurrir al vaciado (espacial), contestaría que haciéndole dar la vuelta sobre sí con tal de crear un envoltorio, a todas luces blanco, en el cual sí cupiera esconder algo, sacando un lugar de la nada sin tener que desocupar una estancia anteriormente habitada, no desalojando al inquilino sino retorciendo la calle con tal de erigir esa guarida sombría que no he cesado todavía de buscar. ¿Quién, empero, se ocultaría por debajo de este albor replegado? A riesgo de que parezca otro burdo juego de palabras, como todo acaso en esta vida, la alusión a una línea blanca que se contorsiona con la única pretensión de juntar sus dos extremos, o si se prefiere extremidades, perfilando con ello un círculo hermético, me recuerda a la película superficial que recubre ese órgano sensorial indispensable para conferir sentido a la visión, me refiero por descontado a aquella esclerótica de la que está provisto cualquier ojo funcional. Y aun desde fuera, desencajado el globo ocular de la cabeza, todavía echo en falta un enésimo retoque que torne esta obra de ficción creíble, susceptible de devenir real, un punto negro en el centro que eventualmente ejerza de pupila, abriendo así la posibilidad de que la luz acceda a su encierro, dejándola entrar aunque no salir al exterior, o no al menos de inmediato, aunque quizás sí inminentemente.

En pocas palabras – ni mucho menos me he olvidado de ellas –, debo descubrir de qué condición goza ese precursor sombrío que, a modo de pupila, parece morar delante del albor centelleante, blancura que, con desemejante intervención, pasaría a cumplir el papel de fondo desde atrás, poniendo así las cosas negro sobre blanco. En términos estrictamente pictóricos, no cabría ni tan siquiera repetir que mezclando esta luminosidad pasada con la negrura futura se obtiene aquel gris ceniciento asociado, en este trabajo, a la infinita divisibilidad garantizada por el espacio, quedando en medio no más que un medio permanentemente vacío a falta del cual la órbita pupilar devendría un simple agujero en la esclerótica. Tras constatar, empero, que la óptica precede genealógicamente a la pintura, quizás habría que descubrir, antes de nada, algo sobre la vertiente visual de ambas tonalidades o ahora, incluso, temporalidades. En un intento, por ende, de atrapar la luz al vuelo, de visibilizar su etérea silueta, me decido, paleta en mano, a revolver del primer hasta el último de los colores obtenidos secundariamente para alcanzar, otra vez (¿igual?), su fuente primaria, revertiendo en modo alguno el proceso de encendido. Algo, no obstante, debe haberme salido mal – ¿o acaso bien? –,

porque pese a tratar de dar con ese reservorio en el cual los distintos tonos se aglutinan de forma heterogénea, conservándose intactos o aún sin ninguna mácula perceptible, me he encaminado, desconozco el motivo, hacia un sórdido paraje donde todos ellos parecen perder su cromatismo intrínseco, degenerando en negro homogéneo.

A estas alturas de mi tentativa me disgusta admitirlo, pero en semejante tesitura cabría padecer una ceguera de lo más severa para no ver mi fracaso, que lo único que me voy a dar es por vencido tras devenir el triunfo pretendido una clara derrota, convirtiéndose el reanudado acceso al exceso en una coloración cualitativamente pobre, deficitaria por oscurecer la negrura, futura, a las diferentes vertientes de la luz blanca, pasada. A estas alturas de mi tentativa me disgusta admitirlo, pero empelando el método tradicional, aquella contradicción de la que no hace demasiado renegué, ciertamente con la boca pequeña, llegamos a una «misma» conclusión sin apenas describir ningún rodeo, proclives al mareo como por experiencia sabemos: si el blanco es el color opuesto al negro, el exceso que ostenta el primero resultará, por esta regla de tres, defecto en el segundo por carecer de la gama irisada que típicamente ilumina el mundo, lo cual abocará el porvenir, en adelante, a sufrir también una ceguera de lo más severa. Tal coincidencia, en consecuencia, me demuestra que hasta aquí no iba yo del todo mal – ¿o bien? – encaminado, aunque ahora presienta, casi literalmente, que semejante procedimiento jamás me hubiese llevado al fondo de la cuestión primordial, lo repito, dotar al haz de fuero interno. Según parece, la contradicción tan sólo requiere de un juego duplicado de identidades que se compensen mutuamente, estableciendo una especie de nivelación por medio de la cual se imbuye de razón suficiente, de la «misma» manera acaso que la triangulación estática entre ambas piernas nos basta para mantener el equilibrio, incluso sin preguntarnos por el motivo de su distinta lateralidad, qué más da si uno ya está derecho, provisto de una justificación admisible para avalar el propio hecho de erguirse. Diciendo justo lo contrario, en definitiva, se cree acceder a la verdad mediante la equiparación por anulación de los dos flancos de la fórmula temporal, dejándola ello a merced del espacio, que trata al pasado y al futuro como presentes simultáneos, discernibles meramente respecto a la ubicación externa que se les asigna en la ecuación, cuyo color característico se corresponde, indistintamente, con aquel gris ceniciento que evoca a su pulverización. De nada se precisa, en definitiva, para dejarlo todo igual, puesto que con tan sólo recurrir a un espacio intermedio vacío se puntualizan ya dos demarcaciones distintas que operan, indiferentemente, tanto de salida como de llegada: sí haría falta, empero, algo para sacar a relucir su disimilitud respectiva, no(-)nada para que la salida difiriera radicalmente de la entrada, una suerte de lámina especular de doble cara que lograse resaltar la profunda asimetría entre diestra y zurda o, si se prefiere, de membrana semipermeable que habilite su ósmosis recíproca, fluyendo el tiempo del mayor (exceso) a su menor (defecto) potencial cromático.

¿De qué estoy hablando? No, por descontando ya, de aquel gris ceniciento, demasiado turbio como para traslucirse a la vez que bastante más diáfano de lo apropiado para disol(-)ver ninguna tonalidad del espectro. A este respecto, el color cenizo que presenta el gris me recuerda, por muy odiosas que resulten las comparaciones, al hijo bastardo de

caballo y asno, a un mulo que, incapaz de perpetuar su estirpe colectiva, de multiplicarse para dar continuidad a su espurio linaje, se divide indefinidamente hasta la muerte con el vano empeño de conjurar la esterilidad que ratifica la ilegitimidad del cruce entre ambos progenitores, neutralizando o desnaturalizando tanto el blanco, pasado, como el negro, futuro. También en el reino animal, sin embargo, se halla un ejemplar cuya excepcionalidad lo vuelve a su turno memorable: me refiero al ligre, híbrido entre león y tigre que sí conserva la facultad reproductiva de su ascendencia, a fuerza empero de compaginar los distintos hábitos alimenticios de cada especie, la predilección paterna por cazar en los claros de día y el gusto materno por la depredación nocturna en la espesura, cosa que dificulta su encuentro en estado salvaje o, incluso, de forma (y materia) natural, donde meramente puede haber un único ocupante por lugar. Justamente, la ilicitud del gris como descendiente radica en que se ciñe tácitamente a esta cláusula fáctica, persuadido de que no existe otra manera de lograr que dos compartan un mismo destino a menos que se los acabe simplificando en uno, haciéndolos converger a pesar de su divergencia manifiesta, erradicando la diferencia de género entre la masculinidad del padre y la femineidad de la madre desde el momento que de semejante enlace se saca (sin meter nada) un vástago infecundo, abocado a su ocaso tras diluir el concentrado de noche en la difusión diurna, casi como si de la intersección entre cuerpo y alma se derivara un autómatas que, lejos de interiorizar la segunda para dar vida al primero en el exterior, simulase mecánicamente su paso por el mundo, conduciéndose abúlicamente, ajeno al propio transcurso temporal.

En vistas, pues, de que un lugar con un solo ocupante no basta para animar a nuestro muñeco de nieve inerte, aun surtiéndolo de corazón y pulmones cadavéricos, quizás deba recurrir inmediatamente tanto al lugar sin ocupante como a su inverso inminente, me refiero al ocupante sin lugar; apelar a una instancia ya no mixta, también quizás mixtificada, sino más bien – ¿o mal? – reversible, negra por delante al tiempo que blanca por detrás, evitando así troncar el linaje temporal, la progresión del pasado hacia el futuro cuando por fin llega a pasar, entrando, o la alianza – simbiótica me atrevería a afirmar – entre claro y oscuro. A todas luces, me remito otra vez (des)igual al objeto perdido, a condición empero de adaptar ahora su carácter errático al nuevo campo visual, incipientemente polarizado en una coloración binaria que no da todavía muestras de sentido alguno. ¿Cómo transitar en conclusión, a la vez que inclusión, de aquella ceguera tan severa, consecuencia ora del disperso deslumbre ora de la espesa tiniebla, a la plena percepción de las cosas a mi alrededor? Dejando, acaso, algo de lado para que ejerza de puente entre estos dos salientes – que no todavía entrantes –, asumiendo que la nonada buscada, cuyo encuentro evade siempre, resulta radicalmente diferente a ambos flancos, pues nada tiene que ver la pasarela intermedia con el risco calizo y volcánico que empalma, aunque por eso *mismo* congenie con uno y otro a pesar de que a primera vista parezca inverosímil o, incluso, paradójico. El gris, precisamente, fracasaba cuando probaba de identificarse al «mismo» tiempo con el blanco y el negro, obteniendo sin éxito un tono neutro que no se asemejaba a ninguno de los dos colores originales, cuando aprovechándose de la incongruencia entre pasado y futuro para que se anularan recíprocamente se desprendía de ahí, antiguamente aquí, un presente reduplicadamente

“presente”, una única presencia que se dividía, tras devenir estéril, por la mitad con el objetivo de mantener la estructura binómica de la fórmula temporal, espacializada en un par de demarcaciones que meramente distan entre sí a raíz de su distinta ubicación, reemplazando el avance horizontal – al ir de atrás hacia delante en la dirección que marca el horizonte – por una caída en vertical mediante la cual se amputa el curso habitual, o mejor corriente, de las cosas, su evolución paulatina merced al cambio incesante. Al gris, como el color que mejor representa el sentimiento de melancolía, aquel desánimo propio de la materia inerte por propender a una subdivisión infinita; al gris, decía, le falta en definitiva la renombrada chispa de la vida, esa centella que relampaguea, cotidianamente, tras someter un fósforo a fricción.

Ateniéndome, empero, a mis palabras, y aun a riesgo de que se considere otro burdo juego lingüístico, me permitiré la licencia de transformar dicho fósforo, añadiéndole unas pocas letras, en una fosforescencia que sí se ajuste al contexto lumínico en el cual pretendía enmarcarlo, proveyéndome para mi sorpresa de una enésima imagen alegórica con la que bosquejar el escurridizo objeto perdido. Y aunque para mi gusto resulte demasiado literal, primero habría que caracterizar la fosforescencia desde el punto de vista científico: en cuanto fenómeno físico, la luminiscencia aludida se origina cuando aquellos rayos ultravioletados que, experimentalmente, también cobija la luz blanca – un octavo hermano de rango energético superior con el cual no contaba yo encontrarme por rebasar el umbral sensible, a mis ojos invisible – pierden parte de su potencial electromagnético para ponerse al mismo nivel que cualquiera de sus siete congéneres, adquiriendo tras craso ultra(-)je o, si se prefiere, mediante la supresión nominal de su prefijo natural, los visos violáceos del lexema. Nada nuevo, no obstante, ocurriría si este morado recién alumbrado coexistiera junto con la demás tonalidades espectrales, resultando aún ahora imperceptible debido, en esta ocasión, a la capacidad de deslumbrar que conjuntamente se dan, a la imposibilidad de hacer una (s)elección entre tanto donde escoger. A diferencia, sin embargo, de la gama irisada, el brillo fosforescente alienta un rudimento de almacenamiento, retrasando su encendido con motivo del margen que tarda el electrón sobrecargado en ralentizarse, en acoplarse por desaceleración a las tonalidades restantes, que durante dicho transcurso quizás ya se hayan dilapidado en calor, sumiéndose otrora en la oscuridad. Si tal fuera el caso, la fosforescencia en cuestión se erigiría, al demorarse, como el único elemento resplandeciente en pie – qué importa si el izquierdo o el derecho –, exhibiendo su cromatismo inherente sin el impedimento que el resto del abolengo lumínico implica, lo cual simplificaría mi decisión al presentarse exclusivamente una opción, que alumbraba aun en plena penumbra.

Queda claro, desde semejante punto de vista, cómo el fósforo vuelto luminiscente deviene visible, pese a que todavía reste por ver, sabiéndome pues la versión aportada científicamente a poco, de qué manera se accede a su visionado efectivo, pasando de la causa mecánica al efecto óptico que codicio. Para realzar su sabor, en definitiva, cabría aderezar la física de lo fosforescente con aquella metafísica sobre la cual incidía el impresionismo más moderno, redoblando así su dimensión preliminar, aunque nada

fácil resulte vislumbrar la novedad que se introduce. Ciertamente, mediante la incursión de forma y fondo (material) en la ecuación no se desmiente, sino que se ratifica el abordaje tipificado por la ciencia en torno a la fosforescencia, definida como un único aspecto del espectro que, cobrando forma, se alza sobre la oscuridad depositada en el fondo, contraste que irremediablemente nos conduce hacia una visión espeluznante, o incluso aberrante, de la percepción, según la cual ninguna falta hace un sujeto receptor para que el objeto emisor devenga coloreado, erigiéndose en tal sentido una especie de contra-ojo autosuficiente, tras invertirse el negro pupilar por el blanco de la esclerótica y viceversa, que no requiere de la contribución de nadie ajeno para sacar fuera una cualquiera de las tonalidades que, a todas luces, ya llevaba el haz dentro de sí.

Tras poner, en esta ocasión, las cosas blanco sobre negro, ambas visiones parecen cuadrar, me refiero a la aportación fosfórica tanto de los hombres de números como de aquellos avezados a las letras, aunque a mí personalmente me inquiete sobremanera: ¿cómo iba a hallarse la respuesta a mi insistente pregunta en la imposible cuadratura del círculo, interior intuyo? Desconozco el motivo, lo admito, pero por extrañamente convincentes que suenen las palabras precedentes, casi presiento que en ellas hay gato o, mejor, felino encerrado: lo confirman las expectativas físicas en torno al acto de visionado, inviable según su punto de vista a menos que alguien alieno intercepte el rebote lumínico al vuelo, captando la banda reflejada o aun refractaria del haz, resistente al calor en la medida – de uno dividido entre siete – que mantiene su color. Lo secunda también, de alguna manera, la óptica filosófica cuando conceptualiza la luz como coexistencia virtual de cualquier tonalidad imaginable, desestimando de tal forma que el espectro cromático al completo more, en el fondo, dentro suyo. Desde su perspectiva, ningún color consentiría pasar a un segundo plano para que otro resaltase a su costa, en tanto que todos rivalizan por poblar aquella primera línea de mar en la cual no cabe sino uno, atascando su (co)presencia excesiva la salida, circunstancia que a su turno impediría que nadie en absoluto pudiese realmente llegar a entrar. Quiero decir, aclarándolo, que el haz jamás va a formar un cuerpo visible con las distintas tonalidades del espectro irisado, puesto que la mera contemporaneidad entre dos de ellas ya impediría su manifestación efectiva, restringida lo repito a una de sola, invalidando por consiguiente el juego de contrastes que el impresionismo emplea para levantar cabeza, alzándose la vista del suelo que insensiblemente pisa. De ser algo, la luz resultaría a este respecto pura exterioridad, la idea invisible del color en cuanto reservorio de formas posibles sin materializar o, incluso, el conjunto de calidades factibles exentas de cantidades por calificar, una especie de unidad de medida que no se halla ante esa multiplicidad con la que medirse a sí misma.

Físicamente, parece reclamarse una pasividad contraria a la actividad iluminadora que efectúa la luminiscencia; filosóficamente, se recrimina que el color, en rigor, no contrasta con el calor, en vistas de que un tono no desentona sino respecto a otro tono diferente, no de aquello por defecto negro. Tanto física como filosóficamente, en definitiva, se concluye que la (s)elección de un registro lumínico específico no basta para que el haz se muestre en su máximo esplendor, volviéndose la luz visible un color

visto, capaz de sustraerse del monocromatismo representado, en el caso que nos ocupa, por el violeta ultra(-)jado. Así pues, contra toda previsión, la moderación del exceso de color durante la etapa clara de la fosforescencia no le sirve a nadie, ni a físicos ni tampoco a metafísicos, para establecer la auténtica génesis del sentido visual o, incluso, el siguiente paso de mi tentativa genealógica.

A lo largo de mi arduo viaje individual, lo confieso, me he encontrado en más ocasiones de las que me gustaría admitir tentado de desistir, creyendo que no había ya forma alguna de continuar, abandonándome a mi pesar al desánimo propio de la materia inerte, abúlica y atemporal, presa yo de semejantes contratiempos. Si algo he aprendido al sortear los innumerables obstáculos de este extenuante recorrido hacia mí mismo, no obstante, es que cuando aparentemente no existe modo alguno de avanzar, ¿por qué empeñarse en ir con rebuscados métodos hacia delante, chocando presumo de cabeza, en lugar de volver sencillamente – que no simplemente – marcha atrás, para enfocar la incógnita aludida desde otra perspectiva, una alternativa? Sin perder pues a la fosforescencia de vista para perseguir la estela que, intuí, deja el objeto perdido tras sí, me percato reculando – yendo ahora preventivamente con el trasero delante – que en ningún momento le he brindado al impresionismo la oportunidad de caracterizar, a su manera, la fase pre(-)clara del fósforo, ese nicho oscuro en los propios entresijos de la luz que aún no ha devenido luminiscente, anterior a la supresión nominal del prefijo inscrito en su banda ultraviolada, cuando las estrellas o haces a su alrededor brillan con mayor intensidad, asemejándose a este respecto a la luna nueva que promueve la drástica subida de la marea.

No soy todavía quién, desde luego, para decirlo, pero la referencia explícita a un cuerpo de elementos celestes ha suscitado en mí, increíblemente, aún otra imagen naciente, lo cual acaso denote, insospechadamente, que tampoco iba yo (*mismo*) tan desencaminado: la sola mención de las estrellas y la luna me hacen pensar – si reflexionar tienen realmente algo que ver con mi sensibilización – en un eclipse solar, donde el satélite nocturno se interpone por definición en la perpendicular del lucero diurno, sumiendo el mundo en una oscuridad prematura a raíz de su diámetro coincidente. Desde el punto de vista físico, no obstante, conocedor de las dimensiones relativas de cada astro, el orbe lunar taponará meramente una ínfima porción del globo estelar, perfilando una mísera mancha negra sobre el inmenso fondo blanco, que evocaría así a un ojo cuya esclerótica refulge cegadoramente, al emitir centellas de luz en todas direcciones. El problema, sin embargo, surge cuando uno se pregunta qué pasa con el haz restringido de destellos que se estrellan contra la superficie opaca de la luna: un escenario posible, hablando cosmológicamente, nos conduciría al colapso inminente de una estrella en agujero espacial, curvándose los últimos rayos irradiados por el sol debido a la gravedad en aumento de su centro, casi como si una infinidad de líneas blancas se plegaran sobre sí, o incluso hacia dentro, a causa de la acción atrayente de un punto focal negro, confeccionando una especie de remedo ocular a escala universal por competir al universo sideral.

Desconozco, lo admito abiertamente, si esta versión modernizada de la fosforescencia apagada o, mejor todavía, antes de encenderse, cuadra con la interpretación física aportada precedentemente, aunque con ella sí parezca cerrarse de algún modo el círculo aun sin llegar a cuadrificarlo, en vistas de que la alegoría del eclipse solar remite, en el fondo, al oscurecimiento de ese sol que en el momento de desfallecer nos daría vía libre a la percepción, o por lo menos a un esbozo difuso del aparato apto para desempeñar su actividad característica, ligada paradójicamente a la pasividad (o receptividad). En pocas palabras, de las que ya ni me acordaba, ¿con la torsión ficticia de la luz estelar bastaría para que la visión se volviera propiamente real? La llave para desentrañar los lúgubres secretos que, presumo, encierra el fósforo durante tan precoz etapa en cuanto centro sombrío de una esfera cuya claridad se agota, el enigma envuelto en su seno por no haberse todavía desenvuelto en luminiscencia, acaso se halle en aquello que la física contemporánea suele llamar *singularidad*, un punto en el cual cualquier variable pierde todo valor, donde incluso la fuente más potente de luz se hunde irremediamente en las tinieblas, engullida por una fuerza gravitacional masiva de la que *nada* sale en el doble sentido de la expresión, vaciando materialmente el cosmos para comparecer en forma de esquirlas de espacio(-tiempo, según la nomenclatura científica) vacuas, desagües en modo alguno del universo sideral. Partiendo de semejante con(tra)cepción, un agujero negro así descrito constituiría una suerte, para mi desgracia, de pozo sin fondo del cual resultaría imposible regresar, un punto de no retorno que, impidiendo a las cosas volver, no veo yo capaz de *envolver* ningún misterio previo ni tampoco *desenvolverse* en un aclaramiento postrero, dejándome pues aún ahora a ciegas.

Rozando no obstante su plena impotencia, en ese lugar impenetrable donde el haz resta incapaz de iluminar nada, al rayo le acontece algo extraordinario o aun fuera de lo común, incluso analizándolo desde el punto de vista cosmológico: cualquiera sabe que la velocidad se calcula clásicamente dividiendo el espacio recorrido entre el tiempo – aquí la hora marcada por el reloj – que se tarda en cruzarlo. Trasladándolo al campo lumínico, correspondiente en física a los fenómenos de ámbito ondulatorio, la rapidez en que se desplaza el haz dependerá, análogamente, de la proporcionalidad directa entre longitud y frecuencia de onda, inversa esta última al período vibratorio. Cabe no olvidar que el haz, en otra de sus múltiples acepciones, remite a un atado de diversos miembros componentes, aunque no todavía competentes, cuyos valores longitudinales y frecuenciales en algún momento tendrán que diferir para devenir tonalidades discernibles entre sí. El haz, con todo, no muestra indicio alguno de desemejante variedad tonal, de lo cual cabría colegir que el rayo en cuestión se ajusta a una representación geométrica en forma de recta, desprovista por definición de ningún tipo de ondulación. También se sabe, no obstante, desde que Einstein formuló su teoría de la relatividad general, que bajo la influencia de un campo gravitacional – masivo en el caso que nos ocupa – el espacio-tiempo se curva, pasando el haz insensiblemente del rojo al violeta a medida que se acerca hacia tal punto crítico. Cuanto más se aproxima, por ende, a este sin fondo universal, mayor resulta tanto la contracción de la longitud como la dilatación del período, ralentizándose el decurso del haz al recorrer cada vez una distancia menor a la velocidad invariable de la luz, independiente ella de las

circunstancias perimetrales. En pocas palabras, la recta que el rayo delinea padece una torsión que la desdobra en valle y cresta en torno a un punto de inflexión, curvándose en consecuencia o aun deslizándose del blanco hasta un determinado espectro de color que progresivamente tiende al negro, a modo casi de supernova que astrológicamente antecede la implosión final de una estrella en agujero espacial.

Partiendo pues de semejante proceso, el recorrido descrito por el haz se volvería sinuoso, entremezclándose la recta con lo curvo merced al punto de inflexión para así alumbrar el concepto flexible de línea, un sinfín de segmentos infinitamente cortos con los que poder trazar el giro esbozado por el valle y la cresta que cualquier onda conlleva. Cierto es, no obstante, que este encogimiento espacio-temporal resulta numéricamente ínfimo o, incluso, infinitesimal, por lo que la física tradicional poco lo tuvo en cuenta dada su irrelevancia para el cómputo global, que trabaja con cifras enteras, otorgándole por ello una entidad negativa como residuo menospreciable: en el mundo macroscópico al que cotidianamente se aplica el cálculo, la gravedad nunca deviene lo bastante fuerte como para que un acontecimiento de tan ínfimo calibre cobre auténtica relevancia. A menudo, empero, la ostentación externa de fuerza pretende encubrir una debilidad interna, en esta ocasión, la imposibilidad de lidiar con coeficientes cercanos a cero mediante una simple división, en el momento que el espacio y el tiempo mesurables asociados a un vector de velocidad se minimizan en cada pequeña sección del arqueo luminiscente – de ahí que la nulidad de dividendo y divisor nos conduzca algebraicamente a un resultado indeterminado. Las operaciones matemáticas que utilizaba la física clásica para plasmar la realidad a modo de ecuación, por consiguiente, zozobraban al enfrentarse con situaciones extremas, allí donde las variables definidas apenas poseen valor alguno, justo cuando acaban de irrumpir tanto como tras empezar ya a corromperse. Las ciencias en general, por ende, experimentaban una dificultad insoslayable a la hora de abordar la generación y destrucción del universo ondulatorio, la precocidad y caducidad de aquellas longitudes y frecuencias vibratorias que típicamente definen una banda específica de color.

Queda claro, por lo dicho, que la física necesitaba realizar un tremendo salto cualitativo, al tiempo que cuantitativo, para conjurar el oscurantismo del principio y desenlace siderales, oportunidad que tan sólo le podía brindar la matemática en la medida – exigua o infinitesimal – que la modernización de cualquiera trabajo suele conllevar, usualmente, la sofisticación previa de su herramienta principal. Sin ánimo de engañar a nadie, confieso que en este punto – (des)teñido de negro funesto – del discurso me disponía a hablar de la demostración geométrica que Leibniz se ingenió para justificar la existencia, forzando quizás el lenguaje indebidamente, de cantidades diferenciales en un límite tendente a cero, probando de algún modo que el 0 algebraico, parecido su signo a la O alfabética, no se refiere exactamente a aquella nulidad con la cual resulta imposible operar. Por fidelidad a mí *mismo*, no obstante, me decantaré por otro derrotero explicativo para no traicionar, a estas alturas ya, mi estilo personal, que si no lógico al menos gozará, prosiguiendo de nuevo con alegorías, de (in)cierta coherencia discursiva.

La única forma que ahora, mientras escribo, se me ocurre de prolongar el punto a nivel metafísico – perdón, metafórico – me conduce inexorablemente hacia el recurso poético de la rima. En aras de lograr el salto cualitativo aludido, e incluso cuantitativo, me pregunto qué concuerda con los calificativos atribuidos a esa puntualidad sobre la cual me urge averiguar algo y no nada. “Negro” y “funesto”... ¿no ligan acaso a la perfección, fonética e incluso semánticamente, con un adjetivo como “muerto”? Una vez difunto, el adulto se sume en la oscuridad eterna tras cerrar los ojos de manera definitiva, deslustrándose la escena, de pompas fúnebres, para encarnar el desdichado destino que en último término le deparaba su propio nacimiento. Así pues, en consonancia con el postulado leibniziano, cabría cuestionarse, en este punto del discurso, qué tendría de positivo perecer, cuál es el factor irreductible que trasciende la infinita descomponibilidad de un cuerpo inerte, convertido en mero residuo despreciable a falta de un alma que lo habite. No en vano se afirma que, aun después de muerto, perdura como mínimo el recuerdo del fallecido, fragmentos memorables de su paso por el mundo distribuidos entre aquellos que se cruzaron en vida con el difunto, ya adulto, quiénes lo reavivarían narrando sus más célebres hazañas, aunque la forma de contarlas difiera por completo de la metodología empleada numéricamente.

En aritmética, la historia interminable de las cifras naturales siempre sigue una idéntica trama, la cual comienza por una unidad preestablecida que, sumándose a sí «misma», se acrecienta indefinidamente en cuanto multiplicidad. Numéricamente, hay una sola versión válida del (re)cuento regular, aquélla en la que 1 parte de inicio y se eleva luego como razón de la progresión total, ejerciendo tanto de medida inaugural como de medida proporcional, lo cual convierte la distinción entre cardinal y ordinal en un apunte superfluo, dado que uno va invariablemente primero, el dos a su turno segundo y así sucesivamente. En resumidas cuentas, el valor matemático que, en esencia, ostenta una coordenada cualquiera, cuya existencia la ubica en un espacio preexistente, le asigna de igual manera un orden fijo de relación, una única forma de unificar, uniforme pues, a la materia dispersa en torno a semejante marco vectorial. Una vez difunto, sin embargo, la unidad algebraica que conformaba el adulto se reduce prácticamente a cero, a la distancia insalvable entre los vivos y el cadáver en descomposición del muerto en cuestión, un principio métrico reduplicadamente desvirtuado por no resultar, tras haber expirado, ni esa medida situada justo al principio ni, tampoco, aquella medida que por principio orquestaba el avance de la secuencia natural. Una vez difunto, el adulto cesa de ser, apenas existiendo, el centro neurálgico alrededor del cual giraba su propia biografía, ese punto de referencia que, con total impunidad, imponía su casuística al conjunto de elementos restantes.

Lejos, entonces, de corresponderse con el referente que antaño gozaba de una vista preferente, el adulto, una vez difunto, se transmuta en algo (de)semejante a un punto de fuga del cual se derivan innumerables perspectivas; una variedad ilimitada de alternativas distintas a la hora de abordar los diferentes acontecimientos que, en su momento, marcaron la vida del recién muerto, susceptibles de múltiples interpretaciones según el recuerdo que desigualmente conserven sus más allegados. Hablando en

términos sintácticos, la unidad del sujeto gramatical se perdería en favor de la multiplicidad de predicados verbales que el fallecido regulaba, recombinables a voluntad por no haber ahora ningún patrón estricto de composición, una forma fija de articular la ligazón entre tales eventualidades. Visto de esta manera, el mundo deviene un rompecabezas descomunal, sin instrucciones de uso a las que hacer caso o carente, incluso, de una imagen modélica en la caratula de ese espacio cubicular donde se hallaba encajonado, desdibujándose la trama lineal que uno, seguido del dos, esbozaba en pos de un entramado distribuido en red donde cada pieza podría encajar con cualquiera de las demás, justamente, por coincidir en diferir entre sí, al no supeditarse ya a una identidad privilegiada.

Merced, otra vez, a una afortunada carambola del azar, me he adentrado – no sé del cierto si por suerte o para mi desgracia – en un tortuoso sendero del cual podría extraerse una imagen todavía más nítida del remedo ocular hacia el cual pretendía dirigirme yo, dándome acaso acceso a la percepción que codicio. A tal efecto, bastaría quizás con constatar que el haz, aunque discurriendo en línea recta, se propaga típicamente en todas direcciones, esbozando a medida que se alarga su diámetro un círculo en continuo ensanchamiento, cuya curvatura trazaría propiamente una espiral irisada en un espacio-tiempo cuadrimensional, tendida presumo hacia el mentado punto de fuga. Desplegando el campo metafórico, en definitiva, se obtendría la panorámica de un cono que, visto desde arriba o desde abajo, en dos dimensiones, conformaría la ilusión de una serie de circunferencias concéntricas que cabría asociar respectivamente a la pupila como aquel pequeño agujero negro en el centro y al iris tornasolado que no cesa de girar a su alrededor, circundado en último término por el blanco periférico de la esclerótica. A falta de una mayor profundización, parece desde luego cuestionable que nada de esto tenga realmente algo que ver con el objeto perdido, lugar sin ocupante y ocupante sin lugar según se anticipó, con el tiempo y la voluntad que albergan alternativamente tanto el hambre como el deseo fisiológicos o aun con la fiabilidad de un sujeto personal. Para lograr, entonces, ir un paso más allá, habría que aclarar hasta qué punto, e incluso de qué variedad de puntualidad se está hablando; hasta qué punto, decía, el objeto perdido se corresponde con la figura lumínica descrita, cónica ahora tras realizar tantos tumbos consecutivos.

A todas luces, el objeto perdido en su cariz de lugar sin ocupante, por no encontrarse en ese sitio donde actualmente se lo busca, se correspondería con aquella fase albar del haz, durante la cual cualquier color carece, en rigor, de una presencia fáctica que divisar, no hallándose ninguno estrictamente aquí “presente” a modo de suelo sin suela bajo la cual guarnecerse. Por otro lado, el objeto perdido en cuanto ocupante sin lugar, pues bien – ¿o mal? – debe estar en algún enclavamiento concreto aunque todavía por determinar, compete inversamente al hundimiento sufrido en torno al agujero gravitacional, ese foco de masa crítica en constante abatimiento cual suela sin suela sobre el que posarse. Blanco y negro, empero, en base al desplegable centelleante esbozado precedentemente, no constituyen sino los dos polos extremos entre un sinfín de estados interescales por los que la coloración circula en forma de hélice helicoidal.

¿Por qué ahora, no obstante, su mezcla heteróclita me provee con todo el repertorio tonal cuando poco antes no se obtenía más, sino menos, que aquel desalentador gris ceniciento? Solamente se me ocurre pensar – en caso que reflexionar tenga realmente algo que ver con la reflexión lumínica – que el punto medio entre claro y oscuro ha cambiado sin percatarme yo de estatuto, deviniendo el punto de no retorno una suerte de centro de involucramiento donde sí cupiera volver de nuevo.

Páginas atrás, sugerí que el gris en cualquiera de sus modulaciones se proponía franquear la distancia que separa aquellas tonalidades entre las cuales se establece convencionalmente una oposición máxima, fragmentando la unicidad de blanco y negro en una multiplicidad que pierde intensidad a media que se extiende para así cubrir el vacío entre ambos flancos, cuya mutua repulsión decrece en la misma proporción que empequeñecen. Por fácil que parezca esta metodología a primera vista, no obstante, hasta ahora siempre me he topado con alguna que otra dificultad que ha venido a complicar(me) las cosas sobremedida, aquí, el hecho de no alcanzar a ver cómo una disminución cuantitativa repercutiría decisivamente en la calidad de color correlativa: ¿una parte menor de negro no resulta igual de opaca que la anterior, mayor? La degradación posterior responde, por ende, a un factor adicional, según creo, el requerimiento de una cantidad determinada de extensión para que la calidad en cuestión goce de cierto grado de intensidad o, si se prefiere, la presunción de una unidad de referencia ideal que nos permita captar que algo existe verdaderamente, esbozando una especie de umbral sensorial por debajo del cual todo pasaría desapercibido. Puestos a teorizar, imagínese por un momento que el negro, semejantemente al blanco, resultara divisible en siete porciones correspondientes a cada color del espectro irisado, quedándose en su primera repartición con una $6/7$ fracción de sí. Para recobrar, entonces, una vez más la visibilidad de uno, habría que combinarlo con su $1/7$ contraparte, a saber, aquélla perteneciente a la última división del blanco situado en el costado contrario, obteniendo en suma el valor exacto de ese tono cenizo con una mayor preponderancia de oscuro. A fin de cuentas, solamente pretendo señalar, o quizás hacer notar, que la entereza del gris depende de hipostasiar una medida general que fije la tasa de presencia que debe tener una existencia particular para devenir, a todos los efectos, un lugar ocupado o un ocupante localizado, poco importa dado que son lo «mismo», dejando en este sentido de lado el objeto perdido en sus dos facetas diferenciadas, lugar sin ocupante y ocupante sin lugar según se anticipó.

El moldeado irisado, por consiguiente, deberá implicar de alguna manera al extravío en ambas modalidades para diferenciarse propiamente del modelado que concierne a cualquier grado de gris, lo cual acaso acontezca cambiando el susodicho parámetro de referencia por aquella inflexión que dobla la senda lumínica, espontáneamente rectilínea si se plasma en dos dimensiones. Desde luego, la estrategia que el gris emplea con el objetivo de obtenerse a sí «mismo» no le vendrá ya a nadie de nuevo: según parece, atenúa la rigurosidad del concepto de lugar para erigirse como el producto combinado de extremos contrapuestos. A estas alturas, todo el mundo sabe que distintas cosas resultan incapaces de coexistir en un solo sitio a la vez, aunque la cláusula aludida no

impida que se las divida en partes de decimal para que en conjunto den exactamente uno, una unidad entera a partir de la suma variable de factores fraccionarios. El gris, por ende, fragmenta el recorrido descrito por la recta en una secuencia discontinua de puntos donde cada cual representa la simultaneidad entre varias instancias subalternas, en ese «mismo» tiempo que espacialmente coincide consigo «mismo». El reto, empero, se torna tanto mayor cuando la dualidad entre opuestos se eleva hasta su contradictoriedad, presumiblemente asumiendo que el blanco carece en concreto de color alguno mientras que el negro, por el otro lado, los engloba a todos sin excepción. A pesar empero de las apariencias, aun y la más que patente falta de presencia del blanco en cuestión, su sola referencia descarta que pueda tratarse de algo que en realidad no es nada, pues de lo contrario ni tan siquiera cabría mencionarlo. Lejos entonces de las particularidades materiales que el negro aglutina, el blanco se correspondería con la forma que generalmente se atribuye a una figura determinada con independencia de la tonalidad sujeta a (s)elección, ese esbozo de dibujo que tinter, se mostró, en esencia comportaba. A este respecto, el gris se convertiría en la identidad que, compuesta por contrarios, incluso salva su contradicción fundamental, la diferencia entre el blancor formal y esa materia ennegrecida.

Bien – ¿o mal? – diferente resulta, sin embargo, la perspectiva que la irisación aporta respecto al haz decolorado, que gira ahora en torno a una ondulación continua provocada, a todas luces, por aquella inflexión intrínseca a la línea en vez de abogar por una fragmentación discontinua que un parámetro de referencia extrínseco ampararía. Para empezar, de una a otra se percibe que la aproximación conceptual hacia el blanco cambia drásticamente, de la posibilidad clásica hasta la virtualidad moderna, de una forma abstracta de limitar la materia hasta una rica profusión, a su turno formal, cuya invisibilidad no compete ya al género de color que las distintas especies tonales comparten, a esa esencia que arquetípicamente subsume cualquier presencia que se preste, sino al hecho de sobrepasar el propio límite existencial, esa cláusula fáctica que la realidad parece imponer por doquier, no manifestándose por derecho ante tanto donde poder escoger. La identidad externa que ejerce de pauta reguladora para cualquier tonalidad, evitando que se salga del contorno preestablecido, se convierte por ende con el tiempo, modernizándose, en un cúmulo nebuloso de diferencias internas en cuanto concrecencia del universo cromático, un «universal concreto» en palabras de Deleuze.²⁹ A estas alturas, no obstante, todo el mundo sabe que el estado gaseoso del agua como nube vaporosa termina precipitándose en lluvia, llenado el mar mecido por el viento levantino que así se ondularía. Cabe preguntarse, pues, de qué manera se abate parejamente el rayo luminoso, sucumbiendo a una gravedad que, tarde o temprano, pasará inevitablemente por el negro. Para acabar, entonces, la negrura se asociaba antiguamente a la mezcla del conjunto integral de colores, a la vorágine desenfundada de presencia carente de esencia alguna, cual suma de multiplicidades sin una unidad de medida que contemporice su acumulación, coordinándola al ejercer de instancia cardinal. El negro en su interpretación contemporánea tiene empero más que ver con la

²⁹ Cf. Gilles Deleuze, *La isla desierta y otros textos*. Pre-textos, Valencia (2005), pp.59-60.

muerte termodinámica del universo³⁰, con el momento desfalleciente en que su energía global se ha disipado enteramente en calor no aprovechable, condensada toda ella, acaso, en aquel agujero gravitacional acerca del cual no hace demasiado estaba hablando, sea quien sea yo.

Se observa, en tal sentido, que la fría paleta de grises, aunque colorida, le falta la calidez que le brindaría una mayor variedad de tonos en su tétrico repertorio, lo cual acaso acontezca tras darse uno cuenta de que en absoluto basta con homogeneizar luz y tinieblas para que cada color logre alcanzar su máximo esplendor, en suprimir artificialmente la dualidad contradictoria entre materia y forma para obtener una identidad como mínimo dudosa, ya que en ningún momento se llega a justificar de qué manera se produce el salto entre una cantidad y una calidad tradicionalmente incompatibles. ¿Cómo cabría combinar ora la densidad, ora la etereidad de una y otra; cómo convertir la oposición estricta en una limitación funcional, para describir alternativamente aquella clásica controversia acerca de la interacción entre presencia y esencia, cosa y concepto si se prefiere? Cuando identificar las semejanzas no resultaba una opción, recuerdo vagamente haber resaltado sus diferencias respectivas para seguir avanzando en mi genuina tentativa, respetando pues la heterogeneidad espontánea entre blanco y negro con la mira puesta, ahora, en el espectro irisado. No se trata, por lo tanto, de ensalzar la unión concertada entre un dúo cuyo antagonismo se neutraliza al final, sino de descubrir la unidad dual, desdoblamiento y no duplicación, que desde el principio articula su enigmática transición, sacándola en claro.

Hablando pues de aclarar las cosas, y a través de ellas también disipar la oscuridad que enturbia el concepto, debería enunciar de una vez por todas lo que le pasa por alto, o incluso desapercibido, al gris para manifestarse en contra de cualquier tipo de irisación, pese a la elementalidad de su descuido: la claridad está inextricablemente ligada a la proyección de una sombra con la que jamás se mezcla; no hay luz, en otras palabras, que no arrastre consigo un trasfondo lúgubre, ninguna estrella reflectante que no implique inversamente la absorción gravitacional ejercida al extremo por el agujero sideral. El color, por consiguiente, meramente se presenta en forma de mixto material, de compuesto intermedio entre blanco y negro de donde surgen los distintos grados de gris; el color meramente se presenta en forma de mixto material, decía, tras mixtificar su reversibilidad inherente, al obviar su carácter bifásico en cuanto radiación y no sólo iluminación, cuyo anverso cromático complementa un envés calorífico como cara oculta del haz lumínico. El calor, justamente, concebido en física a modo de transferencia energética de dentro hacia fuera, constituye la externalización de aquella diferencia interna que el albor no parece capaz de expresar en estado puro dada su invisibilidad intrínseca, una suerte de brutal revés con el que sacar a relucir ese derecho cuya nitidez traspasaba la mirada sin ni siquiera impresionarla. Únicamente a través del calor, en definitiva, el color acaba por precipitarse, cediendo la onda flotante, en un primer momento ascenso que la cresta encabeza, a esa naturaleza corpuscular que también concierne al haz en segunda instancia, describiendo a continuación una curva de bajada

³⁰ Cf. G. Deleuze, *Diferencia y repetición*, pp.335-336.

que el valle remata como centro de gravedad. El calor, lo repetiré de nuevo, no es sino la alargada sombra del color, su despotencialización o, si se quiere (y dura), actualización al socavar parcialmente su virtualidad o excesividad de partida aun sin necesidad de partir nada en absoluto, cosa (a la vez que concepto) que le otorga un vislumbre de profundidad, un aspecto voluminoso en la medida que lo proyecta en una dirección diferente a la altura y anchura longitudinales mediante las cuales se suele definir su rango dentro del espectro irisado, aquella calidad que ostenta una cantidad determinada de sinuosidades.

Sólo siguiendo este tortuosos sendero, una onda cualquiera adquiriría esa tridimensionalidad que la convertiría, mientras gira sobre sí misma, en esa espiral proclive a la irisación, deviniendo en tal sentido un entramado formal cuya contorsión revertiría su ascenso previo en un descenso postrero, material por su lado, a través del cual formar, a todas luces, una suerte de anillo de Moebius³¹ retorcido donde la cara interna se alterna con la externa, un remedo de globo ocular que lograrse compaginar ora la ligereza inherente al color, ora la gravidez que el calor desprende, aunando blanco y negro sin necesidad de superar aquella contradicción entre opuestos. Cabe decir, no obstante, que la serie de altibajos que constituyen desemejante tornasol helicoidal en absoluto gozarían de compactibilidad alguna a menos que algo, o mejor nonada, las hilara, un único eje de rotación que devanara su trabazón, que implicase a la vez todos los gradientes de luz en la esfericidad del ojo anhelado.

Volviendo pues a las dos dimensiones para intentar sortear su ininteligibilidad, se entrevé que las distintas inflexiones esbozan en conjunto una línea tangente que idealmente las corta, alrededor de la cual se produce su doblez o incluso la transmutación de calidad a cantidad y viceversa. Dada, entonces, la unicidad del centro de revolución, me atrevería a afirmar que la multiplicidad de pliegues que traza una curva al azar deben su cohesión a una instancia móvil que se desplaza de lado a lado, un punto intermedio merced al cual acontece la permutación entre luz y tinieblas, desde el principio en el albor centelleante con la sola pretensión de urdir el avance hacia su ensombrecimiento paulatino. ¿Y quién, salvo el precursor sombrío, resultaría el candidato idóneo para suscitar la sombra que toda claridad comporta? El tercero en discordia, como auténtico impulsor de la profundidad, tercera ella respecto a la altura y anchura que proyecta, no se corresponde por ende con la forma conceptual periférica, tampoco con la recóndita materia cósmica; antes bien – ¿o mal? –, representa la fuga de calor que el color padece, aunque también actúe de colorante durante el propio proceso de calentamiento. Si algo es, esa nonada buscada y jamás hallada no parece sino la cruz que cada cara trae consigo o, mejor dicho, el ínfimo grosor que articula las dos facetas diferenciadas del haz lumínico, la subida ondular con su bajada corpuscular correlativa, la calificación cuantitativa al tiempo que la cuantificación cualitativa. Marchando pues a lo largo de desemejante recorrido zigzagueante, la aparente pérdida cromática o calorífica en detrimento del otro aspecto del espectro coincidiría, en tal sentido, con lo

³¹ Como amante de las figuras retóricas, no puedo evitar referenciar la bella imagen que en la literatura fantástica se nos ofrece de este sutil pasaje a través de la enigmática bolsa de Fortunatus en cf. Lewis Carrol, *Silvia y Bruno*. Akal, Madrid (2013), pp.379-381 (cap. 7).

perdido en tanto que envés escondido tras el anverso manifiesto, ya porque la profusión de color deja el lugar sin ocupar, ya porque la sombra por sí sola meramente perfila la silueta difusa de un ocupante carente de lugar, el trémulo espejismo a ras del suelo provocado normalmente por la alta temperatura del ambiente.

No hace demasiado, hablé quizás un tanto a la ligera – combinándola a estas alturas ya con la propia pesantez – acerca de interioridad y exterioridad, nociones que intuitivamente parecen avenirse más con la imagen de una esfera que con aquella hélice en torno a la cual estaba discurriendo yo, sea quien sea por el momento. La figura globular, en efecto, se ajusta con mayor facilidad al requerimiento de un contenedor externo repleto de contenido interno, asociables ambos respectivamente a la superficie clara revelada por la luz y al nicho oscuro que yace en sus profundidades. De ser así, todo pasaría por el encierro, bastando pues con postular una especie de principio de clausura que desde buen comienzo garantizara el desnivel que uno cualquiera vislumbra entre exógeno y endógeno, concebidos a modo de polos opuestos que pese a todo se imantan. El problema, empero, radica en que nada justifica el engaste entre estos dos órdenes espaciales, similarmente acaso a la dificultad que encontrábamos en dilucidar qué célula acababa subsumiendo a la otra, cuál era el comensal y cuál el comestible habida cuenta de su igualdad rigurosa. ¿No resultaría entonces más sencillo, aunque no desde luego simple, abogar por una fina membrana polarizada, de ínfimo grosor, que imbricara desigualmente ambas polaridades, algo – o mejor nada – desemejante a un límite liminar cuya singular naturaleza ejerciera de diferenciante para tan diferentes ocupaciones? En ese sentido, no obstante, las cosas al tiempo que los conceptos de interior y exterior cambiarían radicalmente, volviéndose con este giro argumental aquella onda/corpúsculo helicoidal, de nuevo, plenamente pertinente.

No hace demasiado, decía, por un momento alcancé a ver, no para mi desgracia literalmente, que el vaivén descrito por la luz radiante intercalaba una puntada de color con otra de calor en pos de su confección alegórica. En especial uno, no obstante, debería cuidarse de no confundir este apuntalamiento alterno con el mero hilvanamiento de una multiplicidad de puntos, aun tratándose de inflexiones. Desconozco, lo admito, si es acertado aquel proverbio popular según el cual observando se llega a aprender, pues yo ni sé ni veo nada, aunque desde luego resulte de dominio público que el zurcido a través del cual se teje la banda visible del bordado comporta el movimiento de arriba a abajo del hilo sujeto a la aguja, costura que a su turno se asegura con un gesto inverso de abajo hacia arriba, urdiendo así una sutura por el costado oculto que afianza la primera pasada. Intento enseñar, ya que por lo visto no aprendo todavía, que en ningún caso el color, como tampoco el calor, representan un estado cualitativo o cuantitativo en estático, sino que su formación implica, según creo, una dinámica distribuida en fases, que no niveles, inscrita entre dos tiempos cuya subsistencia espacial dependería, a todas luces, de su mutua reciprocidad, puesto que la costura no constituiría un ornamento de la tela sin que la agarrasen por detrás ni la sutura remache alguno sin tener a la postrema por delante, (de)semejantemente acaso a como un lugar ocupado o un ocupante localizado, poco importa dado que son lo «mismo», exigen la contemporaneidad del

lugar sin ocupante y del ocupante sin lugar. Intento enseñar, en definitiva, que a la física moderna no le falta razón – quizás porque su estimación parece avenirse con mi discurso – cuando considera el calor como transferencia energética de dentro hacia fuera, cosa (y a su turno concepto) que me dotaría de la voluntad indispensable para poder afirmar que el color, justo al revés, remite por su lado al proceso inverso, yendo por ello de fuera hacia dentro. Intentando yo enseñar algo, por consiguiente, se aprendería de alguna manera que no hay un afuera y un adentro autónomos, sino más bien – ¿o mal? – que la dualidad estricta entre interioridad y exterioridad exige ante todo una ida ascendente y una vuelta de descenso que oscilen entre los dos flancos trazados por aquella tangencia ideal, realmente uno de doble – en referencia por descontado al dos – en la medida que dicha división procede de un filo que en absoluto corta, escindiendo al tiempo que enlaza ambas presuntas mitades. Irónicamente, en aras de visualizarlo, (no)nada se me antojaría más sencillo, pese a su innegable complejidad, que imaginarme plegando un pedazo cualquiera de tela, lo cual acaso bastaría para crear una envoltura que le permitiese incluirse a sí *misma*,³² cubriendo la cara cóncava con la convexidad que se desprende de doblarla o fundando, si se prefiere, la doblez su propio desdoblarse.

Queda claro, por ende, pese a que por el otro lado permanezca un tanto oscuro, que una hélice tornasolada capaz de plegarse, merced a la inflexión, devendría a todas luces una suerte de esfera en tanto que envoltorio a su turno envuelto, en cuanto cobertura que se pone ella *misma* a cubierto, volviendo ello inteligibles las palabras que recurrentemente profiere Deleuze acerca de la naturaleza espontánea del ojo, que tilda de «luz ligada»³³ sólo, empero, en connivencia con las tinieblas. El glóbulo ocular, en consecuencia, se constituye a través del continuo revertirse de una interioridad que sale y de una exterioridad que entra, de aquel curvarse hacia dentro en el momento que la cresta ondular desciende y su retraerse hacia fuera cuando el valle corpuscular asciende correlativamente, un doble proceso acaso comparable al vaivén descrito por el oleaje marítimo, que promovido por el viento levantino levanta, etimológicamente como mínimo, el piélago en calma a la vez que lo (de)pone, soplando pues también desde poniente, en una única dirección que compete por (des)igual a sus dos sentidos inversos, de arriba a abajo y de abajo hacia arriba conforme a la altitud longitudinal. El globo ocular, lo repetiré de nuevo, se da en el giro que retuerce por el medio el rayo lumínico, combinando su avance extrínseco en círculos menguantes con esa tergiversación intrínseca al hilo, que además de rodar rota sobre sí para generar una onda específica de color pertrechada por el calor corpuscular, donde se intercalan una pasada blanca y otra negra sin llegar jamás a mezclarse, cual prenda de encaje que compagina su ligereza con la gravidez que acarrea el fino grosor de la hebra, formalizando la materia y materializando la forma a un tiempo. El ojo debe su firmeza aparente, en pocas palabras que, dentro de (no)nada, por fin se abordarán, viendo espero cómo pueden estar éstas

³² Gilles Deleuze, *El pliegue. Leibniz y el Barroco*. Paidós, Buenos Aires (1989), p. 34: «¿por qué algo iba a estar plegado si no es para ser envuelto, puesto en otra cosa?», aunque otro resulte ahora uno *mismo*.

³³ G. Deleuze, *Diferencia y repetición*, p.155: «El animal se forma un ojo al determinar la reproducción de excitaciones luminosas dispersas y difusas sobre una superficie privilegiada de su cuerpo. El ojo liga la luz, es él mismo luz ligada.»

compuestas de letras; el ojo debe su firmeza aparente, decía, al desplegamiento centelleante que paradójicamente ejecuta en virtud del pliegue, creando un envoltorio/envuelto a pleno color gracias al apoyo incondicional que el calor le ofrece. Una formación como la ocular, creo haberlo aprendido, irisa la policromía latente del haz, expresa su exceso existencial a modo, ya que solamente modalizando o ennegreciendo sus atributos, por hablar en terminología spinozista, la luz blanca adquiere cierto grado de visibilidad; expresa su exceso existencial, decía, a modo parcial de defecto esencial, manteniendo todavía todo el potencial aletargado del haz aunque incumbiendo ahora a dos modalidades por completo dispares, como radiación degradada caloríficamente que así se colorearía.

Habría que tener presente, no obstante, que dicha coloración poco impacto ejerce, o apenas ninguno, sobre el mundo fáctico. En este sentido concreto, como también universal, el ojo resulta únicamente, pese a su desdoblamiento, la expresión manifiesta del haz centelleante, un mero efecto óptico producido en el laboratorio por un prisma translúcido que, a diferencia del punto de inflexión, no promueve empero su enroscamiento, desplegando entonces el rayo lumínico sin que por eso *mismo* se envuelva. El ojo se parangonaría, en este sentido concreto, al abanico abierto que la carta de color encierra, una muestra preformada de su existencia posible aunque aún por realizar o no encarnada todavía en capa de pintura. Para que semejante expresión cause pues cierta impresión, para que una tal existencia posible se torne propiamente la posibilidad de lo existente, debería recordarse quizás que la coexistencia, en el impresionismo más moderno, de poco o casi nada valía a falta de contrastes. En este sentido concreto, también no lo olvidemos universal, no parece casualidad que la mayoría de los seres vivos formen su campo de visión en torno a un par de órganos funcionales. Si con un solo ojo operativo basta para ver, ¿por qué se recurre evolutivamente a semejante redundancia cuando la naturaleza tiende a optimizar con intachable eficiencia sus recursos? Tantas coincidencias, la duplicación superficial no meramente de los glóbulos oculares sino además de las orejas, manos, mandíbulas e incluso fosas nasales; tantas coincidencias, decía, suelen acarrear una causa profunda que las vincula a todas ellas entre sí, en el caso visual, la necesidad de otra óptica para que uno salga a relucir pictóricamente.

Frente a frente y aún sin testa, la copresencia de al menos dos de los innumerables haces de luz que el sol emite, ni esencia virtual ni tampoco presencia real sino más bien – ¿o mal? – pre(-)sencia actual que proviniendo de la policromía inicial precede al tinte final, provoca que cada cual se acabe formando tras desempeñar su función inherente, según creo percibir lo que se ilumina, tras entrar la onda/corpúsculo que el rayo entraña en contacto con aquello foráneo, en el momento que la inflexión como diferenciante se transmuta en un repetidor capaz de canalizar su reflexión, conjuntándose en la medida que intercede la disyunción, que la diferencia interna entre colores merced al calor se diferencia. Aunque admito que a primera vista quizás parezca una reconstrucción un tanto inverosímil de la fisonomía individual, prometo no defraudar a nadie cuando, de nuevo, me vea impelido a encauzar mi búsqueda hacia la imagen plana o bidimensional,

ahora con un remedio de profundidad por su sombreado, de la susodicha claridad lumínica. A estas alturas, se habrá aprendido ya que un color cualquiera del espectro, con una determinada curvatura oscilante, irradia correlativamente calor, el cual proyecta de algún modo hacia fuera el coeficiente inherente de variación que tal ondulación describe, aquella longitud y período cuyo valor establece su rango específico dentro de la gamma irisada. A todas luces, la energía calorífica desprendida se propagará hasta las inmediaciones de sus múltiples convecinos incipientemente coloreados, penetrando por transmisión térmica en ellos, generando incluso una disonancia en la zona corpuscular afectada que comprometería la continuidad original de la línea en cuanto recta que empequeñeciéndose se curva, un alejamiento o una aproximación del valle respecto a aquella tangencia ideal según se aumente o disminuya la temperatura del segmento sobrecalentado, lo cual le provocará un desequilibrio análogo, acaso, al de un pie que a media zancada se le añadiera o quitara súbitamente peso, alargando eso la trazada de su paso improvisado para no llegar a derrumbarse. En las dos casuísticas, uno – sea cual sea – se vería forzado a ampliar el arco inscrito entre ambas piernas o, si se prefiere, a ascender la cresta ondular por encima de su límite acostumbrado o, mejor, frecuentado al resultar la frecuencia el parámetro aparentemente modificado, concavidad que pasado este apuro incluiría por debajo, en su reverso convexo, tanto el descenso propio como el ajeno dado su ensanchamiento paralelo o incluso simétrico.

Cual seísmo, el contraste calorífico acaecido en lo más profundo del haz, inmerso por ello en la oscuridad, hace que su superficie clara sobresalga, elevando la colisión corpuscular al propio ascenso ondular, que a estas alturas ya se mostraría quizás en todo su esplendor, a pleno color. Ni a mí ni a nadie, no obstante, le va resultar tan fácil acceder a su visionado: para sacar a relucir una tonalidad, está debería abandonar el registro óptico y (re)vertirse en un trazo de pintura que sí manchara, tintando la realidad en vez de ceñirse exclusivamente a una actualidad que en rigor no actúa como colorante. Nuestro clásico error, pecando yo incluido de ingenuo, radica en juzgar que nuestra rojez predilecta se corresponde fidedignamente con el rojo, que la calidad percibida representa sin más (allá) aquella propiedad relativa a cierta cantidad, casi como si una palabra guardara alguna similitud aparente con el referente que designa, lo cual ocurre, curiosamente, con el “ojo” en caso de imaginarse alguien que dicha “j” perfila un esbozo esquemático de nariz. Desde luego, cuesta admitir que una coincidencia aislada obedezca, también ahora, a algún tipo de causa subterránea, siendo por suerte sólo una mera falsa alarma de terremoto.

Las piernas, en cambio, sí me tiemblan ante la revelación que, creo sentir en mis presuntos miembros, se avecina, la cual entreví páginas atrás de modo empero un tanto simplista; la entreví, decía, cuando consideré que nuestro rojo predilecto se encontraba realmente compuesto por la mezcla heteróclita de amarillo y naranja, cosa que cualquiera mínimamente versado en el arte pictórico suscribiría sin mayores dificultades. Su complejidad inherente, por ende, requiere de una especificación ulterior, llevándome esto a tildar el rayo emitido de amarillo, conforme a los dibujos infantiloides que todo el mundo adulto elaboraba de niño. Por pura proximidad, esta luz

amarilla, una de los siete vástagos de aquella blanca, se relacionará con el calor cedido por la línea hermana de color naranja, produciéndose entonces la mentada disonancia que, he aquí o mejor allá lo complicado, resulta a su turno resonante. No hace demasiado, se planteó que desemejante traspíe en el plano inferior repercutía por otro lado en la dimensión superior, que se ampliaba para compensar internamente el desajuste sufrido desde el exterior en un intento por reequilibrarse. Entretanto, sin embargo, sigue persistiendo un ligero desfase entre la claridad enaltecida y su oscuro correlato, escindida según mi ejemplo paradigmático en dos facciones, más que fracciones, tal y como la sombra del actor ante los focos, quién ve multiplicada su silueta umbría sobre la tarima del escenario. Así, lo claro no constituye sino el arco imaginario tendido entre ambas proyecciones, cuyo resplandor enrojece, incrementando su longitud de onda, tras incluir en la banda ancha, corpuscular, su amarillez pertinente (dis)junto con aquel calor anaranjado alieno a sí.

El haz, a todas luces, cambia entretanto de color, pero nada en absoluto parece demostrar que una tal transición baste para hacerlo devenir tintura. Un efecto desemejante, sin embargo, debe tener alguna causa oculta, en el caso que nos ocupa, la dislocación de la línea lumínica en cuestión o, incluso, el torcerse de su con(-)torsión, aunque probablemente resulte más sencillo, no desde luego simple, decir que la irrupción de la alteridad en su propio envolvimiento rompe la consonancia hasta ahora conservada entre ambas caras – al tiempo que cruces – de desemejante pliegue (des)dobrado, provocando una suerte de interferencia entre la calidad de arriba y aquella cantidad de abajo, independizadas una de la otra en este segundo momento del aspecto espectral, concreto primariamente además de universal. En términos tradicionales, para entenderlo mejor, se aduciría al respecto que la forma general se ha desvinculado de las particularidades materiales, o como a mí me gusta describirlo, que las piernas se han emancipando del torso que las une a ellas con la cabeza. En términos tradicionales, no obstante, nada se mencionaría acerca de ese estado de convergencia original que, en última instancia, funda la divergencia entre ambos flancos desencajados, juzgando a la doblez cual dualidad estricta o carentes macho y hembra, si se prefiere, de ningún parentesco remoto con el hermafrodita. A la cantidad no le queda entonces más alternativa que cuantificarse, buscando mediante su subdivisión la forma de llegar a contenerse; la calidad recalificada, por su parte, se convierte hipostasiándose en una entidad abstracta, ávida de materia que subsumir por su manca congénita de contenido. Evacuado hacia afuera o vacía por dentro, la única opción de cerrar el abismo infranqueable que se abre entre el amarillo anaranjado y la rojez del ejemplo, cuyos procesos resultan aquí ya no inversos sino opuestos, pasaría entretanto por recurrir a una causa primera, venida de no se sabe bien dónde, mediante la cual se estableciera que a pesar de su aparente disimilitud ambos flancos formulan esencialmente lo «mismo», inscribiendo el hecho izquierdo y el derecho de la derecha, poco importa, en aquella ecuación que procede algebraicamente a la igualación de la unidad cualitativa con la multiplicidad cuantitativa.

Así sería, en efecto, si uno tuviera los andares del cangrejo, si al caminar no se alternara una pierna con la otra, que a pesar de su distinta lateralidad se coordinan no obstante entre sí, lo cual acaso constante que aun y su dislocación no ha habido, entretanto, una verdadera desconexión entre la curva cerrada circularmente en banda y la recta cuya mera apertura comporta su prolongación indefinida, sino que la flexibilidad primaria de la línea subsiste o, mejor, insiste secundariamente de forma (o materia) alterna, bosquejando una solución alternativa a aquélla que nuestra inveterada tradición nos aporta, yo me incluyo, por costumbre metodológica. La aparente (o inteligible) dualidad constituida por esa presencia y esencia contrarias u opuestas, al límite contradictorias, interpelará pues auténticamente – faltando a la verdad hasta aquí contada, mintiendo incluso – a un redoblamiento postrero como prosecución de aquel desdoblarse previo en luz y tinieblas. ¿Qué me legitimaría a afirmar algo, o mejor nonada, desemejante?, se preguntará para motivar, sospecho, mi pronta respuesta, dejándome ya de rodeos. Por lo que a mí respecta, la credibilidad de dicha asunción se basa en que un color/calor cualquiera del espectro visible carece propiamente de matices, que una tonalidad como la roja no puede adquirir sólo consigo ese tono sangre que haría realidad a su actualidad. El diferenciante, en este sentido concreto, necesita repetirse, iteración imposible de reproducir sin diferenciarse él *mismo* de otro, puesto que sin otro nunca llegaría a ser rigurosamente él *mismo*, de (des)igual manera que uno suele reconocerse al contemplar su reflejo, alieno a sí, en el espejo, tras una segunda vez que diese cuenta de la primera.

Sigo, por lo dicho, adelante para volver de nuevo, retrocediendo, a nuestro color predilecto – como dentro de poco se verá, rojo pasión, mi tono de tonalidad favorito; palabras que adrede repito con la intención de recalcar el viraje semántico que éstas han padecido. Empezaré, o mejor quizás, recomenzaré con un hecho físico de sobras conocido: el contraste térmico se termina estabilizando, templándose la diferencia calorífica entre frío y caliente o, si se prefiere, la perturbación sufrida por aquella parte corpuscular, regresando la sombra duplicada en amarillo y naranja al estado preliminar a la vez que su contraparte ondular, la cual cesa de brillar con ese intenso fulgor rojizo, ambarino tras ir perdiendo altitud. La conjugación verbal que infinitivo y gerundio sugieren conjuntamente en la frase precedente resulta, según creo, decisiva para llegar a comprender el alcance real de una tal aseveración: la disminución correlativa de longitud y anchura se produce paulatinamente, no de forma (o materia) instantánea. Si todo ocurriera, verdaderamente, en un solo momento, semejante hipótesis nos dejaría con la igualación algebraica como única opción viable, recurriendo ella a una homogeneización espacial que le permitiría, no se sabe bien cómo, cotejar la mezcla pictórica de amarillo y naranja con la rojez óptica, aunque el salto del flanco izquierdo al derecho continuase resultando tan injustificable como, también, la asunción de que el calor combinado pinta y el color aislado se ve.

Y aunque en realidad así acontezca, el problema es otro muy diferente, tanto que acaba repitiéndose: la disminución correlativa de longitud y anchura, decía, se produce paulatinamente, aminorando de manera progresiva la altitud resplandeciente al tiempo que, por debajo, la sombra amarillenta gana terreno, deviniendo más dueña del

escenario a medida que su anaranjada hermana se retira, todo mientras se va produciendo su acoplamiento gradual, pasando entonces entre las dos por cada minucioso matiz de rojo hasta llegar la latitud a neutralizarse, sospecho, a modo de vertical inversa a la altura, cuando el sol de mediodía vuelve indiscernibles, en su cenit, la claridad que irradia de caras respecto a su cruz umbría. Entretanto, empero, durante desemejante proceso escalonado de retorno al principio, de color/calor amarillo según mi ejemplo, la retraída rojez de arriba entraría en consonancia con el disonante acorde que le sobreviene a la anaranjada amarillez de abajo, resonando ambas fracciones – la calidad y la cantidad por separado, no en uno solo sino durante el transcurso de este segundo momento – al unísono, confiriéndola la una a la otra esa perspectiva alternativa de sí *mismas* que dejaron de apreciar, la oportunidad de verse reflejadas para poder reconocerse en su alteridad.

He aquí, o mejor allá, aquella fundada coincidencia entre el ojo, la palabra formada por letras e incluso yo, afinidad de la que justo me doy cuenta ahora, puesto que en absoluto nos une aquel simple parentesco con una causa primera, sino que los tres parecemos más bien – ¿o mal? – el efecto complejo de un tercer momento (dicordante) del devenir, la posterior armonización de una profusa variedad de notas previas. Contémplese, si no, sin prejuicios o aun con propiedad el ojo, quién habitualmente se interpreta, de modo acaso un tanto simplista, como el legítimo propietario de esa impresionante capacidad para reconocer a la luz en todo su esplendor, a pleno color. Desde luego, semejante aproximación al campo visual no muestra más que un mínimo atisbo de su auténtica idiosincrasia, constituyendo sólo una mirada sesgada de lo que realmente llega a hacer. A primera vista, el ojo se encarga antes de la recepción material del estímulo para después emitirlo en forma de reacción perceptiva. ¿Cómo se produce, empero, un tal trance, que no un trance tal? Ocularmente, se somete a reevaluación ora la coexistencia cromática primaria, ora el contraste calorífico secundario, invirtiéndolos entre sí con el fin de que ambos procesos se acaben complementando mutuamente. Y dado que en el párrafo precedente empecé, o mejor, recomencé con un hecho físico de sobras conocido, siento repetirlo, en adelante me veo con el derecho de terminar, en base ahora a mis gustos personales, con una ficción metafísica, también consabida en la medida que ya se ha hablado de ella: el ojo resulta, según creo, la irisación intermedia entre blanco y negro o, si se prefiere, entre esclerótica y pupila, afirmación acerca de la cual tengo, cada vez, menos razones para titubear, decidiéndome finalmente a dejar los rodeos aparte.

¿A qué se debe, no obstante, esta flamante resolución? Repercute, como no, a la lumbre ambarina – por alternar rojo, amarillo y naranja, color y calor cual flama – con la que anteriormente lidié, apoyando pues el pasado al porvenir de la misma manera que la pierna delantera se impulsa sobre la trasera. Baste decir, en fin, que si el ojo implica la claridad al completo además de la oscuridad en toda su entereza, éste coincidiría justificadamente con un actor cuya transparente silueta no le impediría, asimismo, proyectarse sobre el escenario en siete sombras dispares. El ojo resulta, lo creo firmemente, ganando a su turno fiabilidad mi dictamen; el ojo resulta, siento repetirlo,

la máxima expresión de longitud y anchura, o aun su imagen invertida respecto a lo que a primera vista parecía, en este segundo un punto focal blanco que se eleva, ligero, en lo alto (dis)junto con un denso manto de tinieblas por debajo. Según lo expuesto, cabría esperar que, con el tiempo, una rica pluralidad de matices compareciese en el seno ocular, pero nada – o nonada me atrevería a afirmar – desemejante ocurre tan fácilmente, lo he aprendido a las malas. Entonces, ¿qué pasa en realidad hasta qué pasa a la realidad? Por una parte, a la inferior, como f(r)acción calorífica fragmentada en siete avatares distintos, le sucede algo fuera de lo común, francamente impensable excepto por aquellos versados en los cambios de mayor brusquedad: habida cuenta del contraste térmico radical entre la sombra roja y violeta, los dos polos extremos de esta umbría hermandad, el calor se condensa, abandonando la sutileza del gas para verterse en un espeso líquido, en minúsculas gotas de pigmento, cuya mezcla heteróclita termina realizando ese remedo de negro que típicamente tinta la pupila, materializando ello el ojo. Por otra parte, la superior, está claro que la interacción progresiva – en absoluto instantánea – de cada representante del espectro cromático en aquel dominio sombrío proveerá a su contraparte, en virtud de la mentada resonancia, con una espléndida gamma de modulaciones, colmándola a medida que su proceso avanza; prodigalidad mediante la cual, en última instancia, se sintetizarán puros extractos de color, la integralidad de cualquier tonalidad a partir de sus notas o tonos derivados, evocando así aquella melodía pretérita, ya olvidada, donde todos y ninguno coexistían en el blanco de la esclerótica, recuerdo que de alguna lo volvería, al ojo me refiero, plenamente formal.

En desemejante teatro dual, escindido entre aquella formación pictórica y esta función de rememoración óptica, todavía habría que hacer subir un espectador al azar de entre el público, escogiendo yo por predilección el rojo que la butaca presumiblemente ostenta. Ajeno, empero, el asistente a la trama que aún se está llevando a cabo, éste se aproximará a la palestra como ese espectro rebotado del haz que nuestro mullido asiento repele, a modo de onda corpuscular cuya energía calorífica absorberá el negro por carecer, tras la culminación de aquel segundo momento del devenir, de nada que contrastar en la total oscuridad, mientras que el blanco, entretanto, reflejará contrariamente su cromatismo inherente, excedente dada la actual sobresaturación de matices, ya excesivos, que desbordan secundariamente a la claridad. Parecería, entonces, que mis ansias de percibir acaban aquí, una vez dotada la butaca con esa coloración que ella ofrecía a los actores como a sus espectadores, invirtiendo así los roles establecidos entre el escenario iluminado y la platea a oscuras cuando el humor pupilar se retroalimenta, cobijando cual luz el calor dentro de sí, cuando la esclerótica reproduce, proyectándolo cual sombra, el color en su propio afuera. Aunque invertidos, sin embargo, aún no se ha mostrado cómo una tal permuta terminaría redundando en su complementariedad mutua, volviéndose la pintura, renovadamente, el reverso inextricable de la óptica, lo cual resulta, intuyo, decisivo para poder hallar las respuestas que busco.

El *mismo* acontecer de la mirada, por consiguiente, ni mucho menos acaba aquí, sino un tanto más allá, en el momento (tercero) que el calor recibido se transmute en un color

que, además de emitido o reflejado, *se refleje sobre sí*, percibiendo de pleno derecho el propio hecho de percibir, la alternancia entre derecha e izquierda que me permite a mí andar con la cabeza levantada, tocando empero siempre de pies al suelo. Mi meta, a estas alturas (u honduras) ya, no resultará entonces otra que recuperar esa antigua consonancia entre las facciones ondular y corpuscular, aplicándola ahora de nuevo entre aquéllas dos $f(r)$ acciones que tanto la óptica como la pintura determinan, escindidas, por su propia cuenta, sin atender a la versión alternativa que su contraparte les brinda para llegar a formarse la entera imagen del (re)cuento relatado, cuya trama sólo funciona recurriendo contemporáneamente a ambas vertientes. Por suerte para mí, la absorción calorífica ejercida por parte de la pupila provocaría, cuanto menos, un severo desequilibrio en el glóbulo ocular que alguien, espero, aproveche, y más cuando esa resonancia – segunda en el orden de las causas – que anteriormente ponía en sintonía claridad y tinieblas surgía de un desfase parejo. En lo posterior, voy pues a empezar, o mejor quizás a recomenzar para rematar por fin el tema, en coherencia y conmigo, con un (der)hecho (meta)físico de sobras consabido: me imagino, por qué no admitirlo, aquel calor rojo despojado de su color, no hace demasiado mero espectador, a modo de una burbuja de gas que infructuosamente intenta penetrar por debajo en el recién precipitado líquido pupilar, fluido a través del cual ascenderá dada su distinta densidad, accediendo éste a la superficie mediante desemejante «movimiento forzado», como a Deleuze le gusta llamarlo,³⁴ en la medida que se obliga la materia a afrontar sus diferentes formas o estados, alzándose el contraste a un nivel superior con el que levanta cabeza.

Pero las cosas, me temo, o mejor quizás la percepción de dichas cosas, desde luego no acaba aquí, puesto que la pompa térmica sale por inercia despedida hacia arriba, abriendo una brecha entre aquella abarrotada plétora de tonos que atestan la esclerótica, lo cual agrieta su límpida coexistencia, bajando ella de escalafón o haciéndola tocar de pies al suelo. Las altas pretensiones de lo completamente formal, en definitiva, descienden o incluso se abalanzan cuesta abajo con motivo de la atracción que esa defectibilidad espontánea de las profundidades, ahora empero superficial, ejerce sobre su carencia actual, seducido el blanco por la posibilidad de recobrar su plena claridad tras adentrarse en una materialidad que, aunque sombría, lo había colmado secundariamente de matices. Para su desgracia, no obstante, la capacidad de contrastar que necesitaría para cumplir tan esplendorosa hazaña se ha sublimado merced a la condensación, detectando una vez superada su segunda etapa no las meras diferencias de calor, sino más bien – o acaso mal – el propio divergir entre unas tales diferencias, cuando el incremento o disminución de la temperatura influye en la naturaleza de lo que así se calienta o enfría, vapor o hielo en el caso del agua líquida, deviniendo entonces su única opción el resarcimiento de aquel color eyectado, del tono rojizo arrojado a la butaca que, casual o causalmente, no lo sé, coincide con ese preciso viso que el ascenso efervescente desdibujó.

³⁴ Cf. G. Deleuze, *Lógica del sentido*, p.281.

Por si alguien no se ha percatado, merecería la pena dar cuenta de lo que realmente ha acaecido durante este tercer momento del acontecer: la burbuja térmica se ha inmiscuido en un medio subterráneo donde no tenía ninguna cabida, a su modo simulando la paradójica postura del ocupante sin lugar; por otra parte, dicha pompa también ha descongestionado una atmósfera sobrecargada, creando en ella un vacío irremplazable que nadie dudaría en parangonar con el lugar sin ocupante. La efervescencia aludida, en consecuencia, replica el objeto perdido en sus dos facetas diferenciadas, generando entre ambas f(r)acciones un remedo de inflexión que registra ora la pupila, ora la esclerótica como facciones complementarias una de la otra, tras pasar del estímulo calorífico que afecta a lo pictórico hasta aquella reacción tonal hacia la cual *se ve* impelido o aun forzado el déficit óptico, deviniendo allá la inflexión, en última instancia, propiamente reflexión ocular. Por si alguien todavía no se ha percatado, debería acaso contar, para nada calculando, que la tremenda ambigüedad del término “reflexión” en nuestra lengua – procedente curiosamente de la tradición grecolatina – no ha hecho más, sino menos, que impedirnos reiteradamente el acceso a su auténtica condición, que no remite sólo al mecanismo especular medido por la ciencia en general ni tampoco en exclusiva a la elucubración mental que algunas ideologías en particular hipostasian. El término “reflexión”, decía, adquiere todo su sentido – y con él también, lo veremos dentro de (no)nada, las palabras *mismas* – cuando compete tanto al reflejo en el espejo como al acto de reflexionar en cuanto reflexividad pronominal, ese volverse sobre sí que me hace a mis ojos reconocible, consciente de lo que percibo o incluso pienso, lo cual resulta, aunque uno se sorprenda, plenamente coherente con el itinerario trazado por mi tentativa genealógica: si la inflexión remite al plegado, ¿cómo no iba simétricamente a envolverse algo?, habida cuenta de que no existe concavidad carente de su correlato convexo, calor que no se ponga a su turno colorado ni apenas color que no se sienta ligeramente acalorado.

A pesar, pues, de parecer un tanto ingenuo por mi parte, hasta este (tercer) momento quién nunca se percató de lo que realmente acontecía no era otro que yo, a falta de poder incidir reflexivamente en mí, volviéndome entonces con desemejante pirueta al aire, la cual pasa por (in)flexionar antes las piernas, cogiendo impulso, para después girar con el cuerpo entero envuelto sobre mi propio eje; con desemejante pirueta al aire, decía, me volvería alguien digno de confianza, un individuo cuya fiabilidad le permitiera reconocerse a sí *mismo* en su áter ego, *uno* presumo como yo, no tanto ya un producto numérico sino más bien – ¿o mal? – el sedimento calorífico que la corriente de calor arrastra consigo, esa forma de materializarse la pupila que auspicia el abordaje material tomado por la formalidad esclerótica. El ascenso de lo profundo al tiempo que el descenso de la altura sobre la superficie, en definitiva, expresan aquella complementariedad mutua de la que luz y oscuridad gozaban en cuanto onda corpuscular. De ahí, o mejor allá, la declarada concomitancia que mis dos acepciones fundamentales presentaban cuando afirmé, y con rotundidad además, que «yo soy yo»; de ahí, o mejor allá, el acoplamiento sinérgico entre un órgano formado a todas luces para mirar y la función perceptiva que *se* lo permite, simbiosis de la que acaso dé constancia el casual – ¿o causal? – emparejamiento del calor que la butaca desprende

con su tono de tonalidad correspondiente, aparentemente rojo pasión por remitir a la estimulación pasiva que cualquier impresión requiere a modo de reacción.

Todavía restaría por considerar, no obstante, la prueba más fehaciente de que con lo dicho no creo estar mintiéndole a nadie: si yo fuera auténticamente alguien de fiar, debería acabar cumpliendo con mi palabra, hablar acerca de cómo ella, a la palabra me refiero, deviene una secuencia ordenada de signos sonoros. Consonante o vocal, no existe letra que no se halle incluida virtualmente en el abecedario, cuya sincronía alfabética no convierta sus sonidos respectivos en blanca afonía ni a las grafías que cualquiera incumbe en negros borrones donde los símbolos se difuminan. Mutismo o garabato, las presuntas vertientes de cada letra concuerdan en no dejarse ver u oír, pasando ambas desapercibidas o, si se prefiere, apuntando las dos hacia un punto común de fuga que cabría denominar «Phlizz», como onomatopeya de su mutuo desvanecerse.³⁵ Designado paradójicamente lo inasignable, quizás la demarcación del lugar sin ocupante o puede que el emplazamiento del ocupante sin lugar, el carácter ausente del mentado «Phlizz» incita la comunicación recíproca entre el exceso de sonoridades y el defecto caligráfico, aclarando u oscureciendo uno al otro con tal de obtener un haz de modulaciones grafico-sonoras para un determinado tipo de letra, que al entrecruzarse ora se precipitan en escritura, ora se alzan en entonación, la concordancia entre las cuales, espero, quede ratificada por el (der)hecho *mismo* de leerse esta tentativa genealógica hasta el final.

[Conclusión]

«Yo soy yo» – creo que me he ganado el derecho a repetirlo – no se trata de una simple afirmación. A pesar, no obstante, de a cuantas complicaciones me haya visto conducido durante tan extenuante recorrido, sólo llego a una única conclusión: número o letra, yo soy quién quiere nutrirse y reproducirse, dudando aun ahora de si terminar la frase con “simultáneamente” o, mi opción alternativa, con “a un tiempo”. En caso de nutrirme y reproducirme simultáneamente, estaría abogando yo, más de añejo que de nuevo, por aquella unidad algebraica que subtendía, empleando el espacio como medio, a una multiplicidad geométrica. No hablo sino del número, ese *uno* de *muchos* con el que la matemática resuelve normalmente sus problemas. Ateniéndome a las operaciones más básicas de la aritmética, para no complicar todavía en mayor medida las cosas, con una concepción semejante de las cifras contables se suele, de buen comienzo, enseñar a sumar y restar, añadiendo o quitando contenido a un contenedor prototípico. ¿No se parece ello, sin embargo, a las actividades primarias que el recién nacido se limita a efectuar, comer y defecar o, si se prefiere la fórmula refinada, la ingestión de nutrientes para conferirle entereza a su endeble cuerpo junto con la expulsión del remante restante a modo de deposición, inservible en su afán por hacerse grande? Una vez adquirido dicho saber, alcanzado tras llegar el infante a la prepubertad, se instruye al aprendiz en el método de multiplicar y dividir, procedimientos que, se demostró, guardan una

³⁵ Cf. *Ibíd.* p.75

similitud extrema con la reproducción asexual o, incluso, con aquella sexual si uno llevara su fraccionamiento hasta los propios factores cromosómicos, de pequeño grosor. No veo, empero, lo cual resulta tremendamente absurdo para alguien que ahora sí (se) percibe; no veo, decía, cómo el acrecentamiento a lo alto del espécimen y la expansión de su especie correspondiente a lo ancho iban a poder darse simultáneamente cuando el crecimiento de uno se fragmenta a su turno en muchos otros, dejándolo esto al final exactamente igual que desde un inicio, retornando en bucle al punto de partida sin progresar nada. Ante tamaña desazón, ¿acaso alguien, yo incluido, tendría auténticas ganas de nutrirse, un mínimo de esa inclinación libidinal que lo incita a reproducirse?

El tiempo, por ende, se presenta como la única alternativa viable para escapar de este eterno retornar, si así cabe llamarlo ya que, en realidad, la ida en absoluto difiere de la vuelta, equiparándose entonces el movimiento circular al estatismo de su centro radial. El tiempo, a eso iba yo, posee fundamentalmente dos ventajas cruciales respecto a lo simultáneo para poder engendrar la vida que habita en mí: todo el mundo sabe que, ante la pretensión de transitar uno por una circunferencia, lo lógico sería optar por el camino más corto, sin lugar a dudas la recta que coincide con su diámetro, línea cuyos extremos trazarían, intersectando con el círculo, ora el principio ora el fin de nuestra hipotética partida. En eso se quedaría precisamente si recurriésemos, de añejo, a la simultaneidad, en una salida meramente hipotética porque en nada se distinguiría de la meta, ambas a una idéntica distancia del punto medio que las tornarían indiscernibles. Con el tiempo, por ende, esta imagen debería adquirir un ápice de pendiente, transformarse la recta plana en una diagonal que instaurara el curso del copo que se hace bola, recordando para mis adentros la bucólica panorámica del monte nevado. Solamente quería destacar, en definitiva, que el desfase temporal entre lo de antes y lo de después habilitaría una eventual dinámica de ida, confiriéndole dirección o sentido al recorrido.

Con el tiempo, en pocas palabras, la salida no se iguala a la meta, pero tampoco la ida se asemeja a la vuelta: he aquí, o mejor allá, su segunda virtud primordial. Conforme a la sincronía espacial, volver consistiría en desandar los pasos que uno iba dando a medida que avanzaba, no tanto un regreso como una regresión del progreso realizado, habida cuenta – por recuento – de que un vector cualquiera inserido en el eje de coordenadas ostenta unos valores contrarios a los de su inverso, contrarrestándose el uno al otro a raíz de su distinto signo (positivo o negativo). Con el tiempo, sin embargo, para nada ocurre lo «mismo»: de la *misma* manera, ahora, que la meta sucede a la salida precedente, lo anterior deberá cambiar cuando pase a lo posterior, deviniendo la trayectoria en línea recta un rodeo correlativo al arco de esfera, producido él tras girar la circunferencia sobre su propio eje de rotación; voltereta o pirueta que, aun y el riesgo de mareo, le otorgará una visión tanto más profunda de su figura como se intentó mostrar a través de mi genealogía ocular, donde la ida material en que se absorbía o ingería calor – a la vez que se reflejaba o expelía color – se volvía espiritualmente hacia sí para reconocerse en toda su integridad, cual claridad transida de sombras múltiples que reproducía ese tono de tonalidad externo desde dentro, dividiendo la realidad percibida en objetos vistos y sujetos visores.

Creo haber dicho lo suficiente acerca de la temporalidad, y aun así siento todavía la necesidad de seguir hablando, como si esto no fuera a acabar jamás, llevándome cada rodeo, efímero retorno, a otro de mayor amplitud con la aceleración centrípeta de esa esfera en la que, oscilando entre blanco y negro, alcancé yo a ver – no sé ya si metafórica o metafísicamente – la formación de un ojo funcional como (y crío) el mío. Ahora, empero, a medida que semejante proceso aumenta exponencialmente, huelo también una nariz, degusto extrañamente una boca, oigo cómo oye el oído e incluso noto el tacto de mi piel cubriéndome el cuerpo entero, al tiempo que el corazón palpita y los pulmones no cesan de inhalar y exhalar. Esta serie de retornos efímeros, esta eufonía que los pone a todos ellos en comunicación recíproca, ¿es esto acaso el eterno retorno, es esto acaso a lo que se refiere el «soy» de mi proposición fundamental, ligando una palabra con la otra a través de una pausa?

Bibliografía

Filosófica

- ARISTÓTELES *Metafísica; Física; Sobre el alma.* Gredos, Madrid (2011)
- BERGSON, Henri *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia.* Sígueme, Salamanca (1999)
- Materia y memoria.* Cactus, Buenos Aires (2006)
- La evolución creadora.* Cactus, Buenos Aires (2007)
- El concepto de lugar en Aristóteles.* Encuentro, Madrid (2013)
- DELEUZE, Gilles *Diferencia y repetición.* Amorrortu, Buenos Aires (2012)
- Lógica del sentido.* Paidós, Barcelona (2016)
- Nietzsche y la filosofía.* Anagrama, Barcelona (2013)
- Spinoza y el problema de la expresión.* Muchnik, Barcelona (1996)
- Proust y los signos.* Anagrama, Barcelona (1995)
- La filosofía crítica de Kant.* Cátedra, Madrid (2008)
- El bergsonismo.* Cátedra, Madrid (1987)
- Empirismo y subjetividad.* Gedisa, Barcelona (2007)
- La imagen-tiempo.* Paidós, Barcelona (1987)
- El pliegue.* Paidós, Barcelona (1989)
- La isla desierta y otros textos.* Pre-textos, Valencia (2005)
- FREUD, Sigmund *Más allá del principio de placer.* Amorrortu, Buenos Aires (2015)
- KANT, Immanuel *Crítica de la razón pura.* Tauros, Madrid (2012)
- Prolegómenos a toda metafísica futura.* Gredos, Madrid (2010)

NIETZSCHE, Friedrich *Así habló Zaratrústa*. Cátedra, Madrid (2008)

Genealogía de la moral. Tecnos, Madrid (2003)

El nacimiento de la tragedia. Valdemar, Madrid (2012)

Fragmentos póstumos (vol.IV). Tecnos, Madrid (2008)

ZELLINI, Paolo *Breve historia del infinito*. Siruela, Madrid (2003)

Literaria

CARROLL, Lewis *Alícia en el país de las maravillas; Alícia a través del espejo*. Debolsillo, Barcelona (2010)

Silvia y bruno. Akal, Madrid (2013)

GOMBROWICZ, Witold *Cosmos*. Seix Barral, Barcelona (2002)

PROUST, Marcel *En busca del tiempo perdido, 1*. Alianza, Madrid (2011)

ROUSELL, Raymond *Locus solus. Capitán Swing*, Madrid (2012)

TOURNIER, Michel *Viernes o los limbos del Pacífico*. Alfaguara, Madrid (2004)

**Deleuze, mi
genealogía.**

Una aproximación a
Diferencia y repetición.